

GARCÍA MALO, IGNACIO (1760-1812)

*VOZ DE LA NATURALEZA*

ÍNDICE

ANECDOTA I

Lisandro y Rosaura

ANECDOTA II

Teodoro y Flora

ANECDOTA III

La desventurada Margarita

ANECDOTA IV

Amadeo y Rosalía

ANECDOTA V

Flavio e Irene

ANÉCDOTA X

Anselmo y Elisia

ANECDOTA XI

El brigadier y Carlota

ANECDOTA XII

El benéfico Eduardo

APÉNDICE

ANECDOTA I

*Lisandro y Rosaura*

De la elección de estado depende la felicidad o infelicidad temporal y espiritual. Toda persona cristiana, prudente y sabia debe tener grabada en su corazón esta verdadera y provechosa máxima. Los padres de familia deben mirarla como una de sus más graves obligaciones, y para cumplirla exactamente deben no dar a sus hijos estado contrario a su voluntad. Si considerasen antes de oponerse a ella los gravísimos e irremediabiles daños

que pueden seguirse de la violencia y de la sugestión, no se verían tantos desgraciados hijos gemir, suspirar y quejarse de la dureza e indiscreción de sus padres. Éstos miran solamente, para establecerlos, la brillante apariencia de esta vida miserable y corta, y quieren proporcionarlos para el mundo, y no para la eterna felicidad. El interés y la vanidad, enemigos tan poderosos de los obcecados mortales, se apoderan de sus corazones, y deslumbrados a vista de varias preocupaciones ridículas, extravagantes y perniciosas, sacrifican a sus pobres hijos como crueles parricidas, ofenden la Religión y ultrajan la humanidad.

En ningún estado se ven tantos estragos como en el del matrimonio. Rara vez es la unánime voluntad la que lo contrae. La fuerza, el orgullo y la avaricia son por lo regular los que unen un lazo tan estrecho e indisoluble. De aquí se siguen las más enormes desavenencias entre los esposos, los malos tratamientos, las desazones estrepitosas, las prostituciones vergonzosas, la mala educación de los hijos, las ruinas de las familias y los divorcios escandalosos. ¿Y quién tiene la culpa de estos frecuentes desórdenes? ¡Ah, qué lástima! ¿Quién la ha de tener? Los padres inhumanos y bárbaros, que ofuscados de un vano esplendor, llenos de soberbia, poseídos de indolencia e impelidos de la sed insaciable de las riquezas, del fausto y de la ostentación, conducen como tiernos corderillos a sus hijos a presentarlos e inmolarlos en las indignas aras del interés y de los locos y perecederos respetos del mundo corruptor. ¡Ay! ¡Cómo se estremece un corazón humano a la vista de tantos objetos lastimosos que cada instante se le ponen delante, pidiendo venganza contra quien les causó tan cruel y horrible sacrificio! ¡Oh, padres indiscretos, indolentes y temerarios! Leed, examinad las desgracias, las penas e infelicidades que ocasionó otro semejante a vosotros a una hija inocente y virtuosa, que servirá de asunto a la historia siguiente; ¡y quiera el piadoso Cielo que, atemorizados de un espectáculo tan sensible, penetrante y compasivo, no violentéis a los mismos a quienes disteis el ser, ni los precipitéis al profundo abismo del infortunio y de la desventura irreparable y eterna!

En la ciudad de Módena, capital del ducado de este nombre, vivía el marqués de N..., de una de las más ilustres familias de ella, el cual tenía una hija llamada Rosaura, de mucha gracia, virtud y hermosura. Saliendo a pasearse un día fuera de la ciudad, acompañada de su aya, se dispararon los caballos y se rompió el coche. Un caballero joven de Plasencia que iba a Módena vio el riesgo de las personas que estaban dentro, y movido de caridad bajó de su berlina, se acercó al coche volcado y halló a Rosaura desmayada bajo las ruedas, y el rostro pálido y algo ensangrentado por haberse hecho una pequeña herida encima de una ceja. Aunque el aya estaba también sin sentido, acudió Lisandro (éste era el nombre del caballero) al socorro de Rosaura, cuya tierna edad (que sería de 18 años) y maravillosa belleza interesaron más su corazón. La sacó de allí casi exánime; hizo a un criado que iba con él sacase también al aya, pues los lacayos y cocheros de Rosaura estaban bastante maltratados; y con un pomito de olor que llevaba en el bolsillo pudo reanimar su desalentado espíritu. Apenas volvió en sí Rosaura y se vio en brazos de Lisandro, que era un joven de un bellissimo aspecto y natural gracejo, cuando incorporándose un poco, con un tono trémulo y débil le dijo:

«Caballero, quien quiera que seáis, que tan caritativamente me habéis socorrido en esta desgracia, no dudéis de mi sincera gratitud. Yo soy de Módena, hija del marqués de N..., a cuya casa os ruego me acompañéis para que, instruido mi padre de vuestra beneficencia, os pueda recompensar como merecéis».

«Señora, le respondió Lisandro, soy hombre de honor y no puedo tener mayor recompensa que la venturosa suerte de haber llegado a tiempo de poder salvar vuestra preciosa vida. Yo os acompañaré muy gustoso a vuestra casa; entrad en mi berlina y vamos inmediatamente para que sangrándoos se puedan precaver las malas resultas que pudiera causaros este susto. La herida que tenéis es leve; en ella os he puesto un poco de bálsamo por pronta medicina, y os he atado un pañuelo. Os confieso que os vi, al sacaros de entre los fragmentos del coche, casi cadavérica; y el veros ya recobrada me parece una especie de milagro y llena mi corazón de alegría».

«¡Ah, piadoso joven! El Cielo os trajo tan oportunamente para que me preservaseis de tan gran peligro».

«Sin duda fue así, y le doy mil gracias porque me ha proporcionado tanta dicha».

En esto volvió en sí el aya y entraron los tres en la berlina, dejando allí al criado de Lisandro para que cuidase de los otros ínterin se tomaba la debida providencia. Las expresivas demostraciones de gratitud que recibió Lisandro de parte de Rosaura y de su aya fueron infinitas y mil veces replicadas. Rogó Rosaura a Lisandro le manifestase quién era; y mientras duró el camino hasta Módena les dijo, entre otras cosas, así:

«Yo soy el conde Lisandro de N..., natural de Plasencia, tan feliz en mi ilustre nacimiento como desgraciado en mi adversa fortuna. Habrá 12 años que murieron mis amados padres, dejándome en la edad de 9 bajo tutela de un hombre tan inhumano que, después de haberme tratado con el más cruel rigor, consumió casi todo mi patrimonio, que era muy considerable. Cuando llegué a los 15 años, viendo la mala versación de mis caudales acudí a la Justicia pidiendo reintegración e indemnización de los que me había usurpado, y seguridad de los pocos que me quedaban. En vista del derecho que me asistía, prendieron a mi tutor y le embargaron lo que tenía, que era muy poco pues, no contento con malgastar lo mío, había disipado también lo suyo. Murió de allí a 4 meses en la prisión, y deducidos los gastos de la causa y mucho que me estafaron, me quedó solamente lo vinculado, que es cosa corta porque el caudal de mis padres, aunque muy cuantioso, era volante. Con el producto de esta hacienda me mantengo con alguna decencia, pero no con el lustre que corresponde a mi calidad. Ahora voy a Módena a varios asuntos de mi casa, y allí me detendré algunos días. Esta casualidad me ha proporcionado la ventura de poder prestaros mis débiles auxilios y de ofreceros mi persona, deseoso de que me empleéis en vuestro servicio. Rosaura y el aya le correspondieron con la mayor cortesía y afecto, reiterándole su agradecimiento y haciéndole las más generosas ofertas y expresiones.

Ya llegaron a casa del marqués, quien se asustó, como era regular, al ver a su hija de aquel modo. Esta le refirió todo lo ocurrido; mandó fuesen al instante a traer a los criados

que quedaban en el camino, y que llamasen al sangrador para sangrar a Rosaura y a su aya. También llamaron médicos y cirujanos, y el marqués se manifestó tan reconocido a Lisandro que de ningún modo le permitió saliese de su casa, en donde le mandó dar el correspondiente alojamiento. Todo fue en aquella casa turbación y sobresalto hasta que, sangradas las señoras y opinando los facultativos que no podría sobrevenir daño alguno, quedaron más tranquilizados y dando gracias al Cielo porque no había sucedido desgracia considerable en tan inminente riesgo.

El marqués, Rosaura y todos los demás de la casa se esmeraban en obsequiar y servir a Lisandro, cuyas apreciables prendas excitaban la admiración y estimación de todos. Rosaura lo consideraba como su restaurador, y le parecía que no era acaso el que por tan raro medio hubiese llegado a conocerlo. Lisandro miraba a Rosaura como un objeto que deleitaba su corazón. Su modestia, su talento perspicaz y el atractivo de su conversación hacían nacer en él una vehemente inclinación. Las frecuentes expresiones que mutuamente se hacían, los ojos parleros, que son las más veces fieles pregoneros de los impulsos del alma, los suspiros interrumpidos, la turbación en ciertos casos y la mutación de color al ir a hablarse, que observaban entre sí respectivamente con otras demostraciones sensibles que produce el amor, iban abrasando rápidamente sus tiernos corazones. El mayor gusto de Rosaura era estar con Lisandro, y la mayor complacencia de éste ver y hablar a Rosaura. Cada uno de por sí procuraba ocultar al marqués su propensión, manifestando delante de él una indiferencia regular; pero si por cualquiera casualidad se apartaba de su vista, una mirada penetrante daba una completa satisfacción del disimulo.

Estos actos repetidos y evidentes prepararon los ánimos de tal modo que ambos a dos estaban internamente persuadidos de que se amaban. Pero Rosaura era muy virtuosa. Lisandro no lo era menos; consideraba su poca fortuna y el genio vano, presuntuoso, altanero y codicioso de su padre, y ni uno ni otro se atrevían a declararse. De este modo pasaron 15 días padeciendo interiormente tormentos y penas inexplicables. Una noche estaban los dos solos. Rosaura gustaba mucho de la poesía, particularmente de la trágica; Lisandro le leía algunas composiciones de esta clase, y con este motivo le rogó le leyese una. Lisandro, que no deseaba sino complacerla, abrió un libro de varias tragedias y comedias, y justamente encontró con una cuyo título era *El tímido y constante amante*.

«Leedme esa comedia, le dijo Rosaura, pues no dejará de ser buena».

«Así me parece a mí», respondió Lisandro, y sin decir otra cosa principió a leerla. La fabula de esta composición dramática, en que fingía el poeta a Lidoro, caballero de poca fortuna, enamorado de Isabela, señora de mucha opulencia, y cobarde y tímido en manifestarle su amor, casi era un argumento semejante a lo que estaba pasando entre Lisandro y Rosaura. El primer acto se reducía a que Isabela, viendo la pusilanimidad de Lidoro, a quien ella amaba tiernamente, no omitía cosa alguna para darle a entender su pasión, a fin de que se declarase; pero la humildad con que Lidoro pensaba de sí mismo lo detenía al llegar a manifestar a Isabela su corazón. Ya en el segundo acto, estando a solas con ella y tomando un poco de espíritu, le dice así:

*Lid.*

El amor se deja ver  
en el semblante y miradas,  
que son intérpretes fieles  
de la sensación del alma.  
Tal fuerza tiene el amor,  
bella Isabela, que nada  
puede impedir se demuestre,  
a pesar de quien lo calla.

*Isab.*

Si esa opinión fuese cierta  
como tu voz me declara,  
cualquiera conocería  
si correspondencia halla.

*Lid.*

No hay duda en que así sucede.

*Isab.*

Pues yo llevo la contraria.  
Si eso fuese así, no habría  
quien sus pasiones callara,  
o a lo menos no tendría  
temor en manifestarlas.

*Lid.*

¡Ah Isabela! Ése es engaño.  
Es tímido quien bien ama,  
no obstante que se presume  
algún afecto en su dama,  
si considerando atento  
a todas sus circunstancias  
no igualase su fortuna  
a la del bien que idolatra;  
pues si declara su amor  
y encuentra a su dueño ingrata,  
muere de pena y dolor,  
de crüel congoja y ansia;  
y como el riesgo es tan grande  
teme, con razón fundada,  
exponerse al precipicio.  
Mas mientras la vida pasa  
(aunque sea consolado  
con débiles esperanzas)  
goza algún poco reposo,

bien que el ansia de lograrlas  
le trae siempre atormentado  
hasta que se ve en bonanza.

*Isab.*

Las razones que me das  
no me parecen fundadas.  
Si por los ojos se muestran  
los sentimientos del alma,  
y el amante lo conoce  
como dices, es muy rara  
cobardía no decir  
su afecto al ídolo que ama.  
Si por algunas acciones  
en mí a conocer llegara  
uno que me amase bien  
que igualmente yo lo amaba,  
y tímido me mirase  
sin decirme una palabra,  
casi que me enfadaría  
de que un cobarde me amara;  
y más si fuese el temor  
por creerme interesada.

*Lid.*

Bella Isabela... Señora...  
Salgan una vez del alma  
sentimientos que oprimidos  
en ella sola encerraba.  
Rompa mi voz los temores  
que hasta aquí me embarazaban.  
Un hombre desventurado  
que en vuestras llamas se abrasa  
tenéis rendido y postrado  
a vuestras preciosas plantas.  
De vos implora piedad  
si queréis que viva...

*Isab.*

Basta,  
basta, Lidoro adorado,  
tu confesión aguardaba  
quien desde que te miró  
te rindió su vida y alma.

«Suspended el leer, dijo Rosaura, que ese problema me ha agradado, pues también soy naturalmente opuesta a los amantes tímidos. ¿Qué pensáis vos?»

«Yo, señora, le respondió Lisandro, soy de parecer que esa misma timidez es hija del amor».

«Pero llegando a conocer que el objeto que ama le corresponde, es una cobardía demasiado extraña».

«No, señora. El verdadero amante teme declararse aunque se crea correspondido, porque su mucho amor le representa la imagen que idolatra superior a su mérito».

«Según eso, vos seríais como Lidoro en igual caso».

«¡Ah, señora! No sé qué haría. Soy pobre como él, y la pobreza abate al hombre más magnánimo».

«¿Os ha sucedido algún lance semejante?»

«Y aun casi puedo deciros que me está sucediendo».

«¿Y teméis declararos?»

«Sí, señora, temo, y con razón».

«Yo no la hallo».

«Yo sí. Ya os he dicho que soy pobre, y esto basta».

«Quien prefiere las riquezas al mérito personal tiene un alma baja e indigna. Si os despreciase por esa causa la dama que amáis, la tendría sin duda alguna».

«Sin duda no la tiene, según decís».

«Pues, ¿cómo lo he de saber yo?»

«Porque sois vos misma; sí, vuestra hermosura adoro. Estos honestos sentimientos animan mi cobardía. Desde que os vi pálida y semiviva en mis brazos penetró vuestra belleza mi corazón. Ya no lo puedo negar: piedad, generosa Rosaura, a vuestros pies...»

«Alzad del suelo, le interrumpe Rosaura como turbada; levantaos, Lisandro. En vano me esforzaría a ocultar y disimular un sentimiento que mis ojos, mis acciones y mis palabras os han descubierto tantas veces. Apenas volví del parasismo cuando vuestro semblante noble y generoso hirió mi alma, ni sé si fue sintiendo los impulsos de la gratitud, considerando os debía la vida, o si fueron efectos involuntarios de amor. Lo que puedo deciros es que casi se me hizo dulce la caída por haber logrado tan buen encuentro; y

después, pareciéndome que vuestros ojos se entendían con los míos, se ha ido fomentando el incentivo de mi pecho, de tal modo que sin vos no encuentro reposo ni descanso».

«Hermosísima Rosaura, ¡qué me decís! ¡Yo merezco vuestro amor! ¡Ah! ¿Quién podía esperar tan venturosa suerte? Pero sí, de esa bella alma me prometía interiormente la piedad que deseaba. ¡Oh, dulce satisfacción! Ya soy el más feliz de los mortales».

«Lisandro, ya es hora de que mi padre vuelva a casa; no ignoráis su genio impetuoso y altivo, y si llega a penetrar nuestro amor nos exponemos a una desgracia».

«Eso es lo que temo, pues aunque sabe que en nacimiento, si no lo excedo lo igualo, como me ha favorecido tan poco la fortuna, tal vez...»

«No, yo no juzgo que mi padre piense tan injustamente, pero es necesario saber manejar su humor caprichoso. Por ahora conviene disimular, y después discurriremos los medios para que condescienda con nuestros honestos deseos».

«Decís muy bien, bella Rosaura; quedad con Dios».

«Él os guarde, Lisandro amado. No os olvidéis de mí».

«Aunque quisiese no podría, pues grabada en mi corazón vuestra tierna imagen, me parece que siempre os estoy mirando».

«Lo mismo me sucede a mí. ¡Ah! Quiera el Cielo que se logre nuestra esperanza».

Con esto se fue Lisandro a su cuarto; y como siempre es sensible el ausentarse del objeto que se ama aun por pocos momentos, padecieron ambos un cruel dolor al separarse, aunque se mitigaba con el lisonjero recuerdo de su recíproco amor.

Sería largo referir las conversaciones sensibles y expresivas que tuvieron Rosaura y Lisandro en 15 días que, después de haberse declarado, estuvo éste en casa del marqués. Cada instante se daban respectivamente las pruebas más evidentes de su fe y de su constancia, pero no sabían cómo inclinar al marqués a que consintiese en su unión. Rosaura temía mucho su natural agrio, fuerte y vano; conocía que sería difícil que admitiese las proposiciones de Lisandro, aunque jamás se había manifestado con nadie más amigo; pero no desesperaba enteramente. Varios fueron los medios que entre ambos intentaron para declarar al marqués sus pensamientos, pero hallaban en todos bastantes inconvenientes. Mientras pasaban los días en estos discursos, llegó el de la partida de Lisandro, sin haber adelantado cosa alguna. Rosaura, impaciente y enamorada, quedó mortal luego que supo esta novedad, y teniendo oportunidad para hablar a solas con Lisandro le dijo:



«¿Vos os ausentáis de mí, Lisandro mío, sin haber procurado enterar a mi padre de vuestro amor? ¡Ay, Cielos! No sé que desventura me predice esta separación, que me siento morir».

«No os desconsoléis, amada Rosaura mía, pues yo espero que lograremos nuestra felicidad. Acabo de tener noticia de que ha muerto el conde de N..., pariente tan cercano mío que juzgo me corresponden todos sus estados, que son de mucha consideración. Voy a poner la demanda conducente, y si logro la posesión de ellos no hay duda en que vuestro padre entrará gustoso en nuestro casamiento. Si os parece bien este modo de pensar, esperaré la oportunidad que me proporciona esta acaso para no malograr nuestros intentos, y si no, haré lo que me mandéis».

«Me parece que este medio es el más oportuno, y fiada en vuestras promesas y palabras desde luego convengo en esta demora, aunque el Cielo sabe las lágrimas que me costará vuestra ausencia».

«¡Ah, Rosaura mía! No descansaré un momento. Careciendo de vuestra amable vista, viviré sin paz ni tranquilidad. El único lenitivo para mitigar tanto mal son las cartas. Ellas podrán en algún modo suplir la falta de las palabras, hasta que la fortuna nos sea más propicia».

«Sí, generoso Lisandro, prosiguió Rosaura, no hay consuelo mayor para dos tiernos amantes ausentes que reiterarse por escrito su lealtad y constancia. Pero es necesario tener mucha precaución para que mi padre no entienda nada hasta el lance crítico que habéis pensado».

«Perded todo cuidado. Yo haré que os entreguen mis cartas con el mayor secreto, y vos me las podéis dirigir en derechura, pues no hay inconveniente alguno».

«¡Ah Lisandro mío, no sé qué temor me sobresalta!»

«Disipad cualquiera idea. Yo os amo, yo os juro ser vuestro esposo aunque expusiese mi vida».

«Así lo espero de vuestro amor. Contemplad que el mío es tan grande que si me olvidáis moriré de sentimiento. Ya que una vez me conservasteis la vida, no me privéis de este don con vuestro rigor y desvío».

«Rosaura mía, suspended vuestro tierno llanto, fiaos de mis palabras; no temáis que yo os olvide. ¡Ah, no conocéis mi corazón! Si pudiera explicaros la pena que padezco al ausentarme de vos, no dudaríais de mi fe. Ya os la declaran estas lágrimas, ya os la manifiesta mi turbación. ¡Ay de mí! A Dios, amada esperanza mía. No tardaré mucho en volver a veros».

«Volved cuanto antes, Lisandro mío, volved a consolarme, pues quedo abismada en mi misma tristeza, soledad y tormento».

A la mañana siguiente se despidió Lisandro del marqués, quien le reiteró las más sinceras expresiones ofreciéndole su casa y amistad con muchas demostraciones afectuosas. También se despidió de Rosaura y demás familia, que sintió mucho su ausencia porque por sus bellas prendas se había conciliado la benevolencia de todos. Rosaura procuraba disimular su aflicción y desconsuelo, y cuando se hallaba sola desahogaba su corazón con el llanto y los suspiros, que parece dan algún alivio en medio del mayor tropel de sentimientos. Apenas llegó Lisandro a Plasencia cuando, oprimido su corazón de las crueles ansias de estar ausente de su amada Rosaura, le escribió una carta, la cual hizo se le entregase con mucha precaución, y luego que la recibió la leyó, y decía de este modo:

*Lisandro a Rosaura.*

«Yo no sabía que era tanto dolor carecer del bien que se idolatra, pero ahora, por mi desgracia, pruebo que es el mayor que puede padecer corazón humano. ¡Ay de mí! En todo el camino se han enjugado mis ojos: una pena insufrible laceraba mi alma, y con nada hallaba descanso. ¡Cuántas veces volví los ojos hacia donde quedaba mi Rosaura! ¡Cuántas veces me figuraba ver que, llena de congojas, empañaban vuestro hermoso rostro copiosísimos raudales de lágrimas! ¡Cuántas veces os acompañaba en las quejas y gemidos! Ya hablaba con vos, ya os consolaba, ya os repetía mis palabras y promesas, y ya triste y desconsolado, considerando vuestra separación, lloraba y sollozaba sin cesar. ¡Qué diversos movimientos se excitaban en mi corazón! No puedo explicaros mi confusión y tormento. ¡Ah! Creedme, amada Rosaura mía, no puedo vivir sin vos. Ya estoy deseando el plausible momento de volveros a ver, y hasta entonces estad persuadida de que no tendrá paz vuestro más apasionado, fiel y constante *Lisandro*».

No pudo leer Rosaura esta carta sin regarla de lágrimas. ¡Cómo penetraron su corazón las tiernas palabras de su amante! La leía y releía sin cesar, y como conocía que aquellas sensibles expresiones eran dictadas del más honesto e íntimo amor, se mitigaban algún tanto sus pesares cada vez que las repasaba entre sí. Ya tuvo lugar para escribir la respuesta, y como dirigía la pluma el impulso del corazón la puso así:

*Rosaura a Lisandro.*

«¡Cuánto consuelo he recibido con vuestra apreciable carta! Ella me manifiesta vuestros afectuosos sentimientos, reanima mi desfallecido espíritu y atempera mi cruel dolor. ¡Qué dulce satisfacción es para quien bien ama una ingenua correspondencia! Es muy sensible la ausencia, no hay duda; pero, ¡cuán gustoso es ver estampadas expresiones que produce el alma! Os confieso que jamás he sabido qué cosa es amor hasta que os he visto, que lloro continuamente vuestra separación y que sólo podré lograr algún lenitivo en un estado tan deplorable con vuestras cartas. ¡Ah! No me privéis, Lisandro mío, de este único consuelo. Repetidme frecuentemente la preciosa confesión de vuestra ternura y constancia. De este modo se serenará mi corazón agitado, se enjugarán mis lágrimas y se calmará mi tristeza. Yo procuraré por mi parte reiteraros las más sólidas pruebas de mi fe y lealtad. No os apartaré de mi memoria un solo instante. Creedme, amado Lisandro, siempre estaré con vos, os llamaré, os hablaré y os tendré siempre en mi corazón, aunque la desgraciada suerte dispone que estéis distante. Os pido que hagáis lo mismo conmigo:

que procuréis cuanto antes dar fin a nuestros pesares, y que viváis seguro de las veras con que tiernamente os ama Rosaura».

Varias fueron las cartas que se escribieron en el espacio de cuatro meses, siempre ratificándose más y más en su constante amor, declarándose las penas que recíprocamente padecían en tan amarga ausencia y consolándose con la esperanza de lograr el día feliz que deseaban. Al cabo de este tiempo recibió Rosaura una carta de Lisandro, que decía de este modo:

*Lisandro a Rosaura.*

«Ya parece que el Cielo se compadece de nuestro dolor y quiere darnos el dulce consuelo que esperamos con tantas ansias. Según el aspecto que va tomando mi pleito y los documentos que tengo reproducidos para acreditar mi legítimo derecho, puedo concebir una fundada esperanza de entrar brevemente en posesión de los estados del conde mi primo, a los cuales, según el parecer de varios letrados doctos, soy acreedor de mejor condición. No puedo expresar el deseo que tengo de que se verifique, no por el interés que me puede producir la ganancia de este litigio, sino por conseguir vuestra preciosa mano, que tanto anhelo. Rogad al Cielo que nos mire con ojos propicios y que tenga piedad de nosotros. No tengo tiempo para más. Vivid persuadida de que más allá de todo encarecimiento os ama vuestro afectísimo y fiel *Lisandro*».

Se puede colegir la suma complacencia que causaría esta carta a la afligida Rosaura, que además de saber de su querido Lisandro veía que se iba acercando el momento de su mayor felicidad. Pero como por lo regular después de una alegría suele venir un pesar, apenas había leído Rosaura esta carta cuando la llamó su padre, y con un semblante alegre, poco acostumbrado en él, le dijo así: «Querida Rosaura mía, el deseo que siempre he tenido de tu felicidad me ha estimulado a procurártela por todos los medios posibles. Una prudente economía doméstica me ha proporcionado el gusto de acumular bastantes joyas y dinero para poderte dar una dote de mucho valor, y hoy logro la mayor satisfacción que jamás podía esperar. El duque de N..., joven de 22 años, de gallarda presencia, conducta arreglada y el más rico e ilustre de esta ciudad, muere por ti de amor y desea ser tu esposo. Por todas las circunstancias que median no podías nunca hacer matrimonio más ventajoso; y conociendo yo esto mismo, tu mucha humildad y obediencia, he empeñado mi palabra. Te lo prevengo así para que lo tengas entendido y te dispongas, pues dentro de breves días se han de efectuar los desposorios. Parece que te has quedado turbada. ¿Qué significa esa suspensión?»

«Padre y señor, le responde trémulamente Rosaura, no debéis extrañar que me suspenda una noticia tan inesperada cuando, sin consultar primero mi voluntad, tomáis una determinación que ignoráis si puede acomodarme. Yo tengo una natural aversión a ese caballero, porque sé que su conducta, genio y circunstancias son muy opuestos a lo que decís; y casarme con un hombre que no amo más debéis llamarlo desgracia que felicidad».

«Nunca esperaba, Rosaura, le replica el marqués algo enojado, que tendrías valor para responderme con tanta osadía, y repudiar mi propuesta. ¿No sabes que soy tu padre?».

«Sí, señor, sí lo sé, y como tal os venero».

«¿No sabes que debes obedecerme?»

«Sé que debo obedeceros; pero esta obediencia tiene sus límites, y no me obliga a sacrificarme por seguirla».

«Ese sacrificio es aparente».

«No es sino muy efectivo, cuando tengo que violentar mi corazón para hacer lo que me proponéis».

«Calla, audaz, temeraria; ¿cómo te atreves a profanar el respeto que me debes?»

«Yo, señor... No me parece que os he perdido el respeto».

«Lo pierdes no obedeciendo mis preceptos. En libertad te dejo para pensar: en breve vuelto a verte, y pobre de ti si aun permaneces obstinada en tus extravagantes caprichos».

No hay palabras para explicar la pena y dolor que traspasaron el sensible corazón de Rosaura al oír estas palabras inhumanas de su padre. Quedó esta afligida joven tan consternada que las lágrimas en precipitados torrentes y los suspiros en tropel se embarazaban unos a otros el paso. No hallaba consolación en tan grave mal, y como fuera de sí prorrumpió de esta manera:

«¡Qué es lo que me sucede, piadoso Cielo! ¡Qué noticia funesta es la que me sorprende! Mi padre, airado contra mí, proponerme un esposo que aborrezco, obligarme a dejar abandonado a mi amado Lisandro! Puede haber mayor desventura! ¡Ay de mí! En este estado soy digna de piedad. ¿Quién me consuela? Apenas puedo respirar. ¡Ah, bárbaro tormento! ¡Qué penas no pasarás, Lisandro mío, al oír tan funesta nueva! No estará tu alma preparada a golpe tan fatal, no: una esperanza lisonjera te mantenía en vida. ¡Ah! Ya se disipó esta esperanza, ya no habrá felicidad para nosotros. Pero ¿será mi padre tan cruel que insista en darme la muerte? No, no es posible que alimente en su corazón tanta inhumanidad. El primer impulso lo transportó, pero al fin es padre y sentirá los poderosos gritos de la naturaleza. No hay duda. El furor tiene sus límites: puede llegar a su extremo, pero por la misma razón regularmente se calma. Voy a confesarle mi amor; Lisandro es de ilustre nacimiento, está muy próximo a ser rico, es amigo de mi padre, sabe que me salvó la vida, conoce su mucha virtud, y todas estas consideraciones ablandarán su rigor».

En estas reflexiones y otras semejantes pasó hasta que volvió su padre; y animada de su interior esperanza, arrojándose a sus pies y bañándole de lágrimas las manos le dice así: «Padre mío, tened piedad de mí, no me sacrificuéis, considerad que me disteis el ser, no permitáis...»

«¿Qué demostraciones son éstas, Rosaura?, le interrumpe su padre con un tono colérico... ¿Aún permaneces obcecada en tu temeridad? ¿Quieres apurar mi paciencia?»

«Señor, no os irritéis de ese modo. Disculpa merece mi resistencia. Tened la bondad de oírme, y lo sabréis».

«Di; pero que sea breve».

«Ya sabéis que debo a Lisandro la vida, que es de un origen tan ilustre como el nuestro y que sus virtudes morales y gracia personal son dignas de estimación».

«¿Y qué me quieres decir con eso?».

«Que, estimulada de mi gratitud y movida de su tierno amor, le ofrecí ser su esposa».

«¿Qué dices! ¿Ser su esposa?»

«Sí, señor. Ya no tiene remedio. Una vida que le debo es razón que se la consagre. En nada agravio a mi sangre, ni a vos. Mi corazón, acostumbrado a amarle, no podrá tener reposo sin él. Acordaos de cuanto le debo, reflexionad que es vuestro amigo. ¡Ah, padre mío!, a compasión os mueva mi tierno llanto. Si deseáis mi felicidad, éste es el único medio para que la consiga».

«¿Estás loca, Rosaura? ¿Has perdido el sentido? ¿Tú crees que yo pueda permitir que te cases con un hombre tan pobre que en dos días disipará mis caudales? ¿Tú crees que puedo preferirlo a un esposo tan rico e ilustre como el que te ofrezco? Déjate de extravagancias, no irrites mi furor. No, no lo pienses. He dado mi palabra, y a pesar del mundo entero he de cumplirla. Lisandro no será tu esposo. Un pobre...»

«Señor, la pobreza no es demérito si está acompañada de la virtud y del honor. Además, aunque Lisandro es ahora pobre, está pleiteando unos estados cuantiosos, y esta carta os instruirá de su derecho».

«Siempre es contingente. No te canses. Yo lo mando, y si me replicas verás hasta dónde llega mi enojo».

«Todos los tormentos juntos no son capaces de arrancar de mi corazón a Lisandro. Él será mi esposo aunque exponga mi vida».

«No lo será, insolente, atrevida», y dándole una bofetada, transportado de cólera se salió y la dejó encerrada en el cuarto. La pobre Rosaura, sin poder resistir a la opresión de su corazón, perdió el uso de los sentidos y cayó desmayada.

Parece que no es fácil que se halle un padre tan cruel. Pero, ¡cuántos hay en el mundo semejantes a él! ¡Ojalá que fuese engaño! Mas no lo es. Muy frecuentes son los desgraciados ejemplos que autorizan y confirman esta verdad. Apenas habrá lugar en la

tierra donde no se hagan tan injustos y enormes sacrificios. Los padres interesados, vanos, avarientos y poco cristianos creen que el derecho y dominio paterno les da autoridad para usar las más indignas violencias con sus hijos, y no se acuerdan que es muy contraria la doctrina que nos enseñan la Religión y la naturaleza. Arrastrados de un pérfido interés, preocupados de una loca vanidad, ya sacrifican a un hijo en el estado eclesiástico, ya a otro en el religioso, y ya en el del matrimonio, causando las más veces tales y tan lastimosos perjuicios que después lloran su indiscreción, cuando no tiene remedio.

No hay duda en que la juventud necesita de freno, que frecuentemente se extravían los hijos e intentan cometer los mayores atentados; pero en semejantes casos la corrección suave, la prudencia y la razón deben obrar para apartarlos del error; y aun si fuese preciso, no es extraño el rigor. Mas cuando únicamente los predomina el interés o el capricho, como al padre de Rosaura, ¿no merecían los padres inhumanos el más severo castigo? ¡Ah! La naturaleza clama incesantemente contra semejantes injusticias; la Religión condena unas acciones tan enormes y crueles, y el brazo levantado del Supremo Juez espera el día tremendo para castigarlas, si antes en esta vida, por sus incomprensibles juicios, no ejecuta sus venganzas. Temed, ¡oh padres duros, altivos y avaros! Temed la terrible cuenta que os espera, y no seáis tan bárbaros e indolentes que causéis la ruina e infelicidad de los preciosos depósitos que os confía la Omnipotencia para que los dirijáis a su mayor gloria y honor.

Luego que volvió del parasismo la desgraciada Rosaura y se halló encerrada, rodeada de confusión, de espanto y oscuridad (porque ya era de noche y le habían cerrado las ventanas para que ni aun la claridad de la Luna pudiese prestarle alguna luz), deshecha en lágrimas y agitada de su turbación exclamó en alta voz: «¿Podrá encontrarse mayor crueldad? ¿Podrá creerse que un padre que me dio el ser tenga valor para tratarme con tanta inhumanidad? ¡Ay, desventurada de mí! ¡Qué haré en esta oscuridad sin tener quien me socorra! ¡Pobre Lisandro mío! Si supieras cómo me hallo por tu amor, ¡qué tormento no sería el tuyo! ¡Qué designios serán los de mi padre! ¡Qué pensará hacer de mí! ¡Ah! En esta estancia encerrada, querrá probar mi constancia. ¡Oh, rigor execrable! ¿Es posible que su corazón no sienta los impulsos de la misma sangre? ¿Es posible que la naturaleza, que tan dulcemente persuade al alma, no lo incline a la piedad? ¡Ah, cuánto puede el maldito interés! Él es causa de los mayores delitos: por él se pierde la más íntima amistad y se profanan los respetos más sagrados. Del carácter avaro e interesado de mi padre siempre me temía este infortunio. ¡Ay de mí! ¿De qué me sirven los tesoros que me ofrece si pierdo el más estimable de todos, sí, mi amado Lisandro, cuya virtud vale más que todas las riquezas del mundo? No podré consentir jamás que me vea en brazos de otro esposo. Sufiré, padeceré los mayores martirios con ánimo y firmeza: nada me desmayará. Si condesciendo con los intentos de mi padre moriré desesperada al verme al lado de un esposo con quien sólo puede unirme la violencia y no la voluntad. Pues más vale morir aquí, resignándome en mis penas y tribulaciones. No os enojéis contra mí, santo Cielo. Yo venero y respeto a mi padre; y si sus ideas fuesen justas, y no estimuladas de un vil interés, le obedecería gustosa».

En estas exclamaciones estaba la infeliz Rosaura cuando siente abrir una pequeña ventana, y una voz desconocida que le dice: «Tomad, señora, este pedazo de pan y esta jarra de agua, cuyo alimento tendréis, y no otro, mientras no obedezcáis a vuestro padre».

«Hombre humano, cualquiera que seáis, que no os conozco, le responde anegada en lágrimas, ¿qué delitos he cometido yo para tanta crueldad? ¿Es posible que no haya quien tenga lástima de mí, siquiera porque soy mujer?»

El que le llevaba la cena la dejó en el poyo de la ventana, la cerró y se retiró sin responderle una palabra. Quedó la afligida Rosaura casi sin poder respirar al ver la tiranía de su padre; un sudor frío bañaba su delicado rostro, y en tan triste soledad sólo hallaba algún descanso con el llanto.

Serían las dos de la noche cuando siente volver a abrir la ventana, y que con una voz sumisa la llamaban. «¿Quién me llama?, respondió Rosaura, ¿quién se acuerda de mí?»

«Yo soy, señorita mía, le replicó llorando su aya, que era quien la llamaba; yo soy, que vengo a consolaros».

«¡Ah, piadosa Matilde! No hay consuelo para mí».

«Señorita, no os aflijáis. El Cielo se compadecerá de vuestros males si los lleváis con paciencia».

«Ya estoy armada de constancia para sufrir cuantos me vengan. El único dolor que más me angustia es el pesar de mi amado Lisandro. ¡Qué congojas no padecerá aquella alma sensible al saber el injusto rigor de mi padre! Decidme, Matilde mía, ¿qué es lo que piensa hacer conmigo? ¿A qué conspira todo este encierro e inhumanidad?»

«No lo sé, señorita mía. A todos nos ha impuesto el mayor silencio y ha mandado que no os demos socorro alguno, conminando con su indignación a cualquiera que quebrante sus preceptos. Está tan impaciente que nada le gusta, nadie puede hablarle una palabra, brama de coraje, pateo, da fuertes puñadas en el bufete y está como loco. Pero éstos son los primeros movimientos de la ira; todas las cosas ceden en llegando a un sumo exceso, yo espero que en la lucha de sus pasiones vencerá el amor paterno. No lo dudéis, señorita mía, no es fácil que vuestro mismo padre deje de oír la voz del corazón, que habla en vuestro favor. Yo sé su ternura por vos: me acuerdo de las infinitas veces que, estrechándoos entre sus brazos, la demostraba con mil besos y caricias. Cuando tenga levantada la mano airada para castigaros le gritará la naturaleza y se la desarmará en medio de su furor. Las amenazas de los padres siempre se quedan en el amago; puede durar algún tiempo su enojo, pero al fin se disipa».

«¡Ah, Matilde! Si eso sucediera así, ¡qué más dicha podía yo esperar! Pero temo...»

«No temáis. Yo soy madre, y conozco cuánto imperio tiene sobre el corazón el cariño de los hijos. Si alguna vez se castigan, al verlos llorar se sufre el mayor tormento. Hasta los brutos irracionales conocen este sentimiento».

«Esta reflexión me anima, querida Matilde».

«Señorita, ya es preciso que me separe de vos, no sea que vuestro padre, que sin duda está receloso de mí porque sabe cuánto os amo, se levante y me encuentre aquí. Yo volveré cuando pueda, y os traeré cuanto necesitéis. No os desconsoléis, hija mía. El Cielo protege la inocencia, y nunca os desampará».

«El os pague vuestra compasión y caridad, pues en medio de tantas aflicciones no podéis figuraros cuánto la estimo».

Las reflexiones que hizo el aya, acordes con los sentimientos que dicta la naturaleza, calmaron algún tanto la cruel borrasca que consternaba el oprimido corazón de Rosaura. Se sentó en una silla, y como estaba tan fatigada de combatir con sus mismas imaginaciones y desvelos, la rindió un poco el sueño. Por la mañana temprano entró su padre, pintada en su semblante toda la saña y furor que lo tenía fuera de sí, y después de haber saciado su enojo dándole la más severa reprensión, le echó tales amenazas, le dio de bofetadas y la maltrató de tal modo que cayó en el suelo como muerta. Tuvo valor su cruel padre para dejarla en aquel deplorable estado sin que se enterneciese su empedernido corazón. Cuando Rosaura se recobró prorrumpió en tan lamentables gemidos que podía causar piedad al hombre más inhumano. Pero el marqués lo era sin duda, pues no perdió de vista la estancia en todo el día, ni permitió que le diesen de comer sino un poco de pan y agua.

Miraba el aya estos tiranos procedimientos de su amo, y sentía todo cuanto padecía la inocente Rosaura. Luego que llegó la hora de la noche anterior, abrió también la ventana y le dio alguna cosa de comer; pero Rosaura, oprimida de su dolor, no pudo traspasar ni un bocado. Se estuvo con ella el aya cerca de una hora, procurando consolarla y acompañándola en las lágrimas y suspiros. Ya se retiró tan desconsolada de ver la feral situación de su amada señorita, que en el resto de la noche no hizo sino llorar y gemir. Principió a temer algún desastre viendo la obstinación y crueldad de su amo, y no sabía cómo poder remediar tan inminente peligro. La desgraciada Rosaura pasó la noche en el más profundo abatimiento, sin gozar un solo momento de tranquilidad.

Apenas amaneció cuando volvió su padre a entrar en el cuarto, más irritado que la mañana anterior. Luego que lo vio Rosaura se hincó de rodillas, y sumergida en un mar de lágrimas le dijo tan tiernas palabras, tan expresivas y convincentes razones, que no es fácil expresar. Pero lejos de ablandar la dureza de aquel inicuo corazón, más sañado e iracundo la castigó, la arrastró de los cabellos e hizo con ella los más horribles excesos; tanto que, compadecida el aya al oír los gritos y lamentos de Rosaura, dio un golpe tan furioso en la puerta, que estaba cerrada, que hizo saltar al pestillo. Entró tan encolerizada que se arrojó a su amo con el mayor ímpetu; lo trató de injusto, de bárbaro e inhumano, y le dijo cuanto una mujer colérica puede proferir en igual caso. Nada bastó a contener su



indigno enojo; y para seguir en su execrable crueldad sin ningún embarazo, mandó también encerrar al aya en otro cuarto distinto, y se salió del de su hija más ciego y enfurecido que había entrado.

Con estos sucesos tan inauditos y crueles llegaron a colmo las congojas de la desventurada Rosaura. Conocía que ya era imposible que su padre cediese, se acordaba de su querido Lisandro, pensaba en la desgracia de su aya y por todas partes hallaba motivos suficientes para sentir y llorar. Pero en medio de tan enorme rigor como era el de su injusto padre, permanecía tan constante en su amor que, ya resuelta a morir, no temía padecer. Si es digna esta constancia tan rara de la mayor admiración, no lo es menos el respeto y veneración que tenía a su padre, aunque la trataba con tanta iniquidad. Jamás le dijo una palabra ofensiva. Procuraba con tiernas lágrimas y con palabras suaves inclinarlo a la conmiseración, y sentía entrañablemente no poder obedecerle sin hacer el más duro sacrificio de sí misma y del objeto que más amaba en el mundo.

Ya había ocho días que estaba encerrada en el cuarto la infeliz Rosaura, sufriendo los más crueles tratamientos de su padre y sin poder excitar en su corazón el menor impulso de piedad, cuando conociendo el marqués que todos los géneros de castigo que había inventado su severidad no eran bastantes para vencer a Rosaura, maquinó el más indigno, escandaloso y protervo que se puede imaginar, con el cual no dudó lograría sus pérfidos intentos. Con este designio entró en la estancia, estrecha cárcel de su hija, y con un tono más soberbio y altivo empezó a persuadirla. Rosaura multiplicó sus ruegos y gemidos pero su padre, después de haberla despreciado con enojo e injuriado impiamente de palabra y obra le dijo: «Parece, ingrata y pérfida hija, que te has empeñado en darme que sentir, oponiéndote a mis ventajosos y justos deseos. Esta es la ultima vez que llego a hablarte, y no sé cómo no me arrebatara mi enojo y te hago mil pedazos. Pero yo refrenaré tu audacia y haré que te arrepientas de tu inobediencia».

«Señor, le interrumpe Rosaura llena de temor, yo no soy inobediente. Vos me imponéis un precepto contra la caridad, y no debo obedeceros. La autoridad paterna no tiene facultades para mandar lo que no es justo. Dios nos dio un libre albedrío, y no dio permiso a ningún padre para violentar a sus hijos a abrazar un estado que les es repugnante».

«¿No tengo facultades? Yo lo veré. Prevente para unirte al esposo que te propongo, o mando al instante que asesinen a Lisandro».

«Padre de mis entrañas, ¡qué es lo que proferís! ¿Vos os olvidáis de que sois cristiano? ¿Vos os valéis de un medio tan execrable para sacrificarme? ¿Vos tenéis valor para acción tan enorme? ¿Un delito queréis que os abra la puerta para otro? ¡Ah! Reflexionad que hay justicia en el Cielo, si no la hay en la tierra».

«No te canses en reconvenciones infructuosas. Si no te casas esta misma noche, juro por quien soy que Lisandro morirá, y tu obstinación será su cruel verdugo. Dentro de poco tiempo vuelvo; y mira bien lo que resuelves, pues soy hombre que no faltaré a mi

palabra». Con esto se salió, cerrando la puerta con una furia tan estrepitosa que estremeció todo el cuarto.

Quedó la afligida Rosaura poseída de tal sorpresa al oír la impía resolución de su bárbaro padre, que permaneció como fuera de sí por algún tiempo. Luego que tomó un poco de ánimo, anegada en torrentes de lágrimas y rodeada de confusión, de estupor y tristeza, exclamó así: «¡Qué es lo que acabo de oír, gran Dios! ¡Tanta enormidad puede caber en pecho humano! ¡Yo, precisada a ser la más desgraciada víctima o a dar la muerte a quien más amo, a quien me salvó la vida! ¡Ah, Lisandro mío! ¡En qué estrecha consternación me veo! Tú vas a perecer inocente si yo no me sacrifico. ¡Puede hallarse más bárbara situación! Pero, ¿qué dudas me sorprenden? El partido que he de tomar en tan penoso extremo es claro. Si me pidiesen la vida por la de mi amado Lisandro, ¿no la daría muy gustosa? Sí. Pues vamos al sacrificio... Pero, ¡qué voy a hacer! ¿No voy a jurar al pie de los altares, delante de Dios, un amor constante a un esposo que siempre aborreceré? Es cosa indubitable... ¿Y tendré valor para ser perjura cuando jamás puedo amar sino a Lisandro? ¡Oh, negra confusión! ¡Oh, dura necesidad! Mas si procuro esforzarme a amarlo y le soy fiel, ¿no cumplo con mi deber? Es constante». Pues hágase este inhumano sacrificio por conservar los preciosos días del infeliz Lisandro; sí, muera yo para salvar su vida. ¡Ah, vida, cuánto me cuestas!»

Impaciente el marqués de saber la determinación de su hija, volvió a la estancia serían las cuatro de la tarde. Al momento se echó Rosaura a sus pies; repitió sus tiernas súplicas, y hallando a su padre incontrastable en sus protervos designios, le dice que desde luego está pronta a obedecer su voluntad. Alegre y regocijado el marqués de haber conseguido su victoria, sin considerar los indignos medios que había usado para ella, sacó a su hija de la prisión, la hizo vestir ricamente, adornarla de preciosas joyas y diamantes, y aquella misma noche dispuso se efectuase el casamiento. No es posible referir la pena que laceró el tierno corazón de Rosaura al dar la mano a su esposo. Ya se consideró la criatura más infeliz de la tierra, y ya acabó para ella todo consuelo.

Apenas se halló Rosaura en libertad de poder escribir a Lisandro todo lo que le había sucedido, cuando, impelida de su dolor y desconsuelo, tomó la pluma y puso la carta siguiente:

*Rosaura a Lisandro.*

«Conozco que os estremeceréis al leer esta carta que os escribo por la última vez. Preparad antes el alma para dar la mayor prueba de vuestro valor. Cuando recibí vuestra última, en que me dabais parte del estado de vuestro pleito, y con ello las más seguras esperanzas de lograr nuestros honestos deseos, me llamó mi padre y me propuso un casamiento con el duque de N... Pero, ¿cómo?: teniéndolo ya ajustado y concluido sin examinar mi inclinación. Me sorprendí con tan inesperado evento y procuré con demostraciones convincentes darle a entender mi oposición a este enlace. Se irritó ásperamente contra mí y me mandó que resolviese dentro de poco tiempo. Viéndome en tan angustiado lance, le confesé el amor y la fe que os había jurado, le expuse el aspecto favorable de vuestros negocios, lloré postrada a sus plantas, suspiré e hice cuantos

esfuerzos debía en un caso tan amargo. Colérico e impetuoso despreció mis lamentos, y encerrándome en un cuarto me dejó sin que mi oprimido corazón pudiese alternar los usados oficios. En esta rígida prisión me tuvo ocho días sin permitirme ver la luz del día ni comer otra cosa que pan y agua. En este tiempo son innumerables los rigores que usó conmigo: me dio mil bofetadas, me arrastró por el suelo y me injurió impiamente, hasta que, viendo que no vacilaba mi constancia con tanto padecer, me intimó la más fatal sentencia. ¡Ay de mí!, me estremezco al pronunciarla; sí, me dijo que en aquella misma noche había de casarme con el duque, o que si no iba a mandar que os asesinasen en el instante. Contemplad cuál sería mi turbación al oír esta crueldad. Empleé todas mis lágrimas, lo que tiene más interesante la naturaleza; nada bastó. Por una parte veía vuestra muerte inminente, por otra mi bárbaro sacrificio. ¡Qué imágenes tan funestas se presentaban a mi vista! En fin, viendo el peligro en que estaba vuestra vida, consiento en ser víctima de mi desgracia por conservarla; sí, acepto un esposo que repugnaba mi corazón. Ésta es la serie de mis infortunios y miserias, causadas por el interés y la vanidad. Ya os pagué la vida que me disteis; vivid, desventurado Lisandro, vivid, yo os lo mando, yo lo deseo. No me tratéis de ingrata; no lo soy, y lo protesto delante de Dios: soy infeliz, sí, y lo seré eternamente. Mis lágrimas embarazan el curso de la pluma, mi confusión me impide la respiración. Ya no puedo proseguir. A Dios, Lisandro, a Dios para siempre, olvidaos de mí. Esto es lo que debéis hacer, mientras llora su infeliz suerte la inconsolable *Rosaura*».

Recibió Lisandro esta carta, y quedó tan traspasado de dolor al leerla que cayó sin aliento en una silla. Después que se le pasó aquel trastorno, lleno de rabia y desesperación exclamó: «¡Ah, bárbaro padre! ¡Ah, monstruo, indigno de vivir entre los hombres! ¡Tanta impiedad alimentaba tu diamantino corazón! ¿Así atropellas los equitativos derechos de la naturaleza y de la amistad? ¿Son éstas las reiteradas ofertas que me hiciste? ¡Inicuo! ¡Impostor! Yo te buscaré, te arrancaré esas pérfidas entrañas: no, no podrás huir de mi cólera y venganza, Pero, ¿qué digo? ¿Acaso su crueldad sincerará mis delitos? ¿Porque él sea un malvado debo yo ser delincuente? ¿Podré indemnizar el gravísimo perjuicio que ha hecho a la naturaleza y a la inocencia, quitándole la vida? No. El Cielo, sí, el justo Cielo ejecutará sus iras contra él y lo llenará de confusión. Lo único que debo hacer es corresponder agradecido a mi amada Rosaura y sacrificarme por su reposo, así como ella se sacrifica por el mío». Con este pensamiento contestó a Rosaura de este modo:

*Lisandro a Rosaura.*

La suspensión, la angustia, la pena y el tormento que me ha causado vuestra inesperada carta son tan imponderables que yo mismo no los conozco. ¡Ah, desgraciada e infeliz mujer! ¡Ah, víctima desventurada del interés y de la crueldad! ¡Cuánto me consterna y consternará el pensar en vuestra suerte! Ya jamás encontraré paz ni tranquilidad. Mis días serán tristes y amargos, mi congoja será eterna; pero no me excederéis en generosidad. Vos sois desgraciada por mí, y yo lo seré por vos. En este instante voy a encerrarme en un claustro, en donde pasaré mi vida en la más austera soledad. Hoy mismo se ha decidido la causa pendiente a mi favor, pero todas las riquezas del mundo no serían capaces de impedir mi resolución. Siento que el corazón se me divide al despedirme de

vos para nunca más volveros a ver. Rogad al Cielo por mí, que yo también lo haré para que os haga más feliz que al afligidísimo y desventurado *Lisandro*».

Fue sumo el dolor que recibió con esta carta la desgraciada Rosaura, y más sabiendo que Lisandro se había ido en el momento a un convento de cartujos, con intento de acabar sus días en el más solitario retiro.

Luego que el duque sació los primeros impulsos de su amor, miraba a Rosaura con bastante indiferencia, sin embargo de que ella le demostraba el mayor afecto. No bien se habían pasado tres meses cuando ya la trataba con desprecio. Era el duque de un genio muy perverso, muy vano y gastador, lleno de amor propio, propenso al deleite y de unas inclinaciones protervas. Se había criado sin freno, y acompañado siempre de jóvenes disolutos. Todas sus máximas eran muy opuestas a la virtud de Rosaura, la cual sufría con la mayor humildad todos sus insultos y ultrajes. A pesar de la modestia y respeto que notaba en su esposa, fue aumentando sus malos tratamientos de tal modo que ya la aborrecía. En medio de las concurrencias más numerosas le hacía los mayores desaires; y la pobre Rosaura callaba, ejercitaba su paciencia y se consumía entre sí. ¡Cuántas veces se acordaba del infeliz Lisandro! Se figuraba el desconsuelo que lo atormentaría en la tétrica soledad del claustro, y con profundos suspiros y continuo llanto desahogaba su dolor.

Su esposo ingrato e indolente maquinaba cuantos medios le sugería la iniquidad para darle que sentir. Se dio a tratos ilícitos, y muchas veces tenía la insolencia de alabar a los indignos objetos de sus deleites en presencia de Rosaura. Esta desconsolada señora nunca le respondió una palabra; reprimía sus resentimientos y a nadie se atrevía a comunicarlos. Todos estos reiterados pesares la tenían tan consternada que su salud iba rápidamente desfalleciendo. No se compadecía el duque del feral y lamentable estado de su esposa, y olvidado de su propia obligación, cada día era más y más tirano. Llegó a tanto su maldad que le escaseaba su necesario sustento, la encerraba cuando menos lo esperaba en un cuarto lóbrego y oscuro, nunca oía palabra que no fuese una injuria, y aun tenía frecuentemente la temeridad de darle de bofetadas y maltratarla con la mayor severidad.

De un hombre de tan desordenadas costumbres no se podían esperar sino desarreglos. No sabiendo manejarse a sí mismo, era muy regular que tampoco supiese manejar los negocios domésticos, y así todo era en aquella casa desorden y confusión. Aunque por sí solo era muy rico, y se había multiplicado su opulencia con la crecida dote de Rosaura, nada bastaba a los excesivos y exorbitantes gastos que superfluamente hacía para contentar y saciar sus indignos apetitos y pasiones. Una casa que, gobernada con discreción hubiera sido la más fuerte del Estado, llegó en poco más de un año a deteriorarse de tal modo que tuvo el duque que empeñarse para sostenerla.

Viendo el padre de Rosaura la mala inversión que el duque hacía de sus numerosos caudales y el desprecio y dureza con que trataba a su hija, como reflexionaba que su indiscreción era la causa de tantos perjuicios se consumía de pena y no se atrevía a manifestarlo a su hija, temeroso de que no se lo echase en cara y lo reconviniere con que su avaricia había ocasionado tan considerables males. Esto en lo que comúnmente sucede

a todos los padres injustos que hacen infelices a sus pobres hijos. Cuando conocen los daños que ha producido su barbaridad e indolencia, se ven combatidos de un cruel arrepentimiento que incesantemente los inquieta y perturba. Si antes examinasen bien que no puede tener buen éxito un modo tan pérfido de obrar, que el estado que violentamente hacen abrazar a los hijos es para mientras dure la vida, y que nunca puede ser bueno si la voluntad no lo admite sin repugnancia, no llegaría el caso de que sus mismos remordimientos los persiguiesen y atormentasen cuando no es fácil indemnizar el detrimento que hicieron a las leyes humanas y divinas. Ningún padre que piense y obre como el de la desventurada Rosaura será disculpable delante de Dios ni aun a la vista del mundo, ni quedará impune; antes bien, será condenado a padecer eternamente los más rígidos tormentos. ¡Ah! Esta sola consideración debería hacerlos temblar y confundirse. Pero cuando se trata de intereses y de vanidad se desprecian los fuertes gritos de la conciencia y sólo se miran los viles y despreciables respetos del mundo engañoso, cuyos linsonjeros y falsos atractivos ofuscan y embriagan el entendimiento y la razón.

La pena interior que laceraba el afligido corazón del marqués, que cada día conocía más sus errores, lo redujo a una triste melancolía que poco a poco lo extenuaba y debilitaba su salud. Ya se temían algunas malas consecuencias de su profunda tristeza, a la cual se entregaba como un hombre desesperado a quien agobia el peso de su existencia. Con nada hallaba consuelo ni sosiego este hombre acongojado y confuso; y cada vez que se le presentaba a su vista el tierno y deplorable objeto de su hija sacrificada e infeliz, se multiplicaba su íntimo y funesto dolor. Hacía ya dos meses que no salía de su casa, porque su languidez y achaques no se lo permitían, cuando una tarde fue su pobre hija a verlo; y estando los dos solos le habló el marqués de las extravagancias, caprichos y desórdenes de su marido. Rosaura, por no afligirlo más, procuró sincerar la conducta de su esposo, queriendo persuadir a su padre de que ya se había enmendado y era más tratable. Pero el marqués, que estaba bien informado de que era todo lo contrario, conoció que sólo la virtud hacía hablar a su hija; y esto le oprimía el corazón de tal modo que se sentía morir. En fin, tomándola por la mano, lleno de lágrimas y con una voz débil le habló así:

«Hija de mis entrañas, desgraciada víctima de mi furor e inhumanidad, si supieras la terrible aflicción que me rodea verías que no hay tormento mayor que el que padezco. Me horrorizo al pensar que soy la cruel causa de todos tus infortunios. Me parece que no puede tener perdón del Cielo un padre tan bárbaro como yo, que no oyendo los tiernos clamores de la naturaleza, tuvo valor para hacerte infeliz. ¡Ay, hija de mi vida! Yo soy un monstruo infame, que merezco los mayores castigos y rigores; sí, merezco ser tratado con tanta impiedad como te he tratado a ti. ¡Oh, cuánta confusión causa a mi alma esta feral memoria! Siento, hija mía, que se me divide en mil pedazos. ¡Pobre Rosaura de mi vida! ¡El mismo que te la dio ha sido tan cruel que para siempre la ha llenado de amargura! ¡Ah! ¡Cómo me estremezco al pensar que en el riguroso y tremendo Tribunal Supremo seré acusado de cruel y tirano! ¡Qué sentencia será la mía! ¡Oh, gran Dios! ¡Cómo tiemblo! Sí, seré condenado a padecer por toda una eternidad en el más profundo abismo, donde mi cruel remordimiento me roerá las entrañas sin cesar. Esta sola consideración abrevia el curso de mi amarga vida, y espero prontamente su desgraciado fin. Perdóname, hija de mi alma, perdóname tantos agravios como te ha ocasionado mi dureza. Dame esta

prueba de tu respeto y amor: no te acuerdes de mis crueldades sino de que soy tu padre, y que ésta es la última gracia que imploro de ti. Así lo espero de tu piedad, hija mía, y con esto moriré menos angustiado».

«Padre mío de mi vida, le responde Rosaura abrazándolo tiernamente y deshecha en llanto, yo os perdono de todo corazón. Serenad el vuestro, no os confundáis, que el Cielo os perdonará. Jamás desprecia a quien le pide misericordia con lágrimas de dolor, y vuestro arrepentimiento calmará sus iras».

«Hija mía de mi alma, ¡qué dulce consuelo me inspiran tus palabras y conmiseración! Ya espero más tranquilamente la muerte, confiado en la misericordia del Omnipotente. Mas, ¡ay de mí! ¡Qué terrible agonía me consterna! La vista se me turba, el corazón apenas puede palpitar, yo muero. ¡Ah, confusión! ¡Ah, tormento! Yo... ¡ay!... ya... piedad, gran Dios, piedad...» Y sin poder prorrumpir más palabra cayó en brazos de su hija, moribundo. Da gritos Rosaura, acuden todos los de la casa, asústanse a la vista de un espectáculo tan lastimoso y funesto y van corriendo a buscar confesor y médicos. Abre el marqués los ojos, los clava en su amada hija y le da a entender con las más sensibles demostraciones su profundo dolor. Batalla con las ansias, congojas y tribulación que acompañan en la tremenda hora al delincuente, y exhalando un íntimo suspiro queda sin vida. Rosaura cae sin sentido abrazada de su difunto padre. Después de un largo espacio vuelve en sí, mira a todas partes y no ve al autor de sus días, porque mientras su paraismo lo habían retirado de allí. Prorrumpe en tan compasivos ayes y tiernas lágrimas que a todos causaba lástima su turbación y dolor. Ya se consideraba sin amparo alguno; temía con razón que su marido viviría en más abandono y que serían más excesivas e insufribles sus desgracias.

Avisaron al duque lo que había sucedido; fue al instante a casa de su suegro, y cuidándose muy poco de consolar a su esposa como debía, procuró solamente apoderarse de las llaves y de todo cuanto había. Concluida esta diligencia fue a ver a Rosaura, y con mucha indiferencia le dijo: «Ese llanto es excusado, los hombres no son inmortales; un viejo regañón hay menos en el mundo, lo que importa es que deja mucho dinero». Estas bárbaras palabras hirieron el afligido corazón de Rosaura, como se puede discurrir, pero era tan humilde que solamente le respondió: «Ya sé que todos somos mortales; ¡ojalá que esta memoria no se apartara nunca de nuestro corazón!» En fin, dispusieron dar sepultura al marqués, se le hicieron las debidas exequias, y cargó el duque con todas las alhajas, muebles, pedrería y demás bienes del difunto, que eran exorbitantes.

Si hasta entonces había sido malo el duque, después de que se apoderó de tanta hacienda se volvió más perverso, y trataba tan inicuaamente a su mujer que la pobre infeliz, con el dolor de haber perdido a su padre y verse en poder de un hombre tan vil y brutal, cayó mala brevemente. Se iba agravando su enfermedad. Su marido, divertido en sus amores y caprichos, ni aun siquiera la visitaba. Este injusto desprecio la atormentaba acerbamente y apresuraba el curso de sus días. Los médicos le dijeron que se moría sin remedio, y Rosaura recibió esta funesta noticia con una serenidad admirable, pareciéndole que después de las penas y tormentos que con tanta resignación había sufrido en esta vida, lograría en premio la eterna felicidad. Participaron al duque el deplorable y calamitoso

estado de su esposa, y su ingrato y pérfido corazón no sintió el menor impulso de compasión, antes bien respondió con mucha frialdad: «Si se muere, buen provecho le haga; no hay sino mujeres en el mundo, y mejores que ella». Quedaron los médicos escandalizados de una proposición tan indigna, y uno de ellos, sin poder reprimir el enojo que le causó su crueldad, le dijo: «Señor duque, vos injuriáis la inocencia y la virtud; el Cielo es justo, y temed el riguroso castigo que merece vuestra indolencia». Se rió de esta reprehensión, y sin decirle palabra, con un aire de desprecio le volvió las espaldas.

Dispuso la infeliz Rosaura de todos sus bienes en favor de algunos monasterios, obras pías y legados. Se preparó para morir como verdadera cristiana, y después de haber contrastado algunos días con la inexorable muerte exhaló su espíritu en brazos de su virtuosa aya, que solamente le quedó por compañera en sus trabajos y calamidades. Poco antes de expirar dio un ¡ay! que penetró hasta el Cielo, y con una voz débil y trémula exclamó: «¡Ah, padres injustos! Mirad los efectos de vuestra codicia e indiscreción. ¡Oh, gran Dios, no permitáis que ninguna mujer sea desventurada víctima de la crueldad como yo lo he sido! Ya, Señor, perdoné a mi padre, y ahora vuelvo a perdonarlo para que vuestra misericordia lo perdone».

Apenas murió la desgraciada Rosaura, cuando su indigno marido pensó en volverse a casar; pero el Cielo, que había tolerado hasta entonces sus maldades, cansado ya de su obstinación quiso castigarlo para escarmiento de otros libertinos y malvados semejantes a él. Un día se empeñó en domar un caballo. Varias personas le aconsejaron que no lo hiciese, porque era muy furioso y soberbio; pero él,preciado de valiente y diestro en el manejo de la brida, lo montó. Al instante empezó a asperearse; lo estrechó para sujetarlo, pero el bruto indómito partió como una furia. Nadie se atrevía a detenerlo, y ya ciega e impetuosamente se precipitó por unos eminentes escollos haciendo mil pedazos al duque.

Todo el mundo se consternó al saber el desastrado fin que tuvo este vicioso e inicuo joven, atribuyéndolo a venganza del Cielo en castigo de sus enormes desórdenes y delitos. Muy diverso fue el del virtuoso Lisandro, quien murió poco después que Rosaura, dejando a sus religiosos compañeros muchos dignos ejemplos de humildad, de paciencia y religión que imitar, y afligidos de haber perdido un socio en quien brillaban en grado heroico las más puras virtudes y costumbres.

¡Ah, padres crueles! Reflexionad con la debida atención todas las miserias que padeció la infeliz Rosaura, estrechada y obligada por su padre a contraer matrimonio contra su voluntad. Considerad el arrepentimiento y confusión que lo asaltó en la terrible hora de la muerte, conociendo su injusticia e inhumanidad, y no seáis pérfidos y crueles verdugos de vuestros mismos hijos, cuyo sacrificio no mirará el Cielo con indiferencia, y seréis responsables de todos los daños y perjuicios que ocasione vuestra dureza y crueldad. ¡Ojalá que a la vista de tan formidable y horroroso ejemplo se contenga vuestra bárbara crueldad, y que no se vean tantos desdichados llorar, padecer y pedir vindicta contra los impíos y tiranos padres que los constituyeron en la amarga y deplorable necesidad de vivir eternamente infelices!

## ANECDOTA II

(Vol. I)

Teodoro y Flora

El hombre llega a ser todo o nada según la educación que recibe. El labrador que cultiva el terreno con infatigable cuidado coge abundantes y excelentes frutos. Los padres que se esmeran en la educación de sus hijos, inspirándoles las puras máximas de la virtud, encuentran en ellos el báculo de su vejez y el apoyo de sus familias. Un niño que desde que empieza a descubrir su razón halla un padre, un ayo o un maestro sabio que adorna su entendimiento de los conocimientos necesarios al hombre, e introduce en su tierno corazón los sentimientos de la honradez, crece en edad y en virtud, estimado y aplaudido de todos. Si la fortuna le es poco favorable no desfallece su constancia, antes bien la satisfacción interna de ser hombre de bien lo consuela en medio de sus trabajos, y al fin halla el premio que merece. Esta consideración debe animar a todos los padres a procurar una exacta y virtuosa educación a sus hijos, así como se aplican a dejarles haciendas y dinero que las más veces son la causa de su ruina y precipicio.

Las pasiones que continuamente nos agitan son muy poderosas y fuertes; no tenemos otras armas para resistir a ellas que las de la virtud, y ésta se adquiere con la buena crianza. Nuestra humana y flaca naturaleza nos inclina al mal; pero cuando llega a gustar los encantos de la virtud, como los placeres que produce son verdaderos y traen consigo una perpetua e inmutable tranquilidad, la prefiere al vicio, que siempre es seguido de los remordimientos eternos que, en medio de los gustos y deleites del mundo, exhalan unos fétidos vapores que ofuscan el corazón y lo atormentan sin cesar. El joven que representará esta historia, a quien su mucha virtud y prendas estimables hicieron feliz, debe animar a seguir sus máximas, y el que lo imite tendrá la debida recompensa.

En una de las mejores ciudades de España vivía un hombre muy honrado, aunque de humilde calidad, y que había tenido poca parte en los favores de la fortuna. Tenía un hijo único llamado Teodoro a quien procuraba dar la más sabia educación, deseoso de formar un joven amable y virtuoso. A pesar de su pobreza no omitió cosa alguna que pudiese conspirar a lograr un fin tan propio y honesto, que debería ser el objeto más interesante de todos los padres; pero la muerte impidió todos sus proyectos, dejando de diez años a su hijo, aunque instruido en aquellos conocimientos proporcionados a su corta edad. Un benéfico sacerdote amigo de su padre, viendo a aquella criatura huérfana y expuesta a la miseria y al extravío, se lo llevó a su casa con ánimo de perfeccionar su educación, darle estudios y proporcionarlo para un empleo que le diese de comer. Su caridad y cuidado tuvo el buen efecto que se debía esperar de los buenos principios con que el padre había procurado dirigir aquella tierna planta. Teodoro era de un natural muy dócil, de un entendimiento muy despejado y de una aplicación singular. Todas estas circunstancias eran muy favorables a los designios y desvelos de su bienhechor, y con los continuos consejos, doctrina e instrucción que le daba este hombre sabio hacía su alumno los más rápidos progresos en la virtud y en el estudio. Como el sacerdote veía los adelantamientos de Teodoro, su humildad, su honesto modo de pensar, el amor que le profesaba y las



pruebas de gratitud que incesantemente le daba, se aficionó tanto a él que lo quería como si fuese hijo. Este caritativo sacerdote contaba ya más de setenta años; su salud no era muy robusta, y cayó gravemente enfermo. Algunos días antes de expirar llamó a Teodoro, lo tomó de la mano, y sin poder detener sus lágrimas, con un tono venerable le habló así:

«Amado Teodoro mío, ya ves que mis accidentes son muy graves, que los médicos no tienen esperanza alguna de mi vida y que está no muy lejos su fin. Me desconsuela mucho dejarte sin amparo ni arrimo alguno en una edad en que necesitarías más de mis consejos y cuidado, para no extraviarte ni caer en los desórdenes que hoy son tan comunes. Pero no dudo que siempre tendrás grabadas en tu corazón las puras y saludables máximas que te enseñó tu padre, y yo procuraré radicar. En la juventud están las pasiones muy vivas, y se necesita refrenarlas. Un joven sabio que ama la virtud debe huir de todos los peligros en que puede padecer naufragio. La ocasión es causa del desarreglo, y es preciso evitarla para no caer en él. Las malas compañías dañan mucho a los jóvenes, los precipitan a los más vergonzosos excesos y se entregan a los vicios más escandalosos. Se deben frecuentar las buenas, que se componen de personas doctas, virtuosas y timoratas, en donde la razón y el deber dictan las grandes acciones, y oyendo sus penetrantes gritos se desprecia y censura el libertinaje y la iniquidad. El corazón humano es muy frágil, y un débil soplo lo inclina al mal si no sabe precaverse. La vana ostentación y brillantes apariencias del mundo nos ofuscan; nos dejamos guiar por sus perniciosos atractivos, empezamos por un pequeño exceso e insensiblemente vamos cometiendo otros mayores y más dignos de castigo. El hombre llega a contraer un hábito de sus erradas inclinaciones; en breve se obstina en ellas, y a pesar de los remordimientos de su conciencia vive en el más gravoso letargo sin despertar de él, aun tal vez cuando ve se le acerca la muerte. Si entonces abre los ojos, conoce todas sus preocupaciones y errores y ya tiene muy poco lugar para enmendarse. ¡Qué confusión tan grande es la suya! Por todas partes se ve rodeado de sus delitos, considera la eternidad que le espera, reconoce que allí no vale la mentira, el favor ni el engaño, y todo es horror y tormento para él. Se reprende su ceguedad, acusa a los que han causado su ruina, se acuerda de los sabios avisos y auxilios que despreció, y en tan formidable lance el temor de la pena y la pérdida de un bien eterno lo devoran interna y cruelmente.

El hombre de bien y virtuoso que despreció el fausto, la pompa y vanidad del mundo, que socorrió a los infelices, que observó las leyes de la humanidad y cumplió exactamente con sus deberes, espera la muerte con una tranquilidad envidiable, y aun la desea para gozar de la bienaventuranza y salir de una vida tan miserable y corta. ¡Qué dulce satisfacción le reproducen sus buenas obras! ¡Qué gracias no da al Cielo porque lo ha preservado de la corrupción! El funesto estado en que me hallo y mi misma confusión me hacen hablarte así para que no llegues a verte en la angustia y tribulación en que yo me veo. Tú quedas huérfano segunda vez de edad de 21 años, perseguido de la miseria y de la desgracia. Lo que yo te dejo es muy poco, porque mi pobreza es grande. Si tu misma conducta y proceder no te granjean un bocado de pan, serás el hombre más desventurado de la tierra, te verás acosado de la indigencia, serás el desprecio de todos, y tus mismos desórdenes te acompañarán eternamente y causarán tu mayor infelicidad. Antes de hacer cualquier acción premedítala bien, precave sus malas consecuencias, y nunca tendrás que

arrepentirte. Si te ves rodeado de la miseria, y aun precisado a la mendicidad, contempla lo que es en sí esta vida perecedera, respeta las disposiciones de la Divina Providencia, y en el estado más deplorable y lastimoso hallarás resignación y consuelo.

Dedícate a conocer a los hombres, no te dejes seducir de sus engaños y no te fíes sino de las gentes honradas que cultivan la virtud. Estudia con reflexión en la escuela del mundo, que es el mejor maestro. Verás al avariento continuamente inquieto y agitado de su codicia; al miserable, castigar su cuerpo para acumular tesoros; al voluptuoso, encenagado en sus deleites, perdida su hacienda, consumida su salud y digno de compasión; al grande y al rico, obcecados de la pompa y de la vanidad, seguidos de multitud de domésticos, entregados a los vicios, disipando sus caudales y ostentando un lujo muchas veces tan excesivo que los arruina; al noble, vomitar por todas sus coyunturas vanidad y soberbia; al juez inicuo, cometer una injusticia por un indigno interés; al mal superior, atropellar y despreciar al subalterno; a éste, profanar los mayores sagrados por adular y complacer vilmente a su superior; al mendigo, vilipendiado de todos y sin hallar caridad; al artesano, ganar su alimento con la fatiga y el trabajo, y a veces sin poder sustentar a su familia porque no le pagan sus acreedores; al afanado labrador, sufriendo la inclemencia de los tiempos y recogiendo con su sudor el pan para muchos que no lo ganan; a la mujer prostituta, triunfar y prosperar a costa de los insensatos y libertinos; a la casada, vivir en continua guerra con el marido; a éste, maltratar a su mujer virtuosa; al petimetre, lleno de presunción; al enamorado, suspirar, pasar malos ratos y consumir el tiempo en extravagancias y locuras; al despreciado, atormentado de su amor propio y de la más cruel desesperación; al rencoroso, meditar negras venganzas contra su adversario; al adulador, corromper los mejores corazones y hacer mil iniquidades por granjearse el favor; al jugador, destruir su casa y privar del nutrimento a sus hijos y familia; al bribón, burlarse del hombre de bien; al hipócrita, aparentar una virtud que no tiene; al delincuente, acompañado de sus remordimientos; al justo, perseguido del engaño y de la envidia; al amo, maltratar a sus criados, escasearles los salarios y despreciarlos como esclavos; a los criados, hablar mal de sus amos y aun hacerles a veces las más horribles traiciones; al murmurador, denigrar a la doncella y no dejar persona que no injurie con su mordacidad; al traidor, calumniar la inocencia y vender a sus más íntimos amigos; y finalmente verás toda la inmensa variedad de personas que componen el teatro del mundo despedazarse unos a otros cruelmente, estar en una continua y mutua guerra, quitarse los honores y las vidas, envidiarse entre sí su suerte; y entre todos no hallarás tranquilo ni contento sino al verdadero filósofo, al hombre de bien y virtuoso que mira con dolor y compasión todo cuanto pasa en el mundo, que conoce la inestabilidad de él y sólo aspira a la felicidad eterna.

Si tú reflexionas atentamente todos estos y otros muchos objetos que se presentarán a cada paso a tus ojos, y observas las inquietudes, aflicciones y desvelos de los mortales relajados, te será horrible su aspecto, huirás de ellos, y arraigadas en tu corazón las máximas de la virtud, nada tendrás que envidiar ni desear, porque en ti mismo hallarás los mayores bienes y felicidades de la tierra. Acuérdate de estos consejos, que a pesar de mi debilidad me he esforzado a decirte solamente por tu bien. Otras muchas cosas pudiera añadir, pero ya me cuesta trabajo el hablar. Dame los brazos, Teodoro mío, y

déjame el tiempo que me queda de vida para expiar mis culpas con el llanto y el arrepentimiento».

Oyó todo este sabio discurso el joven Teodoro con mucha atención y derramando copiosas lágrimas. Veía morir a su bienhechor, a su segundo padre, y no hallaba consolación en su dolor. Murió el piadoso sacerdote dos días después de haber hablado tan largamente a Teodoro, y no privándolo del habla su maligna enfermedad hasta el mismo punto que expiró, le repitió sus amonestaciones y consejos varias veces, exhortándolo siempre a la virtud; y quedaron sus palabras tan impresas en el corazón de Teodoro que jamás las olvidó. Viéndose ya sin el apoyo del benéfico sacerdote, determinó pretender algún empleo antes de que se le acabase la cortísima hacienda que le dejó. Sin embargo de que era un joven muy instruido en Filosofía, Leyes, Cánones, Historia, Geografía, Cosmografía y otras varias materias, no tuvo empeños y nada consiguió, aunque estuvo dos años pretendiendo.

Ya se le acababa el dinero, veía el mal estado de su solicitud, conocía lo perjudicial que le sería la ociosidad, en que es muy escurridizo el paso a la maldad y al vicio, y resolvió ponerse a servir. Supo que en casa de un caballero ilustre y muy rico buscaban un criado mayor para llevar la pluma y correr con algunos negocios domésticos. Se presentó a él con mucha modestia y sin recomendación alguna. Le hizo con mucha energía y sensibilidad la confesión de su desgraciada suerte y le citó varias personas de carácter para que se informase de su conducta. Su figura era amabilísima, y su voz tenía un cierto imperio sobre los corazones humanos. El caballero lo era, amaba mucho la virtud y concibió desde luego una alta idea de este joven. Se informó de su proceder y circunstancias, y todo correspondió a su narración. Lo presentó Don Fulgencio (que así se llamaba el caballero) a su mujer y una hija única que tenía; les pareció muy bien, y sin embargo de que tenían varios empeños para recibir otros prefirieron a Teodoro, de quien los tres hicieron un superior concepto.

No tardó Don Fulgencio muchos días en experimentar los favorables efectos de su buena elección. El sublime modo de pensar de Teodoro, su expedición para todos los negocios, su atención a las cosas domésticas, su vigilancia y desvelo en servir a sus amos, el reconocimiento que manifestaba a sus favores, y sobre todo su honradez y heroica virtud, le granjearon la estimación, el amor y la confianza de sus buenos amos, de tal modo que en breve tiempo depositaron en él la administración y cuidado de todas sus rentas y caudales. No lo trataban como criado, sino como hijo; y esto mismo obligaba a Teodoro a multiplicar su celo, su lealtad, desinterés y afecto. Si todos los amos distinguiesen a sus criados según su mérito y amasen la virtud como deben estarían bien servidos, pues son muy raros los corazones que no se rinden al beneficio y a la gratitud. Pero si un hombre de bien da con un mal amo que lo mira con desprecio, reprendiéndolo con aspereza y delante de todos e injuriándolo sin causa, no le tendrá nunca amor; y si sigue en su servicio, o será porque la necesidad le obligue a ello, o por el interés. Un buen amo tiene por lo regular buenos criados; y si es malo, no encuentra sino otros cómo él, que lo sirvan sin vergüenza ni crianza.

Cada día hallaban Don Fulgencio y su familia nuevas cosas que admirar en Teodoro, y no cesaban de dar gracias al Cielo por haberlo recibido en su casa. La hija, que se llamaba Flora, joven de mucha virtud, talento y hermosura, sentía en su corazón una vehemente inclinación a Teodoro. Su graciosa presencia, su elocuencia natural, sus acciones virtuosas y sus singulares cualidades excitaban de tal modo su pasión que interiormente se consumía, y no sabía qué hacerse para lograr alguna tranquilidad.

La oportunidad que tenía Teodoro para tratar y conversar frecuentemente con Flora, las atenciones que recibía de ella, la suma gracia con que la había dotado la naturaleza, su mucha modestia y recogimiento la hacían un objeto tan agradable a sus ojos que insensiblemente se apoderó el amor de su corazón. Cada vez que veía a Flora sentía una interna conmoción que le congelaba la sangre, le embarazaba la respiración y casi se turbaba al hablarle; pero reflexionando su clase, la calidad elevada de Flora y sus grandes riquezas conocía que amaba a un imposible, y que siempre sería infeliz. Toda su filosofía y virtud no podían vencer su tierna inclinación, y hacía los mayores esfuerzos para disimularla y no descubrir un secreto que juzgaba sería su perdición. Amaba el retiro y la soledad, y cuando estaba solo en lugar que podía quejarse con libertad decía entre sí:

«¡Qué poderosos encantos son los del amor! ¡Qué tirano es su rigor! ¡Cómo abate al corazón más altivo! ¡Cómo introduce en él insensiblemente el más dañoso veneno! ¿Es posible que yo me halle en situación tan amarga, en riesgo tan inminente y en caso tan funesto? Yo amo, ¡ay de mí! ¿Y a quién? A una joven virtuosa, a una señora de calidad, de quien soy un pobre criado. ¡Qué diría de mí si supiera mi pasión! Diría que era un loco, un temerario... Pero, ¡oh, Cielos!, yo observo en sus bellos ojos una inclinación que me parece amor... ¡Amor! ¡Qué extravagancia! ¡La bondad que usa conmigo me lisonjea de este modo! Sin duda que he perdido el juicio. ¿Y si mis amos penetrasen mis desvaríos? ¡Oh rubor!, me echarían de su casa, me tratarían de insolente e ingrato y yo moriría de vergüenza. Pues, ¿qué haré? Cuántas veces me decía mi docto bienhechor: *¡Supera las pasiones, véncete a ti mismo, ésta es la mayor victoria!* ¿Y yo desprecio estas virtuosas máximas? No, no. Las tengo esculpidas en mi corazón. Pero, ¡ah, infeliz de mí!, amo tan tiernamente que no sé cómo podré resistir. Todos los medios que medito son en vano. Yo acabaré con mi vida, no habrá consuelo para mí. Salir de esta casa, habiendo recibido tantos favores de mis piadosos amos, es una infamia, una ingratitud muy enorme e indigna de mi honradez. Permanecer en ella a la vista de una imagen seductiva y admirable es exponer mi virtud y causar mi irreparable ruina. ¡Oh, gran Dios! ¿Qué haré en tan penosa confusión? Morir... Sí, morir, para que tengan fin mis tormentos y desgracias».

Así se lamentaba el triste Teodoro, sin saber el partido que debería tomar. Procuraba encubrir su continua agitación, pero su aspecto tétrico y confuso manifestaba la interior inquietud que padecía. Don Fulgencio y su mujer notaban la mutación de Teodoro; varias veces le preguntaron qué era lo que tenía, y él procuraba, disimulando la verdadera causa, atribuirlo a cualquiera otra, que aunque solía ser frívola, con su natural elocuencia la realizaba y los persuadía. Miraba Flora al objeto de su amor consumirse de tristeza; deseaba, como tan interesada, saber el motivo, pero no se atrevía a preguntárselo. Ya un día, estando los dos solos, le dijo Flora: «Teodoro, ya hace algún tiempo que noto en vos

una particular melancolía, que no puedo discernir de qué proviene. Aunque estéis sirviendo, estéis en una casa donde todos os estimamos, de modo que más bien sois amo que criado. Nada os falta. Vos tenéis libertad para disponer a vuestra voluntad de cuanto poseemos, y a la verdad no me es fácil distinguir la causa que excita en vos tanta pena. Antes os veía siempre alegre, hablabais sin ningún embarazo, y con cualquier cosa os divertíais. Ahora nada os alegra, vais a hablar, os turbáis, y como involuntariamente exhaláis tiernos suspiros».

«Señora, le responde Teodoro, como tenemos una infeliz dependencia de un cuerpo miserable que nunca puede estar en un perfecto equilibrio, sino que mil indisposiciones alteran todos sus humores, no es extraño que alguna vez se desconcierte una máquina tan delicada, y que esta alteración produzca la hipocondría y la tristeza».

«Sí: Yo no dudo que varias veces son esos los funestos efectos de las indisposiciones internas que agitan nuestra salud; pero no podéis negarme que vuestra aflicción tiene otros principios. Suspirar sin querer, dejar caer algunas lágrimas a pesar del disimulo, no hallar alivio en medio de las asambleas más numerosas ni de las diversiones más agradables, ir a hablar y embarazar la voz un suspiro interrumpido son efectos de otras causas mayores, y que hieren más el alma».

«Mas, señora, ¿qué más causa queréis que estar un hombre disgustado consigo mismo?»

«Ninguna más fuerte. Pero ese disgusto, ¿de qué proviene?»

«De mi estrella».

«¡Ah, Teodoro, explicadme vuestras desgracias!»

«Ni aun yo mismo las sé. Tal es mi desesperación y tormento».

«El Cielo es testigo de cuánto os compadezco. Pero habladme claro: ¿es amor?».

«No lo sé».

«Sí: ésta es la causa: yo la conozco. ¿Y no me diréis el objeto que amáis?»

«No puedo».

«Pues, ¿no os fiáis de mí?»

«Sí».

«¿Y me sacaréis de mis dudas?»

«No».

«¿Teméis descubrirlos a mí?»

«Sí».

«Sois muy ingrato».

«No, no lo soy; desgraciado, sí».

«Vuestra turbación me confunde. ¿Dudáis de que me interesa vuestro reposo y felicidad?»

«No».

«¡Ah! Abridme vuestro corazón. Estad seguro de que si yo puedo...»

«No, señora, no podéis remediar mi mal, es muy imposible, y mi suerte tan lastimosa que, o he de parecer ingrato al beneficio, o he de morir al rigor inhumano de mi adversidad».

«Cruel extremo es el vuestro. Mas...»

«¡Ay de mí! Dejadme, señora, por piedad; dejadme acabar con una vida tan llena de pesar y desconsuelo». En esto oyeron el estrépito del coche en que venían de misa Don Fulgencio y su mujer; y Flora y Teodoro se separaron mirándose recíprocamente con la mayor ternura, y oprimidos sus corazones de la más terrible angustia.

Teodoro se retiró a su cuarto acompañado de su congoja. Reflexionaba sobre el discurso que había tenido con su amada Flora, las tiernas palabras de ésta, el interés que tenía en su tranquilidad, y asaltado de las más impías consideraciones, para dar algún desahogo a sus crueles ansias exclamaba: «¡Ay, Cielos! ¿Qué es lo que acabo de oír? ¿Quién es quien me ha hablado? Flora... Sí, mi amada Flora es la que procura mi consolación. ¡Qué dulces palabras! ¡Oh, bárbaro martirio! Sin duda ella ha penetrado mi corazón, ha leído en mis ojos mi pasión, quiere darme alivio y tiene lástima de mí. No, no es casualidad el que me haya hecho tantas instancias para saber la causa de mis males, no; acaso me amará y no se ha atrevido a declarármelo. *Estad seguro de que si yo puedo...* Sí, esta voz salió de sus preciosos labios. ¡Qué iría a decir! Sin duda: si yo *puedo daros algún alivio...* Pero, ¿esto no puede ser compasión? Sí. Mas no sé qué ternura... ¡Qué fantasía! ¡Qué frenesí! Yo me figuro una idea caprichosa y extravagante. Yo me confundo con estas lisonjeras imágenes. Yo mismo me fabrico mi ruina y precipicio, fomentando una llama que debería sufocar. Agobiado de tan pesado martirio, no sé qué resolver. Mil proyectos forjo en mi imaginación, y ninguno me atrevo a ejecutar. La virtud, el honor, la gratitud, máximas tan propias de un hombre de bien, y que la buena educación me ha estimulado a venerar y conservar hasta aquí, combaten contra mi amor. ¡Qué poderosos enemigos! Pero un hombre que, dejándose arrastrar de sus pasiones, desprecia unos gritos tan honestos y penetrantes es comparable a un caballo desbocado, que rompe las riendas y se precipita ciegamente. En el orden de la naturaleza es el hombre superior a todos los seres vivientes, y el que no sabe vencerse a sí mismo se hace inferior a los brutos más irracionales. ¿De

qué nos sirve el juicio y el entendimiento si no sabemos contener nuestra voluntad? ¡Ah! No es ésta como los músculos del cuerpo, en quienes tenemos un dominio activo para moverlos y guiarlos a donde nos parece. No hay duda; pero la reflexión supera a la voluntad, y aun a su pesar puede el hombre triunfar de sus inclinaciones. Si no, ¿qué sería de nosotros, por naturaleza propensos a saciar nuestras torpes e indignas pasiones? Es verdad. ¡Ay de mí! Estímulos de virtud, de gloria y de reconocimiento, no me desamparéis en tan estrecha situación. Protegedme, ¡oh gran Dios!, y dadme auxilios para salir triunfante de un combate tan reñido y cruel».

En este contraste de pasiones se ven brillar los efectos de la buena educación. Sentía Teodoro en su corazón los poderosos impulsos de la virtud, y como estaba tan radicada en él no podía destruirla el amor, no obstante la violencia con que hieren sus flechas y la ceguedad con que la fragilidad humana se rinde a sus vehementes atractivos. Si se considerasen bien las funestas consecuencias que produce la mala educación, no habría tantos padres indolentes y descuidados en una materia tan importante. Las familias tendrían más sólidos apoyos, la patria mejores ciudadanos, y el Estado más útiles varones que administrarían la justicia, cultivarían la beneficencia, fomentarían la industria, defenderían la inocencia y protegerían la virtud abatida y despreciada. El hombre bien criado puede por su flaqueza extraviarse; pero como su corazón le acuerda incesantemente sus principios equitativos y justos, vuelve en breve a tomar el camino recto que abandonó.

No podía olvidar Flora las palabras de Teodoro. Su turbación, su semblante y sus miradas expresivas casi la persuadían que ella era el objeto de su amor. No sabía cómo averiguar positivamente la causa que lo tenía sumergido en tan deplorable melancolía. «Teodoro, decía entre sí, es muy virtuoso y sabio. Si me ama no se atreverá a descubrirme su pasión, temeroso del enojo de mis padres, y tal vez del mío. ¡Ah! Si supiera el cariño que le profeso y lo mucho que me lastima su tristeza, no tendría reparo en confesarme sus ansias y desvelos. Si le pregunto qué es lo que siente, casi estoy segura de que no me lo dirá. Si le manifiesto la ternura de mi corazón es flaqueza, y tal vez enterado de mi amor será más su aflicción. Si yo no soy la que adora, me expongo a un sonrojo, pues condenará con razón mi ligereza y presunción. El lance es fatal. Yo estoy tan inquieta que con nada hallo descanso. Considero que mi amor es una locura, que él es un criado mío, que aunque mis padres lo estiman tanto nunca consentirán en nuestra unión, y que si alimento un fuego tan activo voy a causar mi ruina y tal vez la suya. ¡Bárbara situación! Yo me siento morir. Quisiera enjugar sus tiernas lágrimas, consolarlo en su dolor, pero no sé cómo poder hacerlo. ¿De qué me sirven las riquezas y honores si no puedo gozar del único bien que adoro? ¿No es la más vana y cruel preocupación del mundo aquella razón de Estado que nos obliga a entregar nuestro corazón a quien tal vez se aborrece, y no a quien se ama? La ambición y vanidad del hombre introdujeron esta máxima tan inhumana, que es el más tirano verdugo de las almas sensibles, y nosotras somos las más frecuentes y desgraciadas víctimas de un error tan pernicioso. Pero el mundo, confirmado en esta opinión, censura y condena a los que no miran por el honor, que se funda en el nacimiento y en el antiguo lustre de las familias, como si la virtud por sí sola no fuese más estimable. Esta verdad se considera poco, y sólo se atiende a la brillantez, que siendo tan aparente como en realidad es, se apetece, honra y aplaude. Y si no me conformo con estas máximas, aunque

ciertamente son extravagantes, ¿qué dirán de mí? Que soy loca, que me dejé arrebatar de un capricho y que no procuré conservar el decoro correspondiente a mi calidad... ¡Ah, Teodoro! Estas consideraciones serán causa de mi infelicidad. ¿Quién te trajo a mi casa para turbar la tranquilidad de mi alma? Desde que te vi no he gozado un momento de reposo. ¡Ay, desgraciada de mí! Sin ti no podré vivir, mi desesperación será eterna, y mi tormento riguroso e insufrible».

En semejantes reflexiones pasaban infelizmente los días Flora y Teodoro, y crecía su desconsuelo a vista de tantos imposibles como cada uno respectivamente consideraba para conseguir sus deseos. Vivían ambos lisonjados de que se amaban mutuamente, sacando estas consecuencias de las palabras interrumpidas, de las miradas lánguidas y de las atenciones que cada uno observaba de parte del ídolo que amaba. Ya un día entró Flora en el cuarto de Teodoro, a tiempo que éste estaba escribiendo unos versos, transportado de su dolor y confusión. Profundizado en las imágenes que le representaba su idea, no vio a Flora hasta que estuvo muy cerca de él. Luego que la vio se levantó de la silla muy sobresaltado, y con un tono trémulo y vacilante le dijo:

«Señora... ¡Vos aquí!... ¿Qué me mandáis?»

«Considerando, le respondió Flora con no menos turbación, que retirado en vuestro cuarto estaríais entregado a vuestras continuas penas, quise interrumpir con mi presencia vuestras sensibles imaginaciones, por si podía daros algún alivio».

«¡Ah!, si supierais, señora, cuánto agradezco vuestra piedad...».

«Vivo muy persuadida de vuestra gratitud. Pero decidme, ¿qué hacíais tan distraído que no habéis sentido abrir la puerta?»

«Yo..., señora...»

«No os turbéis, Teodoro. Sin duda estaríais escribiendo al objeto que amáis».

«¡Ah! No puedo tener tanta dicha».

«¿Pues, qué hacíais?»

«Para desahogar mi fantasía escribía unos versos».

«¿Y los podré ver?»

«Señora..., son tan insípidos que tendríais poco gusto».

«Estimulados de una pasión tan vehemente, serán demasiado vivos. Permitidme que los lea».

«Deteneos... Acaso...».



«¡Ah! Sí. Perdonad. No he reflexionado que se dirigirán a la dama que adoráis, y como soy mujer estaría mal guardado el secreto».

«Señora... ¡Oh, Cielos! Vos me injuriáis. Tal vez mereceré vuestra indignación; pero tomad, para que de una vez acaben con mi vida mis tormentos». Tomó Flora el papel y leyó, que decía así:

### SOLILOQUIO

*Voz de dolor, de un hombre desgraciado  
publica sus pesares y tristeza,  
ya que en un mal tan duro e insufrible  
no encuentro quien mis males compadezca.  
Llora conmigo, amor, mi adversa suerte,  
llora el rigor insano de mi estrella  
ya que tú eres la causa de que viva  
rodeado de angustias y miserias.  
Ya el corazón oprimido y afligido  
ni aun para palpar valor encuentra.  
Ya los sentidos todos se entorpecen  
y me siento morir de mi dolencia.  
¡Qué crüel situación! ¡Ay, infelice!  
¿Qué haré para aliviar mi grave pena?  
Si reflexiono bien mi triste estado,  
¡oh, cuántos imposibles me presenta!  
Por todas partes miro mi desgracia.  
¡Qué desesperación triste y funesta!  
¡Oh amor, oh amor tirano! ¿por qué hieres  
tan dura y crüelmente con tus flechas?  
¿Por qué privas al alma del reposo?  
¿Por qué tanto a los hombres desconsuelas?  
Entre flores y rosas, ¡oh Cupido!,  
con gustosa alusión te representan  
de guirnaldas preciosas coronado,  
alegre, y con la boca muy risueña.  
Pero (¡qué negra astucia!) deberían  
pintarte como un monstruo o una fiera  
que atrae a los mortales con engaños  
y con su vista mata y envenena.  
En vez de mirtos, rosas y jazmines  
ponerte al rededor armas funestas  
que causasen horror, para que nadie  
siguiese incautamente tus banderas.  
Quien nunca haya probado tu perfidia  
creerá que eres, amor, cosa tan buena  
que contigo traerás muchos placeres  
y harás feliz la vida; ¡qué demencia!,*

cuando la llenas siempre de amarguras,  
de inquietudes, zozobras y tristezas.  
Dígalo yo, que nunca he padecido  
las ansias y desvelos que me cercan  
hasta que, incauta, el alma se ha rendido  
a un imperio que tanto la sujeta;  
y en medio de este estado lastimoso  
ni una esperanza débil me consuela.  
Nunca descansaré, yo lo conozco,  
y moriré al dolor que me atormenta,  
pues sin su dueño amado, ¿cómo es fácil  
que aliente un corazón que lo venera?  
Ni aun puedo declararle mi cariño  
ni esperar, aunque amor por mí tuviera,  
la dicha venturosa que hacer puede  
mi vida más tranquila y más serena  
¡Oh, tormento crüel! Pero, ¿qué causa  
es la que a tal desgracia me condena?  
Mi fortuna infeliz, mi nacimiento,  
mi misma humillación y mi pobreza.  
¡Qué vanidad mundana, cómo mira  
con injusto desprecio la indigencia,  
como si un alma grande y virtuosa  
no fuese preferible a la riqueza!  
Es una presunción loca, no hay duda,  
que dictan la opinión y la soberbia;  
pero al que tiene máximas contrarias  
se atribuye que piensa con bajeza.  
¿Por qué razón el mundo lisonjero  
ha de hacer injusticia tan proterva,  
concediendo el honor al nacimiento  
y no a la virtud pura y más perfecta?  
El nacimiento es obra del acaso,  
y la virtud el hombre la granjea  
con las buenas acciones, que descubren  
sus nobles sentimientos y alma bella.  
Mas, ¿qué importa, si el mundo no conoce  
esta razón tan clara y verdadera,  
y es preciso seguir en las costumbres  
que, aunque son un error, todos observan?  
¡Ay de mí! ¡Cuán en vano me fatigo  
en estas reflexiones! Si mi estrella  
pobre me hizo nacer, lograr no puedo  
la flor que está ostentando su belleza  
cada instante a mi vista. ¡Flor amable!  
¡Quién fuera tan dichoso que pudiera

*a lo menos decirte que te amo,  
aunque después mi muerte fuese cierta!  
¡Ah, imagen por quien vivo! ¡Ay, dueño mío!  
Mi desmayado espíritu se alienta  
considerando que a tus pies postrado  
ofrezco ser esclavo de...*

«¿De quién?, dijo Flora sobresaltada, acabad el verso...»

«*De vos mesma... ¡Ah, señora! Ya lo dije; la fuerza del asonante... la pasión..., mi lastimoso estado... me transportaron... Sí..., me hicieron proferir... Perdonad...»*

«Levantad, Teodoro, ¡ay de mí!, le interrumpe Flora agitada y confusa, levantad... ¡Oh, desventura! Sabed que no soy ingrata, que os amo... Sí... No lo puedo disimular, os amo cuanto a mi vida».

«¡Qué oigo, santo Cielo! ¡Vos me amáis!...»

«Sí, desgraciado Teodoro, hace muchos días que compadezco vuestro dolor; pero... ¡Ah, bárbara suerte!».

«Sé lo que ibais a decir, ¡oh tormento! Sí. Que mi amor es un frenesí, que soy un pobre miserable y que nunca seré feliz».

«¡Ah, Teodoro mío! No os aflijáis, consolaos... El Cielo tendrá piedad de nosotros. Vuestra virtud os hace el más amable del mundo, y tal vez...»

«Señora, ¡oh cruel destino!, no, no os figuréis unas ideas tan inverosímiles y extrañas. Muchos inconvenientes se oponen a nuestra felicidad. Vuestro ilustre nacimiento, mi oscuro origen, vuestros padres, vuestros parientes, mi desgracia, sí, mi miseria... ¡Ay de mí!, todo se me presenta a la vista para mayor desesperación y tormento».

«Mi bien... Teodoro... ¡Oh, joven infeliz!, no me angustiéis de tal modo, tened compasión de mí».

«Adorable Flora, suspended ese tierno y precioso llanto. Yo no haré desgraciada vuestra vida; sabré morir animosamente por vuestro reposo y tranquilidad aunque sea necesario hacer el mayor sacrificio».

«¡Oh, Teodoro! ¡Oh, dulce y tierna víctima! Vos gemís, vos queréis sacrificaros por mi quietud y descanso. ¡Ah! Saben los Cielos que siento más vivamente que vos las penas que os ocasiono. ¡Oh, quién pudiera enjugar vuestras preciosas lágrimas! ¡Quién pudiera haceros eternamente feliz!»

«Bien podéis hacerme, generosa Flora».

«¿Cómo? Decid; yo haré cuanto me pidáis».

«Con sólo amarme. ¡Ah! Sabiendo que vivo en vuestro corazón, viviré contento. Repetiré mil veces entre mí esta plausible» consideración; y ya que mi abatido estado me priva de gozar el bien más estimable de la tierra, me consolaré con la dulce memoria de vuestro tierno amor».

«¡Oh, virtuosísimo Teodoro! Ese amor es verdaderamente heroico; ¡cuánto me es agradable! Sí; yo os ofrezco imitar vuestra heroicidad. Amémonos eternamente; sacrifiquémonos el uno por el reposo del otro; vivamos dándonos recíprocas y continuas pruebas de nuestra constancia; y en medio de nuestras penas, será ésta la más grata satisfacción para mitigarlas».

«Decís bien, hermosa Flora; desde hoy acabe nuestro dolor, y los estímulos de la virtud fomenten la llamada de nuestro amor. Yo me siento valor para esta empresa, y cuando me faltase, con vuestras sabias palabras se reanimaría mi flaqueza. En la estrecha situación en que nos hallamos, sin ofender el honor hemos hallado el medio de ser felices».

«Por mi parte os aseguro lo seré, sabiendo que soy el dulce objeto de vuestros votos».

«Yo no puedo desear otra felicidad, y formando la vuestra, ¿qué más dicha puedo apetecer?»

«A Dios, Teodoro, a Dios, ya es hora de retirarme; pensad en mí, hablad conmigo, no os olvidéis que yo, alternativamente racionando con vos, os llamaré mi amor, mi gloria y mi consuelo».

Con una constancia increíble se separaron estos dos amantes como lisonjados de su triunfo, pareciéndoles que podrían seguir en su amor heroico, gozando una apacible felicidad. Pero como los deseos del corazón humano son muy progresivos, y solamente se calman cuando llegan a su fin, en breve tiempo conocieron Flora y Teodoro que les era imposible vivir tranquilamente con sola la consideración de su recíproco amor. Así como un impetuoso huracán agita improvisa y violentamente los árboles más gruesos, y a pesar de su resistencia los descuaja y derriba a tierra, así la fuerza de su tierno amor destruyó toda su constancia. Volvieron los insufribles pesares a atormentar sus sensibles almas: sus lágrimas se multiplicaron, y el corto tiempo que gozaron algún descanso les reprodujo mayores inquietudes y dolores. Sin embargo, Teodoro procuraba disimular, ya porque él había propuesto este proyecto, y ya porque consideraba que no debía ni podía aspirar a más. Flora combatía con infinitas reflexiones; pero era mujer amante, y el ser superior a Teodoro le daba motivo para pensar diversamente. Conocía que el contentarse Teodoro con sólo exigir su amor era efecto del carácter de humildad que resplandecía en él, y esto mismo la animaba más a sacrificarse en caso necesario para hacerlo feliz. Con esta idea entró en el cuarto de Teodoro a tiempo que, para desahogar su dolor, hacía que en corrientes saliese por sus ojos.

«¿Por qué lloráis, Teodoro mío?, le dijo Flora. ¿Son éstos los afectos de vuestro contento?»

«Señora, le respondió Teodoro con una voz débil, se llora de gozo, como por pena; y congratulándome conmigo mismo porque merezco vuestra ternura, no podía de alegría contener el llanto».

«¡Ah, Teodoro! Vos me engaíais. Yo leo en vuestro semblante la conmoción de vuestra alma. Sin duda estabais considerando vuestro deplorable estado y llorabais de tristeza, no de alegría. Alternativamente siente mi corazón vuestras penas, pues me las figuro por las mías propias. ¡Qué diverso es el pensar del ejecutar! Yo me creía capaz de contentarme solamente con obtener vuestro amor, pero ya veo que no hallaré felicidad ni reposo sino en vuestros brazos».

«Mas, señora... ¡Ah! ¿Cómo será fácil que logremos esta dicha?»

«Un medio sólo encuentro. Mis padres me aman tiernamente, yo soy las niñas de sus ojos; me echaré a sus pies, lloraré, imploraré su piedad y no me levantaré hasta que me concedan la gracia de ser vuestra esposa. Ellos son muy amantes de la virtud, conocen y estiman la vuestra, y no creo que harán una injuria a la humanidad despreciando vuestro mérito y anteponiendo el vil interés y la vanidad al sumo placer que causa a las almas sensibles el hacer felices y afortunados».

«No puedo exageraros, bellísima Flora, lo mucho que agradezco vuestro amoroso celo; pero os lisonjeáis en vano. ¿Cómo queréis que vuestros padres asientan a una cosa tan imposible? ¿No consideraréis que yo soy un criado suyo, que soy un pobre de humilde nacimiento y que se avergonzarían tan sólo de oír vuestra proposición? No reflexionáis que si les confesáis nuestro amor se irritarán contra mí y me echarán de vuestra casa con deshonor, desterrándome para siempre de vuestra amable vista? ¿No miráis que os reprenderán vuestra ceguedad, y que será causa de vuestra infelicidad y la mía? ¡Ah, bella Flora! No he nacido para vos, no os merezco. Otro más feliz que yo gozará de las delicias de Himeneo mientras que, acompañado de mi dolor, lloraré eternamente en lo más oculto del mundo la crueldad de mi estrella».

«¡Teodoro mío, qué decís! ¡Yo en brazos de otro! No, no me creáis tan infiel. Conozco el riesgo a que me expongo si descubro mi amor a mis padres. Sí, conozco la fuerza de vuestras razones, pero mi constancia no se abate, y por vos sabré morir aunque soy mujer. Otro medio más fácil puede allanar tantos obstáculos como embarazan nuestras dichas, Si tenéis valor, ésta es la última prueba que puedo daros de mi amor».

«Pues, ¿qué es lo que pensáis?»

«Bien os consta que manejo y tengo a mi disposición el dinero y cuantas joyas de valor hay en casa».

«Sí, lo sé. Mas...»

«Escuchad. Yo os daré dinero, vos compraréis dos caballos secretamente y una noche, vestida yo también de hombre, cargaremos con todo cuanto podamos, nos iremos a Francia y allí viviremos desconocidos, gozando mutuamente la paz que aquí hemos perdido. ¡Qué! ¿Os suspendéis? Parece que mudáis de color. ¿De qué proviene esa turbación?»

«¡Ah, señora, qué es lo que me proponéis! ¿Yo he de cometer una acción tan vil? ¿Yo he de causar el desconuelo de vuestros amados padres, de mis venerados amos, sí, de quien he recibido tantos beneficios? ¿Yo he de ser ingrato a mis bienhechores? ¿Yo he de privarlos de la única consolación que tienen, de una hija que con su presencia prolonga sus días y alivia su vejez? ¿Yo os he de pagar tan mal vuestro tierno amor, sacándoos de vuestra patria, privándoos de vuestros estados y causando vuestro deshonor? ¡Ah! ¿Qué diría el mundo de vos y de mí? Todos me tratarían de seductor, de inicuo, de impostor. Todos os acusarían de frágil e incauta. Vuestros padres maldecirían la hora en que me recibieron en su casa, y los favores que me han hecho. El Cielo miraría con enojo nuestro atentado, castigaría en vos la inobediencia, y en mí la ingratitud. Por todas partes nos acompañaría nuestro delito y remordimiento. Seríamos las más infelices criaturas de la tierra, y...»

«Callad, le interrumpe Flora con enojo; callad, cobarde, pusilánime. ¿Es ése el gran amor que me tenéis? ¡Ingrato! ¡Hombre cruel e inhumano! Yo os abro mi corazón, me expongo a tantos riesgos, desprecio mis riquezas y honores por vos, ¿y me despreciáis así?»

«No os desprecio, señora; sabe el Cielo lo sensible que soy a vuestro amor. Sois injusta si no me creéis. Pero unos respetos tan justos..., mi honradez...»

«Decid más bien *mi cobardía*...»

«¡Yo cobarde! ¡Yo! ¡Ah!, mal me conocéis. Por vos recibiría mil veces la muerte, me arrojaría a los mayores peligros, expondría inerte el pecho a las más duras armas. Pero pedirme que sea ingrato, que cometa acción tan inicua... ¡Oh, virtuosa Flora!, tened piedad de mí, quitadme antes la vida. No me hagáis indigno de vuestro amor».

«No lo merecéis, no. Desde hoy podéis olvidaros de mí, y yo me avergonzaré de haber amado a un hombre ingrato y de tan poco valor».

«Esperad, Flora. ¡Ay de mí, qué es esto que me sucede! Yo muero».

Flora se retiró como enojada, y Teodoro quedó casi sin sentido por un breve espacio. Volvió en sí, y mirando a todas partes absorto y confuso dejó salir un profundo suspiro acompañado de un torrente de lágrimas, y prorrumpió de este modo: «¡Oh, Cielos!, ¡qué estrecha situación es la mía! ¡En qué consternación me hallo! ¡Flora, sí, Flora enojada contra mí, llamarme ingrato y cobarde, decir que no merezco su amor! ¡Qué desgracia es la mía! ¡Quién se vio jamás en tan funesto caso! ¿Qué deberé hacer? Si calmo el enojo de mi dueño haciendo lo que me propone, soy un hombre vil, ingrato e inicuo. Si no procuro contentarla, ¿cómo podré vivir considerándome despreciado y aborrecido de quien más

amo? ¡Oh, suerte infeliz! ¿Qué resolveré en tal conflicto? Estoy desesperado. Por todas partes hallo mil inconvenientes, y en ninguna descanso. El perder a mi amada Flora me es tan sensible que solamente en pensarlo parece se me arranca el corazón. El perder mi virtud me es tan duro que me avergüenzo delante de mí mismo, y casi me figuro que mi propio remordimiento no me dejaría gozar un momento de reposo. Pero, ¡qué pena será la de mi bella Flora! Yo voy a hacer amarga su vida, a causarle mil inquietudes. ¿Y tendré valor para ser tan cruel? No, no, amada Flora. Yo perdería mil vidas que tuviese por tu reposo. No tendrás que acusarme de falso e inhumano; voy a cumplir tus preceptos, a darte la mayor prueba de mi amor, a pedirte perdón del dolor que te he ocasionado, sí, a entregarte mi voluntad para que dispongas de ella como propia... Mas, ¡qué digo! Sin duda he perdido el juicio. ¿Yo atreverme ni aun tan sólo a proferir unos sentimientos opuestos a mi virtud, estimulados de una loca pasión y tan indignos de un hombre de bien? ¿Adónde están las máximas que aprendí en mi educación? ¿Adónde están aquellos pensamientos nobles y heroicos que nutría en mi corazón? ¿Yo me dejo predominar así de mis pasiones? ¿Yo no soy capaz de vencerme a mí mismo? Sí, sí lo soy. En la balanza de la razón hace más peso mi virtud que mi amor. Bien sé que voy a morir; pero más vale perder la vida que cometer una vileza. Pues para poder resistir a la tentación me conviene salir de esta casa, abandonar a Flora, no vivir delante de aquellos hermosos ojos que me seducen y precipitan, e ir a llorar mi tirana y desgraciada suerte a donde nadie sepa de mí. Dadme, piadosos Cielos, valor para ejecutarlo, y protegedme en tanta confusión y tormento».

Inflamado de estos honestos sentimientos, y temiendo que tal vez vacilaría su virtud a vista de su amada Flora, fue al cuarto de Don Fulgencio y le dijo: «Señor, ya ha muchos días que me hallo asaltado de una penosa hipocondría», que me trae tan inquieto y desazonado que juzgo que si no procuro distraerme caminaré a pasos muy rápidos al sepulcro; y así vengo a suplicaros me concedáis vuestro permiso para irme algún tiempo fuera de la ciudad, y...»

«Vuestro semblante tétrico y turbado, le interrumpe Don Fulgencio, manifiesta lo mucho que padecéis. Pero, ¿no me diréis el motivo que excita en vos una pena tan extraña?»

«Señor, yo mismo no lo conozco. Mi corazón, naturalmente sensible, es causa de este mal que me aflige, y me parece que cazando y caminando por los campos podré hallar algún alivio».

«Pues bien, si no es más lo que deseáis, ya está concedido. Yo también estoy molesto de los negocios y de la ciudad; deseo esparcirme un poco, y así podremos irnos unos días a la quinta; cazaremos, haremos ejercicio y nos divertiremos».

«Vuestro gusto es el mío; disponed lo que juzguéis conveniente».

«Preveníros y partiremos mañana, pues anhelo ver disipada esa melancolía que os tiene tan agitado, y me causa tanta compasión el veros triste que daría cuanto tengo porque volviéseis a vuestro primer estado».

«Os agradezco, señor, esa bondad que usáis conmigo, sin ningún mérito».

«¡Ah! Todo lo merece un hombre honrado y virtuoso, como sois vos».

Con esto se separaron, quedando Teodoro no muy contento de la resolución de su amo, pues él deseaba ir solo a cualquiera parte para poder quejarse con libertad y valerse de algún pretexto decoroso para no volver a la casa, conociendo lo expuesto que estaba a ejecutar alguna acción opuesta a su virtud.

Comunicó Don Fulgencio a su mujer e hija lo que había pasado, y la determinación que había tomado. Tuvo Flora que acudir a toda su constancia para disimular la sensación que le hizo esta novedad inesperada; habló con sus padres sobre la tristeza de Teodoro, haciendo como que le causaba admiración el estado en que se hallaba. Los padres no sabían a qué atribuirlo; cada uno opinaba diversamente, y sin atinar con lo que podía ser se separaron dudosos y confusos.

Flora se retiró a su cuarto, y como se vio sola exhaló en cristalinas corrientes su reprimido dolor, y exclamó así: «¡Qué novedad es ésta, Cielo santo! ¡Teodoro querer ausentarse de mí! ¡Ah, su amor es fingido! ¡Falso, ingrato! Pero no, aquel semblante no es impostor, aquellas lágrimas no son falaces. Su continua tristeza y la languidez a que lo ha reducido son claros e indubitables indicios de su tierno amor. Su virtud, ¡ah virtuoso Teodoro!, sí, su virtud lo impele a solicitar una ausencia que acaso le costará la vida. ¡Pobre infeliz! El teme no poder contenerse a mi vista, y quiere morir antes que cometer una bajeza. El desaire que le he hecho, llamándolo cobarde e ingrato, le habrá penetrado el alma, y para darme una prueba de su amor sin exponer su virtud ha resuelto apartarse de mi vista. ¡Oh, gran Dios! ¿Qué deberé hacer en lance tan formidable? Si permito su ausencia moriré de desconsuelo; y si la estorbo, de cualquiera modo voy a descubrir un arcano que puede costarnos a los dos la vida. Mañana partirán, según mi padre ha dicho. Si puedo verlo esta noche a solas, lo aseguraré de mi constancia, lo consolaré en sus penas; y el Cielo tendrá piedad de nuestro desgraciado amor».

Llegó la noche, y luego que todos se recogieron fue Flora al cuarto de Teodoro, el cual tenía la puerta abierta y la pluma en la mano, que acababa de escribir una carta para Flora con ánimo de dársela al partir por la mañana. Se sorprendió al verla entrar, y quedó casi inmóvil en la silla sin poderle hablar palabra. Empezando Flora la primera, con una voz sumisa y trémula le dijo: «¿Qué tenéis que os sobresaltáis? ¿Acaso vengo a turbar vuestro reposo?»

«No, señora, le respondió Teodoro con un tono triste e interrumpido; no, antes bien, vuestra vista reanima mi desalentado espíritu; pero al considerar que me ausento de vos se me oprime el corazón de modo que no puedo respirar».

«¿Y quién tiene la culpa?»

«Yo mismo, o por mejor decir, mi virtud».



«Vuestra virtud es muy rígida, y os habéis empeñado en quitarme la vida».

«¡Ah, señora!, no atormentéis más a quien tanto padece. Esta carta que acabo de escribir, con intento de dárosela antes de mi partida, podrá instruiros de mi modo de pensar, y de mi desgracia». Tomó Flora la carta y vio que decía así:

*Teodoro a Flora.*

«Yo parto, y como estoy agitado de los más extraños movimientos no os admiréis que os manifieste unos sentimientos tan dignos de mi amor. Sí, parto, y aunque la ausencia suele entibiar la pasión no sucederá así en mí, pues mi corazón todo vuestro no se apartará de vos un solo instante. Viviré ausente, sí, pero en mi pecho estaréis tan presente como si estuviese en vuestra presencia. Yo os amo; mi amor se opone a vuestro honor y al mío, y con el sacrificio de mí solo se conservarán ambos. Una vida que puedo ofrecer vos voy a consumir en el retiro, donde eternamente lloraré mi desgracia, para daros una prueba de mi amor. Allí pasaré los días y las noches acompañado de mi soledad y desconsuelo. Allí, alimentado de mis quejas y de mi dolor, pasaré entre lágrimas y suspiros hasta que la inexorable Parca corte mi vital y pesado aliento. Allí, resonando el eco triste vuestro nombre, penetrará hasta lo íntimo de mi corazón. Allí acompañaré en su susurro lamentable a la sensible y viuda tortolilla. Allí, en fin, moriré en obsequio de mi amor y de mi virtud. ¿Puedo hacer más? ¿Soy ingrato? ¿Soy cobarde? ¿Me asusta el padecer por vos? ¡Ah, éste sí que es dolor y tormento! Aunque voy con vuestro padre, no volveré nunca a veros. Iré desde la quinta al sitio más escondido y sombrío, a padecer y a morir. De este modo nada tendrá que reprenderme mi virtud, ni tampoco mi amor. Con aquella cumplo apartándome del peligro en que podría naufragar, y con éste, siendo víctima de sus encantos. Cumplo también con vos, con vuestros padres, con el mundo, con el Cielo y con mi deber. No me acuséis de ingrato; tened piedad de mí. ¡Oh, dolor! Éste sí, éste es el último a Dios. Quedad en paz, señora, dad algún suspiro por mí, y a Dios para siempre».

Acaba de leer Flora estas palabras con mucho sobresalto, y sus bellos ojos brotan un copioso llanto, mezclado con los suspiros que arrojaba su corazón. Mira atentamente a Teodoro: ve pintada en su pálido y afligido rostro toda la sensibilidad de un alma virtuosa y enamorada. Cógele de la mano, la estrecha en su pecho, y casi sin poder articular le dice: «¡Qué resolución es la vuestra! ¡Vos tenéis valor para dejarme abandonada! ¡Vos queréis separaros de mí para siempre! ¡Éste es el premio debido a tanto amor! ¡Ah! ¿Y ésta no es ingratitud, no es crueldad?»

«No, señora, le responde Teodoro anegado en lágrimas, no es crueldad sino deber. Soy el más desgraciado de los hombres; y para que mi desgracia no os alcance, me precisa tomar una determinación tan dura e inhumana. Si yo pudiese manifestaros mi corazón, veríais en él pintada toda la angustia y tribulación que padezco al separarme de vos. ¡Ah! Todas las penas del mundo juntas no igualan a la mía. ¡Qué caso tan fatal y funesto es el mío! No me tratéis, señora, con rigor; bastante tormento es el que me lacera el alma».

«Teodoro, joven desventurado, vos me hacéis morir. Siento que mi corazón desfallece al pensar que no volveré a veros. ¡Ah! No, no llevéis a tal extremo vuestra virtud; volved a

consolarme en mi angustia y soledad. Esta gracia implora de vos una mujer, sí, una mujer infeliz que tanto os ama. Tened lástima de mi dolor».

«Bellísima Flora, yo... Sí... Dejadme, por piedad. A mucho riesgo exponéis mi virtud. Esas lágrimas son muy seductivas; esos tiernos suspiros penetran mi corazón. Sin tantos estímulos es ya bastante débil mi espíritu. ¡Oh, Dios! Ya respirar no puedo. ¡Cruel separación! ¡Bárbara suerte mía!»,

«¿Aún dudáis? ¿Nada resolvéis? ¿Tan poco os interesa mi reposo?»

«¡Ay, Flora, no sé qué deciros. Sí, me interesa más que el mío. Haré... dejadme en paz... Sí, os seré fiel..., moriré... ¡Cielos, tened compasión de mí!»

Con una turbación inexplicable, y sin poder uno ni otro hablar una palabra, se separaron estos dos desgraciados jóvenes, supliendo las lágrimas, los suspiros y las miradas tristes lo que no pudo expresar la lengua. Apenas pudo Flora llegar a su cuarto y echarse en la cama, donde pasó, como poseída de un letargo, el resto de la noche. El pobre Teodoro, sentado en la silla, privado del sentido, no volvió en sí hasta cerca de amanecer, en que ya un poco recobrado pudo levantarse para echarse en la cama. Aquella zozobra e inquietud que devora los corazones cuando están oprimidos de una grave pena tenía sumergido el de Teodoro en un abismo de tormentos. Apenas podía suspirar, las lágrimas salían de sus confusos ojos como en tropel, por todas partes veía la imagen funesta de sus infortunios, y rodeado de la mayor desesperación, ansia y desconsuelo, no podía sosegar ni hallar alivio.

Ya llegó la hora de partir. Se levantó como pudo, llamó a su amo y tomaron la ruta para la quinta sin despedirse de nadie. La fuerza que Teodoro tuvo que hacerse a sí mismo para que Don Fulgencio no pudiese conocer su extraña y lastimosa inquietud es inexplicable; pero impelido de la necesidad, al fin pudo aparentar alguna serenidad. Varias fueron las conversaciones que tuvieron en el camino, pues Don Fulgencio, por aliviar la melancolía de Teodoro, suscitó varias materias. Cuando llegaba por casualidad a nombrar a su hija Flora, el infeliz Teodoro tenía la mayor pena en reprimir los suspiros que quería exhalar su corazón. En fin arribaron a la quinta; comió bien Don Fulgencio, pero Teodoro muy poco. Después se echó aquél a dormir un rato, y éste se salió al jardín a desahogar su dolor. Cuando se vio solo, esparciendo a los vientos tristes quejas dijo entre sí: «¿Yo he tenido valor para ausentarme de mi amada Flora? ¿Yo he tenido valor para dejarla llena de desconsuelo y pesar? ¡Ah!, ¿qué dirá de mí? Me tratará de ingrato, de cruel, y tal vez ofendida de mí ya me aborrecerá. Pero, ¿qué digo! ¿Me aborrecerá? ¡Ay de mí! A este pensamiento desmaya mi constancia. Mas yo tengo la culpa. Yo soy el injusto, el tirano que causó su desgracia y la mía. ¡Bárbaro Teodoro! Pero, ¿qué estímulos me obligaron a obrar así? Los de la virtud, los del honor. ¿Y me reprendo una acción heroica y desprecio la voz penetrante de la razón? ¡Ah, más vale morir que hacer una infamia!; sí, más vale. Pues muere, infeliz y desgraciado joven; muere, que aunque la vida sea amarga será la muerte tranquila y sin remordimientos». Ya era hora de despertar a su amo; lo hizo así, y cuando el Sol había mitigado el ardor de sus luminosos rayos se fueron a caza los dos, procurando Teodoro disimular su continua e insufrible pena.

El estado de Flora era a la verdad lastimoso. Ausente de su bien, sin esperanza de volver a verlo, sabiendo que iba a sacrificarse por su amor e ignorando cómo poder remediar tantos males, cuando la vista de su madre no la embarazaba no hacía sino llorar, gemir y suspirar. «Amado Teodoro mío, decía entre sí, ¿adónde estás, que no vienes a consolarme en mi aflicción? ¿Así tratas a quien perdió su tranquilidad por ti? ¿No es bastante mi amor para vencer tu crueldad? ¡Ah, bárbaro e injusto! Pero no, no lo es: virtuoso, sí. Su virtud es la que lo ha separado de mi vista. Mirando por mi honor y el suyo, ha tomado un partido tan doloroso. ¿Podrá encontrarse joven más honrado? Resistir a mis instancias, sufrir mi enojo y rigor y permanecer constante en su virtud, aun a costa de su reposo y del de un objeto que adora, ¿no es el mayor prodigio del mundo? ¿Cómo podré dejar de amar a un joven tan estimable? ¿Cómo podré dejar de alabar las cualidades tan apreciadas que lo distinguen de los demás hombres? No, no, yo no podré olvidarlo jamás. Él se sacrifica por mí, yo me sacrificaré por él. Ningún otro poseerá mi corazón: mientras viva estará grabada en mí su tierna imagen, y eternamente lloraré su deplorable suerte y la mía».

Ya había ocho días que Don Fulgencio y Teodoro estaban en la quinta, padeciendo éste y Flora lo que sería imposible referir, cuando un caballero muy distinguido y rico de la ciudad llegó a su madre a manifestarle los deseos que tenía de contraer matrimonio con Flora. La madre le respondió que lo haría presente a ella y a su marido, y que con acuerdo de ambos determinaría lo conveniente. Pareció muy bien a la buena señora esta conveniencia; llamó a su hija y se la comunicó. Quedó Flora sin aliento al oír la proposición de su madre, y como la cogió de sorpresa esta noticia, nada más le respondió que lo avisase a su padre, y que en sabiendo su parecer determinaría. Lejos de pensar su madre la causa de responder con esta frialdad su hija, lo atribuyó a su veneración y respeto filial, y en esta inteligencia escribió a su marido todo cuanto pasaba.

Inmediatamente que Don Fulgencio recibió la carta de su mujer, como acostumbraba a tratar con Teodoro los asuntos de más importancia, lo llamó, se la hizo leer y le pidió su dictamen. Quedó interiormente consternado y confuso Teodoro, pero en apariencia muy sereno. Se le representó a su imaginación su amor, su honradez y su reconocimiento, pero inflamado de su heroica virtud le dijo: «Señor, el caballero que desea vuestro enlace es muy conforme en todas sus circunstancias a vuestra hija, y el partido no puede ser más ventajoso. No hallando repugnancia alguna en mi señorita, soy de parecer que debéis permitir este matrimonio, pues el mérito personal y cualidades de ese caballero son muy recomendables».

«Lo mismo me parece a mí, respondió Don Fulgencio; pero siempre es menester mirarlo despacio. Yo sólo deseo la verdadera felicidad de mi hija, y por todos los intereses del mundo no violentaría su voluntad».

«Eso es pensar como padre justo y cristiano».

«¡Oh, amigo! Los males que causa la violencia en un matrimonio son irreparables. Es un estado para toda la vida. El amor y la perfecta armonía entre los contrayentes hacen más ligeras las miserias de ella, y si se aborrecen no hay infierno mayor. Yo condeno a los padres indiscretos que por capricho, vanidad o ambición sacrifican a sus hijos. Me parece

que si yo hiciese un agravio tan grande a la humanidad, viviría siempre sin tranquilidad y acompañado de los mayores remordimientos. Los daños que se originan son infinitos e irremediables, y sirve muy poco la pompa del mundo si se considera la eternidad que nos espera».

«Si todos los padres pensasen así no se verían tantas desgraciadas víctimas del interés y del orgullo».

«Los que se dejan llevar de ese resplandor engañoso son injustos, y yo no lo seré jamás, antes me confunda el Cielo».

«No puedo dejar de admirar las virtudes con que él os ha dotado».

«Mucho mayores son las vuestras, aunque tenéis menos edad».

«Señor, el afecto que por vuestra bondad me profesáis no os deja ver mis defectos».

«Porque nada os falte, tenéis también la humildad. Yo me alegraría de imitaros; pero dejémonos de esto. Voy a escribir a mi mujer que de aquí a cuatro días volveremos a casa, y que entonces pensaremos el asunto con madurez».

«Me parece muy bien esa determinación».

«Pues a Dios, hasta luego».

Quedó sorprendido Teodoro con tan inopinado evento. Reflexionaba los nobles sentimientos de su amo, pero sin embargo no se lisonjeaba ni aun con la más remota esperanza. El dolor le oprimía el corazón, y derramando abundante llanto decía entre sí: «¿Habrà en el mundo otro más desventurado que yo? ¿Podrà darse más fiero y cruel lance? ¿Yo mismo estar precisado a aprobar la feral sentencia de mi sacrificio? ¡Ay, infeliz de mí! De aquí a cuatro días ha dicho que volveremos a casa, ¿pero tendré ánimo para ser espectador de mi desgracia? ¡Ah, no!, ésta sería demasiada constancia; yo no podría resistir a la vista de mi amada Flora. Pues conviene evitar este formidable encuentro. Pero, ¿cómo lo haré? ¡Oh, consternación deplorable! Si pido licencia a mi amo para quedarme aquí, dirá que es un capricho intempestivo cuando tal vez va a casar a su hija dentro de poco tiempo. Si huyo de aquí, ¿qué juicio hará de mí? ¿Qué dirán las gentes? Si renuevo con mi presencia el amor de mi bella Flora y se resiste a casarse, hago una injusticia execrable. ¡Pobre de mí; qué resolveré, santos Cielos! ¡Ah!, haga el último esfuerzo mi virtud. Conviene que yo vaya con mi amo, que vea a mi bien y que por premio de mi amor le pida admita el esposo que le ofrecen, ¡oh, afortunado esposo! Este es mi deber, esto me dicta mi honor. Para las grandes acciones se hicieron los corazones magnánimos. El mío logrará este renombre con un acto de generosidad y de virtud tan extraordinario, aunque me cueste la vida».

En estas y otras semejantes consideraciones estaba Teodoro cuando un hombre desconocido lo llama, y con mucha reserva y precaución le entrega una carta. Reconoce

que es la letra de su amada Flora, y con el mayor temblor y confusión la abre y halla que decía así:

*Flora y a Teodoro.*

«Estoy inconsolable; mi desgracia llegó al mayor extremo. Un caballero de esta ciudad me quiere por esposa; temo que a mis padres parezca bien esta proposición, y si vos no tenéis lástima de mí voy a ser sacrificada. Vuestra cobardía es la causa de que yo me vea en este estrecho lance, pero aún tiene remedio. Haced por volver luego a casa; yo me manifestaré indiferente con mis padres, y mientras se preparan a tratar de mi matrimonio podremos emprender una noche la fuga, e iremos a otro reino a gozar en recíproca unión la tranquilidad que aquí no podemos esperar. Por mi tierno amor, por vos mismo y por todo el Cielo os lo ruego, si deseáis mi felicidad. Echad a un lado esos ridículos respetos que os detienen; y si aún permanecéis obstinado en ellos, estad seguro de que todo mi amor se trocará en odio y rencor. No puedo deciros más. De vos espera su consuelo la desventurada *Flora*».

Considérese como quedaría Teodoro al leer esta carta de su dueño amado, en que le daba la mayor prueba de su amor y lo amenazaba con el más duro rigor si no condescendía con su resolución. Casi se necesita de un superior auxilio para salir victorioso en un combate de pasiones tan fuerte. Estuvo Teodoro un largo espacio reflexionando entre si; pero como las bellas máximas que aprendió en su educación habían radicado en su corazón la más pura virtud, tomó la pluma y en respuesta a la carta de Flora escribió la siguiente:

*Teodoro a Flora*

«Dudo que hombre en el mundo se haya hallado jamás asaltado de las crueles agitaciones de que yo lo estoy en este crítico momento. ¡Oh, cómo apetecería la muerte más bien que verme en la dura necesidad de decidir de vuestra suerte y la mía! Vuestra carta me hace ver toda la sensibilidad de vuestra alma, vuestra ternura, vuestra desesperación y vuestro infausto estado. Pero, ¡ay de mí!, en ella me proponéis una acción inicua, y me amenazáis con vuestro enojo si no la cometo. El único remedio que tienen nuestros males es ejecutar un crimen execrable. Si yo me dejase conducir de mi ciego amor atropellaría los más venerables respetos, me transportaría a los más indignos excesos, daría mil muertes a quien intentase estorbármelo y haría las mayores iniquidades; pero la razón y la virtud me gritan: *Detente, Teodoro; detente, insensato joven*. ¡Ah, qué imperio tiene esta voz en mi corazón! Me desarma el brazo, serena mis iras, calma mis pasiones y me confunde. ¡Ah, señora!, hablemos claro: dirija la pluma mi virtud y mi honradez, y quiera el Cielo que penetren mis razones vuestra alma.

Vos me pedís que os saque de vuestra casa, que prive a vuestros amados padres del único objeto que más adoran; y si yo lo hiciese, aun vos misma os avergonzaríais algún día de haber amado a un hombre tan ingrato y tan vil. Vos me pedís que yo cause un sentimiento tan grande a los autores de vuestros días, que sin duda les costaría la vida, ¿y pensáis que tengo un alma tan baja que había de dar la muerte a quien tanto bien me ha hecho? Después de un atentado tan enorme, ¿qué sería de nosotros? Nuestro mismo

remordimiento, nuestra vergüenza y confusión harían infeliz nuestra vida. Nuestro delito siempre delante de los ojos turbaría nuestro reposo. ¡Qué memorias tan amargas no devorarían nuestro corazón! ¡Qué arrepentimiento no sería el nuestro! El temor de la pena que el Cielo tiene preparada al delincuente, ¡cómo nos haría desgraciados en medio de los más gustosos placeres! Vos lloraríais por una parte, yo me confundiría por otra. El horror, la turbación, la inquietud y el desconsuelo serían nuestros inseparables y pérfidos compañeros. Nos ocultaríamos a la vista de todo el mundo, pareciendo que nadie ignoraba nuestra infamia, y seríamos miserables e infelices eternamente. Creedme, amada Flora, sí, creedme, pues os hablo con toda la efusión de mi corazón: yo no debo ni puedo de ningún modo ser vuestro esposo. El Cielo me ha hecho de inferior calidad a la vuestra, y ha permitido que nuestros corazones se abrasen en una misma llama solamente para probar nuestra virtud.

¡Qué flaqueza vergonzosa no sería dejarnos arrastrar de una incauta pasión que nos guía al más profundo abismo y precipicio! Oigamos los repetidos clamores de la razón y del entendimiento. No escuchemos la voz lisonjera de un amor ciego. ¿Qué más satisfacción podemos tener que la de vencernos a nosotros mismos? Ninguna; ésta es la mayor que puede tener el corazón humano. Mucha violencia cuesta esta victoria, pero después de conseguida se conoce el precio de ella. ¡Ah, virtuosa Flora! Si deseáis mi verdadera felicidad, condescended con mis ruegos; entregaos a un esposo que os merece y que formará las delicias de vuestros padres. Yo os lo pido anegado en lágrimas, yo os lo suplico en recompensa de mi desgraciado amor. No se os ponga delante la infelicidad que me espera; os confieso que no sobreviviré a esta funesta desgracia, pero de todos modos he nacido para ser infeliz. La alegría de gozar vuestra mano sería bien funesta a vista de mis enormes delitos, y vuestra pérdida me consumirá de dolor. Conque si debo morir de cualquiera modo, dejadme a lo menos que muera por seguir el camino de la virtud, pues así será menos amarga mi muerte con la esperanza del premio eterno. ¡Quieran los cielos que conozcáis la fuerza de mis palabras, que sigáis mis consejos y que no os irritéis contra mí! A Dios, prodigio de hermosura; a Dios, amable Flora, y creed que siempre será vuestro humilde reconocido esclavo el infeliz *Teodoro*».

Dio esta carta al propio, encargándole muy particularmente la entregase en mano propia a Flora. El hombre lo ejecutó así, e inmediatamente que Flora la tomó se puso a leerla, y antes de acabarla cayó desmayada. Entra su madre por casualidad en su cuarto, ve a su hija de aquel modo y con una carta en la mano. Conoce que es la letra de Teodoro, se la quita, llama a las criadas, le aplican algunos perfumes para que vuelva en sí, la ponen en la cama y llaman corriendo a los médicos. Aunque su madre estaba tan sobresaltada y asustada como se deja discurrir, lee la carta, queda sumamente maravillada y aun enamorada de la virtud heroica de Teodoro, y no puede detener las lágrimas al considerar la desgracia de este joven y el estado de su hija. Vienen los médicos, la pulsán y dicen que es una opresión de corazón. En fin, a beneficio de algunos remedios volvió Flora en sí como atónita y confusa; arrojó un profundo suspiro y dijo con una voz muy afligida: «Yo muero, ¡ay de mí!». La madre mandó que todos saliesen fuera del cuarto y quedó sola con su hija, que aún del todo no había recobrado el sentido.

Así que su accidente le volvió el conocimiento, advierte que está allí su madre, que la habían puesto en la cama, que le faltaba la carta; y con la mayor turbación y ternura dice: «Madre mía..., perdón..., yo..., sí..., ¡ay de mí! La carta...»

«Yo la tengo, le interrumpe su madre, ya la he leído. He visto en ella...»

«Madre... Señora..., piedad. Amar la virtud no es delito».

«No, no lo es. Calla, hija mía, compadezco tu dolor; serénate, yo te amo cuanto a mi vida, tu padre nada menos, y quizá...»

«¡Ah, madre mía! ¡Qué me decís! Si me amáis, si deseáis mi verdadera felicidad debéis...»

«Ya sé lo que debo hacer, hija de mi corazón; fíate de mí».

«Sí, señora, en vuestras manos pongo mi vida; acordaos que me disteis el ser». Al acabar Flora estas palabras llamó la señora a sus criadas; entraron éstas, les mandó se estuviesen con su hija y ella fue al instante a escribir una carta a su marido, en que únicamente le decía que se viniese de contado con Teodoro, porque Flora estaba un poco mala.

Así que Don Fulgencio la recibió, sin detenerse un momento mandó poner el coche, llamó a Teodoro, le comunicó la novedad y le dijo que se iban al instante. Aunque Teodoro había hecho ánimo resuelto de no volver a ver a su amada Flora, no supo qué hacerse, y como estaba tan acostumbrado a obedecer a su amo nada le replicó. Se entraron en el coche los dos, y en breve tiempo llegaron a la ciudad.

La madre de Flora, que esperaba prevenida a su marido en la puerta, luego que lo vio entrar le dijo que su hija estaba mejor, que no había descansado mucho por la noche, que se había quedado entonces dormida y que no la despertasen. Se entraron en una sala Don Fulgencio y su mujer, y ésta con mucha sutileza y ternura le refirió todo lo ocurrido y le entregó la carta de Teodoro. La leyó absorto y confuso Don Fulgencio, sin poder reprimir el llanto; y admirado del caso y de los nobles sentimientos de Teodoro, después de alguna suspensión dice a su mujer: «A la verdad son dignas de compasión estas dos criaturas; pero, ¿qué hemos de hacer? Teodoro es un criado nuestro, y si lo casamos con nuestra hija, ¿qué dirán de nosotros? Por otra parte veo que de no hacerlo vamos a sacrificar a una hija única, a quien hemos dado el ser. Yo no sé qué determinar; estoy confuso e irresoluto».

«Lo mismo estoy yo, respondió la señora. Anteponer un criado de humilde condición a un caballero tan distinguido y rico como el que desea ser esposo de Flora parece una cosa muy irregular. Es cierto que la virtud de Teodoro no tiene igual, que su alma es grande si su calidad es humilde, y que por todas sus cualidades es el joven más estimable del mundo. Pero todos estos motivos no son suficientes para que le demos por esposa a nuestra hija».

«Mirados todos los respetos humanos tienes razón; pero mirando sólo a Dios, no. Si Teodoro no fuese un hombre de bien hubiera condescendido con las instancias de Flora, la hubiera sacado de casa y hubiera causado nuestra muerte; luego un joven que por su virtud nos ha conservado la vida merece el mayor premio. Además, si por despreciar a un hombre que sólo es inferior a nosotros en el nacimiento y en las riquezas, y superior en todas las demás circunstancias estimables, hacemos infeliz a nuestra hija y a él, no creo que dejemos de cometer una injusticia digna del enojo del Cielo».

«Todo es verdad; mas su humillación y pobreza será causa de nuestro deshonor».

«Lejos de causar deshonor, realza la virtud y honra a los que la estiman. Yo no quiero dinero que necesite de hombre, sino hombre que necesite de dinero. Los hombres sensatos alabarán una acción tan heroica en nosotros, y solamente los fatuos la vituperarán. No encuentro cosa mejor que premiar la virtud y hacer felices a nuestros iguales. Uno y otro se verificarán casando a Flora con Teodoro, y no podemos adoptar hijo más digno».

«Por mi parte quedará muy gustosa».

«Pues hágase al instante este obsequio a la virtud».

Llamaron a Teodoro en el momento; entró sin detención, y su ama sonriéndose le dijo: «¿Cómo estáis de vuestra melancolía? ¿Os habéis divertido en la quinta?»

«Sí señora, respondió con mucha sensibilidad, me parece que estoy más aliviado de mi tristeza».

«Me parece que no, y vuestro semblante pálido y triste es claro indicio de que no me engaño. Pero decidme, ¿quién es causa de esa aflicción?»

«Mi suerte».

«Pues, ¿qué desgracia os sucede?»

«Yo mismo no la sé».

«¿Es posible que sabiendo cuánto os estimamos no queráis declararnos vuestras penas?»

«Ni tienen remedio, ni yo puedo decirlas».

Entonces D. Fulgencio, mostrándole la carta, le dice:

«Serán sin duda efectos de amor. Esta carta es vuestra, y manifiesta todo el arcano».

«Señor..., señora..., dice Teodoro turbado y echándose a sus pies, perdonad... Yo...»



«Levantad, hijo mío, le interrumpe Don Fulgencio, estrechándolo entre sus brazos; levantad, virtuoso joven, acaben ya vuestras penas: mi hija será vuestra esposa, y ambos seréis felices».

«¡Qué decís, señor! ¡Yo esposo de mí amada Flora! ¡Yo seré feliz! ¡Ah, padre mío! Dadme a besar vuestra mano, permitid que os manifieste mi reconocimiento y gratitud. ¡Dichoso día en que logro tanto bien! ¿Cómo podré pagaros tantos beneficios? ¿Cómo podré recompensaros lo mucho que os debo? Por vos, del más infeliz de los mortales he pasado en un instante a ser el más afortunado de todos. ¡Ah! No tardemos en dar este consuelo a mi afligida esposa, a mi querida Flora».

«Sí, vamos al momento a mitigar su dolor. ¡Ah!, no hay placer en el mundo más completo que el hacer bien. Las lágrimas que derramáis de alegría introducen en mi corazón la más dulce satisfacción. Vamos, esposa mía, vamos, hijo mío, a completar vuestra felicidad». Con esto se entraron en el cuarto de Flora, y previniéndola, como era regular, para precaver cualquiera mala resulta que le pudiese causar tanto gozo, le refirieron todo lo ocurrido. Las demostraciones de contento y gratitud que hicieron a sus padres estos dos amantes fueron tantas, tan repetidas, tan sensibles y expresivas que no es fácil explicar. En fin, al instante se puso buena Flora, se casaron, vivieron en la más feliz unión y los días de sus padres se prolongaron, bendiciendo al Cielo porque, despreciando la vanidad del mundo, habían premiado la virtud de Teodoro y hecho venturosa la suerte de su hija. ¡Qué mayor satisfacción para los padres que hacer felices a sus hijos! ¡Y qué más dulce alegría que ver derramar lágrimas de reconocimiento y tributar humildes y continuas gracias por el beneficio! La buena educación que arraigó en el corazón del joven Teodoro las virtudes morales más puras y cristianas tuvo la recompensa que merecía. Esto debe ser un poderoso estímulo a los padres para no ser negligentes en una materia tan importantísima y propia de su obligación. ¡Ojalá que produzca este ejemplo los útiles efectos que me propuse al ponerlo a la vista de todos!

### ANECDOTA III

(Vol. II)

#### La desventurada Margarita

Si reflexionasen bien las doncellas que la pérdida de su honor trae consigo las más funestas y vergonzosas consecuencias, lo conservarían como la joya más preciosa y estimable. Si pensasen que el mundo, por más corrompido que está, las mira con desprecio e irrisión cuando, despreciando su pudor, hacen pública su infamia, se preservarían más de los engaños de los hombres. Pero, ¿qué sucede hoy en día? Todo lo contrario. La libertad que varias madres y padres dan a sus hijas, en un estado en que deberían tener el mayor recato, suele ser causa de su ruina y de la de sus familias. Un tropel de petimetres libertinos concurre a sus visitas y asambleas, las tratan con demasiada frecuencia y franqueza, y a título de marcialidad introducen insensiblemente

en sus corazones tiernos el más mortal veneno. Es moda, dicen, lo exige la cortesía, otras hacen lo mismo, y estas acciones son indiferentes. Las madres, preocupadas de las mismas máximas, miran con mucha tolerancia e indolencia este precipicio en que perecen la inocencia y el candor, y aun tal vez algunas autorizan con su ejemplo las flaquezas que deberían reprender a sus hijas.

De aquí nace que algunas doncellas, dejándose seducir con palabras de casamiento de jóvenes disolutos, para allanar algunos obstáculos que juzgan impedirían sus deseos y esperanzas, después que abandonan su honestidad se ven ellas mismas abandonadas; todo es vergüenzas, pesares y sentimientos, y al fin llegan a ser el objeto de la murmuración y el oprobrio del mundo. Las persigue la insolencia, las acompañan el remordimiento, el rubor, la confusión y la miseria, y tal vez, ya quitada aquella reserva y modestia que antes las contenía, desprecian la virtud, no escuchan la voz de la razón ni de la Religión, y se prostituyen a todo género de vicios y desórdenes. Mucho de esto se ve en el mundo, y en vez de estremecerse y amedrentarse las jóvenes a vista de tan funestos ejemplos, cada día se ven otros que causan horror y compasión. Una desgraciada mujer, aunque virtuosa, podrá servir de modelo a las madres y a las hijas para precaverse de los daños que la corrupción del siglo les prepara, pues no podrán leer este suceso sin que conozcan cuán perniciosa es a las unas su tolerancia y descuido, y a las otras la credulidad, la sugestión y el abandono de la más estimada y admirable prenda, que las hace dignas de consideración en el mundo. Vamos a referir todos sus infortunios, y quiera el Cielo que sirva su suerte lastimosa de ejemplo y escarmiento a las personas que desean conservar su virtud y su decoro.

En una villa de nuestra península, cuyo nombre no juzgo oportuno declarar, vivía un labrador honrado que gozaba de bastantes bienes para poderse mantener con la decencia correspondiente a su condición. Su mujer era de aquellas que, aun en la vejez, gustan de obsequios, y que piensan colocar a sus hijos atendiendo más a la vanidad que a la modestia, con personas de superior calidad. Tenían una hija que se llamaba Margarita, de una hermosura sin igual, de una gracia inexplicable de un talento perspicaz, virtuosa, afable, y finalmente de cualidades tan preciosas y sublimes que era la admiración de cuantos la conocían. Casi todos los jóvenes del lugar estaban enamorados de ella. Su calle era una continuada música; en todas las conversaciones alababan su belleza y amables circunstancias; y gustando su madre de que obsequiasen a su hija, permitía que hubiese bailes y funciones en su casa, que concurriesen a ella varios jóvenes y que la trataran con demasiada frecuencia. Margarita, naturalmente virtuosa, no gustaba de estos procedimientos, pero su madre la obligaba en un cierto modo a que obrase tan incautamente, deseosa de que se casase con alguno de aquellos que la visitaban, que eran de las mejores familias del pueblo.

Uno de éstos era hijo de un magnate del lugar, caballero y rico, de buena presencia, mediano entendimiento, muy petimetre y no de costumbres regulares. Había estado en Madrid y en varias ciudades de España. Era considerado en el pueblo como hombre instruido, cortesano, generoso y galante, y merecía las atenciones de todos. Estas circunstancias fueron causa de que la inocente Margarita lo distinguiese entre los demás. Él era su compañero en el baile, el que le daba el brazo en el paseo y la mano en la

escalera. Siempre estaba en conversación con ella, y todo lo consentía la madre, muy contenta de que su hija lograse estas satisfacciones: ¡ah, satisfacciones que ordinariamente traen consigo el oprobrio indeleble, la ruina irreparable y el dolor inconsolable! Es el honor un cristal tan puro y delicado que el menor aliento lo empaña y el más ligero golpe lo quiebra, y se necesita el mayor cuidado para conservarlo.

Deben las madres inspirar las ideas más puras a sus hijas, el disgusto a la fruslería y el aprecio a los más nobles pensamientos; apartarlas de todas las pasiones peligrosas que conducen al precipicio y al extravío; enseñarles que sin la modestia y el pudor son unos objetos despreciables para los hombres sensatos, y de mofa e irrisión para los libertinos y necios; procurar que sus compañías se compongan de personas timoratas, que las estimulen a seguir el camino de la verdad; y finalmente, dirigir sus cuidados con tanto desvelo y atención que un momento no deben perder de vista a sus hijas ni permitirles acciones, tratos ni comunicaciones con los jóvenes, aunque el mundo las autorice y parezcan frívolas e indiferentes, pues el fuego se alimenta con el pábulo o materia combustible, y si le falta se consume y extingue.

Muy lejos de pensar así la madre de Margarita, hacía todo lo contrario. Don Juan, que así se llamaba el caballero a quien más atenciones hacía Margarita, entraba y salía a todas horas en su casa, y siempre tenía oportunidad para hablarle a solas. Este mismo trato abrasaba sus corazones, y ya un día le habló Don Juan de esta manera:

«Señora: desde el momento en que os vi quedó mi corazón prisionero de Cupido. Si solamente al veros quedé enamorado de vuestra belleza, podréis colegir cómo se habrá ido aumentado la llama de mi amor con el frecuente trato que me ha descubierto vuestro entendimiento, vuestra virtud y prendas estimables. Conozco que me habéis distinguido, por vuestra bondad, entre tantos jóvenes de superiores méritos que os obsequian; y esto mismo me alienta a manifestaros los sentimientos que alimenta mi corazón. Yo no aspiro sino a que nuestras almas se unan con el sagrado himeneo, y a vivir en vuestra compañía lleno de placer y contento. Si así lo consentís, si tenéis piedad de mí, empezaré a disponer lo conveniente para nuestra boda. Vuestro padre es un labrador honrado, y aunque el mío es un caballero no hay entre los dos tanta desigualdad que no nos podamos prometer el logro de nuestros deseos. Hablad, señora, respondedme, pues de vuestra voz espero mi consuelo».

«Sabe el Cielo, respondió Margarita, que no he conocido el amor hasta que os he visto, y que me ha llenado de júbilo vuestro honesto modo de pensar. Si felicidad hay en esta vida, solamente puedo esperarla en vuestra compañía y unión; pero sin embargo de mi pasión, no puedo menos de conocer los muchos inconvenientes que se opondrán a nuestras dichas. Vuestro padre es muy rico y caballero; no ignoro que piensa casaros...»

«¡Casarme!, le interrumpe Don Juan; no, no penséis en eso: yo tengo un libre albedrío que he consagrado a vos. Mi padre es racional y cristiano, y no me persuado que quiera darme estado contrario a mi voluntad. Me valdré de todos los medios posibles para obligarlo a que condescienda con mis ruegos; y cuando, obstinado en algún capricho, quiera oponerse a mis designios, os juro y prometo que nada podrá impedir nuestro

casamiento, aunque me viese despreciado y miserable; pues sin vos es imposible que yo sea feliz».

«Bajo de estas promesas, os ofrezco ser constante y fiel y daros la mano de esposa».

«Margarita mía, esa voz alienta mi corazón. Yo seré el más afortunado de los hombres en vuestros brazos. Nada podrá igualar mi contento. No esperaba yo menos de vuestra benignidad. Me lisonjeaba de que ya habíais conocido mi amor, y de que nuestros ojos parleros se entendían entre sí. ¡Ah!. si supierais, hermosa Margarita, los pesares y desvelos que he padecido por vos, no hay duda que os causaría compasión. El júbilo me oprime el corazón, y en un caso en que no hallo palabras para explicaros cuánto os amo, cuán dichoso me contemplo y cuánta ventura es la mía, sirva mi misma confusión y alborozo de intérprete fiel de los sentimientos del alma».

«La alegría de la mía, amado Don Juan, es imponderable. Si logro la feliz suerte de que nadie se oponga a nuestros deseos, será mi vida afortunada. Pero, ¡ay de mí! El tropel de discursos que me asaltan es presagio de alguna desventura».

«Dejaos de fingir imágenes que alteran vuestro sosiego. No conocéis aún mi sensibilidad y amor. El universo entero no será capaz de quitarme la gloria de vuestra mano. Como caballero, os ofrezco perder antes la vida que faltar a mi fe».

«Esas palabras me tranquilizan, vuestra constancia me anima; y aunque soy mujer tengo firmeza, y sabré por vos recorrer todo el mundo y sufrir las más duras penas, y aun la muerte».

«Ya es hora de retirarme, adorada Margarita. La esperanza de volver a veros dentro de poco tiempo sólo pudiera minorar el dolor de mi separación. ¡Ah, cruel amor!, no hay atractivo tan poderoso, ni encantos más amables».

«Así es: yo moriría a la violencia de mi tormento si no esperase que volveréis en breve. No me tengáis atormentada con vuestra tardanza».

«A momentos vuelvo, amable Margarita».

«A Dios, Don Juan amado. El Cielo quiera que nuestro tierno amor tenga el dichoso premio que esperamos».

De este modo se separaron Don Juan y Margarita: aquél, gozoso de haber conseguido lo que tanto deseaba; y ésta, si bien contenta del amor de Don Juan y de sus promesas, no del todo tranquila, figurándose mil obstáculos que embarazarían sus designios. Inmediatamente participó a su madre todo cuanto le había pasado. No cabía ésta de júbilo, considerando a su hija tan bien empleada como deseaba. Creía que este efecto se debía a la industria con que ella había atraído a Don Juan, permitiendo que acompañase y obsequiase a su hija. Otra madre más cauta, ya que había logrado que Don Juan diese a su hija palabra de casamiento, Argos de su honor hubiera procurado con maña impedir toda

ocasión en que pudiera naufragar; pero lejos de pensar así la madre de la bella Margarita, les dejó más libertad a todas horas, y esta misma frecuencia sin reserva produjo los efectos que ordinariamente se experimentan.

Pensando Don Juan que no podría obtener licencia de su padre para celebrar el matrimonio y no atreviéndose a escribirle (pues se hallaba ausente) las promesas que había hecho a Margarita, empezó a seducirla; y hallándola siempre, a pesar de su amor y de las continuas instancias que por espacio de ocho meses le hizo, armada de su virtud, tuvo la temeridad de entrar una noche a deshora en su cuarto, auxiliado de una criada, cuando ya estaba dormida. Pensó en valerse de la oportunidad que le ofrecía el sueño para usar una vileza; pero antes de que se resolviese a ejecutarla, despierta Margarita y asustada le dice: «¡Don Juan! ¿Cómo os atrevéis a profanar el respeto que se debe a mi honor? Vos mismo, que deberíais ser su mayor defensor, ¿sois ciegamente el que más lo ofende? ¿Qué dirá el mundo de vos y de mí, si llega a saber, como es fácil, que a estas horas habéis entrado en mi aposento? Ya quedo infamada con sola esta acción. ¡Ah, Don Juan! Creí que tendríais más atención a mi virtud y decoro».

«Sí, bella Margarita mía, le responde trémulamente Don Juan, yo respeto y amo sobre todo vuestra virtud».

«Pues, ¿por qué queréis obligarme a que pierda lo que más amáis en mí?»

«Porque mi pasión...»

«Las pasiones se moderan con la razón».

«Pero un impulso que la naturaleza inspira a todos los seres vivientes, un sentimiento verdadero y los deseos de gozar un bien que me asegure que soy el objeto de vuestra preferencia, excitan en mí una vehemente pasión que no tengo valor para reprimir. La prueba de vuestros sentimientos depende hoy en día de vos, y después será la consecuencia indispensable de un voto de obediencia que pronunciaréis al pie de los altares. ¡Ah!, si me amáis, si deseáis mi felicidad, condescended con mis deseos. Si obtengo esta gracia de vos, repetiré cada instante con mi alegría y reconocimiento: *Mi amada Margarita me ha hecho feliz por sola su bondad Yo soy seguramente el hombre a quien más ama*».

«¿Qué os atrevéis a proponerme?, le interrumpe Margarita. ¿Es a mí, de quien esperáis dentro de poco tiempo la mayor fe, a quien mostráis un deseo tan ofensivo? Cuando un lazo sagrado va a colmar vuestras esperanzas, intentáis...»

«Yo nada intento con violencia; soy vuestro esposo...»

«Aún no lo sois».

«Sí lo soy en mi corazón, y os empeño mi palabra de honor de no faltar a mis promesas».

En fin, las lágrimas de Don Juan, sus reiteradas ofertas y juramentos, la ocasión próxima y sobre todo el incauto amor que le tenía Margarita, vencieron su resistencia, sufocaron su virtud, y seducida de su fragilidad perdió la prenda de más valor, sí, la pura honestidad, que una vez perdida, no se recupera jamás. Un exceso abre la puerta para otros mayores; y así volvió Don Juan la noche siguiente al cuarto de Margarita, y continuó del mismo modo por espacio de ocho días, siempre ratificando con juramentos su fe, su amor y su palabra; y para más asegurar a Margarita le dio un papel firmado de su mano, en que le ofrecía ser su esposo. Creyó ésta que ya nada podría embarazar su casamiento, y aunque el remordimiento de su delito la atormentaba algunos ratos en que se entregaba a la reflexión, la lisonjera esperanza de conseguir sus intentos la tranquilizaba y aquietaba algún tanto.

El padre de Don Juan, que había estado fuera de su casa cerca de un año a negocios de importancia, regresó justamente al tiempo que sucedían estas cosas. No faltó una persona que lo enterara de la mucha frecuencia con que su hijo trataba a Margarita, asegurándole que la había dado palabra de casamiento. Irritado Don Lorenzo (que así se llamaba) de que su hijo intentase casarse con una mujer que creía era muy desigual, pensó valerse de una estratagema para impedir este matrimonio. A este efecto llamó a su hijo y le dijo que era preciso que en el instante fuese a Madrid a varios negocios urgentísimos que después le comunicaría. «Esto ha de ser, le dice, inmediatamente; monta a caballo y marcha». Don Juan quedó confuso y suspenso, porque no le daba lugar este precepto para noticiar a Margarita la causa de su inopinada ausencia; pero creyó oportuno no oponerse a él para agradar a su padre y lograr por este medio el permiso para celebrar su casamiento. Partió sin detenerse un punto, y luego que a la noche llegó a la posada le pareció conveniente escribir una carta a Margarita, para que supiese la causa de su separación. Agitado del sumo dolor de carecer de la vista de su bien, le escribió de este modo:

«Amada Margarita mía: Apenas esta mañana me aparté de vuestra compañía, cuando un precepto de mi padre me obligó a ponerme en camino para Madrid sin la más mínima dilación, a un asunto de mucho interés y de la mayor priesa. Podéis considerar cuán grande sería mi confusión y dolor teniendo que partir sin poder deciros a Dios. Pero considerando que esta ciega obediencia al mandato de mi padre podía servirme de mérito para lograr su consenso a nuestros designios, no le repliqué ni una palabra. Luego que he llegado a la posada, me ha parecido conveniente manifestaros el motivo de mi improvisa ausencia, y aseguraros al mismo tiempo de que el mismo deseo de lograr vuestra mano pudiera solamente haberme vencido a separarme de vuestros hermosos ojos, y servir de algún lenitivo a mi pena. ¡Ah, Margarita mía! En este caso reconozco el ciego amor que os profeso; no creí que era tanto dolor carecer de la vista de quien se adora. ¿Cómo podré vivir sin vos? Contaré los momentos, se me harán los días largos, no tendré descanso ni tranquilidad hasta que vuelva a veros. ¡Ah!, quiera el Cielo piadoso que yo logre el día feliz que tanto suspiro, y en que mi alma unida a la vuestra no tenga más que desear ni esperar en lo temporal. Persuadíos de estos tiernos sentimientos míos, y vivid asegurada de que eternamente os será fiel y constante vuestro más apasionado servidor *Juan*».

Inmediatamente entregó esta carta a un mozo, encargándole la llevase a toda priesa a Margarita; y Don Juan siguió su viaje para Madrid, acompañado de su dolor y de sus penas.

Margarita, que no vio aquella noche a Don Juan, no obstante que le había dado palabra de ir como las anteriores, principió a melancolizarse, entró en alguna sospecha; un tropel de imaginaciones asaltaban su corazón, y para dar algún desahogo a su pena exclamaba: «¡Ah, cómo un corazón que tiernamente ama no puede sufrir la ausencia de su bien, aun por pocos momentos! Don Juan se detiene, y yo afligida lloro su demora. ¿Quién sabe si algún otro objeto lo detendrá? ¡Oh, infeliz de mí, qué idea sorprende mi débil fantasía! Antes bien, debería pensar que le habrá acontecido algún desastre. Lo uno o lo otro agita mi pobre corazón, y me siento fallecer porque no lo veo. Pero, ¡qué loca soy! ¿Será posible que Don Juan me mantenga sus palabras y juramentos? ¡Ah, que me lisonjeo en vano! Es cierto que me da infinitas pruebas de su ternura y amor; pero, ¿quién sabe si esto lo ha hecho con el inicuo designio de saciar sus impuros deseos? ¡Oh, qué tarde conozco mi error! Los hombres son obsequiosos y finos hasta que logran lo que apetecen, pero después se cansan y se olvidan de su obligación y de sus promesas. Aunque por una parte se opone la virtud a sus ideas, la estiman, y cuando ven que se ha perdido miran con odio a la que se ha dejado seducir de sus engaños. ¡Cuán cierta es esta verdad! Varios ejemplares hay en el mundo; pero yo, incauta, me olvidé de lo que debo a mí misma, y demasiado crédula me fabriqué los principios de mi ruina. Si Don Juan me deja abandonada, ¿qué será de mí? ¡Qué rubor! ¡Qué vergüenza! ¡Qué confusión! Seré el escarnio de las gentes, la irrisión y desprecio del mundo. ¡Qué dolor! ¿Es posible que los yerros enseñen a vivir? Sí, ellos son los funestos maestros de los mortales. Pero, ¿yo me confundo con imaginaciones tan sensibles? ¿No puede haber mil casualidades que impidan a Don Juan el venir esta noche? Sí. Su corazón tan sensible, ¿podrá engañarme? ¡Ah! ¿Por qué me anticipo los momentos de mi desgracia con reflexiones melancólicas? ¿No puede ser ilusión todo cuanto pienso? Sí. Pues consuélate, corazón mío, déjate de quiméricas aprensiones, y espera para sentir el tiempo en que tu misma desgraciada suerte te dé motivo cierto y no figurado para el temor, el llanto y el dolor».

Con bastante agitación pasó la noche Margarita, unas veces reprendiéndose su indiscreción y otras consolándose con las promesas de Don Juan. Por la mañana temprano llegó el propio a su casa y le entregó la carta de Don Juan. Margarita la abrió, y luego que la leyó quedó más sosegada, viendo lo que había sido causa de que no fuese Don Juan a verla la noche anterior, y las reiteradas expresiones con que procuraba asegurarla de su fe. Sentía la ausencia de su amante, pero se mitigaba su dolor con la esperanza de ver colmada su felicidad. Entre estos diversos movimientos pasaba Margarita su vida, cuando sintió los efectos de su fragilidad. Esta novedad la consternó en extremo; su vergüenza se dejaba ver en su rostro, carecía de noticias de Don Juan, crecía su confusión y tormento y se hallaba cercada de rubor, de turbación y dolor. Viéndose en este apuro, le pareció oportuno escribir a Don Juan esta carta:

*Margarita a Don Juan.*

«Vuestro silencio me tiene en la mayor agitación. Ha más de un mes que no tengo noticia alguna de vos. Pudiera pensar que, obstinado contra los gritos de vuestra conciencia, habéis tomado la indigna resolución de abandonarme; pero no puedo persuadirme de que vuestro sensible corazón abrigue tan pérfidos sentimientos. Sois caballero: me acuerdo de vuestros juramentos y promesas, y espero me las cumpliréis. Ya me hallo en la vergonzosa necesidad de que todo el mundo conozca mi flaqueza. Si llega a publicarse mi infamia, ¿qué será de mí? Contemplad mi rubor y desconsuelo, reflexionad mi deplorable situación, tened piedad de mi desventura y pagadme la ternura con que os he amado y amo. Espero que en breve vendréis a cumplirme vuestra palabra y a poner a cubierto mi honor. Mirad la obligación que me debéis, y considerad que quedo sumergida en mis lágrimas y pesares, esperando de vuestro corazón mi quietud y consolación».

Dirigió esta carta a Don Juan, que se hallaba en Madrid ya muy divertido y ocupado en nuevos amores, y olvidado enteramente de sus juramentos y palabras, con poco temor de Dios. Luego que la leyó quedó suspenso un poco, como discurriendo lo que había de hacer. No sentía su corazón los estímulos de la virtud ni del honor. Miraba con desprecio la obligación que debía a Margarita; pensaba dejarla abandonada en brazos de su rubor e infortunio, y para lograr mejor sus intentos y poder casarse con otra sin que se lo impidiese, respondió a la carta de este modo:

«Amada Margarita mía: Mientras que vuestro largo silencio me tenía consternado, veo que vos me reconvenís por la misma causa. Yo os he escrito varias veces, y no sé en qué haya podido consistir el extravío de mis cartas. Cada día me hallo más impaciente en esta Corte, por no poder concluir los negocios de mi padre con la brevedad que deseo para ir a echarme a sus pies y pedirle su permiso para celebrar nuestro matrimonio. Me llega al alma el deplorable estado en que os halláis, y conozco que es muy vergonzoso para una joven tan honesta y virtuosa como vos. Sabe el Cielo cuánto me inquieta esta memoria; pero consolaos, que ya llegará el deseado y dichoso día en que en recíproca unión descansen nuestros corazones. Confieso que no sosegaré hasta veros en mis brazos. Procurad no descubrir a nadie nuestro secreto. Esto importa a vuestro decoro y al mío, e interesa a los dos para conseguir la venturosa suerte que esperamos; queda vuestro de corazón Juan».

Con esta carta, al parecer ingenua y sincera, quedó Margarita más sosegada, confirmándose en la lisonjera persuasión de que Don Juan era hombre de honor, y que no intentaría dejar denigrado el suyo. Volvió a escribirle, estimulándolo más a que fuese a cumplir su palabra; y él le contestó protestándole siempre que su fe sería constante e inmutable. Varias fueron las cartas; y las respuestas con maliciosa astucia, iban dando treguas para dejar burlada a Margarita. Ésta se afligía en extremo, veía su indecorosa situación, conocía que se acercaba el tiempo en que tal vez se haría público su deshonor, y no sabía de qué medios valerse para ocultar a los ojos del mundo su infamia. Escribía continuamente a Don Juan las ansias y congojas que la atormentaban; éste le respondía que ya estaban para concluirse los negocios, que esperaba volver en breve y sacarla de tantas amargas. Finalmente, entre todos estos tormentos, confusiones y lástimas llegó el día en que acometieron a Margarita unos agudos dolores. ¡Quién podrá expresar el rubor, la agitación, el temor, el desconsuelo y la angustia que laceraban el tierno y honesto



corazón de la desventurada Margarita! Sufocando sus lágrimas y suspiros, disimulando sus fuertes dolores y reprimiendo su natural sentimiento para no dar a entender su fragilidad vergonzosa, era un objeto sensible e interesante, digno de la mayor compasión.

Pudo pasar en tan calamitosa situación hasta la noche. Recogieronse todos los de su casa, y tomando una luz se fue a un pajar retirado, por si podía lograr no ser vista en tan angustiado y penoso caso. Los dolores se aumentaban, su confusión crecía, sus fuerzas flaqueaban: ¡ah, qué infelicidad! Pide al Cielo socorro, se reprende a sí misma su credulidad y delito; el remordimiento la devoraba, y todo era horror a sus ojos y amargura a su corazón. Ya da a luz una criatura, y el mismo trastorno y dolor la priva del sentido. Vuelve en sí. Ve en las pajas a su hijo, frío y trémulo. El afecto maternal la arrebató, lo coge en sus brazos, le da mil besos, lo lava con sus copiosas lágrimas y lo envuelve en un delantal y algunos otros paños que a este fin había llevado. Miraba a su tierno hijo, consideraba las gracias que le había dado la naturaleza, y reflexionaba a su ignominia si no le quitaba la vida. Ya resuelta a acción tan enorme lo bautiza, y con un impío cuchillo iba a lacerar sus tiernas entrañas.

El amor y el rigor luchan en su pecho. Vuelve a cogerlo en sus brazos. «Hijo de mi alma, le dice, ¡tú has de ser la desgraciada víctima de mi indiscreción! ¡Yo he de ser inhumana filicida, apenas soy madre! ¿Qué culpa has cometido, hijo de mis entrañas? ¿Tu inocencia ha de pagar los errores de tu madre y la tiranía de tu padre? Yo soy un monstruo indigno: no, no morirás, alma mía. Pero, ¿y mi honor? ¿Así me dejo transportar de la maternal ternura? ¿Qué dirá de mí el mundo? Seré el oprobrio de las gentes, el objeto de indignación de mis padres, el odio de mí misma... Pues muere, inocente criatura, sí, cubra tu muerte mis delitos, mi infamia, mi rubor... ¡Mas qué digo! Unos respetos viles y humanos arman mis manos contra mi propio hijo! ¿Y Dios, sí, Dios, que es testigo de mis maldades, las dejará impunes? ¿No ejecutará sus venganzas contra una madre execrable y cruel? Sí, sí, yo hago un ultraje a la humanidad, a la Religión y a la inocencia, y no es posible que el Cielo mire con indiferencia un atentado tan enorme y monstruoso. Vive, hijo del alma mía, vive. La Religión y la naturaleza hablan en tu favor. Yo no desprecio sus gritos, siento la piedad y el amor en mi corazón; y si a la vista de Dios tuve la osadía de manchar mi pura honestidad, a la vista del mundo tendré valor para sufrir la afrenta, la miseria y la desventura».

Acabó estas palabras anegada en un mar de lágrimas, estrechó entre sus brazos a su amado hijo, le dio el pecho, le compuso con la misma paja una camita, le dio mil besos, desahogó en caricias su tierno amor y se retiró, aunque con la mayor pena, llevándose la llave de pajar. Nadie de su casa pudo penetrar cosa alguna. Iba las veces que podía a dar de mamar a la criatura, y escribió a Don Juan todo cuanto le sucedía. Este le respondió que continuase del mismo modo sin descubrir el secreto, pues esperaba en breve lograr sus deseos. La aseguraba de su amor y constancia, y con reiteradas palabras procuraba engañar a la miserable Margarita, a quien todos estos sucesos martirizaban cruelmente. A los dos días de haber recibido esta carta, oyó decir que Don Juan se casaba en Madrid. Esta noticia la sobresaltó, sin embargo de que al pronto creyó serían voces vagas; pero luego que supo era cierto, porque su mismo padre lo había dicho, llegó a colmo su

infelicidad, su rabia, su dolor y su desesperación. Agitada de tan extraños movimientos escribió esta carta a Don Juan:

*Margarita a Don Juan.*

«Acaban de darme la noticia de que con poco temor de Dios, despreciando vuestros repetidos juramentos y no escuchando la voz de la razón ni de vuestra misma conciencia, tenéis tratado casamiento en esa Corte. No puede haber jamás descanso para un traidor impío y perjuro. Ahora conozco la astucia y la falsedad de vuestras palabras, el engaño y cautela de vuestras promesas. ¡Es posible que seáis tan ingrato e inhumano! ¡Es posible que vuestros remordimientos no os confunden! ¡Oh, bárbaro impostor! ¡Ni la constancia y ternura de mi amor, ni la inocencia de un hijo desventurado, que en medio de la miseria está pagando vuestros delitos, pueden ablandar vuestro pérfido corazón! Temed la ira de Dios, y pensad que, aunque soy mujer, no pararé hasta que la Justicia castigue vuestra maldad y alevosía; y cuando no la halle en la Tierra, con mis mismas manos tomaré la justa venganza que merece el vilipendio con que cruelmente tratáis mi honor y olvidáis vuestra obligación de cristiano y caballero».

Recibió esta carta Don Juan, y en vez de reconocer su maldad tuvo la osadía de escribir a Margarita en respuesta la siguiente:

*Don Juan a Margarita*

«No os canséis, señora, en reconvenciones inútiles. Quien perdió su virtud no tiene derecho a exigir mi amor. Bien pudierais haber pensado la desigualdad que hay entre los dos, y no figuraros una esperanza tan lisonjera. Aun cuando yo os amase como pretendéis, no sería fácil que mi padre asintiese a nuestro matrimonio. Es cierto que ya tengo tratado el mío con una señora de calidad, bella y virtuosa, a cuya palabra no puedo faltar. Vos debéis olvidaros de mí, y no pensar en cosas tan extravagantes como sueños. Dios guarde vuestra vida muchos años, etc.»

Apenas recibió la pobre Margarita esta carta tan insolente y temeraria, cuando cayó desmayada; estuvo bastante tiempo sin aliento, y cuando se recobró de él, exhalando los más profundos suspiros y levantando sus ojos llenos de lágrimas al cielo, con el mayor asombro y turbación exclamó: «¡Ay Cielos, qué fiero golpe ha herido mi corazón doliente! ¡Pérfido Don Juan! ¡Bárbaro seductor! ¡Horrible monstruo! ¡Indigno traidor! ¿Cómo te mantiene la tierra? ¿Cómo desprecias la voz de la razón, de la Religión y del honor, que hablan en mi favor? ¿Cómo resistes a los remordimientos de tu conciencia? ¿Cómo no temes el justo enojo de los Cielos? ¡Ah dolor, que haya en el mundo corazón tan indigno e indolente! ¡Qué haré yo, Santo Dios, en tan vergonzoso lance? ¿Cómo me presentaré a los ojos del mundo, denigrado mi honor, burlado mi amor y engañada mi fe? ¡Oh, suerte desventurada! Para recuperar mi honor perdido tengo que descubrir todas mis flaquezas y delitos. ¡Ay de mí! ¿Y cómo tendré valor para hacer una confesión tan vergonzosa? ¿Qué dirá de mí el mundo? ¿Qué rubor no será el mío? ¡Ah! Estas reflexiones llegan tarde. Mi indiscreción y credulidad son causa de mi lamentable suerte. ¡Oh, pérfidos hombres! Sois muy finos para engañar y seducir, pero muy ingratos e

insolentes después de saciar vuestros indignos apetitos. No soy yo la primera a quien sucede esta tragedia, otras muchas se han visto en todos tiempos; y yo, ciega e incauta, sin acordarme de ellas me fié de un traidor. No siento tanto esta desgracia por mí, como por mi pobre e inocente hijo. Apenas nace cuando empieza a ser infeliz. ¡Pobre hijo de mi vida, ya principian nuestras desventuras! Tu ingrato padre no siente los gritos de la naturaleza, y olvidado de tan reiterados juramentos quiere dejarnos abandonados a nuestra miseria: ¡qué crueldad, qué ingratitud!».

En estas y semejantes quejas desahogaba su dolor la infeliz Margarita. Iba a ver a su amado hijo, a darle el alimento de su sangre y a llorar su infortunio sobre su delicado rostro. Creía necesario descubrir a sus padres el deplorable estado en que se hallaba; la detenía su vergüenza, y en tan duro extremo no sabía qué resolver. Por una parte veía que ya no era posible atraer a Don Juan al cumplimiento de su obligación sin el brazo de la Justicia, y para tomar este medio veía por otra que le era preciso declarar su deshonor. Varias fueron las reflexiones que hizo, y al fin, anegada en lágrimas, lo manifestó todo a su madre. Quedó ésta asombrada y confusa; y sin acordarse de que ella era la principal causa de la infelicidad de su hija, la reprendió con aspereza y rigor. ¡Qué accidentes tan sensibles para el corazón oprimido de la pobre Margarita! ¡Cómo debe temblar cualquiera doncella al leer este funesto lance! ¡Cómo debe temer el hallarse por su desgracia en otro semejante! Contemple la opresión, la congoja, la angustia y el rubor que padecía en tal situación esta infeliz mujer, viéndose despreciada, llena de infamia y confusión.

La madre juzgó conveniente instruir al padre de todo lo sucedido. Éste era un viejo prudente y honrado; se afligió mucho al oír esta novedad inopinada, acompañó en el llanto a su hija, le ofreció vender todo cuanto tenía para defender su honor, hizo traer a la criatura, la estrechó mucho en su pecho, le hizo mil cariños, y su llanto y suspiros eran indicios de su pena. Acudió a la Justicia a alegar el derecho de su hija. En vista de los documentos y cartas que presentó, se expidió exhorto para la prisión de Don Juan, que con efecto se verificó. No pudieron ejecutarse estos procedimientos con tanto secreto que no se hiciese público al instante todo lo que estaba oculto. Ve aquí la pobre Margarita infamada, divulgado su desdoro y cubierta de confusión. El padre de Don Juan, enfurecido al saber la acción de su hijo y su prisión, empieza a meditar estratagemas y medios para hacer ilusorias las intenciones de la parte contraria. Como era el magnate de pueblo, y muy rico, todos lo temían y respetaban. A fuerza de dinero pervirtió la justicia y equidad, buscó falsos testigos, tiró a denigrar a Margarita y obró las mayores iniquidades. Don Juan, sin temor al Cielo, no quiso reconocer el papel ni las cartas; negó todos sus juramentos y palabras, y en fin se sentenció la causa contra Margarita. ¡Oh, pérfido interés! ¿Dónde están la justicia y rectitud? ¿Es posible que haya quien atropelle de tal modo las leyes y la humanidad? A pesar de la defensa de las más sacras y justas leyes, gime la humanidad oprimida por los abusos e intrigas de los hombres que las interpretan indignamente y alteran sus disposiciones y genuino sentido. Dios, sí, Dios, que es la misma justicia y santidad, ¿podrá mirar con indiferencia el ultraje de la inocencia, el desprecio de la razón y la injusticia? No, no. En el tremendo día destinado a su juicio universal se experimentará su rigor y su venganza.

Apeló el padre de Margarita de la sentencia al tribunal superior competente; alegaron las partes sus razones, y aunque los jueces conocieron la justicia que asistía a Margarita, se dejaron arrastrar del interés y confirmaron la sentencia dada en el tribunal inferior. ¿Podrá creerse semejante atentado? ¡Unos jueces en quienes está depositada la fe pública y la autoridad suprema, cuyo ministerio está establecido para que sirva de apoyo a los infelices, para castigar a los contraventores de las leyes, para administrar la justicia sin acepción de personas, para defender al pupilo, para mirar por el honor de la doncella, atropellan todos estos respetos por un vil interés! ¡Ah, qué castigo merecía su temeridad! ¿Cómo podrán resarcir los daños y perjuicios que causan semejantes injusticias? Las penas más crueles y los remordimientos vengadores serán eternamente el castigo de su maldad, ¡Qué estrecho es el oficio de juez! Debe desprenderse de todo humano respeto y parcialidad; debe pensar que sus juicios serán juzgados, y que no hay cosa que más aborrezca el Cielo que la injusticia. Cualquiera daño que se siga por mala intención, poca vigilancia, propensión, odio o capricho será para el juez un motivo de residencia en aquel tribunal recto en donde no valen la intriga, la adulación, el engaño, el favor ni ningún otro respeto de los que en el mundo justifican a los perversos, toleran la maldad y autorizan el error.

Duró el pleito cuatro años. La madre de Margarita murió de sentimiento. El padre consumió cuanto tenía por defender a su hija; y pobres y miserables, llenos de afrenta y rubor se fueron a Madrid, huyendo de todos cuantos los conocían y confiados en la caridad de un piadoso sacerdote amigo suyo. La indigencia y falta de medios impidieron que el padre de Margarita apelase a tiempo debido de la sentencia al tribunal de la Rota, o por recurso de fuerza al Supremo Consejo de Castilla, en cuya justificación sin duda hubiera hallado su consuelo el castigo de los malvados que habían causado su ruina y la defensa del honor de una pobre mujer víctima de la seducción, del engaño y de la injusticia. Intentó, por consejo del sacerdote, defenderse por pobre, asegurado de que en los piadosos magistrados que componen tan respetables y equitativos tribunales encontraría el mayor amparo; pero sabiendo que una noche, al salir Don Juan de una casa de juego en el mismo Madrid, le quitaron la vida a cuchilladas unos enemigos suyos, desistió de su demanda. ¡Triste fin tuvo el pérfido Don Juan! Pero, ¿qué hay que admirar? Si la justicia de la tierra había tolerado sus delitos y perjurios, la del Cielo no quiso consentir más sus maldades y le dio una muerte desastrada para escarmiento de otros.

Privando la muerte de Don Juan a Margarita de la esperanza de que, ya por fuerza o ya reconociendo su deber se casase con ella, se retiró a vivir a una guardilla en compañía de su padre y de su hijo, a llorar su desgraciada suerte, separada del mundo corruptor. Allí vivían manteniéndose con el corto socorro que les suministraba el caritativo sacerdote, y lo poco que ganaba con sus manos la afligida Margarita. Las pesadumbres, la vergüenza y las congojas que oprimían el corazón del pobre viejo, viéndose sin honor, sin bienes y reducido a la mayor miseria, aceleraban el curso de su vida. Agobiado de tan penosos males, cayó enfermo. Los pocos medios para su asistencia, sus muchos años y, sobre todo, las tristes memorias de sus desdichas, agravaban su enfermedad. Su hija y su nieto, desnudos y miserables, eran unos sensibles objetos que le penetraban su alma. El benéfico sacerdote, su amigo, procuraba consolarlo con sus buenos consejos y con las repetidas pruebas de su tierna amistad, pero crecía su debilidad, la fiebre era maligna, no

hacía crisis la enfermedad, y conociendo el viejo que ya no había remedio para él y que su muerte estaba muy cerca, una noche, serían las doce, llamó a su hija y le habló así, anegado en llanto:

«¡Ay, hija de mi vida! ¡Ay, Margarita desventurada! Ya ves la situación en que me hallo, ya ves mi tenuidad y pocas fuerzas. Las manos se me han hinchado, tengo turbios los ojos, respiro con dificultad, y me parece que dentro de breve tiempo moriré. No siento, hija de mi corazón, que acabe mi vida, no, pues ya me es más gravosa que sensible la muerte. Sólo siento dejarte en un estado tan deplorable y vergonzoso, y en compañía de esa infeliz criatura, que morirá de hambre y de desnudez. Mira el fin funesto que ha tenido la ingratitud y perfidia de un hombre, y tu incauta credulidad. No pretendo, hija mía, renovar tus llagas con esta viva representación; sí sólo hacerte ver las ferales y calamitosas consecuencias que trae consigo el delito. Tú quedas sola y sin amparo en un pueblo en que tanto reinan el libertinaje y la insolencia; y tal vez no faltará quien intente seducirte, sabiendo que te hallas tan miserable y sola. El interés es muy poderoso, la imagen de un hijo víctima de la indigencia es muy seductiva, y necesitas armarte de la más pura virtud para resistir a unos enemigos tan fuertes. Aunque veas otras muchas que hacen gala de la libertad y que triunfan y prosperan despreciando su honor, sin temor al Cielo y añadiendo a su delito primero otros más reprobables e indignos, considera la obligación de cristiana, teme al brazo de Dios levantado para descargar su ira sobre ti, y resígnate en tus trabajos y tribulaciones. De este modo expiarás tus graves culpas, y si el mundo te niega sus auspicios encontrarás en Dios tu consuelo, tu apoyo y tu contento. Mientras viva el piadoso sacerdote mi amigo, asegúrate de que no te faltará el pequeño alimento y alivio que según su estado pueda suministrarte. Vívele siempre agradecida; respétalo como a mí mismo y sigue sus avisos y consejos, pues te servirá de consolación y de padre, ya que te faltará el que te dio el ser. ¡Pobre hija de mis entrañas, amada compañera de mi vejez! Quisiera en este terrible momento poderte manifestar mi corazón, para que vieras los diversos sentimientos que lo oprimen. ¡No hay pena comparable a la mía: yo muero, y te dejo rodeada de tantos infortunios! Tan pobre y desamparada quedas, Margarita de mi alma, que tu misma miseria añade a mi muerte desgraciada más angustia, más amargura, más horror y más tormento. ¡Oh, gran Dios, tened piedad de esta miserable mujer! Protegedla, Señor, preservadla de la seducción y del desorden, y permitid que muera antes de perder vuestro temor. Ya me cuesta trabajo el respirar, hija mía. ¡Ay de mí! Ya no puedo proseguir. Siento en mi corazón un frío que me congela la sangre; ya no hay remedio, para mí. ¡Qué languidez, qué angustia, qué sudor! A Dios, hija de mi alma; a Dios, infeliz criatura. Estos brazos..., mi bendición..., ¡ay de mí!».

Así acabó su discurso con una voz trémula, débil y expirante, estrechando entre sus brazos a su amada hija; y no pudiendo articular más palabra, manifestó la opresión de su alma y sus mortales ansias con las demostraciones más sensibles y penetrantes. La turbación de Margarita era imponderable. Miraba expirar al autor de sus días y regaba su pálido rostro con copiosísimas lágrimas. Ya quedó yerto cadáver, cubierto de los horrores de la cruel muerte. Apenas amaneció cuando fue el sacerdote, halló a su amigo sin aliento y a Margarita traspasada de dolor, y tan desconsolada que causaba la mayor lástima. Recurrió el sacerdote a los medios consolantes que merecían semejante desgracia y

situación. Empleó toda su virtud y elocuencia para aliviar y mitigar las penas que padecía la infeliz Margarita; se encargó de dar sepultura a su amigo, le ofreció socorrerla en cuanto pudiese y no desampararla jamás. ¡Qué impulsos de reconocimiento excitaron estos piadosos oficios en el sensible corazón de Margarita! Se arrojó a los pies del sacerdote, le besó la mano regándose de lágrimas y le dio las mayores pruebas de su gratitud. «¡Ah, señor!, le dice, ya murió mi desgraciado padre; y el mayor sentimiento que padece mi corazón es que mis delitos son la causa de su ruina y de su muerte. ¡Ah, qué remordimientos! No puedo explicaros mi confusión; lo que tiene de más sensible y penetrante la naturaleza me presenta mi infortunio delante de mis ojos. Un padre que yo misma he sacrificado, en quien pierdo mi única consolación, y un hijo inocente lleno de palidez, de miseria y desnudez. Soy la mujer más desventurada de la tierra, sí; ninguna se habrá visto jamás en tan dura y amarga situación y soledad. Vuestra humanidad solamente tengo en mi favor, de vuestra caridad benéfica espero alivio en mi dolor; tened compasión de mi cruel destino, y de esta inocente criatura».

«Señora, ¡qué dolor!, le interrumpe el sacerdote; vuestras lágrimas me llegan al alma, vuestra tribulación excita toda mi sensibilidad, vuestra gran miseria empeña mi caridad. ¡Ah! Si mi constitución, pudiese proporcionaros todo el alivio que necesita vuestro lamentable estado, ¡qué contento sería el mío! Pero os ofrezco sacrificarme por vos y por vuestro tierno y miserable hijo».

«El Cielo os pagará vuestra beneficencia, ya que yo no puedo recompensaros».

Todas estas palabras las decía interrumpidas de llanto. El caritativo sacerdote la acompañaba en su dolor. Hizo dar sepultura al venerable anciano, dejó a Margarita algún dinero para su sustento, y de cuando en cuando la visitaba y continuaba sus socorros. No faltó quien atribuyó la caridad de este bienhechor a un fin indecoroso, únicamente porque lo veían entrar con frecuencia en la guardilla que habitaba Margarita. Llegó a noticia del sacerdote, y se afligió mucho viendo la insolencia de las gentes, que tan injustamente censuraban su conducta. No sabía qué hacerse. Por una parte sentía privar a aquella desdichada mujer del consuelo que recibía con su presencia y amonestaciones, y por otra no quería dar fomento al escándalo que había suscitado la maldad. No quiso decir nada a Margarita, por no causarle mayor aflicción. Este buen sacerdote era ya decrepito y padecía algunos achaques. Cayó malo y en breves días murió. No pudo dejar sino un corto legado a Margarita, cuya desventura no olvidaba aun en los últimos alientos de su vida.

La pena de Margarita creció de tal modo con este funesto acontecimiento, que hasta entonces no sintió toda la extensión de su infortunio y pobreza. Ya se consideraba sin apoyo ni consuelo humano, y sus reflexiones profundas le atraían las más crueles aflicciones. Llegó la noche, y las tinieblas aumentaron su pesar. Miraba a su amado hijo, que dormía en un jergón de paja cubierto con una manta hecha pedazos, y este objeto tan tierno y amable devoraba su corazón. Sola aquella mujer infeliz, considerando toda la serie de sus desgracias se deshacía en lágrimas y suspiros, y transportada de su vehemente dolor exclamaba:

«¡Hijo de mi alma! ¡Adorable imagen de mi corazón! ¡Qué pobreza tan lamentable, qué lastimosa situación! Ya murió nuestro bienhechor, nuestro caritativo padre: ¡Ay, infelices de nosotros! ¿Qué haremos en acabándose el corto socorro que nos ha dejado? ¿Quién tendrá piedad de nuestra miseria? ¿A donde iré a buscarte un pedazo de pan para que no mueras de hambre, hijo de mi vida? Yo pediría de puerta en puerta para alimentarte; pero es tal mi desnudez que no puedo presentarme delante de nadie. ¡Pobre Carlos mío! Si tuvieras capacidad para conocer que mis desórdenes ocasionan tus desdichas, ¡qué vergüenza te causaría el tenerme por madre! Si llegas a ser adulto, y alguno te refiere todos mis infortunios, ¡cómo te verás agitado de estupor, de compasión y de rubor! ¡Ah, inicuo Don Juan, qué penas merece tu perfidia y maldad, qué remordimientos no padecerás eternamente rodeado de espanto y confusión! Tú fuiste el impío fabricante de la ruina de tu esposa y de la miseria de un inocente hijo. Tú fuiste la causa de este sacrificio tan inhumano y cruel. Oh dolor, tú me dejaste sin honor, sin bienes y sin reposo. El Cielo, sí, el justo Cielo castigó tus enormes delitos, permitiendo que tu muerte sirviese de escarmiento y terror a los hombres indignos y perjuros. Mas, ¡ay de mí!, también ha levantado su mano airada contra mí, castigando mis flaquezas y culpas. No hay calamidad que no me hayáis enviado, Cielo santo. Bien conozco que merezco toda vuestra indignación. Pero esta inocente criatura, ¿por qué ha de ser la víctima de vuestro enojo? ¡Ah, gran Dios! Tened piedad de mí, dejadme un momento sosegar, no permitáis que yo vea padecer al hijo de mis entrañas el duro rigor del hambre, del frío y de la necesidad. Descargad vuestra ira contra mí, que soy culpable, y mirad con compasión a esta tierna hechura vuestra. ¡Qué soledad tan grande es la mía! ¡Cuántas angustias me oprimen el corazón! ¡Qué negras confusiones me rodean! ¡Qué imágenes tan funestas se presentan ante mi vista! ¿No hay almas sensibles en el mundo? ¿No hay siquiera un corazón humano que me acompañe en mi llanto?»

En esto despierta el hijo llorando: «Madre mía, le dice, tengo frío».

«¡Hijo de mi vida! ¿Con qué te he de cubrir? Arrímate al calor de mi pecho; no llores, alma mía, tus lágrimas afligen de tal modo mi corazón que ya me siento morir».

«No lloréis, madre mía, y si lloráis lloraré yo también».

«¡Piadoso hijo mío! Tú solo sientes el dolor de tu desventurada madre, ningún otro se lastima de mis insufribles males. ¡Hay martirio mayor, hay tormento más cruel! Cielos, ya no tengo valor para tanto padecer; yo muero si no tenéis piedad de mí».

Así se lamentaba la infeliz Margarita, agravando su desconsuelo la funesta suerte de su tierno hijo. No es fácil expresar las continuas ansias que atormentaban su sensible corazón. Considérese la situación amarga de esta desventurada mujer, y se hallará que es la mayor que puede producir todo el rigor de la desgracia. Las memorias de los pasados tiempos, los engaños de Don Juan, las iniquidades de los jueces que habían determinado su causa, la muerte de sus amados padres y del virtuoso y benéfico sacerdote, su infelicidad y miseria y el verse desamparada y sola, cercada de tan crueles infortunios, ¡qué conmoción no causaban en su alma! Y toda esta serie de funestos sucesos, ¿qué origen tenía? El de una incauta confianza, el de una fragilidad vergonzosa. ¡Ah! Si antes

de ejecutar un atentado semejante se reflexionasen estas infaustas consecuencias, ¿habría quien se atreviese a cometerlo? No, no es posible. Las doncellas, más cautas y circunspectas, sobre una materia tan importante no se abandonarían a los desórdenes escandalosos que son tan frecuentes en el mundo, y creerían haber perdido todo cuanto tienen de más amables, perdiendo su virtud y decoro. Las madres, más atentas y reflexivas, cuidarían de sus hijas de tal modo que nunca las ofenderían los tiros de la malicia ni de la insolencia. Unas y otras serían más reservadas; y el mundo no estaría lleno de objetos tan dignos de compasión.

No pararon aquí las desventuras de Margarita; pues porque no le faltase ninguna, padeció la persecución. Ya había consumido el tenue legado que heredó del sacerdote su bienhechor, y solamente tenía para su sustento y el de su amado hijo el cortísimo producto de alguna labor que le proporcionaba una vecina suya muy pobre que, como Margarita no podía salir de su guardilla por su mucha desnudez, tenía la caridad de buscarle algo que trabajar. En medio de su misma miseria y languidez era Margarita un objeto adorable, y aun casi su palidez la había puesto más hermosa. No se sabe por qué medio llegó a tener noticias de su deplorado estado y rara belleza una persona de calidad, pero de aquellos hombres voluptuosos que consumen sus caudales en el deleite de sus impuras pasiones, y no son capaces de sentir los gritos de la humanidad para socorrer a los infelices; antes bien, valiéndose de la necesidad, tienen gusto en triunfar de la virtud atropellando la Religión, la conciencia y el honor. Esta persona le escribió un billete ofreciendo sacarla de su dura miseria, ponerla en un cuarto magnífico con criados que la sirviesen y proporcionarle las mayores comodidades y diversiones de la vida, siempre que correspondiese a su infame pasión. Apenas leyó Margarita tan indigno papel cuando, transportada de su virtud, lo hizo mil pedazos, diciendo al criado que se lo llevó que si su amo tenía la insolencia y osadía de presentarse a su vista con tan inicuas intenciones lo despedazaría del mismo modo. El criado marchó corriendo al oír estas animosas palabras, y la pobre Margarita quedó llena de rubor y de espanto.

Le parecía un sueño todo cuanto había visto, y deshecha en lágrimas prorrumpió de este modo:

«¡Se podrá hallar mayor perfidia! ¡Podrá encontrarse mayor iniquidad! ¡En vez de animar mi virtud para que no me arrojase al precipicio, hay un alma tan monstruosa que intenta seducirme! Esta miseria sola me faltaba que sufrir. ¡Ay, desgraciada de mí! ¡Cuántos afectos diversos luchan en mi corazón! La virtud..., el amor maternal..., la extrema necesidad... ¡Ay de mí! Todo, sí, todo se presenta a mis ojos para mayor desesperación y tormento. ¿Podré tener valor para ver expirar a esta inocente criatura a impulsos del bárbaro rigor de la miseria? ¿Podré verme en tan estrecha necesidad, sin amparo ni consuelo? ¡Ah! Es cierto que la virtud es la cosa más amable del mundo, pero, ¿las leyes de la virtud llegan a tal extremo? También es preciosa la vida, y más la de mi pobre hijo. ¡Qué apuro tan formidable! O perder la virtud o perder la vida. ¡Duro lance! Perdida una vez la vida, no puede recuperarse, ¿y perdida la virtud?... Me horrorizo sólo al imaginarlo. ¡Qué harás, desventurada Margarita! Si escucho la voz de la razón, desprecio los gritos de la naturaleza: ¿puede haber más penosa situación? Combaten de tal modo en mi pecho estas diversas pasiones, que no sé cómo no muero a la violencia de mi dolor.



¡Desesperada suerte mía! ¡Bárbara confusión! ¿Qué resuelvo? ¿Qué hago? Ya..., sí..., no... Mi hijo... El Cielo... ¡Cruel estado mío! ¡Quién vencerá, Dios mío! ¿Mi hijo? ¿Mi necesidad? No..., no, triunfe mi virtud... Muera mi hijo..., muera yo... ¡Ay de mí! Cielos, auxilio. Sí..., morir elijo antes que ofender mi virtud. Resuelta estoy: vengan infelicidades sobre mí, no haya angustia, tormento ni aflicción que no me asalte; todo lo sufriré con resignación y paciencia, nada podrá obligarme a abandonar mi virtud. Cuando todo me falte en el mundo, nunca podrá faltarme el testimonio consolante de mi conciencia. Todo cuanto me sucede es castigo del Cielo por mi maldad. ¡Ah!, respeta, infeliz Margarita, los juicios de la Suprema Inteligencia; confórmate con tus trabajos, que ya llegará el dichoso día en que logres la corona destinada a la fortaleza y a la virtud. Ya no me queda otro remedio para conservar los infelices días de mi hijo amado que el de implorar el socorro de la caridad común. Esta humillación me será muy vergonzosa, pero es precisa. No faltan almas generosas que se complacen en socorrer a los infelices, y no seré tan desgraciada que no encuentre quien me dé alivio en tan deplorable miseria. ¡Hijo de mi corazón, ven a mis brazos, acompáñame en mi soledad, y Dios mirará por nosotros».

¡Qué virtud tan admirable! ¡Qué resignación tan grande! Salir victoriosa de un combate tan reñido, ¿no es un prodigio del Cielo? ¡Qué ejemplo tan interesante puede ser esta virtuosa mujer en medio de tan terribles infortunios! Las que no tienen valor para resistir una pequeña infelicidad, consideren este modelo de paciencia, y aprendan a padecer.

Zozobrando la afligida Margarita en el mar inmenso de tantas amarguras, llegó la noche sin haber tenido ni un bocado de pan que dar a su amado hijo, el cual varias veces le decía: «Madre mía..., pan..., tengo hambre...»; y afligido el inocente niño de ver llorar a su querida madre, se le arrojaba al cuello, le hacía mil caricias y la acompañaba en sus repetidos llantos y gemidos. Esta sí que es imagen sensible y lastimosa, y tiene tan poderosa violencia que es muy rara la virtud que resiste a impulsos tan tiernos y penetrantes. La de la desgraciada Margarita había llegado ya al grado más heroico; y bendiciendo al Cielo y reprimiendo todas las pasiones que afligían su cansado y atormentado corazón, cogió en los brazos a su querido hijo y salió a pedir una limosna.

No muy lejos de donde vivía tuvo que pararse en la acera de una calle, porque la debilidad de no haber comido nada en todo el día no le daba aliento para caminar con la criatura. Pasaba un petimetre, con sus dos relojes y peinado de erizón; le pidió Margarita, con una voz trémula y débil, una limosna, y él, viendo su pálida hermosura al favor de la luz de un farol, le dijo con un tono insultante: «¡Una mujer bella y joven como vos pide limosna! ¡Qué disparate! Vamos a vuestra casa, y os daré lo que queráis». Oyendo Margarita esta insolencia le volvió la espalda, bajó los ojos al suelo, exhaló un suspiro de lo íntimo de su corazón y quedó admirada de que hubiese en el mundo tanta maldad. El petimetre, viendo esto, siguió su camino sin hacer caso. A poco tiempo pasó también un hombre de más edad, y al parecer rico; le hizo Margarita el mismo acto de humillación, anegada en lágrimas, y él le respondió con desprecio: «¡Qué gazmoñería! Joven es: vaya a hilar si quiere comer». ¡Qué dolor no causaron estas palabras inhumanas a la pobre Margarita! Ya no hay expresiones para ponderarlo. Turbada y casi sin aliento decía entre sí: «¿Es posible que para mí sola en el mundo haya de faltar la caridad y beneficencia?»

¿Es posible que no he de encontrar corazones humanos que se compadezcan de mi miserable suerte? ¡Oh, gran Dios!, dadme valor y constancia para padecer».

En esto pasó un eclesiástico. También le pidió Margarita una limosna, haciéndole la lamentable confesión de su extrema necesidad. «Hija mía, le dice el sacerdote, soy tan pobre que no tengo nada que cenar esta noche; me causa suma lástima vuestro desconsuelo, pero no puedo remediaros».

Siguió adelante el sacerdote, y ya desesperanzada Margarita de lograr ningún socorro, pensaba retirarse a morir con su hijo en la guardilla cuando llega la Justicia. Le preguntan qué hacía sola a aquellas horas; dice que está implorando la caridad porque se muere de hambre, y lo mismo su criatura; sospechan que es una mujer mala, que se vale de aquel pretexto para vivir con más desenfreno, quieren llevarla a la cárcel. La infeliz dice que es honrada, que vive en tal calle y en una guardilla de tal casa, y que se informen de su conducta. Manda el juez que vaya un ministro a saber si es verdad. Va con efecto, vuelve a pocos momentos e informa al alcalde que todo es cierto, y que es una mujer muy pobre. Compadecido éste de ella, le da dos pesetas y le manda que no vuelva a salir de su casa a tales horas. Con la agitación y sobresalto que se deja discurrir, llegó la pobre Margarita a su guardilla, encendió una luz, dejó allí a su Carlos, fue a la de la vecina y le pidió le hiciese la caridad de hacer unas sopitas; se las llevó a su hijo, y ella comió solamente un poco de pan. Dio gracias al Cielo por aquel socorro, y se acostó en su miserable cama, abrazada al hijo de sus entrañas.

Seis días pasó la desventurada Margarita con las dos pesetas, comiendo tan poco, por darlo a su hijo, que, ya consumida la naturaleza, le acometió una suma languidez y flaqueza que era indicio claro de su muerte. Conoció Margarita el deplorable estado de su salud, quiso ir a avisar a su vecina, no pudo ya levantarse, dio algunas voces y nadie le respondió. Cuando se vio en tan triste soledad, llena de espanto y dolor, estrechó entre los brazos a su amado hijo y prorrumpió de este modo:

«Ya, hijo del alma mía, llegaron a su extremo nuestras miserias; ya nadie escucha mis voces, ya estamos desposeídos de todo consuelo humano. ¡Ay, desgraciada criatura! No me serían tan sensibles mis repetidos y penosos males si no te viera ya próximo a expirar de necesidad. ¡Qué pálido estás, hijo mío! El hambre ha desfigurado enteramente tu delicado y hermoso rostro; tus bellos ojos están cubiertos de una opacidad que no parecen su sombra, y tu cuerpecito como un esqueleto verdadero. ¡Oh, madres, que tenéis hijos, decidme si hay espectáculo más tierno en la naturaleza! No, no hay otro más interesante. Ya no tengo valor para resistir. ¡Eterno Dios, qué frío hiela mis venas, qué sudor baña mi rostro! No puedo articular. Piedad, piedad, Señor; ya me siento desfallecer... ¡Ay, hijo mío! ¡Ay miseria, a qué me has reducido!».

No pudo proferir Margarita más palabras, y con su hijo en los brazos quedó privada del sentido. La inocente criatura iba también falleciendo de necesidad; y como su naturaleza era más débil que la de su pobre madre, murió antes de que ésta volviera en sí. Las mismas ansias de la muerte, a pesar de su extenuación y debilidad, hicieron que Margarita abriese los ojos. Vio yerto cadáver a su amado Carlos: «¡Hijo de mi alma!, le

dice ¡sólo me faltaba la desgracia de verte sin aliento! Ya no tengo otra que esperar sino la muerte. Ésta me servirá de descanso en tantas amarguras. ¡Oh, Cielos! Ya estoy en el punto de expirar; recibid todos mis tormentos en descuento de mis delitos, sí, usad de vuestra misericordia con esta indigna mujer, perseguida de su adversidad. Ya no puedo respirar, tiemblo..., palpito. ¡Ay, Dios! ¡Qué angustia, qué turbación!... El hijo..., mis delitos..., mi miseria..., mi confusión... Todo es horror a mis ojos..., mi soledad..., mi desamparo... ¡Infeliz Margarita! ¡Oh, pena! ¡Oh, muerte! ¡Oh, eternidad!»

Agitada de los más sensibles movimientos, quedó aquella hermosa y virtuosa joven sin vida, abrazada a su querido hijo, víctima temprana de la Parca. ¡Qué espectáculo tan formidable y sensible! Estremézcase la doncella al considerar la funesta suerte de esta desventurada mujer; procure conservar su pureza y honestidad, para no verse en semejantes desastres; no se fíe jamás de las promesas que hace el hombre para saciar sus vergonzosas pasiones; y si por su fragilidad se viese reducida a un estado tan miserable y funesto, desprecie el interés y la vanidad del mundo, resígnese a la voluntad del Cielo y aprenda a padecer con constancia y valor, manteniendo su virtud en tan alto grado que, antes de perderla, elija una muerte tan amarga e infeliz como la de la desgraciada Margarita.

#### ANECDOTA IV

(Vol. II)

Amadeo y Rosalía

Es la virtud el premio de sí misma. Por más relajado que está el mundo, le consagra su admiración y aprecio y engendra en las almas sensibles y generosas que la prueban y examinan un amor indeleble y constante. Se admira la belleza, se ensalza y alaba como una prenda estimable de la naturaleza; pero la virtud y la honestidad encantan y excitan los más puros afectos en los corazones tiernos. Es mucho más apreciable esta cualidad en las mujeres, y si a ello se une la hermosura, no hay objeto más interesante ni atractivo. La constancia en la virtud tiene siempre la justa recompensa que merece, así como el abandono de ella trae consigo el oprobrio y el desprecio. ¡Ah, qué atentas deben ser las jóvenes en un punto tan importante! El interés que ciega y precipita debe ser a sus ojos un objeto horroroso, y para conservar su candor deben mirar las vanas apariencias de la fortuna como unos escollos en que chocando perece. Si así lo hacen, reflexionando que todas las delicias, placeres y atractivos del mundo no valen los verdaderos bienes que produce la virtud, experimentarán que el Cielo, así como no deja impune al delincuente, protege al virtuoso. La anécdota siguiente es un ejemplo penetrante que enseña a despreciar con valor lo que no concuerda con estas puras máximas; y el fin feliz que tuvo la virtuosa y sabia joven que representa debe animar a todas las de su clase a seguir sus huellas para triunfar de la seducción, del interés y del amor.

Vivía en Upsalia, ciudad arzobispal de la Uplandia, provincia de Suecia, la condesa de N..., viuda, poderosa, ilustre y rica de aquel reino; tenía un hijo único, gallardo joven y de unos sentimientos propios de su calidad, llamado Amadeo. Las dotes de fortuna y de la naturaleza que acompañaban a este joven lo hacían muy amable en la ciudad, y las personas más ilustres de ella deseaban su enlace. Su madre, que ya era de edad, pensaba casarlo con la marquesa de N..., señora nada inferior en todas sus circunstancias a Amadeo; y casi ya estaba el casamiento tratado entre los parientes (como regularmente sucede entre señores), lo que ignoraba Amadeo, aunque no que su madre lo pensaba, porque varias veces le había hablado de este particular; pero él siempre le manifestaba una cierta frialdad porque amaba tiernamente a una criada de su madre, llamada Rosalía, joven de tan admirables prendas que parecía estaban reunidas en ella todas las gracias que producen la virtud y la belleza. Nunca se había atrevido Amadeo a demostrarle su amor, temeroso de que no lo penetrase su madre y la echase de su casa, sin embargo de que la quería tanto como si fuera hija. Vivía sin reposo ni quietud, casi siempre retirado en su cuarto, donde se deleitaba con las Musas para desahogar su intolerable pasión.

Bien notaba Rosalía que siempre que la miraba su amo mudaba de color, quería hablarle, se detenía y a veces caían de sus ojos algunas lágrimas, a pesar de su disimulo. Se compadeció Rosalía del melancólico estado de Amadeo, y sentía en su corazón una inclinación secreta a consolarlo. Tal era la sumisa y despreciable idea que tenía de sí misma que, no obstante que casi le daba Amadeo evidentes pruebas de su amor, no acababa de persuadirse que podría ser ella la causa de las penas que padecía. Sin embargo, varias veces reflexionando entre sí decía: «¿Será posible que mi amo me ame? ¿Será posible que haya dado en tan rara extravagancia? No, no es fácil. Es muy sabio y prudente, y conocerá que sería una locura su amor. Si con mal fin, debe pensar que soy virtuosa y que sus intentos serían vanos; si con bueno, también debe juzgar que es una cosa imposible atendiendo a sus circunstancias elevadas y a mi humilde condición. ¡Qué necia soy! ¿Cómo puedo imaginar cosa tan inverosímil? Aunque yo fuese una joven de preciosas cualidades, me consideraría Amadeo como digna de desprecio. Pero aquello de mirarme, quedar confuso, no hablarme palabra y mudar de color, ¿no podrán ser efectos de una vehemente pasión? Sí; mas tal vez al verme se le representará a sus ojos una imagen a quien haya consagrado su afecto. Todo puede ser; pero no sé qué tienen sus miradas, que me parece dicen lo que él siente en secreto. Es cierto que jamás me ha hablado una palabra por donde yo pueda asegurarme de lo que sospecho; mas sin embargo, el respeto y atención con que me mira y trata me dan que pensar. ¡Pobre Amadeo! ¿Qué tendrá? Sin saber por qué, me interesa tanto su melancolía que quisiera enjugar sus lágrimas. Una dulce inclinación siento en mi corazón, que me agita cuando lo veo, y así se me turba la lengua al ir a hablarle. ¿Será amor? Pero, ¿yo había de alimentar ideas más extravagantes que sueños? amor. ¡Ah, no, no! Reflexiona, Rosalía, tu pobre estado y nacimiento, y precávete de los tiros que puedan despedir contra ti la pasión, la maldad o la insolencia».

En estas y otras confusas reflexiones pasaba los días Rosalía sin poder desvanecer de su memoria la tristeza de Amadeo. Una mañana temprano que salió éste a evacuar ciertos negocios de su casa, se dejó abierta la puerta de su gabinete; entró en él Rosalía, vio en el bufete unos versos, y movida de curiosidad leyó que decían así:

## SOLILOQUIO

*¡Ah, corazón doliente! ¿Qué cuidado  
te mueve a tan penosos sentimientos?  
Tú palpitas, tú tiembblas, y no encuentras  
reposo ni quietud sólo un momento.  
Los suspiros, las quejas y gemidos  
sirven a tus pesares de alimento;  
y anegado en un mar de confusiones  
eres un miserable y triste objeto.  
¿No me dirás qué sientes o qué tienes?  
¿No me dirás quién es causa y fomento  
de tantas amarguras y congojas,  
de tantas turbaciones y desvelos?  
Sí: amor es quien me mata, amor tirano  
que me hirió con sus flechas, y yo, ciego,  
sin precaver los riesgos inminentes,  
cual mariposa incauta di en su fuego.  
¡Ay, suerte desgraciada! Estoy amando  
a una hermosa mujer que es un portento  
de gracia y de virtud; pero su estrella  
le dio un pobre y humilde nacimiento.  
¡Oh, rigor de fortuna! Mas, ¿qué importa  
para poder lograr mis pensamientos?  
¿Acaso es la riqueza y la nobleza  
la que tiene mayor merecimiento?  
¿Acaso la virtud y la pobreza  
son dignas del oprobrio y el desprecio?  
En un corazón noble y generoso,  
¿qué cualidad tendrá mayor aprecio?  
La virtud sobre todo es preferida,  
es cosa indubitable: este ornamento  
es para la mujer la mejor dote.  
¿Qué cosa es la nobleza? Es, en efecto,  
un mérito exterior, autorizado  
por el mundo engañoso y lisonjero,  
pues tal vez suele estar acompañada  
de un corazón traidor, vil y protervo.  
En la virtud no hay tacha: ¡cuánto encanta  
su inocencia y candor! Dulce embeleso  
es poseer un alma virtuosa,  
en quien todo es verdad, no fingimiento.  
Mas, sin embargo, el mundo corrompido  
la trata con rigor y vituperio,  
condenando al discreto que la estima  
más que al fausto, nobleza y nacimiento.  
¡Ah! ¿Qué haré, virtuoso dueño mío?*

*Si miro atentamente estos respetos  
yo debo no quererte; pero, ¿cómo  
podré vivir sin ti? ¡Rigor extremo!  
La pasión me arrebató; mas el hombre  
debe ser de sí mismo siempre dueño,  
sin dejar el dominio a las pasiones.  
Es verdad; pero yo no podré hacerlo,  
pues si me falta el ídolo que adoro  
todo será pesar y desconsuelo.  
Diera por conseguir tan bella prenda  
todo cuanto poseo, cuanto tengo;  
y aun trocara mi suerte y claro origen  
por ser hombre de humilde nacimiento,  
para poder gozar su hermosa mano  
sin mirar ni atender ningún respeto.  
Pero, ¡qué loco soy! Yo estoy amando  
sin que sepa mi amor el tierno objeto  
que fomenta esta llama, ni tampoco  
sé si me corresponde, aun en secreto.  
¡Ah, qué dudas me asaltan y confunden!  
¡Oh, dura situación! Yo no me entiendo  
entre tanto tropel de desventuras,  
mitigad mi dolor, divinos Cielos,  
permitid se disipen mis pasiones  
o que vea logrados mis deseos.*

Acabó de leer Rosalía estos versos, bañados sus ojos en lágrimas; conoció la interna agitación del afligido Amadeo, y le enterneció tanto su lastimosa suerte que quedó bastante espacio suspensa considerando aquel papel, sin poder salir del gabinete. Ya se recobró un poco, y temerosa de que no la encontrase allí Amadeo se retiró al cuarto de su ama, a tiempo que a la violencia de un accidente estaba sin sentido. Da voces Rosalía, acuden todos los domésticos, llega en este instante Amadeo, llevan a la señora a la cama, llaman médicos y todo es turbación y confusión. Abre la condesa los ojos, ve a su hijo y le dice: «Hijo mío, cuida de Rosalía, no la desampares jamás», y sin poder articular más palabra, queda sin vida. Todos lloraban la muerte de esta señora, que por su humanidad y buen corazón se había granjeado la estimación y amor de los que la servían. Amadeo estaba inconsolable, y unida esta pena a las suyas, no hallaba paz ni descanso. Luego que dieron sepultura a la condesa y quedó algo tranquilizada aquella casa, llamó Amadeo a Rosalía y le dijo de este modo:

«Ya oísteis que mi amada madre, en los últimos alientos de su vida, me recomendó mirase por vos y os amparase. Sin esta recomendación nunca os hubiera negado toda mi protección, pues os estimo como merecéis. Yo gustaría mucho de que me acompañaseis en mi soledad algunos días, o todo el tiempo que os agrade. La señora Adelaida cuidará de las cosas domésticas, y vos lo haréis de mi ropa. Aunque os falta mi madre, que tanto os amaba, estad segura de que en mí hallaréis todo cuanto queráis. No seré vuestro amo,

vos no merecéis servir: seré vuestro padre y vuestro amigo, sí un amigo tan tierno que se interesará en vuestra felicidad como en la suya propia».

«Señor, le responde Rosalía, las expresiones que merezco a vuestra bondad penetran mi corazón de gratitud y reconocimiento. Sabe el Cielo que desearía vivir en vuestra compañía y consolaros en vuestras penas; pero el mundo tal vez juzgará mal de vos y de mí si permanezco en vuestra casa después de haber muerto mi amada y piadosa ama. Vos sois joven y yo también; y las atenciones que por vuestra benignidad me dispenséis darán motivo a la murmuración. No podéis figuraros mi sentimiento al separarme de vos; pero mi virtud...»

«¡Ah, virtuosa Rosalía!, le interrumpe Amadeo, vuestra virtud estará segura en mi custodia; nada tiene de extraño el que estéis en casa acompañada de la señora Adelaida. Estas razones que proponéis son pretextos para iros con vuestros padres. ¡Ah, Rosalía! Si supierais la pena que me ocasiona vuestra resistencia a mis propuestas, os compedecerías de mí; sí, generosa Rosalía, os causaría lástima mi soledad, mi angustia y mi dolor. Mirad este triste estado mío; contemplad cuanto no tengo valor para deciros. En libertad os dejo: resolved, y me daréis la respuesta». Al acabar de proferir estas palabras se le cayeron involuntariamente de sus ojos algunas lágrimas, y se retiró agitado de la mayor confusión, dejando a Rosalía rodeado de otra mayor.

Luego que se vio sola, decía entre sí misma: «La ternura con que mi amo me ha hablado, el llanto que a pesar de su resistencia ha derramado al separarse de mí, y las expresiones afectuosas con que intenta retenerme en su casa son efectos sin duda del amor que me profesa. Mas, ¡ay, Cielos!, ¿qué ideas serán las tuyas? Los versos que leí en el gabinete bien claro manifiestan que yo soy el desgraciado objeto de su amor. Los sentimientos que expresa en ellos parece se encaminan a buen fin. El parangón que forma entre la virtud y la nobleza, prefiriendo aquélla a ésta, es claro indicio de su misma virtud y de sus honrados pensamientos, y tal vez pensará... ¡Loca de mí! ¿Yo me lisonjeo con quiméricas y figuradas esperanzas, y no miro por mi decoro? Yo lo amo, aquel corazón sensible excita en mí una vehemente inclinación, y si estoy en casa expongo mi virtud y mi honor. Pues no. Esta noche le diré que he resuelto marcharme con mis padres. ¡Ah, bárbara Rosalía! ¿Y tendrás valor para ser tan cruel con un caballero tan amable y generoso? Yo no quisiera darle que sentir; pero es el riesgo muy grande, y debo evitarlo aun a costa de mi vida. ¡Que me haya hecho el Cielo de calidad tan humilde! No soy ambiciosa de riquezas ni de honores, pero sí de poseer un corazón tan estimable como el de Amadeo. Quisiera poder pagarle su amor, pero de ningún modo podré hacerlo. A todo se opone la razón, el honor y la virtud; y no son éstas unas fantásticas preocupaciones que debe mirar con desprecio una sabia y honesta doncella. Ah, gran Dios protegedme Vos en caso tan arriesgado, y si el amor de Amadeo ha de ser causa de mi precipicio, privadme de esta infeliz vida antes de manchar mi pura honestidad».

Combatida Rosalía de tan diversos sentimientos, no sabía qué determinar. El reposo del conde le interesaba, pero mucho más el conservar su precioso pundonor. Irresoluta y confusa se retiró a su cuarto, considerando, transportada de admiración, todo lo que sucedía. Estando en estas profundas imaginaciones entró Amadeo, cuyo semblante

turbado, pálido y triste anunciaba la penosa agitación de su alma. Se alteró Rosalía, y el conde le dijo así:

«Vengo, bella Rosalía, a saber vuestra resolución, pues no descansaré un momento hasta que esté enterado de vuestro modo de pensar».

«Señor, le responde Rosalía, he considerado bien mis circunstancias y las de mis pobres padres, que ya son de edad muy avanzada y achacosa, conozco que en los miserables días que les faltan tendrán necesidad de mi asistencia. Siento en el alma hacerlos esta confesión, que juzgo os disgustará; pero vos sois sabio y prudente, y espero me concederéis el permiso para partir...».

«¡Para partir, ay Cielos! No, Rosalía, no; os daré cuanto sea necesario para vuestros padres, buscaré quien los cuide, y nada les faltará. ¿Vos iros de mi casa? ¡Ah! ¿qué sería de mí?»

«¿Por qué, Señor?»

«Porque os amo... Sí, ya lo dije, hermosa Rosalía; os amo cuanto a mi corazón. Si vos os ausentáis yo moriré de desconsuelo; tened compasión de mi tormento».

«Señor, ¿qué lenguaje es ese que usáis conmigo? ¿Os habéis olvidado de mi humilde calidad? ¿No reflexionáis que es locura vuestro amor? El grado, las riquezas, el honor, ¿son unos ecos tan débiles que no despiertan vuestra razón y entendimiento? ¡Ah, señor!, mirad lo que decís, no os dejéis arrebatar de una indiscreta pasión. Permitidme partir; éste es el medio para que os olvidéis de mí. Ausente de vuestra vista tendréis tiempo para la consideración, y esa pasión se disipará, faltándole la causa que la inflama».

«¡Ah, virtuosa Rosalía! Esas palabras han herido mi corazón; no sé qué resolver. Vuestra voz tiene mucho imperio sobre mí. Esperad unos días, dadme lugar para pensar...»

«Cuanto más esté en vuestra casa, más se aumentará ese fuego que os consume. Yo debo partir. Vuestro decoro y el mío lo prescriben. Siento dejaros entregado a dolor tan grande; quisiera poder calmar las zozobras de vuestro corazón, pero considerad bien vuestro estado y el mío, y hallaréis que no conviene a vos ni a mí que yo permanezca en vuestra compañía. La razón debe contener las pasiones. Si el hombre se deja arrastrar de ellas se degrada de su dignidad y de aquel carácter de valor que lo ennoblece. Reflexionad que sois el conde Amadeo de N..., que yo soy una pobre aldeana, y que es una locura cuanto pensáis. ¡Ah, si estas palabras se imprimieran en vuestro corazón! Señor, si me amáis tan tiernamente como decís debéis mirar por mí y por vos. Por ese mismo amor os suplico me deis vuestra licencia para irme con mis viejecitos padres; sí, permitid que con mi cuidado los consuele en su senectud. Os viviré eternamente agradecida, nunca me olvidaré de vuestra beneficencia y siempre lloraré la desgraciada suerte que me separa de vos».



«¡Oh bella Rosalía! ¿Lloraréis esta separación? ¡Ah!, decidme, virtuosa Rosalía, decidme si me amáis».

«No, no es amor el que siente mi corazón, ¡ay de mí!; es respeto, estimación y gratitud».

«¡Cruel Rosalía! ¿Por qué me priváis de una débil esperanza? Una mirada compasiva reanimaría mi espíritu abatido, un suspiro... Mas, ¡ay de mí!, ¿qué significan esas lágrimas que caen como a hurto de vuestros hermosos ojos? ¿Acaso tenéis compasión de un desventurado que os adora? ¿Os causan lástima mi confusión y tormento? ¡Ay, amable Rosalía!, repetid ese precioso llanto con que recibo consuelo. ¡Ah!, si vierais mi corazón... Si conocieseis mi insufrible dolor... ¡Oh, gran Dios! Mis ruegos..., mis votos..., escuchad..., volved a mirarme».

«Amadeo..., mi señor..., mi... ¡qué iba a decir! No seáis tan cruel ni inhumano, no asaltéis de ese modo a un corazón que no puede ya disimular. Sí, Amadeo, yo..., hace días... A Dios, a Dios, dejadme huir de vos a donde mi destino me llama, a donde quiere mi desgracia y a donde pueda con libertad llorar eternamente mi humilde nacimiento y mi miseria».

Sálese Rosalía de su cuarto al acabar estas palabras. Queda confuso Amadeo, y como un hombre ofuscado de una densa niebla. Cree apariencia lo que era realidad. No sabía qué hacerse en un lance tan terrible. Repetía entre sí las últimas palabras de su amada Rosalía, y agitado de los más extraños movimientos exclamaba: «¡Oh Cielos! ¿Qué es lo que he visto, qué es lo que he oído? ¿Sueño? No, despierto estoy; todo es verdad, sí, Rosalía ha sido la que ha hablado. De sus bellos ojos han caído aquellas tristes lágrimas que han penetrado mi alma. No hay duda, no...; ella me ama y siente ausentarse de mí, pero, ¡oh prodigio!, a pesar de su amor, ¡cómo brilla su virtud! Virtuosísima Rosalía, ¿quién podrá mirarte que no te ame? ¿Quién podrá dejar de quererte hallando en ti tantas gracias reunidas, que te hacen la más amable del universo? Yo no podré olvidarte jamás, y tu memoria hará funestos mis días. Sin ti no podré vivir, ¡ay de mí! ¡Cómo me transporta mi pasión! No considero mi nacimiento ni el suyo, no reflexiono los inconvenientes que se oponen a mi felicidad; nada puedo discernir sino la tirana inclinación que lastima mi corazón. Pero, ¿tendré valor para dejar partir a Rosalía? No; pues, ¿qué haré, santo Cielo? ¿Seducir su virtud? Es vileza, es infamia. ¿Casarme con ella? ¿Y mi honor? ¿Y mi decoro? ¡Bárbara suerte mía! Ni debo amar ni puedo olvidar. Pero, ¿hay cosa más digna de aprecio en el mundo que la virtud? No. ¿Y Rosalía no es virtuosa? Sí, virtuosísima. Pues, ¿por qué no merece mi mano? Porque padecerá vilipendio mi honor. ¿Qué es el honor? Es un homenaje que tributa el mundo, fundado en la opinión común. ¿Y de dónde proviene? De la virtud que ennoblece al hombre. Y la nobleza sin virtud, ¿qué vale? Nada. El mundo la desprecia, y si le da alguna estimación, es exterior. ¿Luego la virtud es superior a la nobleza? ¡Quién lo duda! Pues Rosalía es virtuosa, su misma virtud la ennoblece y yo podré, sin tacha alguna ni deshonor, ser su esposo. Mas antes que yo le declare estos sentimientos míos quiero tentar su virtud con los medios que me dicte la astucia, y si no se rinde a mis sugerencias- y esfuerzos le manifestaré mi corazón, y en sus tiernos brazos recuperaré aquel reposo y tranquilidad que perdí desde que vi sus hermosos ojos».

Resuelto Amadeo a experimentar la virtud de Rosalía, llamó a la señora Adelaida, dama de gobierno de su casa (que era de más de cuarenta años), y con muchas lágrimas le demostró la pasión que tenía a Rosalía, y sus intentos. Le rogó la persuadiese a que se quedase en casa, y que hiciese los mayores esfuerzos para probar su virtud, sugiriéndole condescendiese a unas ideas torpes e impuras. Compadecida Adelaida de la situación penosa de su amo, a quien había criado y amaba tiernamente, le ofreció poner en uso toda su persuasión para vencer a Rosalía, aunque conocía su mucha virtud y le parecía empresa muy ardua. Con efecto, nada omitió para persuadir a Rosalía a que no se separase de su compañía. Exageró el amor que le profesaba Amadeo, pintó la fortuna brillante que podía hacer si correspondía a sus máximas e hizo todo cuanto pudo para convencerla; pero Rosalía, incontrastable en su virtud, le respondió:

«¡Ah, señora Adelaida! Yo esperaba encontrar en vos un fuerte antemural que me defendiese de la cautela y de la sugestión, y hallo que sois un poderoso enemigo que intenta triunfar, por una vil complacencia, de mi virtud. En vez de fortificar con vuestros consejos mi fragilidad, ¿tenéis valor para seducirme? ¿Son éstas las lecciones que aprendisteis de nuestra sabia ama? ¿Es posible que una señora de honor como sois vos acepte comisiones tan indecorosas, opuestas a la razón, a la Religión y a la conciencia? ¡Ah! Avergonzaos de obrar tan vilmente, confundíos antes de presentaros delante de mí a inspirarme unos sentimientos tan indignos. Yo soy pobre; sé que tengo que sufrir en compañía de mis amados padres bastantes infortunios y calamidades, pero preferiré siempre aquella vida inocente y miserable a la brillante opulencia que me proponéis. Allí se conservará sin mancha mi pura honestidad, y aquí queréis inclinarme a que la abandone por un vil interés.

No, no me rendiré jamás a la vanidad ni al fausto. Estad segura de mi valor; id a decir al señor conde que absolutamente quiero partir mañana, y que no tenga máximas tan indignas de su calidad y nacimiento».

Hizo Rosalía este discurso con una noble osadía. La señora Adelaida reconoció su indiscreción, y disimulando cuanto pudo para sincerar su conducta le habló así: «¡Ah, querida Rosalía, cuánto me agrada oír de vuestros labios sentimientos tan honestos! Sí, amada amiga mía, me complazco tanto que no lo puedo exagerar. Yo he sabido que el conde nuestro amo os ama tiernamente. Temerosa de que pudiese peligrar vuestra virtud a fuerza de sus persuasiones y llantos, quise yo misma probarla y reprenderos si os inclinabais a la maldad. Este fue un efecto del mucho cariño que os profeso. Perdonad, amiga mía, si os he ofendido con una acción que sólo hice mirando por vuestro honor. Desde hoy os amaré con más ardor, pues vuestra incontrastable virtud lo merece. Persuadíos del fin sincero con que os he hablado. Nada me ha dicho nuestro amo. Os ruego que no le descubráis cosa alguna, que me creáis vuestra verdadera amiga y que estéis asegurada de que en mi compañía nunca os veréis expuesta a la infamia ni al deshonor».

«Amada compañera mía, le respondió Rosalía, os agradezco vuestro honesto celo; os perdono la agitación que ha causado en mi alma un discurso que nunca esperaba de

vuestra sabiduría y honor, y os ofrezco más estrechamente mi amistad, en grata correspondencia al amor que me manifestáis».

Varias fueron las contestaciones que pasaron mutuamente entre las dos, quedando Adelaida admirada de la constancia de su compañera. Procuró ver a su amo con reserva y participarle cuanto había sucedido. El conde quedó sorprendido al oír la menuda narración que le hizo Adelaida, y la misma virtud de Rosalía encendió más la llama de su amor. A la verdad merece disculpa un joven tan sensible como Amadeo, que adoraba un objeto en quien tanto resplandecían la virtud y la honestidad. Hay muy pocos semejantes en el mundo, y el que encuentre uno solo puede decir que ha descubierto el tesoro más estimable. No es esto decir que no hay muchas jóvenes virtuosas, sino que se hallan pocas que se resistan, como Rosalía, a los poderosos atractivos del interés y de la vanidad, estando enamoradas como ella y careciendo de los bienes que a otras da pródigamente la fortuna. ¡Oh, bellas jóvenes que vivís en el mundo perseguidas de la malicia, del engaño y del interés, reflexionad los elevados sentimientos de Rosalía, e imitad su virtud y su constancia!

Anduvo el conde algunos días pensativo y retirado, sin hablar casi nada a Rosalía. Conocía ésta bien que la inquietud y desconsuelo de su amo provenían de la irresolución en que se hallaba, no sabiendo cómo combinar los obstáculos que se oponían a sus ansias y desvelos. Conocía igualmente que ya era en ella delito permanecer al lado de un joven a quien amaba, y así no cesaba de hacer instancias para que le permitiese ir con sus padres. Cada vez que le hablaba en este particular a Amadeo le decía éste, exhalando un triste suspiro: «Esperad algunos días, dejadme sosegar, no seáis tan cruel». Ya en fin, estimulado de los repetidos ruegos de Rosalía, le dijo, transportado de su dolor: «¡Ah, ingrata Rosalía! Estáis empeñada en quitarme la vida con vuestra separación; lo conseguiréis, sí, yo no sobreviviré al funesto golpe que me divide del bien que más adoro. Mañana partiréis..., mañana..., sí..., ya lo dije. ¡Oh, desgraciado de mí! ¡Yo sin mi amada Rosalía! Sí; su crueldad lo quiere, su ingratitud me mata».

«Señor, le dice Rosalía, con una sensibilidad penetrante, saben los Cielos que no soy ingrata, y cuánto me compadezco de vuestro pesar; pero esas tiernas lágrimas que derramáis por mí debéis derramarlas por otra mujer más afortunada que yo, digna de vuestro amor. Yo no merezco vuestras atenciones, no; yo no puedo corresponder a vuestra ternura. El amor en mí sería un reprehensible delito; os pagaría muy mal los beneficios que he recibido de vuestra mano si no mirase por vuestro decoro. Sí señor, es necesario que me ausente de vos para que pongáis en olvido el amor que me tenéis».

«¡Ah, tirana Rosalía! Con esas palabras oprimís mi corazón, y no sé qué resolver... Pero no hay remedio... Mañana..., sí, mañana podéis salir de aquí. A Dios... A Dios... ¡Inhumana mujer, bárbara suerte mía!»

Sin poder articular palabra se separó el conde de su querida Rosalía, y ésta quedó traspasada del más vehemente dolor. Luchaban en su corazón la virtud, la piedad y el amor. Sentía ausentarse de su adorado Amadeo, y las penas, desesperación y congoja que padecía por su causa. No sabía cómo darle algún alivio en tormento tan prolijo sin

exponer su virtud. Meditaba varios medios, y en todos hallaba graves inconvenientes. El combate fue muy cruel, pero al fin venció su virtud, y determinó emprender su viaje al otro día, aunque fuese a despecho de su amo.

El afligido Amadeo, cercado de mil afanes y pesares, se retiró a su gabinete, mandando a sus domésticos que no dejasen entrar a nadie. Luego que se vio allí solo, principió a desahogar la opresión de su corazón derramando tiernas lágrimas, exhalando los más íntimos suspiros, haciendo extremos como loco; y figurándose ya ausente de su bien, escribió estos versos, agitado de los movimientos más sensibles y naturales:

#### SOLILOQUIO.

*Ausente estoy del bien que más adoro,  
sin quietud ni reposo, ¡triste ausencia,  
¡suerte desventurada! ¡Ay de mí triste,  
qué remedio hallaré en tan grave pena!  
La muerte, sí, la muerte sola puede  
acabar con los males que me cercan.  
¿Cómo podré vivir, ¡ay, Cielo santo!,  
si me falta la amada y dulce prenda  
que alentaba mi espíritu abatido  
cuando llegaba a verme en su presencia?  
¡Qué gracia, qué prodigio, qué hermosura!  
¡Qué virtud tan heroica y tan perfecta!  
No puede hallarse objeto más amable  
sobre la faz fecunda de la tierra.  
¿Y yo, por respetar mi nacimiento,  
permití se ausentase tal belleza?  
¡Ah, tirano rigor! Yo mismo he sido  
el juez que me he intimado una sentencia  
tan bárbara y crüel que no es conforme  
a las leyes que da naturaleza.  
Yo mismo soy la causa de mis males  
por un vano entusiasmo de nobleza,  
cuando, si bien se mira nuestro origen,  
entre todos no hay más diferencia  
que la virtud que a unos ennoblece,  
o la maldad que a otros vilipendia.  
Por orden natural mirado todo,  
es una vanidad y una soberbia  
la preferencia que hay entre los hombres,  
pues sola la virtud es la que eleva  
(después de una carrera limitada)  
el alma a su reposo y a su eterna  
dulce felicidad, único premio  
debido a la virtud, no a la nobleza.  
¡Ah!, ésta es una verdad muy infalible*

*que escribió la Suprema Inteligencia;  
y si el mundo engañado y engañoso  
así no lo conoce y considera,  
es porque el interés lo predomina  
y lo ciegan la pompa y las riquezas,  
pero el hombre sensato bien conoce,  
guiado por las luces verdaderas,  
filosofando bien nuestros principios,  
que todo cuanto el mundo infame encierra  
es una fruslería despreciable  
y es una vanidad loca indiscreta  
que embriaga los gustos y sentidos  
y nos hace olvidar que somos tierra.  
¡Ah, que estas reflexiones llegan tarde!  
Pues ya de aquí está ausente aquella bella  
y amable Rosalía... Mas, ¿qué digo?  
Yo sin duda estoy loco... ¡Qué apariencias  
me confunden y engañan! ¿No está en casa?  
El plazo de su marcha, ¡oh, dura pena!  
¿no es mañana? Pues aún remedio tiene  
mi desgraciada suerte. Voy a verla  
y a decirle mis puros sentimientos  
antes que me consuma mi tristeza.*

Dejó la pluma Amadeo, y olvidado de su propio decoro fue al cuarto de Rosalía resuelto a hacer la última prueba de su virtud; y cuando se mantuviese firme en ella, ofrecerle ser su esposo. Apenas lo vio Rosalía cuando se sobresaltó: «No os alteréis, hermosa Rosalía, le dijo; yo vengo a despedirme de vos por la última vez, y a manifestaros el desasosiego e inquietud de mi corazón. Solos estamos los dos, nadie nos oye; habladme con lisura, decidme si sentís piedad de mí, si me amáis».

«Ya os he dicho que el mío no es amor, le respondió Rosalía; es una justa estimación, y la compasión que me causa vuestra pena es efecto de mi gratitud».

«Vaya, dejaos, amable Rosalía, de ficciones, yo conozco que me amáis; dadme esa bella mano...»

«Si os atrevéis a llegar a mí doy voces y publico vuestra insolencia».

«Serenaos, serenaos, preciosa joven; no pretendo usar de ninguna violencia. Vos queréis partir mañana, ¡qué locura! En casa de vuestros pobres padres pasaréis mucha miseria e indigencia. Aquí estaréis servida, bien vestida y regalada, y además dos mil escudos tiene este bolsillo: si condescendéis con mis gustos lo dejo a vuestra disposición».

«Sí, señor..., sí...; venga el dinero, pero me habéis de oír antes sin interrumpirme».

«Sí haré, como caballero os lo ofrezco».

«Pues oíd. El mundo corrompido cree seguramente allanar con el oro los caminos que no puede con los ruegos, con la persuasión y el engaño. Los jóvenes disolutos y libertinos se valen de este medio indigno para saciar sus inicuas pasiones, atropellando los más sagrados respetos. El ser vos caballero ilustre y yo una pobre aldeana os anima para llegar con tanta osadía a conquistar mi virtud. Si la suerte me ha hecho inferior a vos, debéis reflexionar que la naturaleza nos ha dado dos cosas iguales, la virtud y el honor. Lo mismo debe mirar por la conservación de estas dos preciosas cualidades el noble que el plebeyo, el rico que el pobre; y debierais avergonzaros al proferir delante de mí expresiones tan infames. ¡Tomad vuestro dinero, dinero indigno con que intentáis manchar mi honor y destruir mi virtud! No, no podrá el vil interés contrastar mi constancia; soy más superior de lo que vos creéis a sus atractivos, y aun a mis pasiones. Aunque me crié en una pobre cabaña, en rústico traje, los continuos consejos de mi infeliz y sabio padre me inspiraron la noble inclinación a la virtud y a la honestidad; y antes que ningún insolente e infame triunfe de ella, me dejaré hacer mil pedazos. ¡Un caballero como vos, un señor de vuestras circunstancias alimenta en su corazón máximas tan pérfidas! ¡Ah! ¿Qué diría de vos el mundo si supiese que con una criada vuestra, que os dejó recomendada vuestra difunta madre, y que por solo el título de estar en vuestra casa debéis amparar y proteger, ejecutáis una acción tan inicua? ¿Qué diría al ver el oprobrio que hacéis a la Religión, a la humanidad y a la razón? Sin duda os contaría en el número de los jóvenes libertinos que deshonoran y denigran vuestro noble sexo; os graduaría de un hombre vil, de bajos pensamientos e indigno de vivir en la sociedad. Y vos, sí, vos, afrentado y confuso, reconociendo vuestra maldad y el desprecio de las gentes honradas, iríais a ocultar vuestra vergüenza en el más escondido seno de la tierra. Ese dinero infame que sacrificabais gustoso a vuestros impuros y libertinos placeres, distribuidlo en socorrer la indigencia virtuosa, y no en seducirla. Así os alabará el mundo, os reconocerá digno de los favores que os ha dispensado el Cielo, y no tendréis los crueles y continuos remordimientos que suceden al deleite y al libertinaje. Mañana temprano, con vuestro permiso o sin él, saldré de esta casa, que hasta ahora he creído un seguro asilo, y ya la miro como un horroroso abismo y precipicio. Antes sentía separarme de vos porque os creía un joven virtuoso y honesto; pero ahora que conozco sois tan malvado e inicuo, deseo el momento de mi partida. Antes, sí, antes os amaba, pero ya os aborrezco, os detesto...»

«¡Ah, querida Rosalía!, le interrumpe Amadeo como turbado; ¿antes me amabais, y ya me aborrecéis? ¡Ay de mí, qué he hecho incautamente! Alma bella, perdonad una acción indiscreta que sólo he hecho para más experimentar vuestra virtud. No me levantaré de vuestros pies sin que me concedáis vuestra indulgencia; sí, piadosa Rosalía, perdonad esta culpa a mi amor. Quise acrisolar más vuestra honestidad para tener un justo título de ofrecereros mi mano. Sí, amada Rosalía, éste ha sido mi ánimo; cumpliósese mi deseo como esperaba, y a pesar de todos los respetos que pudieran detenerme, os juro ser vuestro esposo».

«Señor..., señor, ¿estáis loco, habéis perdido el sentido? ¿Apenas cometéis un exceso cuando intentáis otro? ¡Ah!, mirad bien lo que decís, moderad los impulsos violentos de

vuestra ciega pasión, no abandonéis de este modo vuestra gloria y honor, contemplad que esa oferta la hacéis a una mujer de una condición oscura en parangón de la vuestra, y que será causa de vuestro deshonor y vituperio. Acordaos que vuestra difunta madre trató casaros con la marquesa de N... joven, hermosa, sabia, ilustre y rica. Reflexionad que si la despreciáis por mí os atraeréis el odio y el rencor de todos vuestros parientes e iguales. Considerad que seríamos los dos un vil objeto de risa, y que el desprecio que las gentes me harían recaería sobre vos, haciéndoos avergonzar eternamente. No, no consentiré jamás que hagáis una acción que os denigrará; miro por vuestro honor más que vos miráis por el mío. Si yo fuese igual a vos, creed que no sería ingrata a vuestro amor; pero siendo mi nacimiento tan humilde, ni vos debéis pensarlo ni yo permitirlo».

«¡Oh, amable Rosalía!, no hay cualidad preciosa que no se halle en vos. Es verdad que vuestra calidad es inferior a la mía; pero la virtud realza y ennoblece al que la cultiva, por más oscuro que sea su origen. Sin ella no producen los títulos más pomposos sino una gloria vana y exterior. La que se granjea el hombre por sus bellas acciones no depende del nacimiento, y el verdadero mérito se hace tributar la estimación que se le debe en cualquiera persona que se halla. La naturaleza os ha regalado pródigamente con todos sus dones: vos sois joven, bella, sabia y virtuosa; y tantas cualidades epilogadas no dejarán de aseguraros el aprecio universal que merecéis. La estimación es debida al mérito personal, y no al nacimiento. La belleza del semblante anuncia la del alma, y la nobleza del corazón es la virtud, que debe ser honrada y estimada. ¿De qué sirve una ilustre progenie cuando el esplendor de las virtudes y la solidez del mérito no la ilustran? Una serie de virtudes es preferible a una serie de nobles progenitores, pues una continuación de honores no vale una perseverancia en las costumbres puras y honestas, de donde únicamente nace la verdadera nobleza. ¿Qué importa que yo sea superior a vos en el nacimiento si vos sois superior a mí en la virtud, en todas vuestras acciones y en vuestro noble modo de pensar? ¡Ah, bella Rosalía! Dejad a un lado esas reflexiones con que me matáis, y condescended con mis ruegos si deseáis mi felicidad, mi paz y mi consuelo».

«Si todos los hombres pensasen como vos, le responde Rosalía, yo me rendiría a vuestros ruegos; pero el mundo está preocupado de las máximas contrarias, y hay pocos filósofos que piensen acordes con la naturaleza. Además, el amor desigual nunca tiene la firmeza ni la constancia que el amor igual. No hay otros más complacientes que los hombres hasta que nos inclinan a ser favorables a sus deseos; pero cuando habéis conseguido coger nuestras rosas, no nos dejáis sino las espinas que nos lastiman, os reís de habernos despojado de nuestras flores y nos volvemos unos objetos despreciables a vuestros ojos. Esto hacéis aun con personas iguales; pues, ¿qué haréis con las que la suerte ha hecho inferiores a vosotros? El himeneo que se estrecha por unos amores vanos y locos trae consigo, después de algunos gustos y dulzuras, muchas penas y desazones. Hoy os parecería que sois feliz logrando mi mano, y mañana os reprenderíais vuestra ligereza e indiscreción. Creedme, señor conde; vuestras ideas son muy extravagantes, y llegaría el día en que, desimpresionado de la pasión que os arrastra, maldeciríais vuestra suerte y os llenaríais de rubor a la vista del mundo y de vos mismo. No son tan raras las bellezas virtuosas. Vos sois joven de calidad y opulencia, y hallaréis alguna que me exceda en las cualidades que admiráis en mí, la cual podrá, sin ningún inconveniente ni reparo, formar vuestra verdadera felicidad.

«¡Ah! no, no, amada Rosalía, no seré feliz sino en vuestros tiernos brazos. Despreciaría a todas las mujeres del mundo por una de vuestras piadosas miradas. Yo os amaré mientras viva, y sólo la muerte podrá hacerme olvidar la memoria que cada instante me representará vuestra hermosura y vuestra virtud».

«Todo lo consume el tiempo. La ausencia es el mejor antídoto contra el veneno del amor. Dejadme partir, procurad la distracción, amad la sociedad y la diversión, y en pocos días os olvidaréis de mí».

«¿Conque queréis separaros de mí?»

«Sí, señor».

«¡Cruel Rosalía! ¿Así despreciáis mi mano?»

«No la desprecio, señor conde, no. Sabed que si pudiese admitirla me consideraría la más dichosa del universo, pero ya que vos os olvidáis de quien sois, yo no debo olvidarme de mi humildad».

Acabó estas palabras con una ternura penetrante, y casi sin poder detener el llanto se salió del cuarto, dejando absorto y atónito a Amadeo. Estuvo bastante rato suspenso sentado en una silla, rodeado del mayor estupor y admiración. Luego que se disipó algún tanto aquella confusión que impiamente le oprimía el corazón, empezó a discurrir de este modo entre sí:

«¿Es ésta diosa o mujer? ¿Sentimientos más nobles pueden hallarse en corazón humano? No, no es posible. ¡Qué virtud tan admirable! ¡Qué prodigio de la naturaleza! ¿Cómo podré olvidar a una beldad tan amable y honesta? ¿Cómo es posible que el mundo no apruebe mi tierno amor, conociendo su virtud? ¡Ay de mí, qué dudas me sobresaltan! Irresoluto, discursivo y afligido, no sé qué determinar. Sus reflexiones son ciertas y convincentes. Que no debo ser su esposo es claro; pues, ¿qué haré? ¿Permitirle partir...? ¡Ah, yo moriré, no hay duda! Obligarla a que se quede no es fácil, ¡oh dolor! El caso es funesto. Por una parte me estimula mi amor, por otra me grita mi honor. Yo sé que debo separarme de su vista, pero, ¿cómo hallaré consuelo? Tal vez lejos de su belleza podré escuchar la voz de la razón y de mi deber. Sí, Amadeo, deja por un momento obrar a la prudencia, ármate de constancia, respeta tu decoro, refrena tu intolerante pasión y permite que Rosalía..., ¡oh, nombre fatal!, vaya a enjugar las lágrimas de sus ancianos padres».

La violencia que se hizo a sí mismo el conde al pronunciar estas palabras es imponderable. El dolor, la angustia y pena que poseían su alma son inexplicables; pero vencido a fuerza de sus reflexiones dio las órdenes correspondientes para la partida de Rosalía. Llamó a la señora Adelaida y casi sin aliento le comunicó su resolución, para que lo hiciese a Rosalía y previniese todo lo necesario a fin de que se hallase expedita para emprender su viaje al otro día muy de mañana. Bien hubiera querido el conde no despedirse de su dueño amado, pero su afecto no le dejó libre la voluntad para la



ejecución. Después de haber pasado toda la noche agitado de los más duros pesares, al tiempo de partir Rosalía la llamó, y con una voz lánguida y lastimosa le dijo:

«Vos partís, amada Rosalía, y yo quedo sin consuelo en mi amarga soledad. El Cielo os prospere y bendiga vuestra virtud, como deseo. Si yo escuchase los tiernos gritos de mi amor no permitiría una ausencia que acaso me privará de la vida; pero mi mismo honor y el vuestro me prescriben tan bárbara ley. Tomad esos dos mil escudos para que podáis cuidar a vuestros padres y gozar de alguna comodidad. No os pido otra recompensa por premio de mi tierno amor sino que os acordéis de mí y que exhaléis algún suspiro por quien tanto os ama».

«¡Ah, señor!, le respondió Rosalía llorando, nunca jamás podré olvidarme de vuestra beneficencia y humanidad. Todos mis ruegos se dirigirán a que el Cielo os dé felicidad y mitigue vuestras penas».

«No podrá ser, amable Rosalía».

«Sí será, señor. La ausencia borraré en vuestra idea mi memoria».

«¿No vendréis a verme alguna vez?»

«No, señor. Yo vendría muy gustosa, pero debo precaver las consecuencias funestas que tal vez causaría nuestra vista».

«Ya es muy austera esa virtud, Rosalía; nada queréis conceder a mi amor».

«Bastante pena me cuesta».

«Pues no os vayáis».

«Sí, señor, debo hacerlo, y la demora sería culpable en vos y en mí. Yo os ofrezco amaros en cuanto mi decoro lo permita, de tal modo que jamás amaré a otro sino a vos. Siempre os tendré en mi corazón; creedme, señor. Reconozco mil motivos para corresponderos así, y siento cuanto vos podéis sentir que la fortuna no nos haya hecho iguales, para corresponder a vuestra ternura».

«¡Oh, piadosa Rosalía, repetidme esa plausible confesión. ¿Vos me amaréis siempre? ¿No os olvidaréis de mí? ¡Ah, qué dulce satisfacción será ésta para mí! Vos seréis siempre el objeto, sí, el solo objeto de todos mis votos; yo os amaré siempre».

«Ya llegó el momento de partir, ¡ay de mí! Quedad con Dios para siempre. Dadme a besar vuestra mano, como mi padre, mi amo y señor. Estas lágrimas...»

«¡Rosalía mía, éste es el último a Dios, y yo no muero!»

«Es preciso; quedad en paz, y el Cielo os dé más felicidad que a mí».

Aquella turbación que anuda la lengua y oprime el corazón acometió de tal modo a estos dos afligidos jóvenes, que sin poder ni uno ni otro hablarse más palabra se separaron con pasos trémulos e inciertos, derramando un tierno llanto y exhalando los más lastimosos ayes. Se entró Amadeo en su cuarto, donde sentado en una silla y reclinado sobre un bufete dio desahogo a su dolor con las exclamaciones más expresivas y sensibles. Rosalía siguió su camino triste y desconsolada, volviendo cada instante la vista hacia el centro donde quedaba su amante, cuyo tormento y angustia se figuraba y compadecía. Llegó en dos días a casa de sus padres, los abrazó tiernamente, y aunque la alegría y gusto de vivir en compañía de los amados autores de sus días la consolaba algún tanto, la atormentaba la memoria del deplorable estado de su amo el conde.

Éste con nada hallaba consuelo. Cada día se aumentaba más su amor y sentimiento, y lloraba con más ansia la pérdida y ausencia de su estimada Rosalía. Reflexionaba continuamente entre sí su sabiduría y virtud, la heroicidad de sus pensamientos, la fuerza y energía de sus palabras; y cuanto más consideraba las bellas y preciosas cualidades que la adornaban, más crecía el voraz incentivo que lo abrasaba. Unas veces alababa la constancia con que había superado su pasión dejando partir a Rosalía, y otras se reprendía a sí mismo, tratándose de tirano y cruel. Los diferentes movimientos que incesantemente asaltaban su corazón no le dejaban gozar un momento de reposo; y como no podía comunicar a nadie sus penas, en métricos acentos explicaba su pasión. Varios fueron los versos que hizo impelido de sus ansias, de los cuales pondremos aquí los siguientes:

*Partió ya mi Rosalía,  
partió aquella amable prenda  
que formaba mis delicias  
y mitigaba mis penas.  
Mis penas serán crüeles,  
mi confusión será eterna,  
pues jamás podré olvidar  
a quien amo tan de veras.  
De veras seré infeliz  
en esta perpetua ausencia;  
y sin poder olvidarla  
siempre lloraré no verla.  
Verla quisiera, ¡ay de mí!  
y que ella también me viera,  
pues en tan mísero estado  
algún alivio tuviera.  
Tuviera un día dichoso  
si me viese en su presencia  
y pudiese sin respetos  
besarle su mano tierna.  
Tierna dulzura sería*

*lograr joven tan honesta,  
cuya virtud, cuya gracia  
encantará a quien la vea.  
Vea yo antes mi muerte  
que en brazos de otro la vea,  
pues sena mi dolor  
tirano sobre manera.  
Sobre manera la amo  
y mi pasión es muy ciega:  
yo no sé cómo no muero  
al pesar que me lacera.  
Lacera mi corazón  
la más inhumana flecha,  
y no hallo ningún consuelo  
en mi insufrible tristeza.  
Tristeza, pesar, congoja,  
ansia, tormentos, miserias,  
desesperación y angustias  
me acompañan y rodean.*

Así se quejaba el desgraciado Amadeo, sin saber qué determinar para apaciguar las duras penas que padecía. Ya había quince días que lloraba la ausencia de Rosalía, cuando llegó a casa del conde un primo suyo, llamado Don Carlos, de quien tenía la mayor confianza; éste vivía en Turín, Corte del rey de Cerdeña, en cuyo servicio estaba empleado como uno de los grandes de ella. Luego que Amadeo lo vio recibió algún consuelo, pareciéndole que refiriéndole la serie de sus sucesos se minoraría su continua melancolía. Como Don Carlos lo halló descolorido y triste, le preguntó la causa que daba motivo a su pena. Amadeo lo entró en su gabinete y le refirió muy por menor todo cuanto le sucedía: le explicó la belleza, gracia, virtud y talento que poseía Rosalía, y Don Carlos quedó admirado de su narración.

También le preguntó Amadeo la causa de su viaje, y Don Carlos le dijo que, habiendo obtenido licencia para hacer el giro de la Europa, había ido en derechura a Upsalia para ver si quería acompañarlo, lo que no le había escrito porque le había parecido mejor decírselo vocalmente; y que supuesto se hallaba agitado de tantos desvelos, era este medio el mejor para disipar su melancolía. Pareció muy bien a Amadeo la propuesta, y se resolvió a ejecutarla. Previnieron todo lo necesario para emprender este viaje, y a los ocho días tomaron la ruta para Viena. Llegaron en breve tiempo por la posta a aquella famosa ciudad, en donde el conde y su primo tenían varios amigos.

Por más que procuraba Amadeo divertirse y desechar la continua memoria de Rosalía, no podía apartarla ni de su pensamiento ni de su corazón. Visitaban a varias damas de la mayor distinción; observaba el conde en ellas una marcialidad y poca reserva que le hacían más amable la modestia y pudor de su querida Rosalía, cuya virtud juzgaba superior a la de todas las bellezas que veía y trataba. Después de haber estado allí unos

dos meses pasaron a Hungría, donde permanecieron otros dos, siempre descontento y melancólico Amadeo, no agradándole ninguna mujer de cuantas veía.

La continua pena que padecía iba debilitando su salud; y conociendo que el viajar no era suficiente remedio para curar su mal, dijo un día a su primo: «Amigo y primo mío, ya ves cuántos esfuerzos hago para borrar de mi idea a Rosalía, pero por más que lo procuro no puedo conseguir olvidarla; antes, cada día crece más mi amor, y no hallo ningún consuelo. Ya ves que mi salud flaquea, y que mi misma melancolía indubitablemente me conducirá a la tumba. Por conservar mi honor la dejé separarse de mí, a pesar del ciego amor que le tenía. Pero ya estoy en términos que he de perder el honor o la vida. Si la virtuosa Rosalía no es mi esposa, yo muero; y si lo es, viviré con reposo y tranquilidad. Entre estos dos extremos, tú debes aconsejarme lo que me conviene hacer».

«La razón de Estado, le respondió Don Carlos, es un respeto que nos obliga a vencer nuestra voluntad o a sacrificarla en las aras del propio decoro. Bien conozco que Rosalía, siendo tan virtuosa, honesta, y hermosa como dices, merece toda estimación, y que se encuentran pocas mujeres de circunstancias tan amables; pero, sin embargo, serás censurado de todos si llegas a contraer con ella matrimonio».

«Yo no lo dudo, primo mío; pero, ¿no es mejor ser censurado, y aun aborrecido de todos, que morir de sentimiento o vivir siempre rodeado de desconsuelo, inquietud y pesar? ¿No debemos mirar por nuestra vida por todos los medios que nos dicte la prudencia y sean útiles para nuestra conservación, como no se opongan a la Religión?»

«Eso es muy cierto; pero el tiempo irá poco a poco consumiendo ese fuego que te abrasa».

«Lo considero imposible. Hoy está tan vivo mi amor como el mismo día que se ausentó de mi vista».

«Bien veo tu miserable y triste estado, pero no es el amor causa bastante para quitar la vida».

«¡Ay, Carlos mío! Bien se conoce que tú no padeces las ansias que padece mi corazón. Una pasión amorosa como la mía es bastante para dar la muerte. Muchos ejemplos se han visto en el mundo, y yo seré el más deplorable y lastimoso de todos».

«Pues amigo, cuando el riesgo se ve tan inminente es necesario acudir al remedio; yo quiero más tu sosiego y felicidad que todo. Dispón lo que gustes, pues siempre me tendrás favorable a tu voluntad».

Regocijado el conde al ver la compasión de su primo, lo estrechó en sus brazos y le manifestó con las más vivas expresiones su gratitud. De común acuerdo resolvieron volver a Suecia, ir en derechura a la aldea donde habitaba Rosalía, declarar todo lo conveniente a sus padres y que Amadeo se casase con ella en secreto. Tomaron el camino

por la posta, y en breves días llegaron a la aldea, centro donde estaba el objeto más amado del conde.

La virtuosa Rosalía sabía que su amo había salido de Upsalia en compañía de un primo suyo, con ánimo de viajar por la Europa para aliviar su penosa melancolía; y aunque lo amaba en extremo se alegró de que hubiese tomado esta resolución, juzgando que de este modo se olvidaría de su amor. No dejaba de serle sensible esta reflexión, pero prefería el reposo de Amadeo al suyo propio. Estaba Rosalía muy descuidada con sus padres una noche, cuando entró en su casa un criado del conde a quien no conocía, y les pidió por favor si gustaban hospedar a dos caballeros muy ilustres que caminaban a Estocolmo. Los pobres ancianos y su amada hija condescendieron muy gustosos con su petición, manifestando con mucha cortesía que sentían no tener la comodidad correspondiente para hospedar a aquellos señores. Fue el criado a volver la respuesta a su amo, y al instante se apearon del coche para entrar en aquella pequeña casa que encerraba el tesoro más precioso del mundo.

Entró el primero Don Carlos, y viendo la hermosura de Rosalía y la modesta cortesanía con que le habló quedó sorprendido y confuso. Después llegó el conde, con intento de reprimir la violencia de su amor; pero apenas vio a Rosalía cuando se halló sin valor para contenerse. Quedó Rosalía casi inmóvil a la vista tan inopinada de un objeto que no esperaba, y turbada y atónita le dijo: «Mi amo..., mi señor... ¡Vos en mi casa! Dadme a besar vuestra mano, permitid que os manifieste mi gratitud...»

«¡Ah, virtuosa Rosalía, ¿os admiráis de verme en vuestra presencia?»

«Yo..., sí...,»

«¡Qué modesta turbación! Sosegaos, señora. Vengo a ver a vuestros padres, a ratificaros mi estimación y a daros pruebas nada equívocas de la constante memoria que os conservo».

«Agradezco mucho vuestras expresiones, señor».

«Tengo que tratar con vuestros padres un negocio muy importante. No es casualidad la que aquí me ha traído». Y con voz sumisa, que nadie pudo entender lo que decía, prosiguió: «No, querida Rosalía; vuestra virtud es solamente la causa. Sí, amable criatura, desde que os separasteis de mí no he tenido un momento de consuelo ni descanso. ¡Ah! Si supierais las lágrimas y penas que me cuesta vuestra ausencia, os causaría lástima mi suerte». Traspasaron estas tiernas palabras el corazón de Rosalía, bajó los ojos, dio un suspiro casi interrumpido, y nada respondió. Amadeo llamó al viejo, se entró con él en un cuartito inmediato y cerró la puerta.

Tomando Amadeo por la mano al venerable anciano, le hizo una exacta narración del amor que tenía a su hija y de todo lo que había sucedido, manifestándole que venía con ánimo de casarse con ella. Estuvo atento el buen viejo a cuanto le refirió el conde, y sin poder contener el llanto le respondió: «Sabe Dios, señor conde, cuánto agradezco el

honor que queréis hacer a mi hija y a mí; pero no puedo dejar de deciros que debéis considerar que yo soy un pobre, y que aunque mi hija sea hermosa y virtuosa vuestros parientes os aborrecerán, y todo el mundo murmurará de vos».

«Pero haciendo nuestro matrimonio en secreto, dijo el conde, nadie podrá censurar mi conducta».

«Muy dificultoso es tenerlo tan oculto que no se llegue a penetrar. Además, todos mirarán a Rosalía como criada, ninguno le tendrá el respeto que correspondería a una mujer vuestra, y si queréis que los demás criados la traten con mucha atención, o lo atribuirán a un fin indecoroso o a que estáis casado con ella. Llegará a divulgarse; vos os veréis abandonado de vuestros parientes e iguales, y Rosalía será el desprecio e irrisión de todos. Una pasión amorosa acaba o se disminuye cuando se logra la posesión de lo que se ama; regularmente os sucedería así, y entonces conoceríais vuestro error, os causaría vergüenza salir con vuestra mujer al lado, y aun tal vez sería para vos un objeto horroroso y despreciable. Antes de hacer las cosas que no pueden tener después remedio, se deben precaver las fatales consecuencias que traen consigo el remordimiento y la aflicción. Vos estáis aún en tiempo de reflexionar vuestro error y corregirlo. Meditad bien mis advertencias, y sin duda os convencerá la fuerza de mis razones».

«Venerable anciano, le replicó Amadeo, hace ya mucho tiempo que batallan en mi pecho todas esas consideraciones con mi amor, pero no han podido vencerlo. Yo sé que siempre seré infeliz sin mi amada Rosalía. Su misma virtud le atraerá la estimación de todos, no lo dudéis. ¡Ah, buen viejo!, por piedad os ruego me concedáis este inestimable tesoro, en cuyos brazos sólo puedo pasar tranquilamente mi vida. Sin mi virtuosa Rosalía mis honores, mis riquezas, mis títulos, todo, sí, todo me será odioso».

«Compadezco, señor, vuestro dolor. De un corazón que tanto ama a mi hija, ¿podré esperar su poderosa protección y mi consuelo?»

«¡Eso dudáis! Mi vida, mi hacienda y cuanto valgo, todo está a vuestra disposición».

«¿Conque prometéis ampararme?»

«Como caballero os lo ofrezco. ¡Qué dudas me sobresaltan! Hablad, no os detengáis, fíaos de mí».

«Pues oíd: ni este país, ni esta aldea es mi patria. Mi nacimiento fue en Turín, de igual prosapia a la vuestra. Yo soy el duque de N...»

«¡Ay, Cielos, qué decís!»

«Escuchad. Sospechando el rey una conjuración secreta, mandó hacer con mucha reserva varias averiguaciones. Mis enemigos se valieron de esta ocasión para perderme, fomentaron la más negra calumnia contra mí, y un amigo me avisó que querían prenderme y castigarme como inicuo traidor. Para precaver este riesgo, recogiendo las

joyas y dinero que pude, abandoné mi casa y estados, dejé encargado a este amigo mirase por mi inocencia y me retiré a este sitio con mi mujer y mi hija, donde siempre he vivido como un labrador humilde, cultivando con mis manos el terreno para ganar el necesario alimento, pues después de algunos años me quedé sin dinero. Estos papeles os acreditarán la verdad de mi relación, y el antiguo lustre y nobleza de mi casa. Si podéis obtenerme el perdón del rey, sin rubor ni reparo alguno será Rosalía vuestra esposa, y yo recuperaré mi honor perdido».

«¡Ah, señor! Ese discurso ha reanimado mi desmayado espíritu. ¿Yo podré sin respeto alguno llevar públicamente a mi esposa al lado? ¡Qué contento, qué gozo! Mi primo es turinense, muy querido del rey de Cerdeña, y se echará a sus pies para obtener vuestro perdón. No, no lo dudéis. ¡Oh, noche feliz! ¡Oh, afortunado Amadeo!»

Llamó al instante a Don Carlos y le declaró todo el arcano. Transportado Don Carlos de alegría, se arroja al anciano con los brazos abiertos y le dice: «Amigo y señor duque, ¡qué acaso tan imprevisto! Yo soy hijo del marqués de N..., vuestro íntimo y gran amigo».

«Hijo del marqués de N..., le interrumpe el duque, lleno de gozo. ¡Qué oigo, santos Cielos! ¡Qué accidentes tan inesperados!»

«Sí, yo soy su hijo, que ansioso de saber vuestro paradero no he omitido diligencia alguna para descubrirlo, y lo logro cuando menos lo pensaba. Mi padre murió ya hace un año...»

«¿Murió ya vuestro padre? ¡Ay, amigo de mi vida!»

«Sí, ya murió; y poco antes de expirar me llamó y me dijo: *Hijo mío, busca, averigua el paradero de mi buen amigo el desgraciado duque de N... y cuando lo halles entrégale este Real Decreto que contiene su perdón y la restitución de sus honores, de su casa y estados...*»

«¡Qué dices, le interrumpe Amadeo, tú tienes su perdón!»

«Sí, aquí mismo lo tengo, pues como salí de Turín con ánimo de correr toda la Europa, me pareció conveniente traerlo por si la casualidad hacía que lo encontrase».

Sacó el Real Decreto, lo leyeron y todos tres quedaron admirados de tan extraño e inopinado suceso. Amadeo, fuera de sí de contento, llamó al instante a Rosalía y a su madre, y anegado en lágrimas de alegría le dice: «Venid a mis brazos, virtuosa y amable Rosalía; venid sin reparo ni rubor, señora duquesa...»

«¡Yo duquesa!, le responde Rosalía confusa. Vos queréis burlaros de mí...»

«No, no me burlo, verdad es lo que digo. Soy el más feliz del mundo... sí, ya nadie se opondrá al logro de mis deseos».

«Pero, señor, ¡qué decís, habéis perdido el sentido!»

«No, Rosalía mía, le dice su padre, tú no eres hija de un pobre labrador como crees; yo soy el duque de N...». Al oír estas palabras cae desmayada Rosalía; vuelve en sí, le refiere su padre toda la historia, y llena de placer y admiración dice a Amadeo:

«Ahora sí, amado conde mío, que admito gustosa vuestro tierno amor. Ahora sí que os entrego mi corazón, en premio de vuestra constancia. Ya me contemplo la más dichosa criatura de la tierra. Vuestra fe, vuestra ternura y vuestra bondad harán feliz mi vida; sí, no habrá contento igual al mío».

«Sí, bella Rosalía mía, los dos seremos felices, ya que el Cielo ha tenido piedad de nosotros. Démosle gracias incesantemente por sus favores, y seamos ejemplo de virtud y de amor».

Inmediatamente resolvieron partir para Upsalia; lo ejecutaron así, se hizo público todo lo ocurrido, y con gran concurso y aplauso de los parientes y amigos de Amadeo celebraron su casamiento. Este es el premio que tuvo la heroica y constante virtud de Rosalía. Sirvan sus acciones de modelo a las jóvenes que aspiran a empleos más elevados que los que corresponden a su calidad; aprendan a resistir con valor la sugestión, el interés, el amor y todo lo que no es conforme a la máximas de la virtud, y hallarán siempre la justa recompensa con que el Cielo distingue y premia a las que, guiadas por las verdaderas luces y principios de la buena educación, procuran limitarse a su condición, contentarse con su humilde fortuna y conservar su honestidad y su virtud como el tesoro más estimable y precioso.

## ANECDOTA V

(Vol. III)

Flavio e Irene

Si todos los amigos fuesen verdaderos y tuviesen los honestos sentimientos que produce una virtuosa educación, sería inútil la precaución y prudencia para tratarlos; pero como son muy raros los fieles, y demasiado comunes los falsos y desleales, se necesita usar de alguna reserva con ellos hasta que una segura experiencia acredite la sinceridad de sus acciones y amistad. La ambición, la avaricia o la envidia corrompen los mejores corazones, y se paga frecuentemente muy caro el fruto de las amistades pasajeras, que no se fundan en la basa sólida de la virtud sino en otros cimientos vacilantes y trémulos sobre los cuales no pueden sostenerse cuando se disipan las miras y respetos bajos, indignos de un hombre de bien, en que estribaba el sentimiento de amistad frívolo, transeúnte y débil. Los jóvenes, como faltos de experiencia, se juntan con otros de su edad; y el mismo trato, por lo regular libertino, les hace confiar su amistad muchas veces a aquellos de quienes deberían desconfiar más. Un vivo e instructivo ejemplo presentará a



la juventud la anécdota siguiente. ¡Ojalá que, aprovechándose de él, sepa precaver los daños que produce una incauta confianza!

En Lucera, ciudad episcopal del reino de Nápoles en el Capitanato, vivía el marqués de N..., rico, poderoso y antiguo caballero, el cual tenía un hijo llamado Flavio, de buena condición, de una índole amable y de una modestia más que común, efectos de la preciosa educación que el desvelo de su padre le había procurado. Era este joven de un talento vivo y despejado, su figura graciosa y atractiva, sus costumbres puras y sencillas y su virtud particular y heroica. Formaba las delicias de su anciano padre, cuyos días se prolongaban con el júbilo de ver que Flavio correspondía a sus cuidados.

Tenía el marqués la bella máxima, que tienen pocos padres, de no permitir que su hijo frecuentase sino las buenas compañías, para que a la vista de acciones religiosas, sabias y gloriosas se inflamase su corazón del noble entusiasmo de la virtud. Sin duda alguna hubiera formado un joven digno de la mayor estimación si la Parca no hubiese cortado el hilo de su vida al cumplir Flavio la edad de 18 años, edad que, como no perfeccionada enteramente, es capaz todavía de malas impresiones. Apenas murió el marqués cuando Flavio principió a gustar de aquellos inicuos placeres que franquea la libertad sin el freno de una autoridad que la contenga. Se juntó con otros jóvenes que, aunque eran de su calidad, no habían tenido tan buena educación. Poco a poco fueron venciendo y extinguiendo en él los sentimientos de virtud que tenía impresos en su corazón. En fin, con aquellos compañeros disolutos llegó después a ser como ellos, y entre todos cometían, aunque con alguna reserva, desarreglos dignos de castigo, abandonados al libertinaje.

Entre los amigos que Flavio había adquirido, un joven llamado Guillelmo era su mayor confidente. Éste era de mala condición, hipócrita y de peores inclinaciones que los otros. Sabía adular a Flavio, lisonjearle el gusto, y con una infame y servil condescendencia a sus pasiones más predominantes había logrado su total confianza. Esta práctica es muy común en el mundo para adquirir el favor y la privanza: caminos inicuos, sendas oblicuas y medios perniciosos, pero todo se emplea frecuentemente para entrar en el templo de la fortuna. Los grandes y poderosos del mundo están por lo regular rodeados de insectos reptiles que, cometiendo las mayores bajezas, empleando la negra adulación y lisonjeando su excesiva vanidad, infectan sus corazones, los hinchan de orgullo y causan su ruina y precipicio. ¡Oh, grandes y poderosos de la tierra!, abrid vuestros ojos, ofuscados de los vanos inciensos de la adulación, despreciad a los linsojeros, amad a los que os digan la verdad, pues así seréis felices y lo serán los que dependan de vosotros.

Esta vil adulación causó todas las desventuras de Flavio. Pasó éste en una vida relajada hasta los 22 años, en que, agitado de los remordimientos de su conciencia y acordándose de los honestos principios de educación que le había inspirado su difunto padre, volvió en sí de su letargo, se reconoció, y detestando sus vicios y pasiones volvió a vivir como antes. La hipocresía de Guillelmo y el interés que le resultaba de la amistad de Flavio, a quien estafaba con ingeniosa sutileza, le hicieron abrazar el mismo partido, aparentando que su corazón se había vencido al impulso de los mismos sentimientos, aunque realmente no era así.

Los dos amigos pasaron un año ocupados en honestos ejercicios y frecuentando las casas más ilustres y virtuosas de la ciudad, donde Flavio particularmente se hacía estimar por las muchas gracias con que la naturaleza lo había dotado. La casa a que más concurrían era la del duque de N..., en la cual hallaban los encantos más preciosos de la sociedad.

Este señor tenía una hija bien educada, discreta, hermosa y afable, cuyas gracias, con el mismo trato frecuente, fueron introduciendo insensiblemente en el corazón de Flavio un amor tierno. La señorita, que se llamaba Irene, no miraba a Flavio con indiferencia, y estimando sus bellas prendas y atractivo natural, gustaba mucho de su conversación y compañía. Nunca la dejaba sola la duquesa su madre ni le permitía la menor libertad, temerosa de que no perdiese aquel inestimable pudor que es el mejor garante de las mujeres. Pero como el amor es ingenioso para manifestarse, y a veces explican más los ojos que la lengua, casi recíprocamente se entendían entre sí Flavio e Irene; y como la privación aumenta el deseo, cuanto menos podían hablarse a solas más se inflamaban sus corazones sensibles y tiernos. Así como el vasto mar, agitado de la impetuosidad de los vientos, no pudiendo salir de los límites que lo circuyen levanta sus ondas furiosamente hacia el cielo, y viendo que no puede arrojarlas de su centro ni aun por el inmenso espacio de los aires, las recoge en sus profundos abismos, de este modo, oprimidos los corazones de Flavio e Irene por la violencia de su tierno amor, exhalaban sus íntimos suspiros por el aire, y viendo que no podían salir de los límites que les prescribía su sujeción, volvían a reprimirlos en su pecho para exhalarlos nuevamente. Conociendo Flavio que no le era posible enterar a su hermoso dueño del amor que alimentaba en su alma, descubre su pasión a Guillelmo, y con su acuerdo resuelve escribirle la carta siguiente:

*Flavio a Irene.*

«Aunque el amor no puede estar oculto, y me lisonjeo de que habéis conocido el que os profesa mi corazón por mis miradas expresivas y penetrantes, como nunca he podido hablaros a solas me tomo la libertad de escribiros este papel para declararos mi pasión. Sólo vuestra vista me consuela, y sin vos no hallo momento de reposo. Nuestra calidad y circunstancias son iguales. Mis deseos, llenos de Religión y de respeto, únicamente conspiran a que con un indisoluble lazo se unan nuestras almas. No creo que vuestros padres se opondrán a mis intenciones. Así que, si tenéis alguna piedad de mí, espero condescenderéis con mis ruegos, sin lo que nunca podrá tener paz ni sosiego vuestro afectísimo servidor y esclavo *Flavio*».

Luego que escribió este billete fue a casa de Irene, y a un ligero descuido de su madre pudo dárselo, diciéndole con una voz lánguida y sumisa: «Irene, de vos espero muerte o vida».

«Vida será si yo puedo», le respondió Irene, saliéndole los colores al rostro y bajando sus hermosos ojos con una amable modestia. Quedó Flavio sorprendido al oír estas dulces palabras de Irene, y así concibió la gustosa esperanza de lograr su mano. Fue necesario de parte de ambos acudir al disimulo para no dejar percibir un secreto que podía serles

dañoso; y en fin, a la noche, cuando Flavio volvió a casa del duque, le dio Irene, sin poderle decir ni una palabra, un papel cuyo contenido era así:

*Irene a Flavio.*

«No creo que sea opuesta a la virtud una pasión honesta que conspira a unos fines que permite el honor; en este supuesto no puedo negaros que os estimo muy de veras, y si vuestros deseos son tan decorosos y cristianos como me decís, obteniendo previamente el consentimiento de mis amados padres, está pronta a daros la mano de esposa vuestra afectísima servidora *Irene*».

Así que Flavio lo leyó llamó a Guillelmo, su falso amigo, le dio parte de su felicidad y le pidió consejo sobre lo que debía hacer. De acuerdo común resolvieron era preciso que Flavio pidiese por esposa a Irene al duque su padre. Lo ejecutó así, y como en nada era Flavio inferior a Irene le fue otorgada al instante su demanda, con la sola condición de que dejase pasar un año, por no llegar aún Irene a los 17 de edad. Loco Flavio por sus dichas, principió a arreglar los intereses de su casa y demás necesario para que todo estuviese expedito y poder celebrar su casamiento al tiempo prefinido.

En este intermedio, su pérfido amigo Guillelmo, que también amaba a Irene, meditaba los medios de impedir este matrimonio, que absolutamente le quitaba toda esperanza; y posponiendo las leyes de la amistad y de la confianza a sus deseos, sugiere a un tío de Flavio que ponga un pleito sobre la pertenencia de ciertos bienes cuantiosos al duque, padre de Irene, cuyo carácter era excesivamente impetuoso y vengativo. Excitada esta contienda y pasando, como regularmente sucede, de las contestaciones legales a las injurias y ultrajes, fue tal el odio y rencor que concibió el duque, no sólo contra el tío de Flavio sino también contra éste, aunque inocente, que en despiques injusto, raro y caprichoso se opuso ásperamente al matrimonio concertado, queriendo que pagase Flavio injustamente la culpa de su tío. Estos efectos vergonzosos son comúnmente los que producen los pleitos y desavenencias: el rencor que nace de ellos no sólo se extiende a los litigantes sino también muchas veces a toda una familia; mezclan los inocentes con los culpables y se forman unos bandos tan furiosos e irracionales que sólo buscan medios ilícitos para saciar su depravada venganza. ¡Injusticia, por cierto, que sólo cabe en corazones altivos, soberbios e inhumanos!

Tal era el del duque, padre de Irene, pues dijo a Flavio que no volviese más a su casa ni pensase en su hija. Flavio, resentido de este injusto procedimiento, lo reconvino modestamente; pero el duque, más irritado, le dijo en conclusión que si persistía en sus intentos le costaría la vida, y además lo maltrató de palabra con la mayor insolencia. Después prescribió a Irene que jamás hablase ni viese a Flavio, y que de lo contrario experimentarían el mayor rigor. ¡Cuánto de esto sucede en el mundo! Unos despiques necios son causa de las mayores ruinas. El encono y rencor de los padres suelen recaer sobre los hijos, y tal vez por unos fines indignos e injustos sacrifican impiamente la inocencia y la humanidad. ¿Quién podrá pintar el dolor que al oír esta novedad laceró los corazones de estos dos tiernos amantes, que ya miraban su dicha como segura e

inmutable? Lleno Flavio de la más negra desesperación busca a Guillelmo, y con lágrimas y suspiros le habla así:

«Amigo mío, soy la más infeliz criatura del mundo: mi dolor es insufrible, mi desesperación implacable. El duque de N..., enconado por el pleito que le ha puesto mi tío, ha querido vengarse en mí como si yo fuese culpable o motor de este litigio. Me ha injuriado y aun amenazado con la muerte si insisto en unirme a Irene. Le he rogado, he suspirado, he derramado copiosas lágrimas; pero lejos de ablandarse su empedernido corazón, se ha inflamado de mayor furor. ¡Oh, injusticia! ¡Oh, tormento cruel! ¿Qué haré, amigo de mi alma, en lance tan sensible? ¿Qué medio pensaremos para que yo no pierda mi tesoro? Aconséjame, no sé lo que me hago; y si tu amistad no me saca de esta angustia, moriré al rigor de mi desventurada suerte».

Al instante medita el falso Guillelmo la más negra y horrible traición; y aparentando sentir como verdadero amigo sus pesares, le dice con una voz tierna y expresiva: «Sabe el Cielo, amigo Flavio, cuánto te compadezco. Tus penas me son tan sensibles como las mías propias. Estoy pronto a sacrificar mi vida para darte consuelo, y la misma experiencia te acreditará esta verdad. Yo no hallo otro medio más seguro que robar a Irene. Difícil es la empresa, pero el oro allana los más ásperos caminos. Aunque su aya es mujer de mucho talento y decoro, tal vez podré seducirla a fuerza de dinero para que coopere a esta acción, y cuando no pueda conseguir nada por este medio, no faltarán otros que faciliten el intento. Lo principal es que yo procure hablar a Irene y enterarla de este pensamiento, a cuyo efecto me darás una carta para ella, y no dudo consentirá en esta resolución conociendo la injusticia de su padre. Determinada Irene a seguir este medio, le diré que salga al jardín una noche. Concertado el modo, la hora y demás necesario, prevendré de antemano dos caballos y la llevaré a tu quinta. La precaución en estos casos es de la mayor importancia para el buen éxito, y no conviene acelerar la acción para no malograrla. Luego que esté convenida en todo Irene, dejaremos pasar algunos días; venderás tus mejores joyas y alhajas, juntarás dinero, lo enviarás a la quinta, y para que nadie pueda atribuirte el rapto de Irene permanecerás en la ciudad cuatro o cinco días después que nosotros hayamos partido; nos irás a buscar, desde allí iremos al Estado pontificio o florentino, celebrarás tu matrimonio, y logrado esto pensaremos lo que debemos hacer. Ve aquí el medio de conseguir tus deseos y de frustrar la insana intención del duque, que no respetando los derechos de la naturaleza quiere sacrificar a su hija por un indiscreto resentimiento. Anímate. En las grandes empresas se necesita grande valor. Soy tu verdadero amigo: todo lo abandonaré por ti, y me contemplaré feliz si logro que tú lo seas, aun a costa de mi misma sangre».

Dicho esto lo estrecha Flavio en sus brazos, le manifiesta su reconocimiento, no vacila en la ejecución de lo que le había propuesto con apariencias sinceras; escribe la carta para Irene, se la da y le recomienda con abundantes lágrimas la prontitud y buen éxito de un negocio que creía el más interesante. Guillelmo le reitera sus expresivos ofrecimientos y parte con la carta a evacuar su comisión, animado solamente de su propio interés y no del de su amigo.

Considera Guillelmo en el camino lo difícil de la empresa, que tal vez era exponer el éxito el intentar seducir al aya, y que él no podía entrar en casa del duque porque así se lo había prevenido éste después del lance ocurrido con Flavio. Mas deseoso de lograr sus depravadas intenciones, piensa el modo de prevenir a Irene, por medio de una criada con quien él había tratado antes bastante confidencialmente, que ya fuese por una ventana o por la puerta del jardín hiciese por hablarle a las doce de aquella noche, pues tenía que comunicarle un secreto muy importante de parte de Flavio.

Con efecto escribe una carta a la criada, hace entregársela con mucha precaución y al instante le responde ésta que, habiendo comunicado a su ama el asunto, estaba conforme en salir a las doce de la noche al jardín, y que para que él pudiese entrar le enviaba una llave de la puerta del estanque. Luego que llegó la hora entró Guillelmo en el jardín, halló inmediato a dicha puerta a Irene y a la criada, entregó a aquélla la carta de Flavio y la enteró del designo proyectado. Irene, que estaba bien educada y tenía a sus padres la veneración y respecto debidos, sin embargo de su mucho amor respondió que de ningún modo podía consentir en semejante deliberación, ya por no faltar a la obediencia de sus padres, y ya porque era muy expuesta la acción. Guillelmo instó porfiadamente, pero Irene persistió en su primera resolución, manifestando que el encono de su padre era el primer impulso de la ira, que regularmente cedería y que con la paciencia esperaba llegarían a verificarse sus deseos. Finalmente, el pérfido Guillelmo, pareciéndole que las palabras de Flavio le harían más impresión, le suplicó que a lo menos diese el consuelo a Flavio de hablarle en aquel mismo lugar cualquiera otra noche. Irene le manifestó que podría traer consecuencias bastante perniciosas, porque su padre estaba muy receloso; pero que no obstante, en prueba de su mucho amor, saldría al mismo sitio la noche siguiente.

Se despidió, después de varios discursos, Irene de Guillelmo, y éste fue a referir a Flavio todo lo ocurrido. Fue inexplicable su desconsuelo al oír la resistencia de Irene a sus intenciones, pero se mitigaba con la linsojera esperanza de verla y hablarle a la hora señalada. Fueron infinitas las conversaciones que pasaron entre Flavio y Guillelmo; y éste lo estimulaba incesantemente a que emplease toda su persuasión y ternura para convencer a Irene.

Llegó la noche; a la hora referida fue Flavio con Guillelmo al jardín, y encontraron en el mismo sitio de la noche anterior a Irene y a su criada. Así como dos tiernos esposos a quienes la infeliz suerte tiene separados mucho tiempo, que creyéndose ya muertos el uno y el otro se ven por una rara casualidad cuando menos lo esperaban, y sorprendidos de gozo y alegría se abrazan estrechamente y no pueden en largo rato decirse una palabra a pesar de sus esfuerzos, de este modo, arrebatados del mayor júbilo Flavio e Irene, luego que se vieron permanecieron largo tiempo asidos de las manos, sin poder prorrumpir ni una sola palabra.

Pasado aquel gozoso sobresalto principió Flavio a exagerar a Irene su constante amor, a manifestarle las insufribles penas que padecía, y finalmente le declaró su determinación rogándole, anegado en lágrimas, que condescendiese con ella. Irene correspondió a las expresiones de Flavio con la mayor ternura, lo acompañó en su caudaloso llanto y le hizo

con el mayor amor las más vivas reconvenciones sobre sus designios. Después de varias contestaciones prolijas se despidieron repitiéndose recíprocamente las mayores pruebas de su invariable afecto, y quedando en volver a verse en el mismo sitio y a la misma hora pasados cuatro días, para evitar las malas resultas que podría traer el verse todas las noches, si el duque llegaba no sólo a descubrirlo sino aun a sospecharlo.

En este intermedio, viendo el duque muy afligida a su hija, y conociendo que provenía del constante amor que profesaba a Flavio, le dijo con un tono bastante airado que era inútil se afligiese por un amor que jamás vería satisfecho, pues en el instante que supiese permanecía en la idea de casarse con Flavio la encerraría en un monasterio para que absolutamente perdiese toda esperanza. Irene quedó sumamente desconsolada al oír estas palabras de su padre, y temerosa de que no ejecutase esta amenaza procuró reprimir su dolor, y no le respondió cosa alguna.

A la noche prefijada volvió Flavio puntualmente al jardín e Irene, luego que lo vio, prorrumpió en un mar de lágrimas, sin poder articular una sola palabra. Sorprendido Flavio de esta novedad procuró con las más dulces palabras serenarla, y a fuerza de ruegos hizo le confesase la causa de su pena. Aprovechándose Flavio de esta oportunidad, le repitió las más vivas instancias para que se resolviese a salir de su casa. Sus persuasivas expresiones, dictadas del corazón, sus lágrimas y sus tiernos suspiros, después de bastante resistencia vencieron en fin a Irene, y le ofreció someterse en todo a su voluntad. Acordaron entre sí que dentro de ocho días, a las dos de la noche, emprendería su viaje con Guillermo en los mismos términos que éste había propuesto, pareciéndoles todo muy conveniente.

Cuál fue el júbilo de Flavio es imposible explicar. Las gracias que éste dio a Guillermo, porque por su dirección, industria y manejo le había proporcionado ver a Irene, fueron infinitas. Al instante empezó a vender secretamente sus mejores alhajas, a prevenir los caballos y cuanto era necesario para ver verificados sus proyectos. Las expresiones que hacía a Guillermo eran indicios claros de su gratitud. Las lágrimas que derramaba eran intérpretes de su contento. Ya le parecía verse en brazos de Irene, y ya no creía hubiese obstáculo alguno a sus deseos. El amor es niño, se lisonjea con juguetes y apariencias, no prevé las consecuencias y sin reflexión se precipita por los mayores escollos. ¡Cuántos ejemplos ha habido en el mundo! ¡Cuántas ruinas ha ocasionado su ceguedad!

Todo se ejecutó y dispuso con felicidad: envió Flavio el dinero a la quinta con lo demás necesario para el viaje; y parecía que los sucesos correspondían a los deseos. Llegó la noche prefijada entre Flavio e Irene; tomó Guillermo los caballos, entró en el jardín, sacó a Irene y se encaminaron hacia la quinta. Luego que llegaron a ella, que fue antes de amanecer, se desmontaron, y a persuasión de Guillermo se echó Irene a dormir un poco. Entretanto el infiel amigo estuvo meditando los medios de engañar a Irene valiéndose de que Flavio, fiándose enteramente en su amistad, había prevenido a su amada Irene siguiese en todo los consejos de Guillermo.

Apenas despertó Irene cuando el inicuo Guillermo le dijo que, habiendo reflexionado con su amigo lo expuestos que estaban a que los encontrasen en la quinta si permanecían en

ella a esperar a Flavio, había creído sería más conveniente para lograr sin obstáculo alguno sus deseos que por la posta saliesen de la quinta aquella noche para ir a las montañas de Génova, y que esperasen a Flavio en un valle de ellas donde había unas casas de campo, de cuyo sitio estaba bien informado porque, los dos yendo a ver la Italia, habían pasado en él un verano. Como Irene sabía que Flavio había estado en Génova algún tiempo y no creía ni remotamente capaz a Guillelmo de una traición, se persuadió fácilmente de todo.

Salieron a media tarde la quinta, llevando consigo Guillelmo todo el dinero. En la primera posta vendió los caballos y siguieron en ella su viaje. En breves días arribaron a las referidas montañas, y cuando estuvieron en un valle sombrío, donde había unas casas de pastores, se hospedaron en la que habitaban un hombre y una mujer ancianos. Despidió Guillelmo a los postillones diciendo a Irene que aquel era el oculto sitio en donde debían esperar a Flavio, el cual llegaría, según habían quedado acordes, dentro de cinco o seis días; y aún, para más persuadirla, le dijo que sin embargo de que allí cerca había algunas quintas de conocidos y amigos de Flavio y suyos, les había parecido más del caso hospedarse en alguna casa de pastores para evitar el ser descubiertos.

Creyó Irene toda la trama de Guillelmo como una verdad sincera. Pasaba todo el día en coloquios con él, renovando siempre la memoria de su amante y esperando con ansia su arribo. Pasados los seis días, y viendo Irene que no llegaba Flavio, empezó a melancolizarse considerando si le habría sucedido alguna desgracia. Ya se figuraba que, sospechando el duque su padre que Flavio habría sido cómplice en su robo, le habría hecho quitar la vida; ya imaginaba que algunos salteadores podían haberlo asesinado en el camino, y ya se le representaban en su fantasía otras imágenes diversas y sensibles. Todos estos pensamientos laceraban cruelmente su corazón, y sus suspiros y lágrimas eran incesantes y copiosos. Guillelmo aparentaba la misma aflicción y le hablaba siempre de Flavio, derramando abundante llanto. Ya hacía diez días que estaban en el valle cuando creyó Guillelmo era oportuno dar principio a su inicua traición. Con esta idea, pero aparentando era por divertir a Irene, la sacó a pasear por aquel monte. Cuando hubieron andado un corto trecho, se sentaron debajo de un árbol y allí habló Guillelmo a Irene de este modo:

«Señora, la tardanza de Flavio me causa la mayor aflicción y me da mucho que sospechar cuando, habiendo pasado casi doble plazo del que convinimos, no ha llegado aún a este valle. Imagino si tal vez le habrá sucedido algún infortunio imprevisto; pero también es fácil que haya tomado la inicua resolución de dejaros abandonada, por no exponerse a la venganza de vuestro padre o por no separarse de sus estados y dejarlos en manos mercenarias, con pérdida considerable de sus riquezas. Luchan el interés y el amor en el corazón del hombre, y muchas veces triunfa el primero, sin embargo de los atractivos del segundo. En fin, si lo han muerto o se ha olvidado de sus juramentos y promesas, vos estáis ya perdida: ya no podéis volver a casa de vuestros padres ni tampoco adonde os conozcan, porque seréis el oprobrio e irrisión de las gentes. Yo compadezco vuestro deplorable estado, y no sé qué aconsejaros. Resolved, pues estoy pronto a sacrificar mi vida por vuestro honor».

Quedó Irene un poco suspensa; cayeron de sus hermosos ojos copiosas lágrimas, exhaló unos suspiros tan lastimosos que parecía le arrancaban el corazón, y con una voz tierna y penetrante dijo a Guillelmo estas palabras:

«¡Oh, gran Dios! ¡Qué fiero y repentino asalto de tormentos me ha ocasionado vuestro discurso! Conozco la fuerza de vuestras razones, me hago cargo de los reveses de la fortuna y considero la poca fe de los hombres. Pero, ¡ay de mí!, no puedo resolverme a creer que mi amado Flavio sea capaz de haberme olvidado. Es muy sensible su corazón, yo lo sé. No es fácil que alimente sentimientos tan pérfidos. Yo me he expuesto por su amor al riesgo más inminente, ¿y él podrá pagarme con tanta ingratitud? No, no por cierto. Es caballero, me ama de veras y no me persuado que en tan poco tiempo se haya mudado. Alguna imprevista desventura es causa de su demora, no lo dudéis. Esperemos algunos días más; el Cielo compasivo tendrá piedad de mí, pobre, miserable y sola. ¡Ay Flavio, cuánto me cuesta tu amor! Desprecié la obediencia que debía prestar a mis padres, me expuse a ser un objeto de infamia y de deshonor, nada miré por seguir tu voluntad (¡ciego amor!) y si eres falso y perjuro, ¿qué será de mí? Consoladme, Guillelmo, fortificad mi abatido espíritu, hacedme concebir alguna esperanza, aunque lisonjera, si no queréis que deje en estas breñas mi mísera vida».

Acabó este discurso redoblando su abundante llanto, rodeada de confusión y dando los más tiernos gemidos como presagios de su cruel infortunio. Guillelmo, aunque interiormente se complacía de ver a Irene en aquella penosa situación, creyendo más fácilmente lograr sus insanos pensamientos acudió al disimulo, consoló a Irene, y hablándole cosas que pudiesen mitigar su justa opresión la condujo a la casa donde habitaban, y allí pasaron la noche, Irene asaltada de sus pesares y Guillelmo lisonjeado de conseguir sus esperanzas.

Que nos sea permitido dejar a Irene y Guillelmo en este estado para referir la lastimosa y desesperada situación de Flavio. Deseoso de encontrar a su dueño amado, a los cuatro días salió de Lucera, por la tarde; fue a su quinta y se halló sin el dinero, sin su amante y sin su amigo. Así como el pensamiento de un hombre que ha viajado por muchas provincias y ha notado cuidadosamente todo lo que ha visto en ellas recorre con la mayor rapidez los lugares en donde ha estado, y más ligero que un relámpago pasa desde donde el Sol oculta sus luminosos rayos hasta donde la Aurora en su carro de plata sale a anunciar el día a los mortales, de esta misma manera vuela rápidamente el pensamiento e imaginación de Flavio, fijándose ya en su amigo, ya en su Irene, y ya quedando suspenso sin saber a qué atribuir la causa de este inesperado accidente.

Para salir de sus dudas pregunta a un doméstico si había visto a Irene y a Guillelmo, y éste le responde que sí, que hacía cuatro días habían estado en la quinta, que se habían llevado el dinero, que él se lo había entregado según le tenía mandado antecedentemente, y que después habían seguido su ruta sin decir nada. Esta respuesta del doméstico hizo que Flavio sospechase alguna traición en Guillelmo, y considerándose engañado por un falso amigo que creía tan fiel, previno a su doméstico guardase el mayor secreto, salió de su quinta y tomó el camino a elección del caballo, con ánimo de hacer mil pedazos a Guillelmo si lograba encontrarlo. Encendido en ira y asaltado de sus celos y de su dolor,



caminó algunas leguas sin saber por dónde iba ni hallar reposo. Al entrar en un bosque bastante enmarañado llegó la noche, y las tinieblas aumentaron su confusión y su tormento. Sus ojos bañados de lágrimas, su corazón lleno de aflicción, espanto y sobresalto, era un objeto digno de la mayor compasión; y como se vio solo y cercado de la más negra desesperación, exclamó en voz alta:

«¡Oh, montes; oh, valles, compañeros indolentes de mi soledad; oh noche oscura, fúnebre y triste! ¿A dónde voy, errante y sin guía? ¿A dónde me conduce mi tormento y confusión? ¿Adónde hallaré a mi amada Irene? ¡Qué desconsuelo! ¡Qué angustia! ¡Qué soledad! Pérfido amigo, ¿son éstas tus palabras, son éstas tus ofertas? ¡Perjuero, indigno! No pararé hasta encontrarte, y con mis propias manos te arrancaré el corazón. ¿Qué ingratitud, qué acción inicua he usado contigo jamás para que así te vengues? Yo te he franqueado mi corazón, he depositado mis mayores arcanos en tu pecho, ¡pérfido pecho!, te he dado las pruebas más sólidas de mi amistad, te he amado como a mí mismo. Bajo la más buena fe te he confiado mis tesoros y mi misma vida; y tú, indigno monstruo, ¡me sacrificas a tu interés propio, faltas a tus repetidas ofertas, prostituyes tu honor y ultrajas la humanidad! ¿Quién ha visto tan infame traición? ¡Oh, alevoso! Nunca dejan los Cielos impune al malhechor, y tú serás, sí, serás un ejemplo desgraciado que causará terror al mundo. ¡Oh, qué lance tan imprevisto! Virtuosa Irene, objeto de mi tierno amor, ¿a dónde iré yo a buscarte, qué antorcha me guiará adonde estás? ¡Ah, cuál será tu dolor! Esa pérfida fiera tal vez te habrá sugerido que soy infiel para lograr mejor sus inicuos deseos, tal vez intentará atropellar tu honor..., tal vez te dará impiamente la muerte..., tal vez... Mas, ¡ay de mí!, ¿qué funestas imágenes me rodean? ¡Cuántos pensamientos pavorosos y dolientes agitan mi afligido corazón! Ya no puedo respirar, ya no sé qué determinar. Pero, ¿qué me acobarda? Yo sé que Irene es muy virtuosa; sé cuánto me ama, y no es fácil... ¡Bárbara suerte mía! ¿Qué resuelvo, qué hago? ¡Qué he de hacer! Buscar a mi amada Irene, recorrer el universo de polo a polo hasta encontrarla y vengar la infame alevosía de un amigo tan indigno y cruel».

En semejantes exclamaciones iba Flavio desahogando su insufrible angustia cuando llegó a una casa de postas, y le vino al pensamiento que tal vez podrían darle allí alguna luz para seguir su ruta en busca de Irene y Guillermo. Con efecto, le dijeron habían tomado allí la posta para Roma un caballero y una señora hacía unos cuatro días, y le dieron tan buenas señas que, no dudando eran los mismos, sin detenerse un instante tomó también la posta y siguió su camino por si podía alcanzarlos. Pudo tomar esta determinación sin volver a su casa respecto de que, además del dinero que se había llevado Guillermo, traía consigo una porción muy considerable y varias letras de cambio. Continuó su viaje hasta Roma, habiendo dejado el caballo en la casa de postas con encargo de que lo llevasen a la quinta, que no estaba muy distante; y aunque en aquella ciudad buscó cuidadosamente a Irene y a Guillermo, no sólo no pudo hallarlos sino ni aun quien le diera la menor razón de ellos, porque el pérfido Guillermo, regalando bien a los postillones, había precavido este lance que siempre temió, pues estaba bien asegurado del amor de Flavio y se figuraba iría en su busca inmediatamente. Sin embargo de que Flavio nada pudo descubrir, insistió en su resolución y salió de Roma en derechura para Turín. Lo que le sucedió en su viaje, las tierras que corrió y lo que parezca necesario para la inteligencia

de esta historia lo diremos más adelante; pues ahora nos llama la atención lo que sucedió con Irene y Guillelmo en las montañas de Génova.

Ya se habían pasado más de quince días, y como Irene no veía a Flavio se consumía de tristeza. Dudaba y se confundía discurriendo qué motivos le habrían impedido su arribo, y en semejante angustia ninguna cosa podía consolarla. Guillelmo había tentado todos los medios posibles para hacerle creer que Flavio la habría abandonado, pero nunca pudo persuadirla. Ya resuelto a cometer, si era necesario, una indigna acción para lograr sus intentos, la retiró en medio de aquellos bosques y le dijo así:

«Señora, vos pasáis una vida deplorable llena de confusión y de tormento, llorando la pérdida de un hombre que, sea fiel o no lo sea, ya murió para vos. Ya debéis pensar diversamente. Según las circunstancias y sucesos debe toda persona sabia y prudente mudar de consejo. Cualquiera dudará de vuestro honor. Nadie, sino yo, creará que lo conserváis. A los ojos del mundo sois una mujer infame, y ya perdisteis aquel concepto común que es el único apoyo en que se sostiene la buena opinión. La acción de abandonar la casa de vuestros padres es bastante motivo para que os cubran de infamia. No hay cosa más delicada que el honor; se pierde con facilidad y se recupera muy difícilmente. Yo soy amigo de Flavio, lo soy igualmente vuestro; me compadezco de vuestra penosa situación, y no hallo sino un remedio para mejorarla. Tal vez os parecerá duro por la pasión que alimenta vuestro corazón, pero, creedme, el amor es una débil preocupación, y la firme opinión y entusiasmo del honor la vencen con pocas reflexiones. A mí mismo toca también conservar el vuestro y el mío. Yo os he sacado de vuestra casa con él, y no debo permitir que volváis a ella denegrida. Vos misma podéis precaver vuestra infamia si, haciéndoos cargo de cuanto os he referido, os resolvéis a darme la mano de esposa, y...»

«Callad, le interrumpe Irene con un noble valor; callad, monstruo infame, pérfido amigo, hombre inicuo e inhumano. ¿Cómo pretendéis que yo haga una traición semejante a un amante que idolatro, a un amigo vuestro? ¿Cómo intentáis que yo sea perjura y que falte a mis promesas? Si Flavio es falso e infiel, ¿me da su misma infidelidad derecho para cometer una infamia? Si por mi causa ha muerto, ¿podré entregarme plácidamente en brazos de otro dueño? No, no, esos consejos son inicuos, y no debo seguirlos. Pero, ¡ah!, cuán tarde conozco vuestra alevosía! Esta misma confesión que hacéis me da claros indicios de vuestra hipocresía. Vos me habéis engañado. Los rodeos con que siempre me habéis hablado me confirman ahora en mi sospecha. ¡Ciega de mí! ¡Ah, bárbaro Guillelmo! ¿Qué os ha hecho un amigo tan fiel para que así le devoréis el corazón, hombre vil? ¡Ay, Flavio! Tú andarás, rodeado de la mayor desesperación, buscando a Irene. Creerás que te es infiel, que te ha olvidado y que es una inicua mujer. ¿Y quién tiene la culpa? ¡Quién la ha de tener! Este monstruo, este indigno que no merece lo alimente la tierra. Idos de mi presencia, alma baja; dejadme morir en esta lúgubre soledad y vivid donde nadie os vea, en compañía de vuestros mismos remordimientos».

«Reflexionad, señora, lo que decís, replicó Guillelmo como confuso; yo no soy indigno ni traidor. Jamás alimenté en mi corazón tan viles pensamientos. Ofendéis mi virtud. Mis

propuestas se dirigen a conservar vuestra honestidad y decoro. Conozco que el único medio es el que he propuesto. Si os agravié..., si me creéis culpable...»

«No prosigáis. Esa misma hipocresía os condena. No podréis persuadirme. Todas vuestras palabras, con el velo de la sinceridad, ocultan la más engañosa cautela. Ya nunca tendré reposo en vuestra compañía. Dejadme sola, y no penséis, pérfido, que jamás daré crédito a vuestras expresiones».

Viendo Guillelmo la constancia, la virtud y la fe de Irene, se arroja a una maldad aún más indigna, escandalosa y enorme, ya como un hombre sin Religión, sin honor y sin conciencia; y arrebatado de su loca pasión le dice:

«Confundíos, ingrata mujer, avergonzaos al veros en tan mísero estado. Yo os he amado y amo. Nunca quise descubrir mi amor, por no irritar a Flavio. Os he engañado, y he engañado a él. Os he traído a este valle fingiendo a Flavio os conducía a otra parte, con ánimo de lograr vuestra mano. Pero ya, cruel, que tan irritada estáis contra mí, yo abatiré vuestro orgullo. Solos estamos los dos, y lo que no puede la persuasión podrá la fuerza. Ya no podéis huir de mí. Vuestro honor depende de mi voluntad, y si la vuestra no se inclina a mis deseos, en breve experimentaréis mi violencia». Armada Irene de su virtud, colérica y enfurecida le dice:

«¡Bárbaro impostor! ¿Cómo os atrevéis a proferir tan indignas expresiones? ¿Cómo no respetáis a una mujer inerme y sola? ¿Cómo os olvidáis de vuestro nacimiento? ¿Cómo abandonáis los sentimientos de Religión y de honor? ¡Ah, inicuo! No penséis que vuestras amenazas me consternan. El Cielo defiende la inocencia, y él me defenderá. Aunque me veis sola, no lo estoy; me acompañan mi virtud y mi decoro. Aunque la mujer es débil, armada con estos escudos no teme a la insolencia ni a la maldad. En vano intentaréis oponeros contra mí, pues como una víbora ponzoñosa os despedazaré ese pérfido corazón».

«Poco valor tenéis para resistir al mío. Ahora lo veréis. Llamad al Cielo que os defienda; nada me causa terror. Vuestro honor será la víctima que sacrificaré en las aras de mi apetito; y después de haberlo conseguido os dejaré abandonada a vuestro despecho, a vuestra vergüenza y a vuestra miseria».

Dicho esto, y sin considerar que el Cielo lo miraba, va a poner en ejecución su negro designio. Coge los brazos a Irene para atárselos; pero ella, inflamada de un superior auxilio, pone en uso sus débiles fuerzas para desprenderse de él, y viendo que no podía exclama: «¡Oh Dios, prestadme socorro, no me abandonéis en tan estrecho y vergonzoso lance, conservad mi pudor, castigad a este malvado, amparadme, Señor!» Al pronunciar estas últimas palabras puede libertar una mano; con el mayor denuedo coge la espada a Guillelmo, y en un pronto, sin poderse éste precaver, se la entra por el pecho y cae sin aliento. ¡Oh, cómo el Cielo protege la virtud y la inocencia! Ningún insolente triunfa de ella, antes bien experimenta su castigo cuando intenta violarla.

Ya que había triunfado Irene de aquel indigno hombre, quitándole la vida quedó su corazón libre del sobresalto en que lo había puesto su insolencia. Anduvo buscando por allí adonde poder ocultar el cadáver. Halló una especie de sima de una profundidad inmensa, y arrastrando como pudo lo llevó y echó en ella. Volvió al instante a la casa que habitaban, y allí empezó a pensar lo que debía hacer. Resolvió rogar a un pastor la condujese al pueblo más inmediato en un caballo de los que tenían para llevar el hatillo pues como había bastante dinero y algunas alhajas le pareció no tendría fuerzas para conducirlo todo. Desde allí formó la intención de tomar la posta y vestida de hombre pasar a Lucera, informarse del paradero de Flavio, ir a buscarle adonde estuviese y referirle la inicua acción de su falso amigo; pero la Suprema Inteligencia, que la había sacado del peligro en que la había puesto la insolencia y temeridad de Guillermo, preservando sin mancha su honor, quiso, por uno de sus incomprensibles juicios, castigarla por la falta de obediencia y consideración a sus padres. Estaban el viejecito, la vieja e Irene ya para irse a recoger cuando unos salteadores de caminos, impelidos del hambre, se llegaron a la cabaña a que les diesen lo que tuviesen para cenar. Con efecto les dieron lo que tenían; pero no contentos con esto, viendo a Irene bien vestida y con algunas joyas, la amenazaron con la muerte si no se las daba juntamente con el dinero que tuviese. Ella, por salvar su vida, les dio todo cuanto tenía, a excepción de un anillo que pudo ocultar.

En este estado tan calamitoso, y sin tener socorro alguno, determinó Irene quedarse en aquellos montes ejercitando el oficio de pastora. Pidió a los viejos con grande llanto pusiesen a su cuidado una manadilla de ovejas, ofreciéndoles toda su asistencia para consuelo de su senectud. Los pobrecitos pastores, compadecidos de su mísero estado, no sólo le concedieron lo que pedía sino también le ofrecieron tratarla como hija y partir con ella sus cortos bienes. ¡Qué digna de lástima era Irene cuando, al despuntar de la Aurora, regando con sus lágrimas la tierra que pisaba, salía vestida con el humilde traje de pastora a apacentar su rebaño! La consideración de verse en aquella humillación angustiaba su corazón; la memoria de haber perdido a Flavio por la traición de un falso amigo la reducía al mayor tormento, y sumergida en las más íntimas confusiones y desconsuelos exclamaba:

«¡Oh, Cielos, cuán inescrutables son las disposiciones de la Divina Providencia, cuán varia es la fortuna, qué infortunios trae consigo la humana vida! Ha pocos días que me veía rodeada de riquezas, de criados y de placeres, y hoy me hallo en la precisa necesidad de apacentar el ganado para ganar mi alimento. Conozco que éste es castigo del Cielo porque he sido inobediente a mis padres, porque, sin mirar por mi mismo decoro, me aparté de su compañía. Pero, ¡oh, gran Dios!, doleos de mi desventura. ¿Cómo podré vivir en esta soledad sin mi amado Flavio? ¡Oh, Señor, no os irritéis! Yo lo amo con un amor honesto, lo amo como vos mandáis. Permitid que logre un deseo que no se opone a mi virtud. Pero, ¡ay de mí, ya acabó mi esperanza; ya no hallaré ningún consuelo en mis penas. Los infelices días que me quedan tendré precisión de pasarlos entre estas breñas, donde no encontraré sino el eco fúnebre que responda a mis quejas. ¡Ah, pérfido Guillermo! Tú eres la causa de todas mis desgracias, de mi oprobrio, de mi miseria. La muerte que te he dado no es bastante castigo a tu delito. En las eternas llamas lograrás para siempre el fruto de tus cautelas y padecerás la continuada pena de tu cruel

remordimiento. ¡Ah, desventurada de mí! ¡Qué digna de compasión es una mujer sola y desamparada como yo! Entre las desgracias del mundo, ¿podrá hallarse otra más funesta que la mía? No. Sola aquí, sin esperanza de mejorar mi suerte me oprimirá mi mismo dolor, y con estas fatigas a que no estoy acostumbrada me veré reducida a la mayor languidez. Sí, mi vida acabará en breves días, y la muerte dará fin a mis desdichas».

En estas y semejantes exclamaciones, que sería largo referir, Pasaba Irene su deplorable vida, apacentando su rebaño y cuidando con tanta atención de los dos ancianos como si fuesen sus padres. La ternura con que éstos la amaban era singular. El mismo trato les fue aumentando el cariño recíprocamente; y aunque Irene lograba algún descanso por la compasión y afecto que le manifestaban los dos viejecitos, el recuerdo de toda la serie de sus infortunios, el trabajo de apacentar el ganado, la rusticidad de los manjares que comía y las inconstancias del tiempo que sufría su delicadeza la redujeron a una suma debilidad en su salud. Fue resistiendo cerca de seis meses, hasta el rigor del invierno; pero, agobiada su naturaleza del gravoso peso de tantos males y de la intemperie de aquellas montañas, decayó tanto que tuvo que hacer cama. La calentura se le aumentaba y el vigor le iba faltando, cuando llamó a los dos ancianos y con una voz lastimosa les dijo:

«¡Oh, amados padres! No extrañéis que os dé este nombre; no merece otro vuestra humanidad ni vuestro corazón. La languidez que siento en mi espíritu y la debilidad que padece mi delicado cuerpo son un seguro presagio de mi muerte. Siento más dejaros solos y sin ningún apoyo que acabar con una vida tan llena de pesares y de confusión. Quisiera poder pagaros todo el bien que me habéis hecho. Pero el Cielo, que ama a los bienhechores, os premiará la caridad que habéis tenido con esta infeliz, víctima de su desventurada suerte y de su desgracia. La historia mía es muy funesta; no la sabéis toda, ni ya es tiempo de decirla. La perfidia, la traición y el engaño me han reducido a tan lamentable situación; y el Cielo, que mira la falta de obediencia a los padres como un delito digno de castigo, ha querido que yo sea un ejemplo al mundo que inspire a los hijos el justo temor al que les espera si faltan a su deber. Ya no tienen remedio mis males; el aliento desfallece y sólo espero la muerte. Pero antes quiero suplicaros un favor. Sobre los muchos que me habéis hecho, éste será el mayor. Esta carta, que va al duque de N..., que habita en Lucera, espero la haréis poner en su propia mano. Y ésta, que se dirige al marqués Flavio de N..., haréis las mayores diligencias para entregársela. Puede ser que no esté en aquella ciudad; y si acaso no podéis indagar su paradero, quemadla. Para ejecutarlo habéis de esperar que yo muera, y vendiendo este anillo podéis enviar sujeto de vuestra satisfacción que practique esta comisión, pues su valor es bastante y con su importe podrá hacer el viaje con comodidad. Hacedme esta fineza, amados compañeros de mi soledad. Recibid un abrazo en testimonio de mi gratitud y cariño, y quedad con Dios, ¡ay de mí!, para siempre».

Los viejos le prometieron, con lágrimas a los ojos, que ejecutarían cuanto les mandaba, e Irene, repitiéndoles sus más expresivas gracias, quedó tan turbada y exánime que no pudo hablar más palabra. Fue agravándose rápidamente su enfermedad; aquellos ancianos prolongaban su vida con la asistencia y el cuidado, pero ni éste ni algunas medicinas que le daban dejaban esperanza alguna de su vida.

En este infeliz estado se hallaba Irene cuando Flavio, que con el incesante anhelo de encontrarla había recorrido casi toda la Italia y parte de Inglaterra y Francia, viendo que todas sus diligencias eran inútiles determinó volverse desde este último reino a Lucera para proveerse de algún dinero, ver si podía indagar el paradero de su amada Irene o seguir recorriendo el mundo en su busca, como había prometido. Haciendo su viaje por las montañas de Génova, una noche lúgubre y oscura perdieron el camino los postillones, pasaron por algunas piedras, y a los golpes que recibió el coche se le quebró el eje. Viéndose sin poder seguir su ruta, por no exponerse a la inclemencia del tiempo, que era frío y lluvioso, determinó refugiarse en la primera cabaña de pastores que hallase. Anduvo bastante tiempo errante por el bosque, y al fin alcanzó a ver una pequeña luz, que le sirvió de guía hasta llegar a la morada donde habitaba Irene, que estaba casi en los últimos alientos de su vida. ¡Suceso verdaderamente inesperado!

Luego que arribó Flavio en compañía de un criado, suplicó a aquellos ancianos que los recogiesen en su albergue por aquella noche. Estos os recibieron con su natural agrado y humanidad, y les ofrecieron todo cuanto poseían para su obsequio. Mientras que el criado componía alguna cosa de cenar, viendo Flavio que los viejos lloraban y suspiraban sin cesar, compadecido de su aflicción les preguntó la causa. Exhalando el viejo un tético y lastimoso suspiro, le dijo: «¡Ah, señor! Nuestra desventura nace de ver a una pobre zagala, que era nuestro consuelo en nuestra soledad y vejez, estar ya casi para expirar. El amor que le tenemos, la atención con que cuidaba del ganado y de nosotros nos hacen llorar más amargamente su pérdida. No he visto una mujer más virtuosa. Habrá unos siete meses que llegó a este sitio, acompañada de un joven. Éste no sabemos dónde fue; ella quedó sola, y unos salteadores de caminos entraron aquí, la robaron, y hallándose sin dinero ni amparo alguno nos pidió que la tuviésemos en nuestra casa, ofreciéndonos cuidaría del rebaño y de nosotros. Lastimados de su desgracia, la hemos tratado como hija. La pobrecita se ha esforzado cuanto ha podido para asistirnos; nos amaba como si fuésemos sus padres, y su discreción, su virtud, su modestia y resignación excitaban nuestro amor y formaban nuestras mayores delicias. La infeliz, que no estaba acostumbrada a la fatiga de pastora ni a la intemperie de estas montañas, ha ido perdiendo la salud y hoy se halla sin esperanza de vida, agravada de una penosa enfermedad. ¡Ah!, si la conociésemos, si viésemos aquella flor tierna marchitarse en el verdor de su belleza, os causaríamos la mayor compasión, pues todas las gracias de la naturaleza se han reunido en ella para hacerla más amable».

El corazón de Flavio halló un oportuno momento de ejercitar su humanidad. Creyó que no era casualidad la que lo había conducido por tan raro medio a aquella cabaña; y ofreciendo al viejo contribuir al alivio de aquella pobre mujer con todo cuanto tenía, le pidió licencia para entrar a verla. Se la concedió al instante, agradeciéndole su piedad. Entró en un miserable cuarto y halló sobre un lecho de paja, y cubierta con una manta, una belleza expirante, que le penetró el corazón. Quedó turbado al verla; le pareció Irene, pero la languidez y la miseria la habían reducido a tal extremo que no pudo conocerla. ¡Qué asalto tan repetino de sobresaltos le oprimieron su corazón! Y transportado de su turbación, dolor y espanto, dice precipitadamente a los ancianos: «¿Cómo se llama esa belleza? ¿De dónde es? Decídmelo lo que sepáis, sacadme de confusión».

«Se llama Laura; no sabemos de dónde es, ni otra cosa más que lo que os hemos referido».

«¡Ah, qué dolor! ¿No tenéis algunas otras noticias? ¿No podré saber quién es? ¡Ay de mí! Hablad... ¡Ah, pérfida enfermedad, cómo has desfigurado su rostro! Ancianos venerables, mirad si tiene alguna alhaja, si podéis darme algunos indicios para que acaben mis dudas...»

«Señor, solamente podemos deciros que nos ha dado unas cartas, encargándonos con muchas lágrimas que las enviemos a Lucera...»

«¡A Lucera! ¡Ay, Dios! ¿Dónde están? Dádmelas, por piedad..., no os detengáis...»

«Éstas son, señor».

«*Al duque de N.* ¡Ay de mí! Ésta es la letra de mi Irene. ¡Piadosos Cielos! Irene... Irene... No, responde. ¡Oh, dolor! Ésta dice: Al marqués Flavio *de N.* ¡Ah! Ésta es para mí, no hay duda». Se arroja precipitadamente a la cama, coge la mano a Irene, la besa y llena de lágrimas. «Irene mía, exclama, ¡qué desgracia es la mía! Sí, os hallo; pero, ¿cómo? Expirando. ¡Cruel muerte! ¡Bárbaro destino! Yo moriré contigo; sí, amada Irene, te seguiré a la tumba. ¡Oh, pena! ¡Oh, lance cruel e inesperado! ¡Oh, irreparable desconsuelo!»

Se turba, enmudece y cae casi exánime sobre un poyo que había cerca de la cama. Atónitos los viejos de este suceso, llaman al criado, procuran entre todos socorrerlo para que vuelva en sí. Todo se convirtió en llanto, en admiración y dolor. En fin, a corto rato vuelve Flavio a cobrar el sentido, ve que aún respiraba Irene, y oprimido de congoja dice: «¡Ah, gran Dios! Aún respira... Sí..., aún vive... ¡Ah, Lorenzo, (éste era el nombre del criado) corre, vuela a la ciudad más cercana...! Toma dinero..., trae los mejores médicos que halles... El Cielo te pagará esta caridad..., yo te recompensaré...; parte... ¡Ay, Cielos, permitid que lleguen a tiempo. ¡Desventurado de mí! Buen viejo, traed mi catre de camino, que mi criado ha conducido hasta aquí, y colocaremos en él a esta infeliz señora».

Inmediatamente marchó Lorenzo, acompañado de un pastor que le enseñase el camino, ofreciendo no descansar hasta traer los médicos; y el anciano pastor trajo el catre. El mismo Flavio lo armó, y colocaron en él a Irene. ¿Quién podrá pintar las lágrimas que Flavio derramó, las ansias que padeció y las congojas que oprimían su corazón al ver a su hermosa Irene tan cerca de perder la vida? Sus ayes y sus quejas podían compadecer a los más insensibles; los viejos no podían detener su llanto, y todo era en aquel albergue confusión, pena y sentimiento.

No se apartaba Flavio de la cabecera de la cama de Irene; frecuentemente le tomaba el pulso, anegaba en lágrimas sus delicadas manos, y la esperanza que tenía de que con el auxilio de los médicos lograría algún alivio daba algunas treguas a su inexplicable dolor. Impaciente y sin reposo, ya lloraba, ya quedaba casi sin sentido, y ya acompañaba a los

dos ancianos en su amarga angustia. No tenía un momento de tranquilidad, y por si podía tomar algunas noticias de los funestos sucesos de Irene abrió las cartas y leyó primero la que escribía al duque su padre, que decía así:

«Venerado padre mío: La poca reflexión con que me aparté de vuestra compañía la ha mirado el Cielo como un delito digno de su enojo. Me ha castigado reduciéndome a la más deplorable situación. El pérfido Guillelmo me trajo engañada a las montañas de Génova, fingiendo que así era la orden de Flavio, su amigo. En un valle casi inhabitable nos detuvimos, siendo nuestra morada la mísera casa de unos pobres pastores. Después descubrí su impostura; quiso manchar mi honor, me resistí, y con la asistencia del Cielo le quité la vida. Unos indignos salteadores me despojaron de cuanto tenía, y viéndome sola y sin amparo tomé, para ganar el sustento, el humilde ejercicio de pastora. Sería largo referiros todas mis desgracias, pero ya no es fácil. Tan miserable y laboriosa vida me ha reducido a la mayor flaqueza. Ya escribo ésta en los últimos alientos, únicamente para que sepáis mis desventuras e implorar de vuestra piedad el perdón de mi inobediencia. Sí, padre mío, espero me lo concederéis. Os lo pide una desdichada hija, aunque indigna e ingrata. Cuando os entreguen ésta ya mi alma gozará de mejor esfera, porque no será hasta después de mi muerte. Abrazad a mi amada madre, ¡ah, pobre madre mía!, y llorad mi deplorable destino. Ya no puedo más, padre mío; a esta voz me siento morir; sí, ya muere vuestra más apasionada hija de corazón, q. v. p. b., *Irene*».

Acabada esta carta leyó Flavio, anegado en lágrimas, la que le escribía Irene, que así decía:

«Amado Flavio: la indigna traición de vuestro falso amigo Guillelmo, ¡horrible monstruo!, ha causado la más funesta tragedia. Persuadiéndome que era mandato vuestro, me condujo a un valle sombrío de las montañas de Génova, donde me hizo parar en una cabaña de pastores, asegurándome que dentro de cinco o seis días vendrías vos a buscarnos. Yo, incauta, lo creí, pero viendo que ya habían pasado quince días y que no veníais principié a sospechar alguna impostura. Sus discursos llenos de hipocresía me confirmaron en mis presunciones. El indigno tuvo valor para ofrecerme su mano; yo lo desprecié con constancia. Pero no paró aquí su osadía. Quiso oponerse a mi honor; me defendí con denuedo, y protegida del Omnipotente triunfé de su insolencia, dándole con su misma espada la muerte. Mas el Cielo, en castigo de mi inobediencia y falta de respeto a mis padres, permitió que, cuando yo había formado la resolución de pasar a Lucera en traje de hombre, informarme de vuestro paradero e ir a buscaros, entrasen unos ladrones y me robasen el dinero y cuanto tenía. Viéndome ya destituida de todo consuelo y frustrados mis intentos, rogué con llanto a los dos ancianos pastores en cuya casa estaba me recibiesen por su criada y me encargasen la custodia de un corto rebaño. Así lo hicieron, y he recibido de su bondad los mayores testimonios de humanidad, de amor y buen corazón. En este mísero estado he pasado más de seis meses, habiendo derramado tantas lágrimas y pasado tantas penas que no me es fácil explicaros. Al fin, la aspereza de una vida tan incómoda y penosa, a que no estaba habituada, ha ido consumiendo mi salud, y ya escribo ésta en los últimos momentos de mis infelices días. Quisiera prolongarme más para daros una idea de mis desgracias, pero ya fallece mi ánimo y mis lágrimas impiden el curso de la pluma. Cuando os entregarán ésta ya estaré sumergida en



el sepulcro, pues así lo he encargado. Muero por vos, y esta consideración, ¡ay de mí!, minora las terribles ansias y congojas de mi muerte. A Dios, Flavio amado; a Dios para siempre. Consolaos, y no os acordéis jamás de vuestra infeliz *Irene*».

Agitado Flavio de los más extraños movimientos, oprimido del más íntimo dolor e impelido del mayor furor exclama: «¡Ah, inicuo Guillermo! ¡Ah, pérfido amigo! ¡Tanta maldad alimentabas en tu pecho! ¡Tanta ingratitud conservabas en tu corazón! ¡Oh, hipócrita impostor! ¡Oh, monstruo indigno de que te sustentase la tierra! No, no es bastante castigo la muerte que te dio la virtuosa Irene. Eternamente padecerás los mayores tormentos; el Cielo es justo y ejecuta sus venganzas con los malvados y traidores. Tú has sido la causa de que se haya marchitado la mejor flor, de que se halle lidiando con la impía muerte la mujer más virtuosa de la tierra. ¡Ah, pobre Irene! ¡Ah, desgraciada víctima de la perfidia y de la alevosía! No, yo no me apartaré de ti. Si falleces te seguiré a la tumba en breves días; no podré sobrevivir a golpe tan inhumano. Mas, ¡ay de mí, los médicos no vienen, el socorro no llegará oportunamente. ¡Desventurado tormento, bárbara suerte mía! ¡Ay, Irene desdichada!... Pero abre los ojos... ¡Oh, gran Dios!... Irene..., Irene... No me conoce... La turbación..., la debilidad... Amigos, socorro..., no me abandonéis...»

Así hablaba Flavio, como un hombre arrebatado de un frenesí, cuando, siendo las cuatro de la mañana, llegó Lorenzo acompañado de un médico. «Señor, le dice, aquí está un médico». Transportado del mayor júbilo, si es que en lance tan amargo podía tenerlo, exclama Flavio: «¿Dónde está?... Venid, amigo..., mirad esta hermosura cadavérica...; usad de todos los medios posibles para restaurar su salud... Dinero..., cuanto poseo... todo será vuestro...; no os detengáis, amigo..., por piedad..., llegad, no perdáis los momentos..., considerad que de un golpe salváis dos vidas... ¡Ah, si pudierais...!, yo sería feliz... ¡Oh, Cielos, amparadme, doleos de mi desconsuelo».

Asombrado y compadecido el médico de tan extraño caso, llega a pulsar la enferma. «La calentura, dice, es maligna, la debilidad suma, ya tal vez no hay remedio».

«¡Ah! No me quitéis una débil esperanza, replica Flavio; empezad a hacer uso de vuestra ciencia...; acaso llegarán a tiempo las medicinas». El médico prepara un cordial con varios simples que traía prevenidos, se lo da a Irene y ésta principia a cobrar algunas fuerzas. «La medicina ha hecho efecto, dice el médico; ya podemos, señor, concebir alguna esperanza».

«¿Me engañáis?»

«No, señor, continuaremos la misma bebida; me valdré de cuantos medios me sean posibles para vuestro consuelo».

«Hombre piadoso y humano, vuestras palabras confortan mi expirante corazón; yo os seré eternamente agradecido».

Prosigue el médico poniendo en uso los mayores esfuerzos. Irene ya abre más los ojos, vuelve de aquel mortal letargo y exclama: «¡Ay, desventurada de mí! Gracias os doy, mi Dios, por el alivio que me habéis concedido en tan angustiado mal». Quiere Flavio hablar a Irene y el médico lo detiene, diciéndole que no es aún tiempo. Ya revivía su esperanza, ya con ella se consolaba. Estaba rodeado de la mayor confusión; sus llantos, sus gemidos y suspiros eran indicios de su tribulación. Irene, ya más despejada, advirtió que aquél no era su acostumbrado lecho. «¡Qué es esto, Cielos!, dice, ¿dónde me hallo? Esta cama, ¿quién pudo traerla aquí? Padres míos, amados ancianos, ¿qué novedad es ésta, quién tuvo piedad de mí?»

«Yo, le responde Flavio, acercándose precipitadamente a la cama; yo fui, Irene mía».

«¡Flavio!»

«¡Irene!»

«¿Sueño?»

«¿Es realidad?»

«¡Vos aquí!»

«Sí».

«¿Quién os condujo?»

«El Cielo».

«¡Piadoso Cielo! Mas, ¿cómo?»

«Por un extraño evento».

«¡Ah, qué confusión! Vos..., sí...; no es apariencia... ¡Ay de mí!»

Queda Irene sin sentido, y túrbansele los ojos y la lengua. Flavio queda en el mismo abatimiento. A breve rato se recobra un poco. Ve aun a Irene sumergida en el parasismo. No halla palabras para explicar su dolor. Recurre al llanto y a los suspiros. Llama al médico, le ruega que socorra a aquella hermosura. A beneficio de algunos remedios vuelve en sí Irene: «¡Ah Flavio! ¡Ay, esposo mío!, prorrumpe bañada en lágrimas, al fin ha querido el Cielo que os vea antes de expirar. Ya muero consolada».

«No, no moriréis. Tened confianza en su misericordia. Ya se acabó su rigor».

«¡Ah, que son pocas mis fuerzas! Estoy muy debilitada».

«Pero la medicina...»

«La mejor medicina es haberos visto; vuestra presencia me anima y vivifica. Sí, siento que voy cobrando algún vigor».

La pulsa el médico, halla aquella naturaleza más fortificada, sigue en sus medicamentos; le parece que da ya indicios de vida: «¡Ah, señores, dice, no hay que desmayar. Ya va adquiriendo algunas fuerzas esta pobre señora».

«¡Ay, amigo!, le interrumpe Flavio, ¡qué me decís! ¿Ya puedo tener esperanza? ¡Ah!, respira, corazón mío. Animaos, virtuosa Irene. La Suprema Inteligencia ha calmado su furor. Vuestra paciencia y vuestra virtud expiaron vuestra culpa. Sí, Dios es el Padre de las misericordias, y aunque quiere experimentar nuestra resignación y constancia no abandona a los que le piden con fervor».

«Sí, así lo espero, amado Flavio. Un superior impulso parece que me reanima. Cada instante se va disipando mi debilidad. Me hallo ya muy mejorada».

«¡Si es ilusión cuanto veo! El gozo..., el sobresalto..., la novedad... Sí, todo tiene en movimiento mi alma. ¡Querida Irene!»

«¡Amado Flavio!»

«¡Es posible que os hallo!»

«¡Es posible que os veo en un sitio tan oculto y extraviado!»

El médico les advierte que aquélla no es ocasión de hablarse más; que era necesario aprovechar los instantes, que el alivio era conocido y que convenía a Irene alguna quietud. Aunque Flavio hubiera querido en aquel lance explicar a Irene los tiernos sentimientos que lo agitaban, el deseo de su curación lo contuvo, y moderando su pasión sólo se empleaba en cuidarla y asistirle. Ya eran las cinco de la tarde cuando Irene, con el socorro de las medicinas, se hallaba bastante aliviada. Nada omitían para su asistencia. Todos se interesaban en su salud; ninguno descansaba, procuraban animar a estos dos infelices, y el médico con la mayor vigilancia cuidaba de la enferma.

El piadoso Cielo, que ya quería poner fin a las desgracias de estos miserables, casi de un modo milagroso iba fortificando la naturaleza de Irene y extinguiendo la malignidad de la enfermedad. A los tres días dijo el médico: «Señores, consolaos; ya está fuera de peligro esta virtuosa mujer. No ha sido mi ciencia la que la ha reanimado, ha sido únicamente la piedad del Omnipotente, de una manera prodigiosa. Cuando yo vine la creí mortal; su frialdad, su flaqueza, su languidez, la maligna fiebre y todos los síntomas de la enfermedad eran indicios muy claros de su muerte. Sin los auspicios del Cielo hubiera sido yerto cadáver digno de compasión. Pero ya es segura su vida».

«¡Ay, amigo!, dice Flavio, ¿cómo podré pagaros este beneficio? La sangre de mis venas será corta recompensa. Mis tesoros, todos los bienes que la fortuna me ha dado son vuestros. Disponed de mí. Mi vida está pronta para serviros. Habéis recuperado la alhaja

más preciosa del universo, por quien he caminado gran parte de la Europa, por quien solamente me era amable la vida que me alienta, a pesar de mis penas y desvelos; sí, vos me habéis conservado lo que más amaba en el mundo, y mi gratitud será indeleble».

No es fácil explicar las vivas expresiones con que Flavio se mostró reconocido al médico, las lágrimas que derramó de alegría, las tiernas palabras que decía a Irene, las señales de agradecimiento que manifestaba a los dos ancianos, ni cuantos movimientos de admiración, de júbilo y de amor agitaban su sensible corazón. En fin, a los quince días ya se levantaba Irene e iba recobrando su primera robustez y belleza. Los coloquios que en este tiempo pasaron entre los dos fueron tan tiernos y tan patéticos que no puede expresar la pluma más elocuente. Se refirieron el uno al otro las fatigas, las ansias, los desvelos, los sucesos de su desgracia y los pesares que habían padecido desde el infeliz día en que salió Irene de casa de sus padres; y en estas conversaciones pasaban todo el día, sin saber hablar de otra cosa. Se aseguraban mutuamente de su amor, de su fe y de su constancia. Nada igualaba a su placer, bendecían al Cielo, se manifestaban reconocidos a su piedad; las penas se trocaron en contentos, y en aquel albergue en que antes habitaba el luto, el llanto y el dolor resonaba entonces un eco alegre y todos respiraban un aire tranquilo y delicioso.

Ya creyó el médico que su presencia no era necesaria, y se despidió de Flavio e Irene. Éstos volvieron a repetirle sus expresiones de gratitud, con tanta ternura que no podían detener el llanto. Flavio le dio un regalo magnífico de dinero, de joyas preciosas y de cuanto tenía, reiterándole sus afectuosas expresiones y promesas. Partió el médico, y a pocos días después empezaron a tratar Flavio e Irene de su viaje. Resolvieron marchar a Génova, celebrar en aquella ciudad su casamiento y después ir a Lucera a echarse a los pies del duque, padre de Irene, y pedirle su perdón y bendición. Bien hubieran querido ir a efectuar su casamiento a Lucera, pero les pareció necesario ejecutarlo en Génova para mayor decoro de Irene. Resolvieron igualmente llevarse consigo a los dos ancianos pastores, asistirlos y cuidarlos en su vejez y pagarles la beneficencia que Irene había recibido de su piadosa mano. ¡Sentimientos de gratitud, dignos de almas generosas! ¡Cuán pocos ejemplos de ella se encuentran en el mundo! En la necesidad todos se manifiestan agradecidos, mas en mejorando de fortuna se olvidan del beneficio, les es gravosa la obligación de él, y con una indigna ingratitud pagan el favor. Pero esto no debe desanimar al corazón benéfico. Si en los hombres no halla la recompensa merecida, la encuentra en sí mismo y en el Cielo, cuya justicia es equitativa y recta.

Las reflexiones que Flavio e Irene hacían sobre su estado pasado y el presente eran infinitas. La memoria de la traición de Guillelmo los confundía. El castigo que Dios les había enviado por sus delitos los consternaba, y la piedad que habían recibido de su mano misericordiosa los llenaba de veneración y de consuelo. Las conversaciones que los dos excitaron en su viaje fueron diversas. Les parecía un rápido sueño todo cuanto acababa de sucederles en tan corto tiempo. Les era muy grata la memoria de sus desgracias, como que ellas mismas les habían enseñado lo que era la inestabilidad de la fortuna, las vicisitudes de las cosas humanas, lo poco que el hombre debe fiar en el aspecto brillante de las glorias del mundo, el temor y respeto que se debe tributar a la Inteligencia Suprema, cuánto tiene de odioso y horrible el delito, las funestas consecuencias que

sucedan a las pasiones, lo que puede la envidia y la avaricia en el corazón humano y la poca confianza que puede tenerse en los hombres.

Últimamente llegaron a Génova; refirieron al arzobispo la serie de sus sucesos y éste, compadecido de un caso tan digno de lástima, los casó inmediatamente. Sin perder tiempo tomaron la posta para Lucera, y luego que llegaron fueron a casa de los padres de Irene, les noticiaron todas sus desgracias e imploraron con lágrimas y suspiros su perdón. La admiración que les causaron tan lastimosos sucesos y la alegría de ver a su hija cuando menos lo esperaban vencieron su enojo y resentimiento. Se abrazaron mutuamente y el llanto fue intérprete del contento. El lance fue patético, tierno e interesante de parte de todos; calmaron tantas desventuras y miserias y los dos esposos, dando gracias al Cielo por las prosperidades y satisfacciones que les preparaba, quedaron gozando la perfecta paz y tranquilidad que logran en recíproca unión dos almas amorosas y sensibles, y vivieron siendo ambos ejemplos de honestidad, de amor y de virtud.

Sirva este lamentable caso de ejemplo a los jóvenes incautos para corregir sus pasiones; para no perder, por seguirlos, el respeto y veneración debidos a los padres; para no fiarse de aquellos amigos que no conocen los principios del honor ni de la Religión; y para tener siempre presente que la Justicia Divina no deja impune la iniquidad, la traición, el engaño, la insolencia ni la maldad.

## ANECDOTA X

(Vol. VI)

Anselmo y Elisia

Todos son riesgos en esta miserable vida. Cuando menos lo pensamos caemos en ellos, y cuando conocemos el peligro, o nos es muy difícil salir de él, o irremediable nuestra ruina. Los jóvenes faltos de experiencia son, por lo regular, los que caen en mayores precipicios; la vehemencia de las pasiones los arrebató muchas veces casi involuntariamente, y suelen desengañarse de su error a costa de su desgracia e infelicidad. El amor, este tirano de los corazones, es regularmente el que más atormenta el espíritu de un joven: un objeto seductivo que se le presenta a la vista lo abrasa, lo arrastra y lo trastorna. No piensa en la dificultad o imposibilidad de obtener lo que desea; no considera si el interés le usurpará la prenda que adora, si la desigualdad de condiciones se la arrancará de entre los brazos; con todo arrostra sin reparar en inconvenientes, cree que una fina correspondencia, un mutuo cariño, todo lo vencerá, todo lo allanará; y cuando más apasionado está, cuando más su loco amor le sugiere las más seguras esperanzas, entonces cualquiera de los obstáculos que debió meditar al principio, antes de entregarse a una ciega pasión, separa a dos infelices amantes que no lo serían si la juventud no fuese tan fácil en entregarse a ella. Ruinas, alborotos, desavenencias, he aquí lo que se sigue de los amores inconsiderados, aun de aquellos que no se oponen a la virtud, si antes no se miran inconvenientes claros y visibles. Los

muchos desengaños que cada día vemos en el mundo no bastan a desengañar a la juventud incauta, que por falta de precaución cae en las redes que le extiende la más dominante de las pasiones, como el pez en el anzuelo atraído del gustoso cebo que diestramente le presenta encubierto el pescador astuto. Vamos a manifestar en esta anécdota los perniciosos efectos de un amor inconsiderado aunque virtuoso, para enseñar a los jóvenes con el ejemplo las consideraciones que deben hacer antes de amar objetos que, ya por la desigualdad de fortunas, ya por la desproporción de condiciones, y ya por otros motivos, no es fácil puedan conseguir.

Cerca de las murallas de Ulma, ciudad de Alemania, pasa el río Iler, y no muy lejos de ella hay una especie de isla que se reúne a un bosque frondoso. Allí los copados olmos, los enmarañados sauces, las verdes plantas, el murmurio de las aguas, el dulce canto de los pajarillos forman un sitio ameno y delicioso a las orillas del río para los que en la hermosa primavera buscan el recreo en la soledad; pero en lo interior de la selva los encumbrados peñascos, las encrespadas cimas, la espesura del monte, un lugar melancólico, triste y espantoso para quien de continuo habita en su centro, obligado de la necesidad. Hacia esta parte, cuando el radiante Sol extendía sus luminosos rayos por la faz de la tierra, salía todos los días a apacentar su ganado un pastor llamado Anselmo, joven de graciosa figura, de perspicaz talento y de unos pensamientos superiores a su condición humilde y abatida. Apenas se veía solo en aquel bosque sombrío cuando, arrebatado de su fantasía, exclamaba en voz alta de este modo:

«¡Oh, gran Dios! ¿Quién jamás se ha visto en tan mísero estado como yo? ¿Qué suerte desgraciada me ha constituido en tan vil abatimiento? Aquí vivo reducido a emplear mis tristes días en apacentar un corto rebaño para ganar el necesario sustento. Mi alma está oprimida como entre cadenas, mi valor anonadado, y yo siendo el oprobrio y la vergüenza de los hombres. ¡Cobarde, pusilánime! ¿Así descansas en el ocio? ¿Así te entregas a tan humilde ejercicio? ¿Así pasas tu vida sin buscar otro más noble, más grande, más heroico en que poder saciar tus atrevidos pensamientos? ¿Tan plácidamente abandonas las acciones magnánimas que dan al hombre lauro y fama eterna? ¿Así quieres morir oscurecido y aislado, donde jamás se sabrá que has existido? Despierta de tu engaño, miserable joven; busca en climas remotos otra carrera más noble donde eternizar tu nombre y coronarte de laureles. Ninguna empresa es difícil a un alma grande que no conoce el terror ni la asustan los peligros. ¿De qué sirve el hombre que sólo sirve para sí mismo? Deja, Anselmo, estos montes; corre, vuela rápidamente a donde tus hazañas te hagan algún día acreedor a los mayores elogios. Pero, ¡ay de mí!, ¿qué digo? ¿A dónde me arrebatara mi loca fantasía? Y mis amados padres, ¿qué harán solos entre estos enmarañados bosques? ¡Oh, qué nombres, que penetran hasta lo más íntimo de mi corazón! No, no es mi cobardía la que me retiene en esta esclavitud; gustoso expondría inermemente el pecho a los mayores riesgos, nada me causaría terror. Mas, ¿cómo he de tener valor para separarme de unos objetos que forman mi mayor consuelo y felicidad? ¿Cómo podría apartarme de su vista, siendo el único apoyo de su vejez y adversidad? ¿Quién cuidaría de sus infelices días, quién enjugaría sus tiernas y preciosas lágrimas? amados autores de mi vida, no, yo no os abandonaré jamás. Si mis penas martirizan, si mi imaginación altiva me atormenta, sufriré con resignación sus asaltos, y vuestro aspecto, sí, vuestro aspecto decrepito e interesante contendrá mis locos y orgullosos devaneos. ¡Ah!,

sí, moriría mil veces, si pudiese, antes que ser causa de vuestra muerte y desconsuelo. ¡Ay, hijos duros y crueles, respetad en vuestros padres la naturaleza y el deber! Yo seré ejemplo vuestro; a pesar de la continua melancolía que me devora, a pesar de los impulsos intrépidos de mis pasiones, dejaré en estas breñas mi vida antes que apartarme de su amable compañía».

¡Qué acentos tan acordes con la naturaleza y con la Religión! Bastantemente descubren su carácter estos sentimientos filiales. Se ve brillar su virtud en medio del tumulto de sus altivas pasiones. ¡Cuán amable es esta virtud! En semejantes exclamaciones pasaba el generoso Anselmo sus desgraciados días, hallándose su alma tan agitada al despuntar de la Aurora como al retirarse el Sol hacia el Ocaso.

Un caballero de Ulma, ilustre por su nacimiento y riquezas, tenía una hermosa casa de campo inmediato a la isla, morada lúgubre de Anselmo. Todos los años, en tiempo de primavera, iba a divertirse a ella con su amada familia. Tenía una hija única llamada Elisia, tan hermosa como sabia, la cual vivía tranquila y alegre sin haber conocido jamás el amor ni sus tiranías. Una mañana de Mayo, fresca, apacible, regada con el rocío del alba y hermoçada con la diversidad de las flores que la ingeniosa naturaleza produce, salió a pasearse en su coche, acompañada de una criada que era su mayor confianza. La frescura de la mañana, la amenidad del sitio, el dulce murmurio de las aguas y la suave armonía de los pajarillos, dejando el coche y los criados a la orilla del Iler, condujo a las dos, casi sin sentir, por la amena ribera hasta el sitio más denso donde solía Anselmo apacentar su rebaño. Estaba éste cantando para aliviar sus perennes pesares. Su voz era sonora, delicada, dulce y atractiva, y su destreza y buen oído le daban mayor realce. Atónitas de oír tal voz en un bosque que creían sólo habitado de rústicos pastores, fijaron la atención y el oído; pero viendo que sin internarse más no podían percibir lo que cantaba, fueron acercándose, encubiertas de las ramas de los árboles, hasta que pudieron entender que decía de este modo:

*Déjame un rato vivir,  
atrevido pensamiento,  
no causes a un infeliz  
tan crüeles sentimientos.  
¡Oh, soledad espantosa!  
¡Oh, enmarañado desierto!  
¡Oh, miserable el que vive  
en tal vil abatimiento!*

La dulzura de la voz, la espesura del sitio, la letra y los reiterados suspiros del que cantaba excitaron la compasión de Elisia y la agitación que padeció su corazón al oír tan tiernos lamentos, la pusieron en curiosidad de ver aquel hombre infeliz que así se quejaba. Fue poco a poco con tiento acercándose hacia donde estaba Anselmo, y sin ser vista logró divisar por entre unas frondosas ramas un pastor cuya gentileza, donaire y compostura le penetraron aún con mayor violencia el corazón, y más oyendo que volvía a cantar de esta manera:

*¡Oh cristalina corriente  
que vas a buscar tu centro,  
llévate a un hombre infeliz  
que vive, pero muriendo!  
No hay consuelo para mí,  
triste, afligido y opreso,  
sin la menor esperanza  
que mitigue mi tormento.*

No menos compadecida quedó Elisia al oír este segundo canto, y más viendo que, profundizado en su dolor, exhalaba los más tiernos suspiros, mezclados de copiosas lágrimas. El corazón de Elisia, sensible por naturaleza, no pudo resistir a tan lastimoso aspecto, y alternativamente lo acompañaron sus ojos en el llanto. El Sol comenzaba a herir con sus luminosos rayos; movióse Anselmo como para apartarse de aquel sitio con su ganado, y Elisia, porque no la viese, se retiró por entre los mismos árboles hasta que encontró a su criada, a quien refirió era el que cantaba un gracioso pastor, que sin duda por alguna impenetrable desgracia se hallaba reducido a tan humilde condición. Volviéronse en conversación por la ribera del río, llegaron donde estaban los criados y el coche, entraron en él y tomaron el camino para la quinta. Varios fueron los coloquios que pasaron entre las dos sobre una novedad tan imprevista; exageraban la encantadora voz y habilidad del pastor, formaban varios juicios sobre su deplorable suerte, y finalmente la atribuyeron al amor, lo que tenía no sé qué de desagradable para Elisia, porque sin saber lo que era sentía en su corazón una desazón e inquietud que jamás había probado. Convinieron las dos en tener oculto lo que les había sucedido, con ánimo de volver la mañana siguiente al mismo paraje para ver al pastor, si bien la criada sólo por la curiosidad de oírlo cantar, Elisia por la inclinación que habían introducido en su alma todas las gracias de Anselmo. Así llegaron a la quinta, y Elisia pasó el resto del día y la noche en una continua agitación y desasosiego que no podía discernir de qué dimanaba.

Anselmo pasó también aquel día y la noche combatido de sus continuos pesares; y al rosicler de la Aurora salió, como acostumbraba, con su rebaño, y se fue al mismo sitio que la mañana anterior. Aquél era el centro de sus quejas y en donde el eco de la montaña parecía que respondía a sus lamentos, lo que le causaba una cierta complacencia. Un corazón sensible casi se alimenta con padecer, y cree que le falta el sustento cuando le faltan las penas. Tan habituado estaba a ellas Anselmo, que sin hipérbole puede decirse que le sucedía así. Luego que vio que la antorcha de Febo extendía sus refulgentes luces por las cimas de los encumbrados montes, prorrumpió en estas exclamaciones compasivas: «¡Oh, Padre de todos los mortales! ¡Cuántas veces te he visto nacer para resucitar y vegetar los animales y plantas! ¡Cuántas veces he llorado mis pesares cuando tú has derramado con tu esplendor la alegría! Tú caminas a largo paso hacia los antípodas, y yo, siempre aprisionado con las cadenas de mi esclavitud, vivo en este centro lúgubre y espantoso, sin más consuelo que tus brillantes luces. Tu oriente y tu ocaso me representan continuamente la vida y la muerte, pues como tú camina el alma a la esfera de su felicidad eterna. Pero, ¡ay de mí!, abatido mi espíritu en este miserable estado, sólo espera el día afortunado en que logre las delicias de la corona preparada a la paciencia y a la virtud. ¡Oh, día feliz!, ¿cuándo llegarás, cuándo vendrás a cortar el hilo vital de quien



ya mira su existencia como un formidable peso que lo agobia? ¡Ah, suerte deplorable; ah, constitución triste y penosa!»

En estas y semejantes quejas pasó Anselmo un largo rato; y vencido de sus porfiados pesares quedó sumergido en el sueño más profundo, reclinado sobre una peña, testigo continuo de sus lamentos. Elisia, con el cuidado de ver al pastor, se levantó de mañana, tomó su coche y acompañada de su criada se dirigió hacia el Iler. Dejaron el coche y los criados en el mismo sitio que la mañana antecedente, y encaminándose por la ribera del río llegaron en breve tiempo cerca del sitio donde reposaba Anselmo. Se internó sola Elisia por entre las ramas de los árboles, lo vio, y luego que conoció estaba dormido se acercó más a donde estaba, arrastrada de un interior impulso, con ánimo de considerar mejor las graciosas facciones y gentileza que habían penetrado su corazón. No pudo resistirse Elisia a la conmoción que le causó un espectáculo tan sensible, y con voz sumisa exclamó: «¡Oh, precioso joven! ¡Cómo duerme! Parece que el sueño da algunas treguas a su dolor. Sus párpados cerrados, su semblante opaco y confuso, como que manifiestan una pena interior y la sensibilidad de su corazón. No, éste no es pastor; su aspecto noble demuestra la nobleza de su alma; alguna desgracia irreparable lo ha reducido a tan humilde abatimiento. ¡Ah, si podré darle algún alivio! Sin saber lo que siento entre mí misma, ¡ay!, siento una dulce inclinación a enjugar sus lágrimas, a impedir el curso de sus suspiros. ¡Quiera el piadoso Cielo escuchar mis votos para que, haciendo la felicidad de este joven, tenga yo siempre presente la grata memoria de su bien, que producirá la mía! ¿Lo despertaré? No: me haré culpable quebrantando una ley que prescribe el pudor. Mejor será retirarme. ¡Oh, cruel! ¿Y lo dejarás abandonado a su desesperado tormento? No, Elisia, quizá podrás consolar... Pero, ¡ay de mí!..., despierta... Yo... no puedo hablar...»

En esto despierta Anselmo; ve a una hermosura que procuraba huir de su presencia y casi no podía: «¡Oh, deidad hermosa de estos bosques!, exclama transportado de admiración, ¿qué hacéis en este sitio? ¿Quién os ha conducido a ver a un miserable, oprobrio de sí mismo?»

Turbada Elisia le responde interrumpidamente: «Yo no vengo..., pastor..., porque...»

«¡Qué turbación tan modesta! Esperad, no huyáis de mí, señora. Yo soy un desgraciado, víctima de la fortuna...»

«Yo no puedo esperar, pastor... Mi virtud..., el pudor...»

«¡Ah, deteneos, señora! Mas, ¡ay de mí!, ¿huye? Sí, ¡qué dolor! Ya las ramas la ocultaron a mi vista. Seguir la intento, pero no... ¡Qué belleza! ¡Qué rubor!... *Mi virtud... el pudor...* ¡Ay, Cielos, qué palabras tan poco usadas, tan penetrantes y amables! ¡Loco de mí! ¿Y la he dejado partir? ¡Oh, estrella adversa, faltaba este tormento más a mi situación miserable! No sé qué agitación tengo en mi corazón, pero siento..., sí, siento que me lo han robado aquellos modestos ojos».

Al acabar Anselmo estas palabras quedó suspenso, como teniendo por sueño lo que era realidad. Anduvo todo el día por el bosque confuso, desesperado y entregado a un continuo pesar, que sin saber por qué ni cómo lo devoraba en secreto. Elisia se retiró a su casa tan fuera de sí que a no ser porque sus lágrimas dieron algún desahogo a su tormento, hubiera tenido malas resultas la violenta opresión que padecía su corazón. No hay palabras para expresar la inquietud y desasosiego que sufrieron aquellas dos almas tiernas en el discurso del día y de la noche. Todo era suspirar, gemir, llorar, como agobiados de un martirio imponderable, cuyo dolor era tan excesivo que no les daba lugar para conocer la causa de que provenía.

Al día siguiente al amanecer sacó su ganado Anselmo, y ocupado más de la sensible imagen de Elisia que de sus acostumbrados pensamientos y pesares, se encaminó al sitio mismo de la mañana antecedente; si bien todos los días por costumbre lo tenía, entonces lo creyó necesidad, imaginando que podría volver a ver en él a la hermosura que le había robado su corazón. Elisia, cuidadosa, afligida y triste, salió con su criada de la quinta como las otras mañanas, con ánimo de pasearse y distraerse por las márgenes del río, pero no con el de buscar al pastor, que tal intención le parecía ajena de su decoro y honestidad, precioso fruto de la buena educación que sus padres le habían dado. Pero como la voluntad, cuando es arrebatada de una vehemente pasión, oye muy pocas veces la voz de la razón, como inocente e incauta mariposa que se acerca a la luz donde perece por no saber precaver el riesgo, así se fue acercando Elisia al sitio donde estaba Anselmo. Su intrépida pasión le decía en secreto que lo buscara, pero su pudor le prescribía que no. Combatida de estos dos extremos resolvió, en fin, sentarse al pie de un árbol frondoso. Anselmo, impaciente de ver a Elisia, dejó solo el rebaño y tomó la resolución de examinar todo el bosque hasta encontrarla. A pocos pasos que dio la halló sentada debajo del árbol, en ademán triste y pensativo; y asombrado y confuso se acercó a ella: «Señora, le dice con una modesta turbación, ¿qué hacéis en este sitio?»

Vuelve la cabeza Elisia al oír estas palabras, se levanta y asustada y confusa quiere huir; pero Anselmo, deteniéndola respetuosamente prosigue diciendo: «¿Por qué intentáis huir de mí, bellísima joven? ¿Acaso, señora, soy un monstruo que os amenaza la muerte? ¿Qué delitos pude cometer jamás para que no se dignen de mirarme los mortales? ¡Oh, cuán desgraciado soy!» Acabó estas expresiones bañados sus bellos ojos de lágrimas, y aunque quiso seguir más adelante en sus quejas no pudo articular más palabra. Enternecida Elisia de tan lastimoso e interesante espectáculo, le habla, turbada, de este modo:

«No creáis, gallardo joven, que huyo de vos; solamente huyo del peligro para no caer en él. Ayer os vi dormido, y sabe el Cielo la conmoción que excitó vuestra presencia en mi corazón. No ignorante de los males, sé también compadecerlos. Os he oído cantar, y por vuestro tierno y doloroso canto he percibido la pena que padecéis. Si conocéis que puedo aliviarla, estoy pronta a prestaros los socorros que exige la humanidad. Así veréis que sólo huyo de vos porque...»

Un rubor modesto cubre su rostro y anuda su lengua. Fácilmente conoció Anselmo el motivo de su fuga y de su turbación; pero como que no lo entendía le dijo: «¡Ah, señora!,

sabe el Cielo cuánto agradezco vuestros humanos y piadosos sentimientos. Mi suerte es muy infeliz, y mi desgracia irreparable. No es amor el que me ha conducido a este miserable estado; es mi mismo abatimiento, que no conviniéndose con los elevados pensamientos de mi alma, me trae continuamente con una interna inquietud imponderable. Unos padres pobres, miserables y ancianos, que sólo tienen mi corto apoyo para su sustento, me privan de la libertad; y por no dejarlos abandonados al dolor y a la miseria, hago profesión de este humilde ejercicio para alimentar y conservar sus preciosos días. Ésta es la causa por que en medio de estos montes me habéis oído quejar de mi desventurada suerte; y puesto que nunca he encontrado sino el eco funesto y triste que responda a mis lamentos, a lo menos, ya que he tenido la dicha de veros, espero que alguna vez me consolaréis en mi amarga soledad».

«Sí, gracioso joven, le responde Elisia; aun con la sangre de mis venas, si fuese necesario, sabría proporcionaros vuestra consolación; tanto me interesa vuestro deplorable estado que no podré excusarme a cuantos alivios queráis exigir de mí. ¿Cómo os llamáis?»

«Anselmo».

«¿Y vos?»

«Elisia; soy de Ulma, hija de un caballero muy ilustre y rico, el conde N... Habito ahora en una casa de campo no muy lejos de este sitio. Si necesitáis de algunos socorros, podré proveeros de cuanto hayáis menester».

«Agradezco, señora, en el alma vuestra piedad. Para la condición en que nací y vivo, el Cielo compasivo me ha suministrado lo necesario con el corto producto del pequeño rebaño que apaciento. Si os compadecéis de mi lastimosa situación os pido que no os ausentéis de aquí, para que mis ojos no vuelvan a ver vuestra belleza; con sólo haberos visto no siento ya mi abatimiento, porque este mismo estado que me era odioso es el que me ha proporcionado la fortuna de ofrecerme a vuestros pies como humilde esclavo».

«¿Y vos sois pastor, y os habéis criado en estas breñas? ¿Y ese estilo dónde lo aprendisteis? Nunca creí que bajo de tan rústico traje se encontrase tanta discreción y gallardía».

«Señora, vos me hacéis avergonzar. Tengo un padre, ¡ah, caro padre mío!, que es la misma sabiduría. Sus continuas instrucciones y consejos han labrado un poco la rusticidad de mi estado. No creáis que no lo dejaría para emplearme en un noble ejercicio; mas ya os he dicho la justa causa que me lo impide. Mi alma está inflamada de aquel loable entusiasmo que sólo aspira a la gloria y a la virtud. Pero mis padres, sí, mis amados padres son causa de que aquí me halléis, aunque afligido y desconsolado».

«Esos nobles sentimientos me persuaden, oh Anselmo, de que vuestro nacimiento es superior a vuestra presente constitución».

«No, señora, nací humilde y pobre; ¡ojalá que no lo fuera! No porque mi espíritu sea ambicioso ni avaro, sino por...»

«Cada vez que habláis, Anselmo, más dudas se me ofrecen. ¡Ah, quién os hizo pastor!»

«El Cielo, señora».

«¡Ah, si no lo fuerais!...»

«¡Qué!»

«Yo no sé lo que iba a decir. A Dios, Anselmo».

«¿Os vais?»

«Sí».

«¿Y volveréis?»

«No lo sé».

«¿Por qué queréis, señora, privarme de tanto bien?»

«No es rigor, es mi deber. Yo volvería muy gustosa a veros; pero...»

«Señora, si un infeliz puede exigir de vos alguna piedad...»

«Os ruego... Mi llanto... ¡Ay, Anselmo, no me atormentéis! ¡Por qué el Cielo os ha hecho pastor!»

«Pero yo, señora, ¿en qué pequé? Acaso...»

«A Dios, gallardo joven. El Cielo os prospere y os consuele. No sabéis cuánto siento dejaros. Mi alma..., mi corazón... ¡Ah!, ¡quién no os hubiera visto jamás! Ya he dicho demasiado; no os acordéis de mí».

«¿Y cómo podré olvidaros? ¡Ay, Elisia! ¡Qué rubor! Mi abatimiento..., mi situación... ¡Ah, por qué el Cielo me hizo pastor!»

«Compasión me causáis, pobre Anselmo. Este llanto..., mi turbación..., ¡ay de mí!».

Elisia queda suspensa, bañados sus ojos de copiosas lágrimas, y Anselmo turbado y confuso. Míranse recíprocamente; y como el amor había herido insensiblemente los dos corazones con una aguda flecha, sus ojos y su llanto fueron intérpretes de su cruel y dolorosa despedida. Su corazón quedó como rodeado de unas densas nubes y el alma en

la inquietud y turbación, así como se ven los árboles de una floresta agitados de improviso por un raudó y violento huracán.

Es difícil explicar el tumulto interno que padecieron estos dos infelices a su cruel separación. Como un hombre agobiado de un peso casi superior a sus fuerzas camina trémulamente, del mismo modo no daban paso sin que se conociese su tribulación y sobresalto. ¡Cuán penetrantes son los rayos de Cupido! Aun a los más cautos hieren y traspasan, y como el acero al imán se acerca el corazón al amor, sin sentir su engañoso atractivo. Si no tuviera el amor un no sé qué que insensiblemente perturba los sentidos y la razón, quitando al hombre la facultad de dominarse a sí mismo, no hubieran sucedido en el mundo tantas ruinas, muertes y desgracias. El corazón más duro se rinde a sus encantos, y el mejor medio para no caer en sus perniciosos lazos es huir en los principios, particularmente en la juventud, que como es cera para la impresión, imprevistamente llega a términos en que ni la cordura ni la prudencia son bastantes para precaver sus deplorables y funestas consecuencias.

Anselmo y Elisia son un verdadero e instructivo ejemplo: ésta conocía su error y lo seguía, y aquél penetraba que sus deseos tocaban en un absoluto imposible, y con todo no sabía precaverse. Habiéndose separado los dos con la agitación que ya se ha dicho, fácilmente puede discurrirse el sobresalto e inquietud que mortificó sus corazones tiernos e incautos, no tanto por el día cuanto por la noche. Parece que la oscuridad trae consigo las penas y convida al dolor. Ciegos y locos estuvieron aquella noche: ciegos porque no veían los imposibles que se oponían a sus deseos, y locos porque se entregaban a la más negra desesperación. Anselmo, olvidado de su mísera constitución, formaba proyectos inverosímiles; y Elisia, olvidando su calidad y circunstancias, sólo se acordaba de la madre naturaleza, que ha hecho a todos iguales, siendo casualidad y no virtud el nacimiento, la nobleza y las riquezas. No podía desechar la agradable memoria de su pastor; su modestia, sus palabras y su sensibilidad eran unas imágenes tan vivas en su fantasía que juzgaba no había visto jamás objeto tan amable. Amaneció, en fin; risueña la Aurora comenzó a derramar su fértil y hermoso rocío sobre las flores y plantas; y Anselmo, después de haber combatido toda la noche con un tropel de discursos interrumpidos y caprichosos, efectos ordinarios de una vehemente pasión, sacó su ganado y se encaminó al acostumbrado sitio.

Sus continuos sollozos y gemidos, sus lágrimas y suspiros daban algún desahogo a la opresión que sufocaba su corazón. Ya hablaba con el día, ya con las flores, ya con las aguas, ya consigo mismo; y como su mayor diversión eran las Musas, formaban paralelos, alusiones y metáforas, unas verosímiles al entendimiento y otras a la fantasía agitada del afecto, pero todas tan bellas y excelentes que, como producción ingeniosa de la naturaleza, no puede expresarlas la industria y energía del arte. Elisia salió de su quinta con el mismo acompañamiento que las otras mañanas, dejó a su criada a la margen del caudaloso Iler y sin precaución alguna, arrastrada de su pasión, fue a ver si hallaba a su amable pastor en el sitio acostumbrado. Poco antes de llegar a él oyó que Anselmo, con una voz lánguida y dolorosa así cantaba:

*Ingenioso es mi destino*

*para agravar mi tormento,  
que lejos de darme alivio  
me da penas con exceso.  
¡Oh, amor! Nunca te he probado,  
mas son tus rayos tan fieros  
que una vez que te miré  
me dejaste herido y ciego.*

No dudó Elisa que estas expresiones se dirigían a ella. Compadeciéndose de la miserable situación de Anselmo, y no pudiendo resistir que padeciese más tiempo un corazón tierno, que fácilmente percibió le tributaba sus más rendidos homenajes, salió de la espesura y se encaminó apresuradamente hacia donde estaba. Luego que Anselmo la vio quedó sin movimiento; y sus ojos, derramando un copioso llanto, confirmaron más a Elisa en su lisonjera persuasión. «¡Oh, Anselmo!, le dice con la mayor ternura, ¿qué tenéis, qué causa excita en vos tan extraño sentimiento? ¿Por qué lloráis?»

«¡Ay, señora!, responde Anselmo con una sensibilidad inexplicable, bien claro es mi mal, y más claro su poco remedio; solo aquí, lloraba mi desgraciada suerte, y al veros se han aumentado mis lágrimas. No lo extrañéis. Reflexionad mi mísera y pobre constitución, contemplad vuestra calidad y hermosura, y hallaréis la fuerza de mi razón. Esos ojos, sí, esos hermosos ojos son muy vivos y penetrantes, y como intérpretes del alma dicen cuanto ella siente en secreto. Yo lo conozco bien, y como me conozco a mí mismo me contemplo más infeliz y desventurado».

«En vano, Anselmo, pretendería ocultar lo que un entendimiento menos perspicaz que el vuestro podría penetrar. Vois sois pastor, pero esa gallardía, esa alma superior a vuestro humilde estado forma una imagen tan lisonjera en mi idea que, a pesar de mi decoro, no puedo dejar de confesar que...»

«Ya os entiendo, señora. ¡Ay de mí! Pero, ¿y mi miseria y mi abatimiento?...»

«¡Ah!, no me habléis así, desgraciado joven. Bastante me mortifica esa memoria. Mas, ¡ay, Cielos!, otra aún más dura me martiriza con más rigor».

«¡Qué! Hablad. ¡Oh, dolor! ¿Qué nuevo pesar me anunciáis?»

«No os confundáis, Anselmo. Ya os he dicho quien soy, el motivo por que ahora habito inmediato a esta soledad, y aún más de lo que debiera proferir. Pero aún tenéis que saber más. Anoche recibió mi padre una carta de Ulma, en que le avisan ser necesaria su presencia para concluir un pleito muy interesante (¡oh, malditos intereses!) que está siguiendo. Tal es la priesa de este negocio que mañana, sí, mañana partimos para Ulma. La orden está dada, todo prevenido, y yo no he tenido valor para ausentarme sin veros. Cuál será mi dolor vos lo podéis pensar, cuando no tengo arbitrio para impedir una separación, cruel separación que acaso..., ¡ay Cielos!, me costará la vida».

«¡Ah, dolor!, cayóse el Cielo sobre mí. Solo en estos enmarañados bosques, todo perdí menos la memoria de un bien súbito y pasajero que, por ser bien, es poco durable para mí. ¡Elisia!»

«¡Anselmo!»

«¿Y vos partís?»

«¿Y vos os quedáis?»

«¿Y yo no muero?»

«¿Y yo vivo?»

«¡Oh, Elisia, qué estrella tan adversa!»

«¡Ay, Anselmo, qué destino tan inhumano!»

«¿Me olvidaréis, señora?»

«¿Os acordaréis de mí, infeliz joven?»

«¿Yo? Hasta la muerte».

«Yo, Anselmo, mientras respire esta alma. ¿Pero, qué será de mí sin vos?»

«¿Y qué podré yo hacer sin vuestra presencia entre estas breñas?»

«Vuestra soledad...»

«Vuestra hermosura...»

«Me consternará».

«Hará mis días amargos».

«¡Ah!, ¿quién os hizo pastor?»

«¡Ah!, ¿quién os trajo a estos bosques?»

«Ya articular no puedo».

«Ya no puedo respirar, bella Elisia. ¡Ay de mí! ¿Será posible que os acordéis de un miserable pastor?»

«¡Ay, Anselmo!, nunca podré olvidaros».

«Pero os vais».

«Sí».

«¿Y quién prescribe tan bárbara ley?»

«Mi suerte infeliz. Yo vivía tranquila; os vi, y ahora me veo rodeada de tanta angustia y confusión que no sé ni aun explicar mi tormento. Veo que sois pastor, conozco que no debería amaros, pero divisado en vuestro semblante y en vuestras palabras un no sé qué de grande y de noble que desmiente vuestro humilde origen».

«¡Ay, Dios, ¡qué mísero estado el mío! Tenéis razón, hermosa Elisia; pero no me acordéis una humillación que me hace indigno de vuestro amor».

«Mi amor no os faltará jamás, aunque me costará tantas penas que ya no habrá día feliz para mí. A Dios, desgraciado joven; en mi corazón llevo vuestra miseria y soledad. No sé si nos volveremos a ver. Si puedo no os privaré de este consuelo, para que a lo menos lloremos juntos nuestra lamentable suerte. Sólo el llanto y los suspiros es lo que en ella nos queda, ningún otro remedio alcanzo. ¡Ay, pastor, quién no os hubiera visto jamás!... A Dios».

«¡Ay, piadosa Elisia!, ¿tan presto os vais?»

«Sí, no puedo ya resistir más».

«Esa bella mano... ¡Ah, corazón desdichado! ¡Ah, desventurada Elisia!»

Aquella penosa turbación que embaraza las palabras fue un asalto imprevisto que anudó la lengua y anegó los ojos de estos dos miserables jóvenes. Anselmo besó la mano a Elisia y la bañó con sus lágrimas, y Elisia estrechó la de Anselmo en su pecho, lo miró triste y compasiva y suplió recíprocamente la vista lo que no pudo explicar la lengua. Como una mujer tierna y fiel que se despide de su querido esposo en los últimos alientos de su vida, que sus lágrimas, sus miradas tristes y expirantes y su excesiva turbación manifiestan más su íntimo dolor y angustia que la voz más elocuente y expresiva, así se despidieron Anselmo y Elisia, con tan confusa agitación que parecía el funesto presagio de la más deplorable desventura. Sus corazones, tiernos por naturaleza, hallaron la más oportuna extensión para ejercitar su sensibilidad. No hay pena comparable a la suya. Resonaba entre aquellas empinadas breñas un eco sordo y triste, que respondía a sus melancólicos lamentos. Todo era para ellos horror y desesperación; y agobiados de su misma angustia y tribulación, con inciertos y vacilantes pasos se separaron el uno del otro, llevando cada uno en su corazón la imagen sensible del tierno y dulce objeto que causaba su sobresalto y amargura. Pasóse un largo espacio de tiempo sin que volviesen en sí, y cuando se desahogaron algún tanto sus oprimidos corazones prorrumpieron en tan lamentables quejas que, si las duras piedras fuesen capaces de sentimiento, se hubieran enternecido al oírlos.



Reprimiendo cuanto pudo su dolor, la inconsolable Elisia volvió a su casa, y al día siguiente se fue a Ulma sin poder desechar de su imaginación a su amable pastor ni contener sus copiosas lágrimas, cuando se hallaba sin testigos que notasen su pena. Anselmo pasaba en la más deplorable y melancólica situación los días y las noches, sin poder tampoco desechar la memoria de su amada Elisia. Casi alternativamente le correspondía ésta; que aunque estaban tan distantes, estaban en sus corazones tan presentes que parecía se acordaban entre sí para llorar y sentir unánimemente sus desventuras y aflicciones. En este tan lastimero estado cortó la inexorable Parca la vida a la madre de Anselmo, cuya desgracia irreparable añadió más pábulo a su continua pena. Pocos días, después cayó malo el padre, no pudiendo resistir al dolor de la pérdida de su amada consorte. ¡Ah, qué accidentes tan sensibles para el corazón de Anselmo! Agravábase la enfermedad, y conociendo el anciano que llegaba su última hora llamó a Anselmo y le habló de esta manera:

«Hijo mío, ya el autor de tus miserables días está próximo a expirar. Mi muerte es cierta. Yo lo conozco. La frialdad de mis venas, la languidez de mi corazón, todo me anuncia que ya llegó el tiempo en que debo pagar irremisiblemente la deuda de todo viviente. Yo no soy inmortal; a pesar de todas mis desgracias cuento ya ochenta y dos años; ya he vivido bastante, y estas consideraciones deben consolarte. El Soberano Autor del universo lo dispone así, y todo cristiano debe rendir la cerviz a su voluntad. Conozco que me haría culpable de injusticia si te ocultase más tiempo un secreto que hasta ahora he temido revelarte. Tú eres sabio, es cierto, pero eres joven; y no ignorando tus elevados pensamientos, he diferido hasta este momento lo que antes me pareció inoportuno decirte. Tú no eres hijo de un miserable pastor como crees, ni esta humilde cabaña es el centro de tu nacimiento. Yo soy el conde de N..., rico potentado en otro tiempo de Escocia. Cuando las revoluciones de aquel reino fui tenido por traidor, y para librarme de mis enemigos abandoné mi patria, y como hombre oscuro y humilde me retiré a este sitio. Cuando vi que se iba consumiendo el poco dinero que así tu desventurada madre como yo pudimos traer en nuestra dolorosa y precipitada retirada, compré el corto rebaño que apacientas, con cuyo producto hemos pasado parcamente hasta aquí. Tú eras muy pequeñito entonces, y como tu corta edad te había preservado de saber esta desgracia, quise ocultártela para que no te afligiese la memoria del bien perdido. Protesto, por el lance terrible en que me hallo, que jamás alimenté en mi corazón los viles e indignos sentimientos de la traición; y Dios, sí, Dios, como justo juez de los hombres, habrá aclarado mi inocencia. Esta persuasión me anima a declararte quién soy y quién eres. Estos papeles te instruirán de los derechos y privilegios de tu casa y estados. Parte a Escocia; allí nadie te conoce, infórmate del estado de mi causa, y si acaso se ha descubierto la infame calumnia, date a conocer y procura recuperar el honor y los bienes injustamente perdidos. Si no, vuélvete a este retirado bosque, respeta los juicios del Cielo, y considerando con resignación lo que es este mundo caduco y engañoso lograrás la mayor felicidad en medio de la indigencia y de la miseria. Toma ejemplo de mí y de tu amada madre, que siempre rendidos a la Voluntad Suprema ni nos hemos quejado de nuestra adversa suerte ni echado de menos las riquezas y falsos honores del mundo, que embriagan y obcecán. Nunca tiene el cristiano mejor ocasión para conocer la futilidad de las vanidades que lisonjean al hombre que en la aflicción y la pobreza, pues la prosperidad orgullosa lo hace regularmente estúpido e insensato. Acuérdate de estos

consejos. La humana vida es un continuo juguete de la fortuna, e infaliblemente tendrás necesidad de ellos en el espacio de los miserables días que te faltan. Ten constancia para superar las pasiones, pues el hombre debe ser superior a sí mismo. Jamás te estimule el interés a las buenas obras, ni el falso honor del mundo, sino el verdadero honor que camina de concierto con la Religión y la virtud. Ama más la muerte que cometer una acción indigna. Detesta la adulación y la mentira, inseparables y perniciosos consejeros de los grandes y poderosos de la tierra. Pesa siempre la razón en la balanza de la justicia; aborrece la iniquidad, el orgullo y la avaricia; respeta la humanidad, compadeciendo y socorriendo a los infelices, no olvidándote jamás, si llegas a verte, como espero, en la opulencia, de que tú también has sido miserable; huye siempre de la Corte y de aquel bullicio que reina en ella y nos hace olvidar que somos hombres de la misma naturaleza que los demás; no te mezcles en sus intrigas ni en su engañosa política, ni sigas sus máximas, máximas por lo regular inspiradas por un egoísmo abominable y por una ambición odiosa y criminal; sea la venganza un objeto detestable a tu corazón, la calumnia un horror que te atemorice sólo al imaginarla, y la beneficencia el mayor consuelo para tu alma; perdona las injurias en el mismo momento en que te las hagan, acordándote de la misericordia con que Dios nos perdona; y en fin, considera siempre las obligaciones del hombre de bien, y nunca obres ni contra tu conciencia ni contra la verdadera probidad. A Dios, hijo de mi alma; recibe mi bendición, y...»

Un sudor frío le baña el rostro, túrbansele los ojos y la lengua, pónese pálido, y entre aquellas terribles ansias y congojas que trae siempre consigo el fin extremo de la miserable vida, alarga los brazos, abraza a su amado hijo y expira. Con la confusión, el terror y el dolor que improvisamente acometieron al infeliz Anselmo, queda al pronto en una inacción asombrosa, y no pudiendo resistir a la justa opresión de su corazón cae desmayado en el seno de su padre, de aquel tierno y amoroso padre que acababa de darle tan bellas y sabias instrucciones. Está privado del sentido un largo rato; vuelve después en sí, y considerando aquel espectáculo funesto y doloroso baña con sus cálidas lágrimas el cuerpo frío y pálido del autor de sus días. La naturaleza ofrecía a sus ojos turbados y lagrimosos lo que tiene de más sensible e interesante: un padre, sí, ¡oh, voz amable y penetrante!, un padre cubierto de los horrores y del palor de la muerte, yerto cadáver pero venerable en quien perdía su única compañía y consuelo. Las bellas palabras y consejos que acababa de oír de su boca y el grande secreto que le había revelado lo tenían tan fuera de sí que no cabe ponderación en su admiración y dolor. Prorrumpe en los más íntimos suspiros y gemidos, besa la mano a su amado padre y riega una y mil veces su exánime y yerto rostro con el más abundante y lastimoso llanto. Su corazón sensible, entregado a los más extraños movimientos, no le representaba en aquel penoso trance sino la serie cruel de sus acumuladas desventuras. Procura dar sepultura al más digno objeto de su cariño, permanece en aquel bosque algunos días llorando, gimiendo y suspirando sin cesar, vende su ganado y los escasos bienes que tenía, pero no la pequeña casa en que vivía, y parte para Escocia rodeado siempre de las tristes imágenes de sus difuntos padres y de su bella Elisia, de quien nunca se olvidaba aun en medio de sus continuas tribulaciones y pesares. La memoria de quien era y la esperanza de que, si recobraba su casa y estados perdidos, podría llegar a gozar de su amable Elisia, lo consolaban algún tanto, y unos ratos abandonado a la profunda melancolía que lo devoraba, y otros algo más tranquilo con las reflexiones que hacía, llegó a Escocia sin ser conocido de nadie. Supo luego que

arribó cómo, disipada la rebelión, seguidas, examinadas y sentenciadas las causas de los que se habían tenido por rebeldes, habían conocido la inocencia de su padre y publicado pregones para que se restituyese a su casa y se le volviesen sus rentas, honores y prerrogativas. Presenta sus papeles, reconócenlos, y a él por legítimo heredero de los estados de su padre. Reintégranselos al punto, toma posesión de ellos, se da a conocer a sus parientes; todos, compadecidos de sus desgracias, lo abrazan tiernamente entre alegrías y llantos y ve colmada su fortuna y saciados sus elevados pensamientos. Pero nunca se olvida de su Elisia, por quien solamente le era apreciable su nueva y brillante situación.

Mientras sucedían a Anselmo todas estas cosas adversas y prósperas, Elisia, que jamás lo apartaba de su memoria, padecía de continuo la más desesperada melancolía. Nada la divertía: la compañía la enfadaba, las diversiones le eran odiosas, la conversación la fastidiaba, la música la entristecía más, el paseo la inquietaba, y sólo en el retiro y la soledad hallaba su figurado e imaginario descanso. Efecto propio de un corazón asaltado de la hipocondría, que sin mirar el riesgo a que se expone apetece únicamente los lugares sombríos y opacos, donde, aunque le parece consigue algún reposo y alivio, no es sino una ilusión lisonjera, que poco a poco lo consume. En el estado más deplorable se hallaba Elisia, sin otros pensamientos que la memoria funesta de su amable pastor, cuyas gracias de naturaleza, cuanto más consideradas más le llegaban al alma, cuando un día la llama su padre y le propone un casamiento con un caballero rico y de condición. Elisia queda suspensa; no obstante, manifiesta oposición con humildad y ternura. Su padre, ya con un tono más vivo y casi irritado, comienza a persuadirla; ella sigue en su resistencia con lágrimas y suspiros; su padre no cede de ningún modo a sus instancias. La situación humilde de Anselmo hacía a Elisia mirar como imposible un designio que en otras circunstancias hubiera creído asequible; y estimulada de esta consideración y de las amenazas de su padre, dice al fin que está pronta a seguir su dictamen y a obedecer su voluntad. Consecuencias muy ordinarias de la dureza e indiscreción de muchos padres inconsiderados, que haciendo un irreparable perjuicio a la humanidad y a la Religión, y sin considerar que de la elección de estado depende la felicidad o infelicidad temporal y eterna, obligan a sus hijos a que sacrifiquen su libre albedrío en las pérfidas aras del interés, de la ambición y de la vanidad. Así sucedió con Elisia. Inmediatamente se ejecutaron las capitulaciones, se hizo público y se señaló el día para celebrar los desposorios.

Siendo ya cuando sucedían estas cosas la mitad del mes de Mayo, y viendo su padre que estaba Elisia bastante melancólica, aunque procuraba disimularlo, para divertir sus tristezas dispuso el ir a la casa de campo por algunos días, hasta que llegase el de la boda. Luego que supo Elisia esta determinación, se alegró algún tanto con la esperanza de ver a Anselmo y manifestarle por la última vez los vivos sentimientos que padecía su alma, pareciéndole que de este modo lograría algún desahogo en su inconsolable pena; pero sin prever el riesgo a que se exponía renovando una pasión violenta, ni el vehemente dolor que podría causar a Anselmo la noticia de su tratado y próximo casamiento. Quien pintó ciego al Amor conoció muy bien que éste era su mejor atributo, pues no viendo los escollos que se le oponen va a chocar contra ellos incautamente, y como una nave que camina sin timón ni velas a discreción de los vientos y de las ondas furiosas, así perece y

naufraga. Dispusieron su marcha y llegaron en breve a la quinta, cuando ocultaba el Sol sus refulgentes rayos.

Anselmo, que sólo vivía ocupado de la memoria de su Elisia, dispuso volver a buscarla. Arregló sus intereses con bastante precipitación, y pretextando que un grave negocio lo obligaba a volver al bosque donde había habitado en compañía de sus amados padres, se despidió de sus parientes. Reflexionando que ya había llegado el tiempo en que el padre de Elisia acostumbraba ir a la recreación de la quinta, se fue en derechura a ella, dejando a un criado que llevaba en una villa no muy lejos de Ulma, con orden de que lo esperase allí hasta que volviese a buscarlo; preguntó a un doméstico si estaban allí sus amos, y le respondió que habían llegado aquella misma tarde. Sin esperar ni preguntar otra cosa se fue al bosque, entró en su cabaña, derramó algunas lágrimas aquella noche a la memoria de sus amados padres, y al día siguiente, tomando su ordinario vestido de pastor, se fue por la ribera del Iler al mismo sitio donde vio la primera vez a Elisia, con ánimo de sorprenderla con la noticia inesperada de su nueva y brillante fortuna y de explicarle su amorosa pasión ya sin el menor reparo, para unir con lazos indisolubles sus dos tiernos corazones. Se lisonjeaba de que, aunque era un miserable pastor cuando se despidió de él Elisia, sus lágrimas, sus suspiros y sus palabras tiernas e interrumpidas manifestaban que sólo era la humildad de su origen la que le había embarazado declararse más, y que su corazón estaba penetrado del más grande amor. Se persuadía que, siguiendo los impulsos de él, iría sin duda a verlo aquella misma mañana. Con efecto, sucedió así. Cuando estaba Anselmo más impaciente, engolfado en el mar inmenso de sus imaginaciones lisonjeras, y se figuraba lograr sus fundadas esperanzas, se presenta a su vista Elisia, cuyo semblante pálido y turbado anunciaba la confusión de su alma. Luego que la ve Anselmo, como despavorido y fuera de sí llégase a ella, cógela de la mano, se la besa, la riega de lágrimas y le habla con tanta ternura y expresión que no puede explicarse. Le manifiesta su contento, la asegura de que no es reo de un solo pensamiento que no sea dirigido a ella; y viendo que a tan afectuosas expresiones nada respondía Elisia, ignorando de qué provenía su turbación le dice de esta manera: «¿Qué tenéis, hermosa Elisia? ¿Qué opacidad oscurece vuestros bellos ojos? ¿Qué lágrimas son esas que derramáis con tanta ternura? ¿Qué suspiros interrumpidos son esos que exhaláis? ¿Así me acogéis después de tan larga ausencia? ¿Así recibís mis finezas? ¿Acaso perdí ya vuestro amor? ¿Acaso os confunde mi pobre y mísero estado? ¡Ah!, sacadme de mis dudas y sobresaltos; sí, generosa Elisia, consolad mi triste corazón, que deseoso de encontrar en vos el lleno de sus satisfacciones y descanso, anhelaba con ansia veros. ¡Ay de mí! ¿Vos no me miráis? ¿Soy un objeto aborrecible a vuestros ojos?»

«No, le interrumpe Elisia, no, Anselmo. Sabe el Cielo que jamás os he olvidado, ni nunca os he amado más. Sin prever vuestro martirio ni el mío, con el ansia ciega de veros, olvidada de mí misma, sí, (ya mi pasión no me permite ocultaros nada) he venido a buscaros, y ahora que conozco el peligro, ni sé cómo evadirme de él ni cómo hablaros».

«Decid, replicó Anselmo, ¡qué oigo!, decid, amable Elisia..., hablad... ¡Qué pena!... Más dudas me asaltan... ¿Qué novedad... Vuestra turbación..., vuestro semblante..., ¡ay!, todo me anuncia la mayor desventura. Sacadme de la confusión que me rodea, y ya que muera,

a lo menos que sepa la causa que me mata. Si mi suerte, si mi estado miserable, si el ser pastor os impide hablar o es causa de vuestra confusión, advertid que yo...»

«¡Ay, Anselmo!, quizá será mayor bien el silencio».

«No. La misma incertidumbre de mi suerte me consternará en extremo. Hablad, y después...»

«¿Queréis al fin que hable?»

«Sí».

«Pues preparad el alma al golpe más formidable y funesto. Si tenéis valor, éste es el lance en que podéis demostrarlo. Ensanchad vuestro corazón y oíd, ¡ay de mí!, si yo puedo articular. Hace algunos días que me llamó mi padre y me propuso un casamiento con un caballero de Ulma, ya de alguna edad pero rico e ilustre. Lo repugno, al instante. Mi padre me persuade con dulzura, y yo resisto. Irrítase, no me vence; me amenaza ásperamente y yo, triste, infeliz de mí, sola y sin amparo, digo al fin que sí. La consideración de vuestro miserable estado y humilde nacimiento, y el ver tan irritado a mi padre contra mí vencieron mi resistencia, aunque sólo fue en lo exterior, que en el fondo de mi corazón sólo vuestra imagen está grabada. Dentro de cuatro días se celebrará mi sacrificio; yo obligaré mis afectos a amar al esposo que el Cielo me ha destinado. Mi virtud no será vacilante, mi honor triunfará, no lo dudo; pero el contraste será cruel, y poco tiempo sobreviviré a este golpe funesto que de vos me separa para siempre; sí, mi muerte será el más seguro testimonio del amor que infructuosamente os profeso».

Atónito y confuso Anselmo, se rindió a la opresión de su alma y cayó sin aliento en brazos de su amante. ¡Con cuántas lágrimas bañó Elisia el rostro pálido y triste de Anselmo! ¡Cuántos suspiros exhaló mirando sus ojos opacos y turbados! El tropel de imaginaciones, de penas y aflicciones que la asaltaron, es imponderable. Vuelve en sí Anselmo; exhala un tierno suspiro de lo íntimo del corazón, mira a Elisia como un hombre que, ofuscado de la oscuridad, no distingue lo que se le presenta a la vista; quiere hablarle, y no puede. Reconoce en los bellos ojos de Elisia la pena y angustia de su corazón. En fin, prorrumpe como espantado y aturdido en estas voces: «¡Ay Cielos! ¡Qué es lo que me pasa! ¡Qué pavor me sorprende! ¡Hermosa Elisia! ¡Quién nunca os hubiera visto! Soy el más miserable de los hombres. En brazos de un rival..., yo sin esperanza... ¡Oh, suerte! ¡Oh, dura pena! Mi dolor..., mi desesperación... ¡Oh, suceso inesperado! No, no me sería tan sensible veros en brazos de otro si yo fuese un pastor miserable como me creéis. Vuestra hermosura, vuestra virtud, vuestra calidad merecían suerte más venturosa. Pero soy... Ya nada soy..., ¡ay de mí!; soy hijo del conde de N...»

«¡Qué decís, le interrumpe trémulamente Elisia! ¡Qué habláis! ¡Vos no sois pastor! ¡Ah!, bien conocía yo que la grandeza de vuestra alma era superior a vuestra humillación. Soy muerta. Este golpe me faltaba. Pero, ¿me engañáis? ¡Ah!, no, decidme la verdad». Entonces le refiere Anselmo menudamente toda su historia, le descubre la causa por que había vuelto a tomar aquel simple vestido; y adornó su narración con tantos episodios

tiernos, naturales y sublimes que no es fácil expresar. Acabada la exacta relación de todo lo pasado, aunque interrumpida con muchos suspiros y lágrimas, quedó Elisia suspensa y Anselmo inconsolable. ¡Quién podrá describir sus miradas lánguidas, las palabras vivas y sensibles que se dijeron y las lágrimas que costó a estos dos infelices jóvenes la triste combinación de los sucesos que daban más fomento a su dolor? Consideraban ya perdida la esperanza de su mayor felicidad, y se tenían por los más desgraciados del universo. Despidióse en fin Elisia, atravesado su corazón con las impías flechas de su adversidad, y aseguró a Anselmo que no podría volverla a ver a menos que por la noche no entrase en el jardín y le hablase por una ventana inmediata a un estanque que en él había. Diole para este efecto una llave de la puerta del jardín; tomóla Anselmo sin poder hablar palabra; quedó en la más extraña confusión, y como en semejantes lances casi es imposible expresar el dolor y la pena, recurrieron a las miradas penetrantes, al silencio y a la turbación para demostrar lo que no podían proferir. Así se despidieron estos dos infelices, víctimas de su estrella adversa, como quien se levanta después de un sueño pesado, cuya idea lo contrista hasta que está bien despierto.

Solo Anselmo en aquellos bosques pasó el resto del día, ya en un abatimiento profundo, ya en un letargo gravoso, ya en una desesperación excesiva que lo enajenaba de sí mismo, no hallando de ningún modo reposo ni consuelo. No encontraba medio para desahogar su corazón oprimido, y resolvió, después de muchas tiernas exclamaciones, escribir una carta a Elisia, que decía de esta suerte:

*Anselmo a Elisia.*

«Cuando a un infeliz dan en perseguirlo las miserias y desgracias, a cada paso encuentra más y más para aumentar sus penas y dolores. Mísera fue mi suerte en la niñez, mísera en la juventud, mísera la ocupación de mi vida; y cuando mejoro de estado hallo que es más mísero que el primero, cuando más feliz me creía soy más desdichado. Rodeado de las más negras memorias, acometido de las más desesperadas consideraciones, solo y sin consuelo, lucho con mi amor, con mis celos, con mi rabia, con mi enojo. En las tinieblas y en la soledad solamente responde el eco a mis téticos acentos, y ni puedo sosegar me ni puedo hallar alivio. ¿Vos en brazos de otro, y yo no muero? ¿Vos ausente de mí, y yo sin esperanza? ¡Ah, dolor! Casi es una ley olvidaros, ¿y podré yo hacerlo? No. Vuestra imagen siempre a mi vista será un continuo torcedor de mi corazón. La memoria de quien es más feliz que yo excitará mi rabia y mis implacables celos. No, no sobreviviré a este golpe cruel. El recuerdo de una pérdida tan estimable me hará continuamente llorar la de mi reposo y felicidad. Mas vos, entre las delicias de Himeneo, ¿os acordaréis de mí? No lo espero. ¡Ay de mí! Pues, ¿qué mal os he hecho yo? ¿En qué he pecado para tanta ingratitud? Pero sí, soy un monstruo odioso, oprobrio de vos y de mí mismo. Aborrecedme, despreciadme, no hagáis caso de mí, matadme a celos; no merezco otra cosa, no soy digno de vuestro amor. Siendo un pastor aspiraba... No, no soy acreedor a la más mínima compasión... Pero, ¡ay, cielos!, no, por piedad, Elisia mía, no me olvidéis. La memoria de que vivo en vuestro corazón prolongará unos infelices días que consagraré a vos misma. Ya que todo perdí, a lo menos no me privéis de una lisonjera idea. Siempre raciocinando con vos, entre mí mismo os llamaré mi bien, mi amor y mi consuelo, y ya que soy tan desventurado, sabiendo que vos me amáis moriré contento. Poco os pido, ¡ay

amable Elisia! Vuestras miradas tristes y confusas, vuestras tiernas palabras, todo me anuncia la compasión que tenéis por mí. No os pido más, ni vos podéis concederme menos. Sí, generosa Elisia, doleos de mi tormento, tened lástima de quien ya considera su existencia como una pesada carga que lo oprime. ¡Ah, suerte funesta y deplorable! No quisiera tener memoria para acordarme de lo que fui, ni capacidad para reflexionar lo que soy y lo que seré. Sé, y no podré dejar de saber, que fui un miserable, que soy un desgraciado y que seré cada día más, privado de un bien, sí, de un bien que, por ser tan grande, me es más sensible su pérdida. Pero, ¿acaso ya no hay remedio? ¿Acaso no hay la menor esperanza? ¿Por ventura no hallaré quien compadezca mis males? No, no; la angustia que padece mi triste corazón me predice que ya no hay esperanza alguna para mí. Yo seré desventurado, yo pagaré la pena que merecen mis atrevidos pensamientos. ¡Pastor incauto! Tu inconsideración ha labrado tu ruina, tu altivez será causa de tu muerte. ¡Ay, mísero de mí! Ya he dicho bastante, aunque en discursos interrumpidos, como un enfermo en el acceso de la fiebre, o un loco en el ímpetu del frenesí, que sin saber lo que dicen dan a entender que es el mal el impulso de su voz. A Dios, perdida esperanza mía. El Cielo os haga más feliz que a mí, pues quedo sumergido en el mar inmenso de tantas penas que sólo la muerte, que espero, podrá ser un seguro testimonio de mi grave dolor. Vuestro siempre el más desventurado de los hombres, sí, el más deplorable, *Anselmo*».

Mientras que escribió esta carta llegó la noche, y la hora oportuna para ver a Elisia; muda de traje, vase al jardín, entra en él y llega a la ventana, donde ya lo esperaba el objeto de sus penas. Cógele Anselmo la mano, la acerca a sus labios y la llena de lágrimas. Elisia le dice, con una voz trémula e interrumpida de profundos suspiros: «Ya no es tiempo, Anselmo, de fomentar una llama que abrasa y consume el corazón. Lo que antes era inocencia, ya es delito. Mi estado presente es diferente del pasado. Las leyes de la modestia me mandan que no escuche vuestras caricia, y mi virtud y reposo que evite vuestra presencia. El Cielo es testigo de mi grave dolor, ya que no puedo explicarlo. Mis lágrimas os aseguran de lo que padece mi corazón. Quisiera, a costa de mi sangre, poderos consolar; nada omitiría para vuestro alivio. Pero mi virtud y mi honor son unos sagrados que debéis respetar. A Dios para siempre. No os acordéis de mí...» En esto la llaman; Anselmo, confuso y precipitado, le da la carta y le suplica le responda para su consuelo. Elisia le dice con la mayor ternura: «No es ya tiempo, Anselmo, no. Cubra vuestro olvido la memoria de una mísera mujer».

Dicho esto se retiró Elisia, y Anselmo quedó como si un rayo con sus fétidos átomos lo hubiera ofuscado y perturbado. No acertaba a salir del jardín; trémulo el pie le embarazaba el paso. Cobra en fin un poco vigor, y sale de allí como un hombre que se levanta de la cama soñando, y camina sin saber por dónde. Le parecía cuanto había visto una exhalación, y casi que dudaba lo que le había pasado. «¿Es posible, decía, que es Elisia quien me ha hablado? ¿Es posible que sea realidad y no quimera cuanto he visto y oído? ¡Ah!, no me engaño; verdad es. ¡Oh, ingrata! ¡Oh, pérfida! ¡Y tú amabas! ¡Y aquellas lágrimas, y aquellas miradas, y aquella ternura! Todo, sí, todo, ¡ay Cielos!, se disipó como una ligera niebla. ¡Ay, infeliz de mí! Ni aun esperanza... ¡Oh, miserable suerte! ¡Elisia, amable Elisia...! No me oye. Ya no hay consuelo para mí. ¡Ah, oscuridad lóbrega y triste! ¡Oh, montes, testigos insensibles de mis continuos ayes!, abrid vuestro

seno, recibid a un infeliz, víctima de su desgracia. Sin Elisia, ¡ay amada Elisia!, ¿qué haré, desventurado de mí, cómo podré vivir? La muerte, ¡ah!, sí, la muerte ni aun responderme quiere. Ya el corazón me tiembla, un sudor frío me acobarda, la sangre de mis venas se hiela. ¡Oh, amor, oh bárbaro, amor! ¿Así oprimes a los mortales? ¿Así privas de la fuerza y el valor?... Mísero estado mío...: ni consuelo..., ni apoyo..., ni parientes..., ni amigos...; todo, sí, todo falta para mí menos la desesperación, el horror y el tormento». Con estas y semejantes quejas llegó Anselmo a su pobre cabaña, morada antigua y humilde de sus amados padres. El tropel de imágenes funestas y sensibles que asaltaban su turbada fantasía devoraban cruelmente su afligido corazón. Nada lo consolaba, y entre la confusión, el horror y la pena que le causaba su soledad y melancólico estado puso a Elisia esta carta:

*Anselmo a Elisia.*

«No puede haber mayor dolor que el de oír un desengaño de unos labios tan amados. ¿Conque ya murió toda esperanza para mí? ¿Conque ya no podré veros, amable Elisia? ¡Ah, ingrata! ¿Por qué me priváis de lisonjearme aún con lo incierto? ¿Por qué no me dais una débil esperanza que me mantenga en vida? ¿Acaso ya un lazo indisoluble nos priva de todo remedio? ¿Acaso vuestras lágrimas tiernas, una confesión ingenua de la serie de nuestros sucesos, no podrían arrancar del corazón de vuestro padre un rayo de compasión por nosotros? ¿No hay remedio, no hay remedio todavía? ¡Ah!, si vuestro corazón estuviera tan rodeado de aflicciones como el mío, vos hallaríais algún medio para calmarlas. Yo sé cuánto poder tiene vuestro llanto, cuánta fuerza vuestras palabras. No es ya tiempo, me decís. ¿Por qué? Porque vuestra ingratitud, vuestra indiferencia no quieren que lo sea. ¡Ah, pérfida, ah, mudable! Si yo fuese un miserable pastor, ciertamente no habría remedio; pero siendo quien soy, es la mayor crueldad no intentarlo. ¡Ingrata mujer! ¿Este es el efecto que mis lágrimas y suspiros causan en vuestro corazón? Yo quisiera poderos imitar en el rigor; sí, quisiera aborreceros, o a lo menos olvidaros, pero no puedo, no, cruel. Fuiste mi amor primero, y jamás se ocupará mi memoria en otro objeto. ¿Y vos tenéis valor de separaros para siempre de vuestro infeliz Anselmo? ¿Vos tenéis constancia para entregar a otro un corazón que era mío? ¿Vos tenéis ánimo para introducir en mi alma la confusión, el desorden y la desesperación? ¿Dónde están tantas palabras, dónde tantas lágrimas y suspiros? ¡Ah, tirana! Quisiera irritarme contra vos, pero mi corazón desfallece sólo al considerar que os he perdido. No, no puede resistir a este formidable golpe. Mi pasión me ciega, me arrebató, me trastorna; mi dolor me guía a la desesperación, y no encuentro en tantos males más remedio que la muerte. Vuestra crueldad e ingratitud me conducen a ella rápidamente. Si esto es lo que anheláis, no tardaréis en ver desgraciada víctima de vuestra inestabilidad y rigor a vuestro desgraciado e infeliz *Anselmo*».

Después de escrita esta carta se recostó Anselmo sobre la mesa; así le venció el sueño, y pasó el resto de la noche, ya soñando sobre la mudanza e ingratitud de Elisia y exhalando los más íntimos suspiros y tiernas quejas, ya despierto y entregado a su dolor y confusión. Apenas amaneció cuando salió de la cabaña y se internó en la espesura de aquel bosque, donde podía quejarse libremente. El sitio donde vio la vez primera a Elisia, el lugar en que se despidió de ella, el recuerdo de sus palabras tiernas y amargo llanto, todo formaba



en su acalorada y turbada fantasía imágenes tan melancólicas y funestas que lo privaban de sentido y de conocimiento. Así anduvo toda aquella mañana como demente, sin acordarse ni aun de tomar un leve sustento, y lo cogió la tarde rendido a sus pesares y debilidad.

No hallando el menor consuelo ni sosiego determinó acercarse al jardín, deseando tener el gusto momentáneo de ver a Elisia y darle la carta, a pesar de lo que le había dicho la noche anterior. Llegó al jardín, encontró la puerta abierta, y como llevado de la curiosidad de ver las flores y plantas de que estaba adornado entró en él, sin que nadie le embarazase el paso. A pocos que dio divisó a lo lejos unas señoras; pensó al instante que alguna de ellas sería Elisia, y reprimiendo cuanto pudo su agitación y yendo mirando al jardín con atención para disimular mejor, se fue acercando a donde estaban. Conoció luego Elisia, y temerosa de que sus compañeras percibiesen algún interés y sobresalto en las miradas de Anselmo, se detuvo a coger algunas flores hasta que llegó donde ella estaba. Quedó asustada al ver en su semblante pintada toda la confusión de su corazón, y con voz sumisa le dijo: «¿A qué venís? No paséis adelante». Anselmo, turbado, le responde: «Vengo a morir», y le da disimuladamente la carta. Tómalas Elisia precipitada y le dice: «Venid esta noche a la misma ventana que anoche, y a Dios». Con esto le hizo una cortesía, y acelerando el paso fue a incorporarse con la compañía. Preguntáronle quién era aquel caballero. Elisia respondió que no lo conocía, que se había entrado en el jardín llevado de curiosidad, y que le había pedido disimulase aquella libertad. Creyéronla y continuaron su paseo. Anselmo, luego que se separó Elisia, volvió hacia la puerta, y penetrado de confusión, aunque algo consolado, se salió del jardín, también sin que nadie más lo viese.

Como lo último que pierden los amantes es la esperanza, las palabras de Elisia le hicieron todavía concebir alguna, cuya agradable idea lo consoló algún tanto en medio de sus angustias y pesares. Cobró algún vigor, figurándosele que no sin algún objeto le había dicho Elisia que volviese a verla aquella noche al mismo paraje que la antecedente; y lisonjeado de alguna felicidad, mientras que llegaba la hora resolvió ir a su cabaña a tomar algún sustento, porque ya era demasiada su debilidad. Varias eran las imaginaciones que lo agitaban, entre el temor y la esperanza; pero reanimado con la de hablar a Elisia aquella noche, y lisonjeado de que todavía no estaba extinguido en su corazón el fuego del amor, llegó más animoso y consolado a su cabaña. Allí tomó un poco de alimento, y estuvo hasta que llegó la noche luchando continuamente con sus pensamientos, ya agradables y gozosos, ya desagradables y melancólicos, impaciente de que se acercase el momento feliz de ver a su amable Elisia.

Apenas conoció que era la hora oportuna, cuando se dirigió otra vez hacia el jardín; llegó a él, entró, y lleno de sobresalto y confusión se acercó a la ventana, donde ya lo esperaba Elisia. Al ver que se acercaba le preguntó Elisia, no sin bastante agitación: «¿Sois vos, Anselmo?»

«Sí, amable Elisia, le respondió Anselmo no con menos turbación»; y Elisia añadió con una voz más acelerada y trémula: «Gente suena. Tomad esa carta, y a Dios».

«Deteneos..., oíd...»

«No, no puedo absolutamente. Si alguien nos viese peligraría mi honor, y tal vez vuestra vida. Mañana nos vamos a Ulma. A Dios, a Dios»; y dicho esto, sin detenerse un punto se retiró precipitadamente de la ventana. Quedó Anselmo absorto y confuso oyendo estas palabras dichas por Elisia con la mayor ternura y viendo su acelerada retirada, sin poder penetrar la causa de estos defectos.

Viendo ya frustrada la ocasión de hablar más a Elisia y manifestarle el estado deplorable a que lo dejaba reducido su ausencia, se salió del jardín, y ansioso de leer la carta, para ver si en ella le daba alguna esperanza o consuelo, abrevió cuanto pudo el paso hasta llegar a su cabaña. Apenas entró en ella encendió luz, y agitado de los más extraños movimientos la abrió, y vio que decía así:

*Elisia a Anselmo.*

«Vuestras cartas son tan tiernas, tan expresivas, tan patéticas, y manifiestan tanta agitación y sentimiento que os aseguro he derramado sobre ellas copiosas lágrimas. Pero en la segunda, tratarme de ingrata y cruel, ¿por qué? Porque cumplo una obligación que me es indispensable cumplir. ¡Ay, Anselmo!, no hay remedio. Ni ruegos, ni lágrimas, ni cuantos esfuerzos son imaginables bastan para impedir nuestra desgracia. Es preciso separarnos para siempre. Sí, Anselmo; y si alguna vez queréis verme ha de ser poniendo en lugar de un amor criminal un amor heroico; en vez de hacerme instancias para que falte a mi deber, reprenderme si lo hago. Ésta es la verdadera virtud; y pues vos sois tan amante de ella, os ruego, por el mismo amor que me tenéis, que no causéis mi ruina. No es esto que yo lo piense así de vos; conozco vuestro corazón puro y honesto, y me parece imposible que os opongáis a la virtud, al honor. Mañana nos vamos a Ulma, después de mañana quedará mi voluntad sacrificada a la voluntad ajena; no sé si en mí habrá fuerzas para resistir a este golpe inhumano que me separa de vos. Yo os ruego que viváis; vuestra muerte sería el último término de mi desventura. La desesperación no remediaría jamás nuestra suerte, antes bien la haría más funesta. Vos tenéis talento: aprovechadlo. Lo que perdéis no vale tanto como vuestra pérdida. La ausencia todo lo borra; un nuevo amor quizá os hará más feliz. Deseo que lo seáis más que yo. Ya no puedo más. A Dios, amigo; este nombre inocente nunca faltará de mis labios ni de mi corazón. *Elisia*».

Acabó de leer Anselmo esta carta bañados sus ojos de lágrimas, y arrebatado de su admiración y pesar exclamó: «¡Ay, Elisia; ah, mujer divina! Gracia, hermosura, virtud, talento, todo se reúne en vos para mayor tormento mío». Dicho esto quedó por bastante tiempo privado del sentido, no sabiendo qué le sucedía ni pudiendo resistir a la opresión de su corazón. Después que volvió en sí miró y remiró aquella carta, derramando torrentes de lágrimas, y no sabía más que decir, con una ternura inexplicable: «Ya perdí a Elisia, ya no hay consuelo para mí, ya se desvanecieron todas mis esperanzas». Volvió a leerla, y considerando las palabras de Elisia con la mayor atención, hizo una breve suspensión, y pasando de la ternura al furor, atribuyendo a ingratitud las expresiones, de Elisia, prorrumpió en estas expresiones: «¡Ah, ingrata, ah, falsa mujer! Estos son pretextos para dejarme abandonado a mi desesperación; sí, no hay duda. Con velo de

virtud quieres, pérfida, cubrir tus engaños. La serenidad con que me propones que dirija mi amor a otro objeto manifiesta tu indiferencia e inconstancia. Si amases como yo perderías primero la vida que abandonarme. *No hay remedio*, dices, *no bastan esfuerzos...* ¡Oh, engañosa, no lograrás lisonjearme! Si fuese cierto te tendría compasión; pero no creo tus fingidas ternuras. Tú te entregarás gustosa a mi rival mientras que yo, lleno de angustia y desesperación, me consumo en mi soledad. Pero no, no te durará mucho tiempo el gozo de un triunfo tan infame. Buscaré a mi rival, le arrancaré el corazón y lo presentaré delante de tus ojos ensangrentado para tu horror, vergüenza y confusión... Pero, ¡ay de mí! ¿A dónde me arrebató mi ciega pasión? ¿A dónde me guía mi excesivo furor? ¿Por qué me quejo de la infeliz Elisia? ¿Qué culpa tiene aquella amable joven de que yo, siendo un miserable pastor, aspirase incautamente a obtener su amor? ¿Qué culpa tiene su esposo de mi inconsideración y altivez? Yo soy sólo el enemigo de mí mismo; yo he fabricado por una imprudencia reprehensible mi ruina y mi tormento. Aprended de mí, jóvenes incautos, aprended de mí; escarmentad, mirad los efectos de un amor necio que aprueba la voluntad fácil y reprueba la justa razón. ¿Por qué, infeliz pastor, querías elevarte más de lo que te permitía tu humilde estado? ¿Qué esperanzas podías fundar de un amor tan desigual? ¡Válgame Dios, qué trastornos no produce esta dominante pasión! Ofusca los ojos de los desgraciados amantes para que no vean la desproporción de sus miras ni los obstáculos que necesariamente deben oponérseles, hasta que una dolorosa experiencia les hace abrirlos para que vean su indiscreción y locura, a costa, las más veces, de su propio reposo y felicidad. ¡Qué ejemplo debe ser el mío para los que incautamente se entregan a esperanzas vanas que no pueden jamás llegar a colmo! Desgraciado Anselmo, ahora pagarás tu temeridad. Yo no puedo olvidar a Elisia; su amable imagen, grabada en mi corazón, causará la amargura de mi vida, ¿y quién sabe qué fin tendrá? ¡Oh, Cielos! Me horrorizo sólo en pensar que ya perdí para siempre el objeto, el dulce objeto que más amaba. Ya no tendré consuelo... ¿De qué me sirve mi nuevo estado..., de qué tantos bienes si me falta el más apreciable?... ¡Ay de mí!... *No hay remedio..* ¡Triste Elisia!, quizá llorarás lo mismo que estoy llorando, quizá tus días serán tan oscuros como los míos... Un precepto paterno, una amenaza cruel te han vencido, sí, miserable Elisia, tu corazón no es traidor... Un cuerpo tan bello, tan dotado de gracias, no puede albergar un alma falsa, un alma vil... Tú eres infeliz, mi corazón me lo predice; pero yo seré más infeliz que tú. Yo no tengo valor para vivir y haberte perdido; tú tal vez lo tendrás para pasar una vida triste y deplorable, habiendo perdido a tu Anselmo. Mi espíritu desfallece al pronunciarlo. Venid, tormentos, venid, penas; acabad con un miserable juguete del amor y de la fortuna, oprimidme de una vez para que tengan fin tantas confusiones como me agitan, y tanta amargura como por todas partes me rodea».

Agitado de tan diversos sentimientos y aflicciones se hallaba el desgraciado Anselmo, ya quejándose de Elisia, ya compadeciéndola, y ya atribuyéndose a sí mismo la culpa de sus infortunios. No menos agitado estaba el corazón de Elisia, precisada a unirse a un esposo que no amaba y a separarse del que más quería. Consideraba la triste situación de Anselmo, leía sus cartas y dedicaba su amargo llanto al objeto que más le interesaba, y de quien se había despedido para siempre. También la afligía la dureza de su padre, a cuyos pies, llena de lágrimas y confusión, se había arrojado para confesarle su repugnancia y el justo motivo de ella, y había sido rechazada con aspereza, sin querer escucharla y atemorizada con las amenazas más crueles si profería una palabra opuesta a sus designios

y voluntad. Todo la tenía consternada y sumergida en el más profundo dolor. Viendo que ya no había remedio, acudía a las reflexiones más prudentes para vencer su repugnancia. Sus esfuerzos eran vanos: la idea solamente del esposo a que la destinaba el precepto de su padre la horrorizaba; la memoria de su perdido Anselmo la confundía. Nada podía mitigar su tormento, con nada hallaba reposo ni tranquilidad. Llena de confusión, de pesar y sobresalto pasó también la noche, y al día siguiente, disimulando cuanto pudo su turbación y pena, entró en el coche y se encaminaron a Ulma. Cada paso que daban hacia la ciudad aumentaba su dolor, acordándose de que se acercaba el fatal momento de entregarse contra su voluntad a un hombre que aborrecía. Llegaron a su casa, donde creció su desconsuelo al ver a su esposo, y más no pudiendo desahogar la opresión de su espíritu por las muchas gentes que sucesivamente iban a felicitarla por el nuevo estado que le esperaba.

Igualmente padecía Anselmo un dolor y angustia inexplicables en medio del bosque, rodeado de soledad y desconsuelo. Parecía que la naturaleza había formado dos corazones tan conformes que se movían por un mismo impulso, así como dos instrumentos templados unísonamente, que tocado el uno, la misma vibración hace que el otro corresponda con igual sonido. Finalmente, al siguiente día se celebraron los desposorios de Elisia con la mayor magnificencia y concurso. En todos brillaba la alegría; sólo el corazón de Elisia estaba triste y abatido. Al pronunciar trémulamente el sí sintió estremecerse toda su máquina, y como que un grave peso la había sumergido bajo de la tierra. Interiormente dio un doloroso suspiro y dijo: *Ya acabó mi esperanza, ya soy la más infeliz del mundo. ¡Pobre Anselmo! ¡Joven desventurado!*

Anselmo, que no se ocupaba sino de la triste memoria de su perdida Elisia, anduvo todo aquel día entregado al más desesperado dolor, sin hallar el menor descanso. Así lo cogió la noche, cuyas tinieblas aumentaron su amargura y confusión. Arrebatado de las más funestas ideas, verosímiles a su fantasía por la fuerza del sentimiento, preguntaba a las plantas, a los árboles, a las piedras por su amada Elisia. El eco triste respondía a sus lamentos, y la oscuridad y soledad turbaban más su agitada fantasía. «Ven, decía, ven amable Elisia, a mis brazos. Apártate, pérfido, de mi Elisia: yo soy su esposo, tú no tienes derecho alguno para robarme un corazón que es mío. Huye, monstruo infame, de mi vista; déjame la prenda que más amo, toma cuanto yo tengo, éste es el mayor bien del mundo. Si quieres llevártelo has de quitarme primero la vida; pero no podrás, yo te daré mil muertes..., yo te arrancaré el corazón... Ya huye..., ya me dejó a mi amada Elisia. Ven, objeto de mis ayes y suspiros, ven: ya seré feliz..., ya acabaron mis tormentos... Pero, ¿tú no me respondes? ¡Ah, ingrata! ¿Acaso te disgusta haberte separado de ese indigno, de ese engañoso que intentaba turbar mi felicidad...? Mas, ¡ay de mí!, Elisia no está aquí: todo es un delirio. A estas horas, quizá en brazos de mi afortunado rival... Yo, sin esperanza..., yo, solo en esta soledad, abandonado a mi desesperación, a mis celos, a mi furor... ¡Cielos, qué nueva angustia es ésta! No puedo, no, resistir a mi riguroso tormento... Sin Elisia..., ¡ay, amable Elisia!, ¿qué haré, desventurado de mí, a dónde iré que logre algún alivio en tanta congoja y tribulación? No puedo sosegar un momento. Por todas partes se me representa la muerte, sí; yo no sobreviviré a la pérdida de una joya tan preciosa. Elisia, Elisia... Ya no hay Elisia para mí... ¡Oh, amor, oh, inconsiderado amor, cómo ciegas a los hombres, cómo los guías incautamente a los mayores precipicios! Me

cerraste los ojos para que no viese que era un humilde pastor, y tú mismo me los abriste para que viese una hermosura que abrasase mi corazón y causase mi ruina. ¡Ay de mí! Los suspiros, las penas, los tormentos, he aquí lo que has dejado al infeliz Anselmo. Las delicias, las glorias, las dichas son para un mortal más afortunado. ¡Pérfido amor, enemigo cruel de las almas sensibles! Tú, engañoso, has introducido en la mía la desesperación y la amargura, para hacer funestos los miserables y breves días que me quedan de vida».

Exhalando un suspiro lastimoso del fondo de su angustiado corazón dio fin a estas dolorosas exclamaciones, y quedó rendido a un pesado y confuso sueño. El poco tiempo que le duró fue con la misma agitación: su pena no lo dejaba ni aun dormido. Despertó mucho antes de amanecer, salió de su cabaña y fue a llorar sus infortunios a lo más retirado del bosque. Así siguió muchos días, alimentándose, por decirlo así, sólo con padecer. El sueño huía de sus párpados, y la alegría de su corazón; la tristeza lo dominaba, y atraído de la misma complacencia que se figuraba encontrar en aquella soledad, no acertaba a salir del bosque. Asaltado de una profunda melancolía, aborrecía el alimento y se entregaba incautamente a su dolor. Pasó de este modo dos meses; si triste lo hallaba el Oriente, triste lo encontraba el Ocaso. Una vida tan trabajosa no podía ser muy duradera. Sus fuerzas se enervaban, su natural robustez decaía. Ni esto lo obligaba a salir de aquel bosque sombrío y triste. Poseído de una melancolía excesiva, llorando siempre la pérdida de Elisia y no pudiendo resistir a las ideas funestas que continuamente lo asaltaban, consideraba su vida como una pesada carga que lo oprimía. Viendo que rápidamente iba desfalleciendo su abatido espíritu, y conociendo que ya no había remedio alguno para mejorar su suerte, quiso escribir a Elisia una carta por la última vez para informarla de su lastimoso estado. Con efecto, tomó la pluma y escribió estos cortos renglones:

«Anselmo os perdió, y no ha podido resistir a su continuo tormento. La soledad de este bosque es su retiro. En él cometió el delito de amaros, si es delito amar a un alma adornada de tantas virtudes. En él pagará la pena. Quizá, cuando recibáis ésta, ya no tendrá vida aquel infeliz pastor que sólo por vos vivía».

No pudo escribir más: las lágrimas se lo impidieron. Cerró la carta lleno de turbación y desconsuelo; buscó, aunque con mucha fatiga, un pastor; le encargó la llevase a Ulma, que la entregase secretamente a Elisia y que le trajese respuesta. El pastor, no menos asombrado de verlo que compadecido de su desventurada suerte, prometió hacer con toda brevedad y eficacia la diligencia. Anselmo le ofreció una grata recompensa, le dio algunas monedas para el camino y le previno el medio de que había de valerse para entregar la carta a Elisia con todo secreto, encargándole mucho que a nadie revelase de quién era. Partió el pastor, y Anselmo quedó acompañado solamente de sus pesares.

Pasaba también Elisia su vida llena de la mayor amargura, no pudiendo olvidar a Anselmo ni, por más esfuerzos que hacía, amar a su esposo, cuyo carácter no era tampoco capaz de granjearse su cariño, ni los atractivos de su persona bastantes para ganar el afecto de una joven, mayormente siendo ya de aquella edad madura en que los hombres, por su demasiado apego al interés y por sus continuas ridiculeces, suelen regularmente

hacerse fastidiosos a todos. La belleza y robustez de Elisia iban consumiéndose ligeramente a fuerza de disgustos y penas, pero nunca se persuadía de que Anselmo hubiese tomado la extraña resolución de no salir del bosque; y se lisonjeaba de que la consideración de que ya no había remedio habría ido poco a poco extinguiendo en él la tristeza y proporcionándole la alegría y el consuelo. Cabalmente esta misma consideración había producido en el corazón de Anselmo efectos del todo contrarios, y había causado su ruina más deplorable. Hallándose Elisia en la triste situación que hemos referido, llegó el pastor a Ulma, y valiéndose de los medios que Anselmo le previno logró entregarle secretamente la carta. Recibióla Elisia con la mayor sorpresa, la abrió trémulamente, y leyéndola con la misma turbación se aumentó su dolor y sobresalto al ver lo que contenía. Oprimido su corazón, salió a sus bellos ojos deshecho en lágrimas, sin poder reprimirlas ni disimular su pena y agitación. Preguntó tiernamente al pastor por el desgraciado Anselmo. El pastor, con toscas pero sensibles palabras, le hizo la más melancólica pintura de su miserable estado. No pudo oír sin estremecerse la dolorosa relación que sencillamente le hizo el pastor; confusa, trémula y agitada apenas podía sostenerse en pie. Esforzándose cuanto le fue posible, después de una larga suspensión le dijo al fin: «Buen hombre, esperaos en la posada de la calle de N. Un criado mío os llevará la respuesta y os dirá lo que habéis de hacer. Guardad secreto, y tomad estas monedas». Díoselas, y así se despidió. El pastor fue a la posada como le había mandado, a esperar la respuesta.

Elisia quedó traspasada de dolor, y rodeada de confusión y temor. No sabía qué resolver. Leía la carta de Anselmo, regábala de lágrimas, y considerando el estado lastimoso a que estaba reducido por su amor no podía resistir a su amargura y aflicción. Agitada de los más crueles movimientos, estuvo bastante tiempo sin saber qué determinar. Después de una lucha formidable entre sí misma, pensó que ya no debía cuidarse sino de salvar la vida al infeliz Anselmo. Con este objeto determinó enviar a un criado suyo de toda su confianza a llevar una carta a Anselmo, acompañado del pastor, para que lo hiciese salir del bosque y lo llevase al país que eligiese, persuadiéndole que era una inconsideración reprensible y criminal permanecer en aquella soledad entregado a su pesar y melancolía. Animada de este pensamiento le escribió, no sin muchas lágrimas y suspiros, esta carta:

*Elisia a Anselmo.*

«Después que os perdí, faltó para mí todo consuelo humano; mi vida es amarga, y mi tormento insufrible. Pero no hay remedio: muertas ya todas nuestras esperanzas, la paciencia, la resignación y la razón deben dirigir nuestras acciones y pensamientos. ¿De qué sirve el dolor, de qué las lágrimas, si la desgraciada suerte nos ha separado para siempre? Si algún consuelo podemos tener en ella, es el de saber que vivimos. Vivid, Anselmo, yo os lo ruego; y si tanto puedo, os lo mando. ¿Acaso para ser yo desventurada era necesario saber que vos lo sois? Bastante, ¡ay de mí!, bastante causa tengo con haberos perdido. No aumentéis más mis angustias y pesares. Si vos perdéis la vida por mí, ¿qué deberé yo hacer por vos? No, Anselmo, no, por piedad; compadeced mi flaqueza. La noticia de vuestra triste muerte causará la mía; no hay en mí valor para tolerar este infortunio: me horrorizo, me consterno sólo al imaginarlo. El tiempo todo lo consume, la ausencia es el mejor antídoto contra el veneno del amor. Desechad el que me

tenéis. Ya no soy vuestra; ya es delito el amarme, ya lo es el corresponderos. Un sentimiento de humanidad me inspira; éste no se opone a mi virtud. Sería cruel, sería ingrata si os hablase de otro modo. Un criado mío os entregará ésta, él os conducirá a donde gustéis. Salid de esa soledad; vivid, Anselmo. Os lo pide quien por vos ha sufrido tantas penas, quien sin culpa os ha perdido, quien se interesa en vuestro bien y quien os amará siempre, en cuanto lo permitan su virtud y su decoro, Elisia».

Acabó así esta carta, la cerró y entregó a su criado, previniéndole todo cuanto debía hacer; pero su triste corazón le predecía algún accidente funesto, tal fue la agitación que sintió al darle esta última prueba de su constante y honesto amor. Fue el criado a buscar al pastor, y ambos se encaminaron hacia el bosque sin pérdida de tiempo. Llegaron a la cabaña, entraron y hallaron al infeliz Anselmo echado en un miserable lecho, esperando la muerte. Atónitos de ver tan doloroso espectáculo, procuraron reanimarlo. «Dejadme, decía; dejadme, piadosos hombres; ya no hay remedio para mí». Pero conociendo al pastor añadió: «¿Dónde está la respuesta?»

«Tomadla», dijo el criado. Alargó la mano, tomó la carta, y aunque con bastante fatiga la comenzó a leer. Cada palabra parecía que aumentaba más su confusión y angustia; a cada línea hacía una larga suspensión, exhalaba un profundo suspiro, levantaba los ojos al cielo y proseguía. Acabó de leer la carta. Una terrible convulsión se apoderó de sus miembros, un sudor frío bañaba su desfigurado rostro, y exclamó con voz moribunda y trémula: «¡infeliz Elisia! Ya no hay remedio..., llega tarde...; me faltan las fuerzas..., el espíritu me abandona... Dios mío..., recibid un corazón todo vuestro...: muero inocente... ¡Oh, virtud!..., tú me matas...; muero gustoso...» Y expiró en brazos de los dos únicos testigos de su deplorable muerte. Aquel impulso de humanidad que mueve las almas sensibles en las ajenas miserias arrancó de los ojos de los dos las más tiernas lágrimas, con que regaron repetidas veces el cuerpo yerto del desventurado Anselmo. Pasado aquel primer movimiento de tristeza, el criado se separó del pastor dejándole muy encargado que procurase darle sepultura.

Compadecido y admirado de un accidente tan extraño y funesto, tomó el camino de Ulma, lleno de horror y confusión. Llegó a la ciudad, se presentó a su ama en parte oculta, según estaba prevenido, y apenas vio Elisia su semblante pálido y turbado cuando toda la sangre se le alteró en las venas. «¿Qué traes, hombre, la pregunta acelerada y trémulamente, que vienes tan despavorido?»

«¡Ay señora!, le responde el criado, vengo lleno de terror y sentimiento. Aquel bello joven para quien llevaba la carta estaba en un pobre lecho gravemente enfermo; entreguésla, con mucho trabajo y fatiga la leyó, y apenas acabó de leerla cuando, ¡qué lástima!, exhaló algunos débiles suspiros, profirió algunas tiernas expresiones y cayó muerto en nuestros brazos...»

«¡Ay Dios!, exclamó Elisia, sorprendida y asustada. ¡Ay, infeliz Anselmo!»; y sin poder articular más palabra cayó muerta en una silla. Asombrado el criado, corrió a llamar gentes; acudieron al punto las criadas. Todas, confusas y turbadas, procuraron socorrer a su ama. Algunos perfumes la reanimaron un poco. Abrió los ojos, los clavó en el cielo, y

exhalando un tristísimo suspiro, con una voz débil y expirante dijo: «Una pasión me mata...; no he tenido valor para vencerla... El rigor..., la crueldad de mi padre... Dios mío..., vos sabéis mi inocencia...; nunca os ofendí, ni aun de pensamiento...; no me desamparéis...» Una congoja le oprime el corazón. Túrbasele la lengua, un copioso sudor frío le baña todo el cuerpo, sus bellos ojos se eclipsan, y entrando en este momento doloroso su padre y esposo ven con asombro, aflicción y angustia que la muerte inexorable había marchitado, en el verdor de su edad, la flor más bella. Elisia expira. El espanto y el dolor se apoderan de todos los corazones, el llanto y los lamentos llenan toda la casa de desorden, confusión y terror; a sus ojos turbados y lagrimosos sólo se presentaba el luto y la desolación. El padre, el marido, los criados, los amigos que acudieron a los gritos lloran, gimen, suspiran, enmudecen y se asombran de ver aquel espectáculo funesto; y por un largo espacio de tiempo todo fue en aquella casa angustia y tribulación. Luego que pasaron aquellos primeros impulsos del dolor, el padre y el esposo preguntaron la causa de tan doloroso accidente. Todos callaban, y al fin una criada, confidente de Elisia, entre repetidos suspiros y lágrimas refiere toda la historia de los desgraciados amores de Elisia y Anselmo, el criado cuenta su deplorable y lastimosa muerte, y el padre, traspasado de dolor y arrepentido de su indolencia, exclama, anegado en llanto: «¡Pobre Elisia, hija de mi alma! Mi ambición te ha sacrificado».

Éste es el fin funesto que tuvo el inconsiderado amor de Elisia y Anselmo, y éste u otro semejante, y tal vez criminal, tendrán todos los que se funden en vanas esperanzas. Guardaos, jóvenes, precaved con tiempo vuestros corazones incautos; no améis objetos o muy superiores o muy inferiores a vuestra condición; considerad antes los insuperables obstáculos que precisamente se han de oponer al logro de vuestros deseos; no causéis vuestra ruina, no introduzcáis en las familias el desorden o la venganza, el rencor, la dureza y la confusión; y vosotras, débiles mujeres, si alguna vez os veis obligadas a uniros con esposos que no amáis, ya que seáis desventuradas conservad vuestra virtud, respetad las sagradas leyes del matrimonio y sacrificad, si es necesario, vuestra vida a vuestro deber y honestidad, imitando a la virtuosa y honesta, aunque desgraciada, Elisia.

## ANECDOTA XI

(Vol. VI)

El brigadier y Carlota

Son innumerables las pasiones que continuamente nos agitan. Necesitamos estar siempre con toda precaución para no dejarnos sorprender ni arrastrar de ellas. Entre las que mayor dominio tienen sobre el corazón del hombre, la del amor suele tiranizarlo más. Ruinas, sobresaltos, inquietudes, celos, iras, desvelos, éstos son los efectos más frecuentes que produce. La experiencia nos enseña esto mismo, presentándonos cada día a la vista muchos ejemplos; pero como es imposible extinguir en los hombres el fuego de esta vehemente pasión, y es casi necesario concederla a las almas sensibles, nos contentaremos con demostrar que, así como es loable cuando se funda en la virtud, y



admirable cuando se encamina al bien de la sociedad y de la patria, así también es indigna, pernicioso y vituperable cuando sólo se dirige a saciar los torpes apetitos. Como son tan frecuentes las cautelas de los hombres para seducir a las mujeres incautas; como también es muy común que éstos se jacten de haber triunfado de su honor cuando deberían avergonzarse y temer la justa ira del Señor, vengador de los agravios, de los perjuros y de la perfidia, vamos a presentar en esta anécdota el ejemplo de una inicua seducción, causa de lamentables consecuencias y castigada por un medio impensado, como sucede cuando Dios, por sus inescrutables secretos, quiere ejecutar sus venganzas sobre los malvados. ¡Ojalá que este ejemplar contenga a los jóvenes en sus desórdenes y preserve a las doncellas de los lazos que extiende la malicia contra su honor, para que no lleguen jamás las unas a experimentar los deplorables efectos de tan perniciosos engaños, y los otros el justo castigo que merecen tan horrorosos delitos!

Nació en Bohemia, de unos padres muy ilustres, una niña a quien pusieron por nombre Carlota. Sus padres, que estaban bien persuadidos de que la mejor dote para los hijos es la buena educación, no omitían diligencia alguna que pudiese conspirar a dar a su hija la más perfecta, como hacían igualmente con otros dos hermanos que tenía de mayor edad. No dejaban estos señores, como otros muchos, el cuidado de la educación de sus hijos al de hombres mercenarios, que se buscan comúnmente para descargar el peso de tan precisa obligación. Aunque les tenían maestros y ayos para su enseñanza y asistencia, vigilaban atentamente sobre ellos para ver si cumplían con exactitud sus encargos. Unían sus lecciones y cuidados a los suyos, y de esta unión resultaba una continua atención a la crianza de aquellos niños, que venciendo en ellos cualquiera inclinación viciosa de la naturaleza, formaba sus corazones, elevaba sus pensamientos, los hacía sensibles, humanos, caritativos, ingenuos y humildes sin bajeza, como deberían ser los que por un efecto de la casualidad nacen superiores a los demás hombres y llegan más fácilmente a gobernarlos y a decidir de su fortuna y felicidad.

Éste era el medio con que estos sabios padres procuraban criar a sus hijos, para que con el tiempo fuesen buenos cristianos y ciudadanos útiles. Pero la muerte, que destruye todos los proyectos e intenciones de los hombres, cortó la vida a estos padres antes de que tuviesen el gusto de ver adultos a todos sus hijos, y como deseaban. El mayorazgo, como mayor de edad, pudo recoger más frutos de tan preciosa educación; pero el otro niño, y particularmente Carlota, se quedaron sólo con algunas semillas. Apenas murieron sus padres cuando el primogénito cargó con casi toda la hacienda, que era vinculada; puso al otro hermano a servir al Emperador de cadete en un regimiento, y conociendo que la niña no estaba bien en su poder, porque un hombre solo no podía atender a su educación, la envió a Viena con una tía suya, creyendo que a su lado estaría preservada de los peligros y riesgos a que están expuestas las jóvenes si no hay quien con interés vigile sobre su conducta.

La idea y precaución de este joven era propia de un hombre prudente y bien educado; pero los efectos no correspondieron a sus deseos. Carlota, acostumbrada a encontrar en sus amados padres no unos rígidos y severos correctores sino unos amigos tiernos que, interesándose sólo en su mayor bien, reprendían sus acciones con dulzura y amor, no hallando en su tía aquella amable confianza que hace menos gravosa la autoridad, lejos

de adelantar en su educación perdía la que había adquirido. El carácter suave, amoroso y tierno de sus padres hacía a Carlota franca e ingenua; el carácter de su tía, rígido, hipócrita, austero y gazmoño la hacía disimulada y fingida. No temía confesar a sus padres cualquiera error que cometía, porque hallaba una corrección amorosa que, sin exasperarla, excitaba en su corazón un horroroso aborrecimiento a lo malo. Siempre temblaba al presentarse delante de su tía, porque aun las acciones más indiferentes se las reprendía con rigidez, y lejos de confesarle sus debilidades y flaquezas le aparentaba una virtud afectada que tocaba en gazmoñería. Con esto lograba, aunque no ver a la tía con semblante afable, a lo menos que no fuesen tan severas ni frecuentes sus reprensiones; pero esta conducta producía en el corazón de Carlota muy diferentes efectos de los que creía la tía. El aborrecimiento a su persona y a todo cuanto le decía y aconsejaba, el despecho, el deseo de la libertad y de sacudir tan pesado yugo, he aquí lo que sacaba la tía con tanta austeridad. Lo mismo sacarán cuantos quieran inspirar la virtud a tanta costa. La dulzura y suavidad la imprimen mucho mejor en los corazones que el rigor y la severidad. Oímos con gusto, o a lo menos sin exasperarnos, las reprensiones de nuestros superiores cuando vemos que las dicta la razón, el deseo de nuestro bien y el amor que nos tienen; pero jamás escuchamos sin despecho las que nacen de un espíritu caustico, de un genio insufrible, agitado de la cólera, y que se dirigen a mortificar nuestro amor propio, más porque son de carácter tan enfadoso que no puede estar contentos ni aun consigo mismos, que porque nos aman y anhelan nuestra felicidad. Siempre nos es repugnante vernos reprendidos y mortificados, aunque sea con razón; por lo mismo es necesario acompañar las correcciones con alguna dulzura que nos las haga apreciables, sin excitar en nosotros otro efecto que la aversión al vicio y el amor a la virtud. Si reflexionamos un poco sobre el particular, hallaremos dentro de nosotros mismos el fondo de esta verdad. El que se vea precisado a corregir a otro se ha de poner en el lugar de aquel a quien corrige, y considerando la distancia y circunstancias que median entre los dos lo ha de hacer de aquel modo que él mismo pueda persuadirse interiormente que producirá el efecto que desea. Esta regla se ha de observar con todos, y especialmente con los niños, y mucho más con aquellos que por su calidad llegarán algún día a mandar a muchos hombres. Si el ayo o maestro que cuida de su educación es de genio irritable y colérico, y lejos de moderarlo al reprender a su alumno le habla siempre con la aspereza propia de su carácter, en vez de lograr su corrección le formará un corazón duro, áspero, pronto a abandonarse al furor, y cuando sea adulto y se conozca superior a los que lo rodean, lejos de tratarlos con humanidad, considerando que en el orden de la naturaleza todos somos iguales y que la diferencia sólo consiste en la más o menos fortuna con que se nace, los tratará del mismo modo que con él lo hacía la imprudencia de su ayo. ¡Qué atentos deben estar siempre los padres de familia para que los encargados de la educación de sus hijos no les inspiren semejantes sentimientos! La virtud es suave, dulce, amable; con suavidad, con dulzura, con cariño se ha de inspirar.

La tía de Carlota, que no conocía la importancia de estas máximas, dejándose arrebatarse de su genio colérico y furioso siempre reprendía a su sobrina con la mayor aspereza, al paso que quería hacerla humilde y virtuosa. Carlota tenía, al morir sus padres, unos diez años, y era un prodigio de hermosura y de candor. Las extravagancias y ridiculeces de su tía iban rápidamente pervirtiendo sus inclinaciones, y sobre todo excitando en ella un insaciable deseo de su libertad, a que da lugar la excesiva opresión y rigor. Llegó con esta

educación a los catorce años, siendo cada día más bella, pero menos ingenua y cándida. Aunque la tía era de aquellas mujeres que hacen consistir su virtud en ser poco sociables, no dejaba alguna vez de ir a visitar a algunas de sus antiguas amigas con su sobrina. En una casa de éstas vio a Carlota un brigadier, joven, de gallarda presencia y rico. Quedó admirado de su exterior compostura y graciosa belleza. Sin embargo de que no pudo hablarle particularmente, ni aun se atrevió a significarle con alguna indirecta su sorpresa, porque le era bien notorio el genio raro de su tía, con todo no dejó, a hurto de ésta, de dirigirle alguna de aquellas penetrantes miradas que a veces suelen demostrar, más que las mismas palabras, los internos sentimientos. Carlota, aunque de corta edad, era sumamente advertida, y no dejó tampoco de conocer alguna inclinación en el brigadier, a que correspondió con bastante disimulo y modestia, impelida del anhelo que tenía de librarse de las extravagancias de la tía. Nada notó ésta de la muda y recíproca demostración que los dos se hicieron casi al mismo tiempo, estimulados de igual afecto. Se despidieron tía y sobrina de la visita, y el brigadier les tributó aquellos simples obsequios que exige la cortesanía. Carlota se retiró con una cierta pena interior, y el brigadier quedó no menos agitado y confuso.

Al momento comenzó a discurrir medios que le facilitasen hablar a Carlota, para poder manifestarle el amor que a primera vista había excitado en su corazón. Pero el genio ridículo de la tía, que sólo permitía frecuentar su casa a gentes antiguas que tenía bien conocidas, y muy pocas veces que aun éstas viesen a su sobrina, le hacía cada día encontrar más inconvenientes. Como el amor se aviva y crece cuantos más obstáculos tiene que vencer, al paso que el brigadier hallaba más impedimentos que superar conocía que en su corazón su aumentaba la vehemencia de su pasión. Carlota igualmente, desde el punto que lo vio, sentía en el suyo una continua y penosa agitación, que ni aun se mitigaba con una ligerísima esperanza. Después de haber pasado algunos días, no hallando el brigadier modo para hablar a Carlota, se dedicó a pasear su calle, por si lograba verla alguna vez en los balcones. Infructuosamente practicó esta diligencia bastante veces, pues la tía, siempre atenta al recogimiento de Carlota (aunque con imprudencia), no la dejaba ni aun asomarse a las ventanas que daban a la calle. Crecía el desconsuelo del brigadier, viendo cada día más remota la esperanza de poder manifestar a Carlota sus amorosos sentimientos. No menos se afligía ésta considerando la imposibilidad de volver a ver a aquel joven que tanto había interesado su corazón, y las penas que tenía que sufrir bajo la rigurosa potestad de su tía. Cuando estaban ambos sumergidos en su dolor, y menos esperanzados de verse, lograron esta dicha en la misma visita que antes, y aunque con bastante disimulo se dieron a entender recíprocamente el amor que alimentaban en sus corazones. El brigadier, que era hombre de ingenio, sumamente apasionado a la poesía dramática, y poseía el arte y gracia de bien hablar, con que brillaba en las concurrencias, hizo recaer la conversación sobre el inmortal Metastasio, que entonces se hallaba tan justísimamente aplaudido en Viena. De aquí tomó pie para alabar sus composiciones dramáticas, los rasgos sublimes de elocuencia y de virtud que se hallan en ellas, los delicados pensamientos, las vivísimas pinturas de las pasiones, los razonamientos enérgicos y nerviosos, la sublime virtud de sus personajes, sus situaciones interesantes, sus vuelos pindáricos, sus gracias anacreónticas y cuantas bellezas adornan sus melodramas. Para venir a su intento, con disimulo recitó algunos pasajes sublimes de *La Clemencia de Tito*, del *Atilio Régulo*, de *La gran Cenobia*, del

*Temistocles* y de otros, y finalmente dijo así: «Sobre todo me encanta la dulzura y precisión de este poeta para expresar la fuerza de un sentimiento; nunca dice más palabras que aquellas que se necesitan para explicarlo, y a veces en cuatro o cinco versos dice más que otros en una larga relación. Cuando en el *Demofonte* desembarcan a tierra Creusa y Querinto, no hay cosa que iguale a la ternura de su diálogo. Pregunta la princesa a Querinto la causa de hallarlo triste en Creta, cuando no lo había estado en Frigia. Resiste Querinto a manifestarle el motivo de su pena; enójase Creusa, dándole a entender que es por desconfianza; Querinto quiere hablar, pero el temor y respeto se lo impiden; Creusa, con palabras de resentimiento y algo irónicas, le obliga a romper el silencio, y al fin Querinto, temiendo disgustarla, agitado de su pasión dice así:

*«Hablaré, no te enojas. Paz no tengo;  
tú eres quien me la roba.  
Tu bello rostro adoro,  
sé que lo adoro en vano,  
y me siento morir: he aquí el arcano»*

Dijo el brigadier estos versos con la mayor expresión y ternura; dirigió al mismo tiempo una mirada penetrante a Carlota; y ella, percibiendo enteramente el objeto a que todo se encaminaba, le dio a entender, lo más que pudo, que no sería su amor en vano. El brigadier prosiguió, sin detenerse, su conversación, haciendo con ingenioso artificio comprender más a Carlota la viveza de su tierno amor. En fin, después de algún tiempo se concluyó la visita, sin que nadie conociese ni aun sospechase la menor cosa, y cada uno de los concurrentes se retiró a su casa, como hicieron igualmente Carlota y su tía.

Procuró Carlota disimular, hasta en su semblante, la agitación y sobresalto de su corazón, hasta que retirándose a su lecho pudo con libertad dar algún desahogo a su dolor. Considerando las bellas prendas del brigadier, las gracias y atractivos de su conversación, el amor que le había manifestado ingeniosamente, el genio raro y caprichoso de su tía y su continuo encierro, que se oponían a que pudiese fundar aun la más ligera esperanza de conseguir sus deseos, no podía contener sus lágrimas ni reprimir sus suspiros. Un confuso tropel de ideas asaltaba su agitada imaginación; y para mitigar algún tanto la opresión de su corazón decía entre sí de este modo:

«¡Que mi desgraciada suerte haya presentado ante mis ojos al brigadier! Ay, Dios, ¿no hubiera sido mejor no haberlo visto jamás? ¡Qué dulzura, qué gracia tiene en la conversación! ¡Qué prendas personales lo hacen amable! ¡Con qué arte, con qué sutileza me ha significado los tiernos sentimientos de su corazón! Sin duda alguna me ama; su semblante manifestaba su interna agitación. Yo me consideraría feliz si lograra vivir en su amable compañía el resto de mi vida. Pero, ¡ay de mí!, no es posible que yo consiga tanta ventura. El Cielo sabe cuándo volveré a verlo. Las extravagancias de mi tía son tan públicas que nunca se atreverá a venir a esta casa. Si no nos podemos ver ni hablar, ¿cómo es fácil que tengan consuelo mis pesares? Yo viviré continuamente al lado de esta mujer ridícula, que me hará consumir de tormento y pena; y mi amable brigadier se olvidará de mí, no pudiendo verme jamás ni explicarme su amorosa pasión. ¿Qué deberé hacer en tan amarga confusión? ¿Podré hallar algún medio para ver a este gracioso joven,

para manifestarle... Pero, ¡qué digo! ¿Es acaso propia de una mujer de mis circunstancias esta manera de pensar? El deseo de la libertad, el anhelo de separarme del lado de una tía tan caprichosa, ¿puede hacerme olvidar aquellos sabios consejos que incesantemente me daban mis venerados padres? No, Carlota, no. Aunque vivo tan mortificada, aunque el trato que me da mi tía es bastante para excitar en mí un género de despecho que me guíe a la desesperación, yo debo proceder siempre como quien soy, prefiriendo las penas que estoy sufriendo al deshonor que me resultaría de obrar sin prudencia, arrebatada de una ciega pasión».

Así discurría Carlota consigo misma; y a pesar del genio raro de su tía, que tanto la atormentaba, el recuerdo de las sabias lecciones de sus padres contenía los impulsos de su amor. Aquí se ve cuánta fuerza tienen en el corazón humano las primeras impresiones, pues sin embargo de que el bárbaro sistema que observaba la tía en la educación de Carlota iba extinguiendo en ella las prudentes y virtuosas máximas inspiradas por la que le habían dado sus difuntos padres, con todo aun eran capaces de contener sus excesos.

El brigadier, más encantado de la suma belleza de Carlota, y lisonjeado de obtener su correspondencia, padecía el más insufrible dolor porque no hallaba medio para tratarla. Procuró buscar algún conducto para introducirse en su casa, pero el carácter de la tía le tenía cerradas las puertas. Crecía su desesperada confusión, y la misma imposibilidad que hallaba aumentaba más sus vivos deseos. Como el amor es atrevido y sutil, al fin, a fuerza de indagaciones, encontró un medio que le facilitó cuanto anhelaba. Tenía la tía de Carlota un criado antiguo muy sagaz; éste, conociendo el genio de su ama, había podido captar su voluntad aparentando ser muy virtuoso, y de este modo había logrado su total confianza. El manejaba sus caudales, disponía de cuanto había en la casa y era el único a quien permitía la señora tratar a Carlota. Con mañosa sutileza obraba en todo según el genio y gusto de su ama. Hipócrita sin igual, iba con tía y sobrina a la iglesia; allí de rodillas mucho tiempo oraba, al parecer con el mayor fervor; en su casa estaba siempre leyéndoles libros devotos, dando a Carlota muy serios consejos y a veces reprendiéndola agriamente como hacía la tía, lo que era para ella de la mayor complacencia. Cuando podía obrar secreta e impunemente y dejar correr sus malas inclinaciones, era hombre indigno y vicioso. El interés lo dominaba, y sólo por el que le resultaba servía a su ama con tan aparente celo y virtud, sufriendo con una paciencia excesiva sus muchas impertinencias y ridiculeces. El genio de esta señora, para todos áspero y duro, era la causa de que su criado fuese tan disimulado e hipócrita, porque sólo de este modo podía subsistir en su casa y granjear su favor. Lo mismo que sacan los padres tratando a sus hijos siempre con rigor, sacan los amos que tratan a sus criados con aspereza. El interés, y no el amor, les hace aparentar el mayor afecto y celo en servirlos, pero cuando pueden se vengan de los ultrajes que reciben, porque falta en ellos la lealtad y cariño que se granjean aquellos amos que, lejos de engreírse viéndose colocados por la fortuna superiores a sus domésticos, compadecen el abatimiento a que los obliga la necesidad, y sin perder cosa alguna de su autoridad los tratan con humanidad y beneficencia.

El brigadier halló en el criado de la tía de Carlota el conducto más seguro y fácil para conseguir sus deseos. El oro, causa de tantos desastres, injusticias y maldades en el mundo, conquistó el corazón de este criado, y lo obligó a cooperar a los inicuos deseos

del brigadier. Éste lo buscó, y regalándole antes cien doblones le manifestó el amor que profesaba a Carlota y sus vivos deseos de verla a pesar de la vigilancia de su tía. Como Bernardo (así se llamaba el criado) poseía la confianza de su ama y estaba tenido por ella en el más alto concepto, no encontró la menor dificultad en prestarse a las intenciones del brigadier, y olvidado de la obligación que tiene un criado de ser fiel a sus amos le prometió hacer cuanto le fuese posible en su favor. Discurrieron entre ambos el medio de comunicar a Carlota sus pensamientos, y como el brigadier estaba ya bastante lisonjeado de obtener su correspondencia, resolvió escribirle un papel declarándole su amor, y que Bernardo se lo entregase, manifestando a éste que sus intenciones eran dirigidas a los fines más honestos. Con efecto, se convinieron en hacerlo así, y el brigadier escribió a Carlota un papel diciéndole que desde que la había visto en la visita no había tenido un momento de sosiego, que su amor era verdadero y que sus deseos se dirigían únicamente a contraer matrimonio, si creía que esta unión podría formar su felicidad y si lo consideraba digno de obtener su mano, con otras muchas y tiernas expresiones que ni remotamente manifestaban en el brigadier otras intenciones que las que permiten la Religión y la modestia y son propias de los hombres timoratos y honestos.

Entregó Bernardo este papel a Carlota, y creyendo ésta que las expresiones del brigadier eran sinceras, que el admitir la proposición que le hacía no se oponía de ningún modo a su virtud, y que por su calidad y circunstancias era un caballero que le convenía, sorprendida de gozo dio repetidas gracias a Bernardo y le rogó muy encarecidamente que guardase secreto y que concluyese la obra que había comenzado, persuadiéndose de que sin su auxilio no podrían jamás tener efecto sus honestos deseos. Bernardo le prometió cooperar a ellos en cuanto pudiese, manifestándole que nada le interesaba más que verla colocada como merecía por sus prendas recomendables y su ilustre calidad, aunque realmente toda su oficiosidad era nacida de su interés propio, por lo que le había regalado el brigadier y por lo que esperaba que aun le regalaría. Con esta misma idea rogó a Carlota que contestase al brigadier y que lo hiciese luego, supuesto que su tía estaba en misa y tenía entonces lugar. La inocente Carlota, que todavía no tenía edad para precaver los engaños de los hombres ni conocer los medios de que se valen para ocultarlos, creyó que no podría ser falaz el corazón del brigadier y que desde luego debía demostrarle su fina correspondencia, y así dijo a Bernardo: «Dadme vuestro recado de escribir ahora que mi tía no está aquí, pues ya sabéis que desde que vine a esta casa no ha querido absolutamente que tome la pluma en la mano. Aunque ha tanto tiempo que no escribo, no se me ha olvidado todavía. Despachaos, amado Bernardo, y pondré dos letras al brigadier, cuya carta le entregaréis para su consuelo y el mío».

Fue Bernardo corriendo y le trajo recado de escribir; tomó la pluma Carlota, y agitada de mil diversos sentimientos escribió estos renglones:

«Señor, no es fácil que pueda yo explicaros con la pluma todos los sentimientos de amor y gratitud que han excitado en mi corazón las tiernas expresiones de vuestra carta. Sólo puedo deciros, porque me estrecha el tiempo, que *no me amáis en vano*, como ingeniosamente me disteis a entender en la última visita, si son tan honestos, como decís, vuestros deseos. Los míos se encaminan al mismo fin. Pensad bien en ello; y si

enteramente os resolvéis, contad con el fino amor y correspondencia de vuestra servidora *Carlota*».

Apenas cerró la carta la dio a Bernardo, y quitó éste el recado de escribir, cuando sintieron que venía de misa la tía de Carlota; y aunque quería encargarle dijese a su amado brigadier muchas cosas, sólo pudo recomendarle encarecidísimamente que le entregase la carta lo más pronto que fuese posible, cuya diligencia ofreció hacer Bernardo con la mayor eficacia y prontitud.

Cuando entró la tía en el cuarto de Carlota halló a ésta con su labor, y a Bernardo leyendo un libro devoto en voz alta y con tono místico, de lo cual se alegró mucho la señora, creyendo que sólo en aquello se habían ocupado durante su ausencia. Véase aquí cómo el rigor y la aspereza sólo producen hipócritas y disimulados, los cuales hacen más daño que los más perversos, porque de éstos podemos guardarnos y precavernos y de aquéllos no; antes bien, creyéndolos por la apariencia hombres virtuosos, nos fiamos de ellos, y cuando menos lo pensamos nos hallamos vendidos y engañados. ¡Ah, maldita hipocresía! ¡Cuántas ruinas ha causado y causará en el mundo! No están seguros de sus astucias el honor de la doncella, la honestidad de la casada, la confianza de un amigo, la estimación de un amo ni los vínculos más preciosos que unen a los hombres en sociedad. Todo lo trastorna, todo lo arruina, sin que baste para contener sus ímpetus perniciosos la más prudente precaución, como aquellas inundaciones súbitas y nocturnas que, cogiendo descuidados a los infelices pastores, durmiendo tranquilamente en sus pobres lechos, se llevan tras sí las miserables cabañas en que reposan al abrigo de las inclemencias del cielo. Así acometen los hipócritas, destruyendo con sus asechanzas cuanto se les pone delante, siempre que pueden hacerlo en secreto e impunemente. ¡Ah, cómo debemos estar vigilantes en el curso de la vida para tratar con los hombres y fiarnos de ellos! El estudio del corazón humano es el más necesario de todos, pero particularmente en los que han de mandar algún día a los otros. Sin este estudio, en vano procurarán formarles el corazón y querer que sean sabios; todo será inútil si no conocen a los hombres para saber confiar o desconfiar de ellos, cómo y en qué circunstancias, y precaver con prudencia los muchos daños que resultan de la falta de esta ciencia, sin la cual ninguno ha llegado a ser verdaderamente sabio. Quien lo sea no dará lugar a que los que lo sirven y rodean sean fingidos y disimulados. Su trato afable y compasivo los hará ingenuos y sencillos, su amor a la verdad los hará francos y poco lisonjeros. Quien sabe compadecer las flaquezas de los otros encuentra quien se las confiese sin temor; quien gusta de oír la verdad desnuda halla quien se la diga sin adulación. Nosotros mismos somos la causa de que nos engañen, de que nos oculten la verdad, de que nos adulen; y mientras no nos dediquemos atentamente a conocer a los hombres, a tratarlos como nosotros quisiéramos que nos tratasen en iguales casos, nos exponemos a cada paso a los riesgos más inevitables. Los brutos se amansan con el rigor y la aspereza; los hombres se sujetan con la razón y la prudencia.

Luego que pudo Bernardo salir de su casa, fue a buscar al brigadier y a entregarle la carta de Carlota. Éste la recibió y leyó con tanto júbilo que, no hallando expresiones para significar a Bernardo su gratitud, le dio un reloj de repetición en premio de su buena diligencia. Después de haber leído y releído la carta, arrebatado de la mayor alegría le

preguntó varias cosas acerca de la complacencia con que Carlota había recibido su papel. A todas satisfizo completamente Bernardo, y comenzaron a tratar sobre el medio que tomarían para ver a Carlota sin que su tía pudiese notarlo. No dejaba el criado de hallar muchos inconvenientes que vencer para conseguirlo, pero al fin, atropellando con todos y estimulado del maldito interés, discurrió el modo de facilitar al brigadier cuanto deseaba. Aunque la tía tenía la precaución de que su sobrina durmiese sola en un cuarto al que se entraba por su misma alcoba, se acordó Bernardo de que había una ventana con su vidriera que caía a otro cuarto, del cual tenía él la llave porque custodiaba en él algunos géneros y comestibles para el consumo de la casa. Esta proporción, y la casualidad de dormir sola Carlota porque su tía no quería que la acompañase ninguna criada, abrió camino al perverso Bernardo para facilitar que los dos amantes se viesen por la noche sin que persona alguna de la casa pudiese penetrarlo. Como toda la familia se recogía en sus dormitorios respectivos a las diez de la noche, y Bernardo era el único encargado de vigilar sobre esto y cerrar todas las puertas, no encontró obstáculo que pudiese embarazar la ejecución de tan pérfidas ideas. Con efecto, quedaron acordados Bernardo y el brigadier en la hora en que debía ir a casa de Carlota y en el modo como se habían de ver y hablar, por cuya oficiosidad le repitió el brigadier las más expresivas gracias y ofrecimientos, y se separaron.

Al punto que pudo Bernardo hablar a Carlota la instruyó de cuanto había meditado para que pudiese hablarle su amante aquella noche, y de todo lo demás que había ocurrido. Sin embargo de que Carlota tenía mucho temor a su tía, conociendo que de la manera que lo había dispuesto Bernardo no había peligro de que su tía lo llegase a saber, condescendió muy gustosa en todo. Bernardo quitó la vidriera del cuarto de Carlota y preparó cuanto era necesario para que pudiesen hablarse por la ventana. Recogieronse todos los de la casa a las diez de la noche como acostumbraban, y a las diez y media, conociendo Bernardo que estaban ya dormidos, abrió una puerta excusada (donde ya en virtud de la cita lo esperaba el brigadier), y lo condujo hasta el cuarto por donde había de hablar a Carlota.

Hicieron la seña acordada y Carlota se asomó a la ventana. El brigadier, lleno de gozo, le manifestó la fuerza de su amor, las penas que había padecido desde el instante que la había visto, su excesivo júbilo y complacencia de haber podido lograr, a pesar de tantos inconvenientes, la ocasión de hablarle, diciéndole además cuantas expresiones le sugería su vehemente pasión. Carlota, aunque algo sobresaltada, correspondió a sus finezas con toda aquella ternura e ingenuidad de que es capaz un corazón sensible enamorado. En varios y afectuosísimos coloquios pasaron los dos amantes hasta más de las doce de la noche, en que, temerosos de que alguno de la casa pudiese sentirlos, se separaron con muchas lágrimas, repitiéndose mutuamente sus ternuras y promesas y quedando citados para la noche siguiente. Bernardo condujo al brigadier hasta la puerta por donde había entrado, y después de cerrarla se retiró a su cuarto sin que nadie advirtiese la menor cosa.

Causó el mayor dolor al brigadier el separarse de su amada Carlota, y no menor fue el que padeció ésta cuando se quedó sola. Reclinada en su lecho, al paso que estaba llena de gozo por haber logrado la suerte de ver y hablar a su amante, no dejó de derramar lágrimas y exhalar suspiros hasta que la venció el sueño. Tampoco disfrutó del sosiego



mientras durmió. Excitáronse en su fantasía un tropel de ideas que la tuvieron inquieta toda la noche. Cuando despertó por la mañana se sintió fatigada de luchar con tantas imaginaciones, pero procuró hasta en su semblante disimular su interna agitación, para no dar el menor motivo de sospechar a su tía.

A la noche siguiente volvió el brigadier a ver a Carlota a la misma hora y en el mismo paraje de la anterior, conducido por Bernardo. Se repitieron mutuamente las expresiones más afectuosas y cariñosas promesas, haciendo el brigadier los mayores esfuerzos para persuadir a su querida Carlota de la sinceridad y constancia de su amor. No menos fina y afectuosa se manifestó Carlota, y con repetidas lágrimas y suspiros se separaron a una hora proporcionada.

Así continuaron algunas noches, pasándolas en amorosos y tiernos coloquios. Trataron largamente sobre su casamiento y el modo de ejecutarlo a la mayor brevedad; pero manifestando Carlota alguna desconfianza a su amante, éste le llevó un papel en que ofrecía ser su esposo. Lo que pareció a Carlota un efecto del excesivo e ingenuo amor del brigadier era de su malicia y perversa intención, pues cuando se camina con engaño siempre se promete mucho, porque no hay ánimo de cumplirlo. Así lo hacía el brigadier en su papel, llevando la inicua idea de seducir a Carlota con la fuerza de sus ofrecimientos.

La misma noche que le dio el papel le hizo las más eficaces instancias para que le permitiese entrar por la ventana a su cuarto. Carlota, aunque niña, ciega y apasionada, no dejó de penetrar las malas resultas que podía traer su condescendencia y no quiso consentirlo de ningún modo, manifestándole que aun no era su esposo y que una mujer de sus circunstancias no debía permitir al que no lo fuese semejante libertad, con que exponía su honor al mayor riesgo. Insistió el brigadier en su solicitud, pero no pudo vencer la resistencia de Carlota. Aunque su amante sintió vivísimamente esta repugnancia, procuró disimularlo para no darle sospechas de que sus intentos eran poco rectos, esperanzado de que la continuación de sus súplicas, sus repetidas lágrimas y tiernas expresiones llegarían a vencer su obstinación.

A la noche siguiente repitió sus instancias, pero nada consiguió con la ternura y el llanto. Viendo que por estos medios no lograba sus inicuos designios, tomó el partido de manifestarse resentido a Carlota de su desconfianza, atribuyéndola a poco amor, y así con un género de enojo se despidió de ella, dejándola anegada en un mar de confusiones. Carlota, apasionada ciegamente del brigadier y poco experimentada de los engaños y cautelas que usan los hombres para seducir la inocencia y la virtud, se afligió excesivamente, creyendo que su amante enojado no volvería a verla. Todo el resto de la noche lo pasó llena de sobresaltos y penas, y se aumentaron más éstas viendo que al otro día por la noche no parecía su brigadier. Éste, siguiendo en sus péfidas ideas, no quiso ir a verla como acostumbraba, para dar más bien a entender a Carlota que estaba sumamente resentido de su repugnancia. La pobre joven, confusa y angustiada, no pudo sosegar en toda aquella noche; por una parte se reprendía a sí misma su obstinación: por otra, conociendo el peligro que la amenazaba, se exhortaba a perseverar en ella a pesar del resentimiento de su amante; pero al fin, después de varias reflexiones, juzgándose

capaz de resistir a cualquiera acción poco honesta que pudiese intentar el brigadier, estimulada de su ciego amor, deseosa de librarse de la esclavitud en que la tenía su tía y temerosa de perder el amor del brigadier, casi resolvió condescender con su solicitud, no considerando que jamás debemos exponernos a los peligros por más que nos creamos con fuerzas para superarlos.

Luego que se levantó y pudo hablar a Bernardo, le manifestó sencillamente lo que había pasado con el brigadier, sus dudas, sus confusiones y sus penas, y le pidió consejo sobre lo que debía hacer. El pérfido criado, que estaba seducido y advertido por el brigadier, sin temor al Cielo le aconsejó que le permitiese entrar en su cuarto, respecto de que tenía en su mano la seguridad de que sería su esposo, y que no convenía manifestarle desconfianza ni darle motivo para que, resentido de su resistencia y creyéndola efecto de poco amor, no volviese a verla y la dejase abandonada a los rigores y caprichos de su tía. La constancia de la incauta Carlota, que ya estaba vacilante, acabó de arruinarse con tan depravado consejo, y llena de lágrimas rogó a Bernardo fuese a buscar a su amante y lo obligase a que aquella noche viniese a verla, asegurado de su tierno amor y de que deseaba complacerlo en todo cuanto le permitiese su honor. Así sucede frecuentemente a las almas débiles cuando se aconsejan de gentes perversas, que aprovechándose de su flaqueza les inspiran sentimientos indignos y las inclinan a cometer atentados y maldades y a caer en los más peligrosos precipicios. ¡Cuánto debemos examinar la conducta e inclinaciones de las personas a quienes hemos de pedir consejo, particularmente en aquellos asuntos que tocan a nuestro honor y reputación! ¡Cuánto debemos alegrarnos de tener hombres ingenuos, incapaces de inspirar pensamientos inicuos y de ocultar la verdad, a quienes poder consultar en materias graves que conspiran a nuestro bien y buena fama! Todos debemos desear hallarnos rodeados de amigos fieles, de hombres llenos de probidad, para tomar de ellos consejo cuando nos vemos en algún lance de honor y no nos atrevemos a resolver por nosotros mismos, temerosos de errar; pero, ¡cuánto más deben desearlo los que nos mandan y gobiernan, persuadidos de que sus aciertos o yerros dependen las más veces del bueno o mal consejo de aquellos que tienen destinados para que los informen de los negocios y les adviertan lo mejor!

El perverso Bernardo, aprovechándose de la debilidad de la joven Carlota y deseoso (por su propio interés) de complacer al brigadier, fue a buscarlo al punto que halló oportunidad y le refirió cuanto le había pasado con Carlota y lo que le había aconsejado. Lleno de gozo el brigadier con aquellas noticias que le facilitaban el logro de sus malvados designios, repitió regalos y gracias a Bernardo, y quedaron acordes en que iría aquella misma noche a ver a Carlota a la hora acostumbrada. Volvió el criado a su casa y atemperó la amargura de su señorita diciéndole que ya quedaba su amante desenojado, y deseando que llegase la noche para ir a verla. Aunque Carlota deseaba lo mismo, con todo no dejó de tenerla un poco agitada la consideración de que se exponía mucho permitiendo entrar en su cuarto al brigadier; mas el excesivo amor que le tenía triunfó de sus temores y dudas.

En fin, llegó la noche, y Bernardo, siguiendo en su pernicioso oficio, introdujo como las anteriores al brigadier hasta el cuarto opuesto al de Carlota. Sobresaltóse ésta al oír la señal para que se asomase a la ventana, pero el anhelo de ver a su amante la condujo a ella

como a su pesar. Es indecible el gozo que ambos recibieron al llegar a hablarse. El brigadier, que ya iba sobre sí y enterado por Bernardo de las demostraciones de Carlota, comenzó a hablarle con la más penetrante ternura y expresión. Carlota correspondió con la mayor dulzura a sus finezas, y de aquí tomó pie el brigadier para repetir sus instancias, suplicándole muy encarecidamente le permitiese entrar por la ventana en su aposento. Carlota se resistió al principio, manifestándole que su tía podía sentir algún ruido, levantarse de su lecho y cogerlos de sorpresa; pero viendo que su amante volvía a tomar un aire de enojo y resentimiento cedió a sus importunaciones. Como la idea del brigadier era muy diferente de la que creía la incauta Carlota, luego que entró en el aposento principió a tentar todos los medios de seducirla. Carlota, agitada y confusa, le demostró su repugnancia con las razones más convincentes; el brigadier, con repetidos ofrecimientos y promesas, hacía los mayores esfuerzos para vencerla, y al fin, después de un largo contraste y de muchas lágrimas, se rindió a la voluntad de su amante. A una hora regular se separaron, y quedaron convenidos en volverse a ver en el mismo paraje a la noche siguiente.

Apenas se retiró el brigadier cuando Carlota, considerando el horror de su delito, se deshizo en lágrimas y suspiros; pero la esperanza, o por mejor decir la seguridad que ella concebía de que sería su esposo, como le había ofrecido con repetidos juramentos, mitigó algún tanto la vehemencia de su dolor. Sin embargo, cuando se presentó por la mañana a su tía fue necesario que se armase de toda su constancia para no darle a entender en su semblante el rubor que le causaba su mismo crimen. Éstas son las consecuencias funestas del delito: el que lo comete, aun cuando sea en secreto, juzga que todos los que lo miran leen en su rostro su maldad, y el mismo remordimiento le hace confundirse a vista de las gentes. ¡Infeliz el que a fuerza de la costumbre y repetición de culpas no siente este desasosiego interior al considerarlas!

Así le sucedió al brigadier, cuyo corazón, con su misma relajación de vida y costumbres, se había hecho insensible a estos internos impulsos. Por esta razón, lejos de reflexionar el daño que había causado a su incauta amante, volvió la noche siguiente a verla y a multiplicar sus excesos, seducido de la pasión más torpe. Mientras se mantuvo ésta en su vigor fueron añadiendo delitos a delitos a la sombra del pérfido Bernardo, que por su particular interés manifestaba tener complacencia en ser cómplice en ellos. Después de que por bastante tiempo sació el brigadier sus inicuos apetitos, comenzó a discurrir medios para separarse de la infeliz Carlota, víctima deplorada de sus engaños y cautelas. Para que no sospechase ella mutación alguna en su falso amor, compuso con el Ministro de Guerra, amigo suyo, sin revelarle la causa, que lo enviase fuera de Viena a evacuar una comisión del Real servicio. Con este pretexto se despidió de Carlota, manifestándole el mayor sentimiento por aquella inopinada ausencia, y derramando copiosas lágrimas como en señal de su excesiva pena. Carlota lo acompañó en el angustioso llanto, lamentándose de la miserable suerte que los separaba, pero no sospechando en manera alguna las falsedades de su amante. Al fin se separaron ambos dándose las más seguras pruebas de su tierno amor y protestando mutuamente que jamás se olvidarían. Sin embargo de que Carlota no creía capaz al brigadier de usar con ella una infamia, desde el mismo instante en que se despidieron empezó a sentir en su corazón una continua pena que no le dejaba un momento de reposo. Hacía los mayores esfuerzos para no

abandonarse a una profunda melancolía; pero por una parte la ausencia de su querido amante, y por otra no sé qué impulso secreto (sin duda presagio de su desventura) la tenían sumamente inquieta. El brigadier, siguiendo en su idea de engañar a la infeliz Carlota, le escribió desde el pueblo a donde fue a evacuar su comisión en los términos más cariñosos, asegurándole que su dolor era insoportable por verse en aquella amarga ausencia, y que esperaba con la mayor ansia el momento afortunado en que poder lograr su hermosa mano. Carlota le contestó con toda la efusión de su corazón, demostrándole las penas que realmente padecía; y en vez de ablandarse el corazón del brigadier con las tiernas y afectuosas expresiones de la inocente Carlota, se aumentaban en él los péfidos sentimientos de dejarla entregada a su rubor y perpetuo dolor.

Es imponderable el que padecía Carlota por la ausencia de su amante, con quien tenía muy frecuente correspondencia, ingenua y sencilla por parte de ella, pero artificiosa e inicua por la del brigadier. Aunque las expresiones fingidas de éste mitigaban algún tanto su dolor, ya llegó el caso de que Carlota sintiese los efectos de su flaqueza y conociese la vergüenza a que la había expuesto su condescendencia a las péfidas seducciones de su amante. La puso inconsolable, llena de rubor y penetrada de los más crueles remordimientos este acontecimiento, que no había previsto por su poca experiencia, y rodeada de las mayores confusiones y angustias escribió al brigadier el vergonzoso estado en que se hallaba, el temor de que su tía llegase a conocerlo, el ningún arbitrio que tenía para evitarlo y las ansias que en tal lance padecía su acongojado corazón, recordándole sus repetidas promesas y rogándole, con las expresiones más tiernas y llena de lágrimas, viniese a cumplirle sus reiteradas palabras y a precaver su deshonor, ruina y desconsuelo.

Recibió esta carta el péfido brigadier; ninguna compasión excitaron en su corazón empedernido las angustias y desvelos de Carlota, ni sintió aquellos remordimientos que debería tener por haber seducido la inocencia y triunfado de una joven que se había confiado de sus promesas. Pero, conociendo que si no le contestaba de un modo que no le hiciese desconfiar de su amor podría Carlota demandarlo en justicia, valida del papel que le había dado, maquinó el medio de desarmarla, y con este fin respondió a su carta en estos términos:

«Carlota mía, me sería muy sensible tu deplorable estado si no estuviese en mi mano el remediarlo; pero consuélate, no te aflijas, pues hoy mismo salgo para esa ciudad. Estaré ahí el próximo viernes; ten prevenido a Bernardo y aquella misma noche nos veremos, y todo se dispondrá como desea tu fiel *Eugenio*».

Le dirigió esta carta como lo había hecho con las anteriores, por medio de un criado suyo, el cual las daba a Bernardo, y éste cautelosamente a Carlota. Fue indecible el gozo que ésta recibió al leer la carta de su amante, y como poco experta en los engaños y falacias de los hombres libertinos creyó que muy prontamente se desvanecería el deshonor que la amenazaba, y vería logradas sus esperanzas. Los momentos se le hacían horas hasta ver a su brigadier. Llegó éste, con efecto, a la ciudad el mismo día que le había ofrecido, y aquella misma noche, conducido por Bernardo, fue a la hora acostumbrada a la casa de Carlota. Sobresaltóse mucho al oír la seña desde la ventana de su aposento, y llena de alegría se asomó a ver a su amante. Comenzó éste a hablarle, después de una breve

suspensión, como nacida del contento de volverse a ver, y a decirle las expresiones más tiernas. Carlota le correspondía con toda la sencillez propia de su verdadero amor, y luego que en un corto coloquio se repitieron mutuamente las pruebas de su constancia y fidelidad, entró el brigadier por la ventana al cuarto de Carlota. Aunque no sin bastante resistencia suya reiteró sus delitos el brigadier, asegurando a la incauta Carlota que dentro de pocos días la sacaría de casa de su tía y sería su esposo. Volvió a la noche siguiente con solo el objeto de añadir torpezas a torpezas para poder burlarse mejor de Carlota. Como se había extinguido la pasión en el corazón del brigadier, y no eran ya dictadas de ella las expresiones que decía a Carlota, empezó ésta a sospechar alguna traición en él, aunque procuró disimular y tratarlo con la misma franqueza y cariño que antes.

Para poder conseguir sus pérfidas intenciones el brigadier, creyendo que le sería fácil engañar a Carlota le dijo que ya tenía dispuesto todo lo necesario para efectuar su casamiento, que nada faltaba más que determinar el cómo y cuándo había de sacarla de allí. A pesar de los recelos que tenía Carlota, no pudo imaginar que tales razones fuesen fingidas y dirigidas a concluir su engaño; y así le respondió que el modo era salirse por donde él entraba, supuesto que la ventana estaba tan baja y proporcionada, y que lo ejecutaría la noche que él determinase. «Bien, replicó el brigadier, después de mañana en la noche vendré yo, tú tendrás prevenido cuanto hayas de llevar contigo y desde aquí nos iremos a casa de un cura que ya está advertido de todo y nos desposará al momento, de modo que cuando tu tía comience a hacer diligencias en tu busca ya serás públicamente mi esposa, sea con gusto suyo o sin él. Consuélate, Carlota mía, que todo sucederá a medida de mi deseo, pues el oro allana los caminos más ásperos, y nada puede oponerse a nuestra felicidad según las precauciones que tengo tomadas».

Más asegurada Carlota con estas palabras le respondió: «Convengo en cuanto tú dispongas. Mi mayor satisfacción es darte gusto. Pero, ¿no vendrás mañana en la noche?»

«Ah, sí, preciso, porque no puedo vivir sin verte. Pero, ahora que me acuerdo, ¿conservas las cartas que te he escrito?»

«No. El temor de que mi tía pudiese algún día hallarlas me hizo quemarlas, aunque a costa de muchas lágrimas, porque en mi amarga soledad sólo leyéndolas encontraba consuelo».

«Bien hecho. Me gusta esa precaución. ¿Has hecho lo mismo con el papel de casamiento que te di?»

«No, lo guardo en parte muy oculta, como abulta poco».

«¿Adónde lo tienes, Carlota?»

«En el fondo de un baúl, extendido entre el forro».

«¿Y está aquí ese baúl?»

«No, está allá fuera. ¿Por qué lo preguntas?»

«Porque lo necesitaba precisamente para presentarlo al cura, a fin de que, viendo la obligación que tengo hecha, no ponga el menor reparo en desposarnos al momento que lleguemos a su casa». Conociendo Carlota que éste era un frívolo pretexto para sacarle cautelosamente el papel, le dijo: «Mañana en la noche, cuando vengas, te lo entregaré».

«Lo mismo es, replicó el brigadier. Así haré lo vea el cura después de mañana, y cuando tú salgas de aquí ya estará todo corriente».

Después de tratar otras varias cosas relativas a este particular, se retiró el brigadier protestando a Carlota, con las expresiones más enérgicas, el desconsuelo de separarse de ella y los deseos vivísimos de vivir en dulce paz y unión. Carlota quedó, a pesar de estas demostraciones, llena del mayor desconsuelo y confusión, considerando entre sí todas las palabras que le había dicho su amante y sospechando por ellas que su objeto era sólo dejarla abandonada a su deshonor y afrenta. No podía apartar de su imaginación este pensamiento; el sueño había huido de sus párpados, todo se le representaba horror y desconsuelo; y agitado su espíritu con tanto cavilar decía repetidas veces entre sí: «¿Es posible que un hombre de honor haya de pensar tan bajamente? ¿Es posible que sólo haya seducido mi virtud para saciar sus pasiones vergonzosas? Aquellas expresiones tiernas, aquellas palabras, juramentos y promesas que mil veces me ha repetido, ¿podrán ser fingidas, podrán ser dirigidas a dejarme llena de rubor y angustia toda mi vida? No, no es fácil que haya hombres capaces de tanta maldad. Pero, ¿y el pedirme el papel y el aprobar que yo haya quemado sus cartas, qué objeto puede tener? No, no es bueno: la alegría que he notado en su semblante, a pesar de su disimulo, cuando le he dicho había quemado sus cartas; el disgusto que he observado cuando le he dicho que no tenía aquí el papel; el pretexto que me ha alegado para sacarlo de mi poder, todo, ¡ay Dios!, todo me anuncia que se dirige a mi ruina, a mi oprobrio, a mi afrenta. Sus expresiones no son tan sinceras como antes; sus ansias, sus desvelos, sus suspiros al despedirse de mí no son verdaderos. ¡Pérfido, indigno! No eres caballero; eres un monstruo, un bárbaro, un inhumano. ¿Así has sabido aprovecharte de mi tierna edad, de mi poca experiencia? ¡Cómo no te confundes al pensar en el agravio que haces al honor, a la inocencia, a la humanidad! Yo tomaré la venganza que merece tu enorme traición, yo te arrancaré ese corazón malvado, yo privaré al mundo de una fiera tan cruel como tú. Nada me asusta: mi deshonor ha de ser forzosamente público, pues sea pública mi venganza. Valor. Ningún respeto me detendrá; piérdase todo, ya que perdí mi virtud y mi honor. Muera este enemigo; cubra su muerte mis afrentas y mi confusión».

Con esta agitación se quedó algo dormida, cansada de luchar con tan diversas ideas como se le presentaban a su angustiada fantasía. Ni aun así lograba reposo. Un tropel de confusiones la tuvieron toda la noche llena de sobresalto y horror. Despertó muy temprano; volvió a repetir sus exclamaciones. Combatían entre sí, dentro de su corazón, el amor y la venganza; y finalmente, venciendo ésta a fuerza de sus reflexiones, determinó, ciega y desesperada, hacer una acción que dejase vindicados sus agravios y castigada la traición execrable del brigadier, sin reparar en los riesgos a que se exponía. Éste es el fruto frecuente, éstas son las consecuencias más regulares de los excesos de

esta naturaleza. Un delito guía necesariamente a otro, y a veces tomamos venganza de los otros cuando deberíamos tomarla de nosotros mismos por nuestra flaqueza, por nuestra vil condescendencia y por nuestra falta de precaución. Las más veces nos acarreamos nosotros, por nuestra mala conducta, los males, y luego nos irritamos contra los que nos han hecho caer en ellos por no tener bastante virtud para resistir a la seducción y al engaño.

Así sucedía a la incauta Carlota. Disimulando como pudo su sobresalto en todo aquel día delante de su tía, llegó la noche, y arrebatada de su furor resolvió tomar venganza por sí misma de la traición de su pérfido amante. Después de discurrir el medio más acertado para conseguir sus intentos, y meditar el modo más seguro de sorprenderlo, no encontraba instrumento para ejecutar su venganza. «Un cuchillo, decía ella, no es suficiente, porque mis fuerzas son débiles; con un golpe solo no podré acabar con la vida de un monstruo tan infame, y tal vez o no tendré valor para repetirlo, o él me lo impedirá. No, éste no es un buen medio. Un veneno...; pero ni lo tengo, ni sé, aunque lo tuviera, cómo podría hacérselo tomar. ¿Qué haré para vengar mi honor?». En esto se acuerda de que Bernardo tenía colgadas en un cuarto un par de pistolas, que regularmente llevaba cuando salía a caballo a recorrer la quinta y haciendas de su ama. Una pistola le pareció instrumento más apto para su venganza, porque si bien consideraba que al ruido del tiro acudiría su tía y los demás de la casa, ya estaba tan despechada que no temía hacer pública su afrenta si lograba tomar venganza del infiel que se la había causado. Con este designio tomó cautelosamente una de las dos pistolas, la ocultó en su cuarto y con el mayor ánimo se resolvió a quitar la vida al brigadier aquella noche.

Llegó ésta; recogieronse todos los de la casa, y a la hora acostumbrada entró el brigadier, conducido del inicuo Bernardo, al cuarto de Carlota. Procuró ésta al verlo reprimir su justa indignación, y esforzándose cuanto pudo comenzó a hablarle con la misma ternura que las demás noches. El brigadier, disimulando sus dañadas intenciones le dijo así: «Querida Carlota mía, estoy como confuso y sobresaltado; tan grande es la alegría de verme ya muy cerca de ser tu esposo. Tan excesivo es mi amor y tan vivas mis ansias de lograr tu hermosa mano, que me parecen siglos los momentos que tardará el que seas mía».

«Ya días ha que lo soy, le respondió Carlota, y como tú no me abandones lo seré gustosa hasta la muerte».

«¿Yo abandonarte, Carlota mía? ¿Yo separarme de ti? No, no tengas semejantes sospechas. Ya todo está prevenido para desposarnos mañana en la noche; sólo falta que me des el papel, porque he ofrecido entregárselo al cura mañana temprano. Por la noche, a estas mismas horas, vendré por ti, y después de mañana ya se sabrá en toda la ciudad, a despecho de tu tía, que eres mi esposa. Ea, dame el papel y verás como todo se compone a medida de mi deseo».

«Sí, le dijo Carlota, yo espero que todo saldrá como deseamos. Toma el papel». Va a dárselo, alarga la mano el brigadier, y teniendo ya Carlota amartillada la pistola y en disposición de cogerla, sin que la viese le dice furiosa: «Toma, pérfido traidor, éste es el

papel que mereces»; pero no habiendo dado fuego, porque había tiempo que estaba cargada, no salió el tiro. Carlota, viendo frustrado el golpe y considerándose ya perdida, cae desmayada encima de su misma cama. El pérfido brigadier, en medio de la confusión que le causó tan impensado acaso, arrebató el papel de entre las manos a Carlota, y sin tener compasión del estado en que quedaba aquella infeliz e inocente joven por su perfidia y engaño, se va y la deja entregada al dolor que le oprimía el corazón y la había privado de sentido, contento de haber conseguido tan infame triunfo.

Apenas volvió en sí la infeliz Carlota cuando, mirando a todas partes y no viendo al brigadier ni el papel que antes tenía en la mano, fue tan grande su confusión y angustia que, oprimido de nuevo su corazón, volvió a caer desmayada. A poco rato recuperó otra vez el sentido, y considerando la ingratitud, cautela, perfidia y engaño de su falso amante, y no menos el miserable estado en que se hallaba, toda llena de desesperación, confusión y dolor decía entre sí: «¡Pérfido seductor, monstruo inhumano, hombre vil! ¿Así has seducido mi inocencia, así has triunfado de mi virtud? ¿Así me has dejado abandonada a un eterno tormento, a una irreparable afrenta y oprobrio? ¡Bárbaro perjuró! ¿Así cumples tus repetidas promesas, así correspondes a mis tiernas finezas y cariños? ¡Ah, inicuo! Aunque mujer, débil y joven, sabré buscarte hasta los más remotos climas y arrancarte, dividido en mil pedazos, ese pérfido corazón engañoso. No, no podrás huir de mi justa y rigurosa venganza. Cuando yo no pueda tomarla por mis propias manos, apelaré a la Justicia para que castigue tu maldad... Pero, ¿con qué documentos he de pedir contra ti, cruel, indigno? Tú, no contento con haberme despojado de mi honor, has arrancado de mis manos un papel que acreditaba tus engaños y falsedades; pero si no hay justicia en la tierra para castigar tu maldad y delitos, el Cielo justo, sí, el justo Cielo usará contigo de sus venganzas para escarmiento de viles y protervos seductores. ¡Ay, Dios, qué confusión me rodea! Yo no pienso más que en la venganza, y no conozco que soy la más culpable. Mi infame flaqueza, mi poca precaución, mi ciega pasión, y no los engaños y cautelas de un infiel amante, son la causa de mi ruina. ¡Ay de mí! Yo pensaba que no podía haber hombres en el mundo capaces de tal maldad... ¡Dios mío, qué tribulación es la mía! Ya estoy perdida..., ya no hay para mí consuelo...; mis días serán amargos..., mi confusión y dolor eternos... ¡Ay, Cielos! ¿A dónde iré, adónde me ocultaré? Mi vergüenza... ¡Ah, tía, ah, tía! Tus ridiculeces y rigores me han conducido a tan infeliz y mísero estado. ¿Qué será de mí cuando sepa mi liviandad y desenvoltura? ¿Cómo tendré valor para presentarme a su vista? ¡Oh, miserable Carlota, oh, joven inconsiderada! Si yo no muero de congoja y aflicción es mentira, las penas no matan. ¿Quién ha visto jamás un corazón asaltado de tantos y tan diversos afectos? Un amante pérfido..., una tía inhumana..., yo sin amparo alguno..., próxima a ser la burla y el oprobrio de la ciudad..., el objeto más odioso de mi tía y hermanos..., la fábula de las conversaciones..., la víctima desgraciada de mi indiscreción... ¡Cielos, quitadme una vida que aborrezco, sí, una vida que no servirá sino para mi afrenta y deshonor!»

En estas exclamaciones y otras semejantes pasó la infeliz Carlota toda la noche, sin poder conciliar el sueño ni aun por un momento, siempre derramando lágrimas y quejándose de su falso amante, y aun más de sí misma. Sin embargo del tumulto interno que padecía su triste corazón, se salió de su cuarto la mañana siguiente, a la hora que acostumbraba todos los días levantarse, y procuró disimular cuanto pudo su turbación y afán delante de



su tía, a quien hizo creer que estaba fuertemente constipada y que toda la noche había padecido una gran fluxión que no la había dejado dormir, para que no se presumiese, viéndole los ojos hinchados, que había estado llorando. Dio crédito la tía a esta ficción, y aun le mandó hiciese algunos medicamentos domésticos para que se desvaneciese la fluxión; con lo cual pudo Carlota algunos ratos desahogar su dolor con la continuación del llanto.

El brigadier, temeroso de que Carlota pudiese buscar algún medio para reconvenirlo en justicia sobre su engaño y traición, aunque tenía en su poder el papel, determinó ausentarse de la ciudad por algún tiempo. Fue aquella misma mañana a ver a su amigo el Ministro de Guerra: contóle muy por menor el lance que le había sucedido, y el Ministro, que tenía una conciencia depravada, le aconsejó que se ausentase y dejase a la inocente Carlota abandonada, y aun le dio una comisión para que de orden del Emperador pasase a Londres a varios negocios. El brigadier, olvidado enteramente de su obligación y promesas, marchó aquel mismo día tan gozoso de su triunfo como si hubiese hecho la acción más heroica. ¡Cuántos pérfidos hay en el mundo que se jactan de la seducción como del triunfo más glorioso! ¡Cuántos hay que, sin temor al Cielo ni el menor remordimiento de conciencia, se valen de los mismos viles e inicuos medios que el brigadier para contrastar la virtud y pervertir la inocencia! Jóvenes bellas que vivís en el mundo, guardaos de todos los hombres sin distinción. Cada uno os llamará su bien, su vida, y os jurará constancia y fidelidad; cada uno os persuadirá que no vive ni sosiega un momento, que pasa los días delirando, las noches sin poder cerrar los párpados, que sólo anhela que llegue el día de lograr vuestra mano; llorará, suspirará, os pintará su amor del modo más seductivo: no los creáis, inexpertas doncellas, todo se dirige a engañaros. Considerad que la virtud y el pudor son los objetos más amables del mundo, y que el que intenta despojaros de tan preciosas prendas es un pérfido que sólo pretende engañaros, que sólo desea contentar sus apetitos y que se vale de estas astucias para rendir vuestra constancia. Los que son virtuosos aman la virtud, y no intentan seducirla; los viciosos sólo aman el vicio, y ponen todo su estudio y conato en pervertir vuestra inocencia y candor. Huid, huid, jóvenes, de estos monstruos de la humanidad, y no os veréis jamás en el deplorable estado y situación que la desgraciada e incauta Carlota. Y vosotros, padres de familia, tratad, educad a vuestras hijas con dulzura, y no las expondréis por vuestro rigor y aspereza a que se hagan disimuladas e hipócritas, ni a que, despechadas, comentan excesos que causarán su deshonor y vuestra amargura y remordimiento.

La angustiada Carlota ignoraba la ausencia de su pérfido amante y lloraba sin cesar; pero su mismo deseo le hacía no perder todavía alguna esperanza de que se reconociese y volviese a cumplir su obligación. Pronto se disipó esta lisonjera esperanza, sabiendo por el criado Bernardo que se había marchado el brigadier de la ciudad a evacuar una comisión del Real Servicio a Londres. Esta noticia acabó de consternarla vivísimamente. No pudo disimular su interna agitación, y derramando un torrente de lágrimas refirió a Bernardo cuanto le había sucedido con el brigadier. Quedó Bernardo asombrado al oírla (¡tan horrorosos son el vicio y la iniquidad, que no pueden menos de vituperarlos aun los mismos viciosos y malvados!), y con las más tiernas expresiones procuró consolar a Carlota y ofrecerle cuanto pudiese en su favor. Pensaron en emplear los medios de la Justicia para obligar al brigadier al cumplimiento de sus promesas, pero considerando que

les faltaba el documento justificativo del papel y que tenía la protección del Ministro de Guerra, conocieron sería inútil todas las diligencias que practicasen. Así sucede en el mundo: la maldad encuentra por lo regular protectores, y la virtud opresores. Si los poderosos de la tierra considerasen bien los designios de Dios en haber puesto en sus manos la autoridad y el poder, no dispensarían su protección a los hombres viles, pérfidos y aduladores; la emplearían solamente en proteger la virtud y amparar la inocencia. Pero la lástima es que mientras gimen y suspiran, oprimidos y arrinconados, los hombres honrados y virtuosos, triunfan y prosperan los inicuos y viciosos, que a fuerza de sus repetidos delitos elevan su fortuna y se levantan sobre las ruinas de los infelices. ¡Dichosos los protectores de la iniquidad y los protegidos depravados e indignos, si no hubiese otra vida más que la presente! Pero, ¡desgraciados cuando, en aquel Tribunal recto donde no valen el favor ni el engaño, serán acusados y confundidos! Allí, allí conocerán el error en que viven, y llegará el arrepentimiento cuando no tendrán remedio y cuando se verán castigados por toda una eternidad.

Mucho se desconsolaba la triste Carlota reflexionando su deplorable situación; pero llegó al mayor colmo su desconsuelo y amargura cuando conoció era indispensable que se hiciesen ya públicos los efectos de su flaqueza. Entonces fue cuando más resintió el golpe de su adversidad, y conoció a lo que había dado lugar su credulidad y débil condescendencia. El fruto frecuente del error es el arrepentimiento. ¡Infeliz el que antes de caer en el precipicio no procura precaverse! Rodeada Carlota de la más negra confusión, no sabía cómo evitar una afrenta irreparable y huir del furor de su tía. Estuvo varias veces para desesperarse; pero era virtuosa, aunque había caído en aquella flaqueza, y considerando que era añadir delitos a delitos, suspendía la ejecución de tan abominable pensamiento. Pensando y meditando sin cesar, al fin resolvió informar de todo a Bernardo. Llamólo, y llena de rubor y de lágrimas le confesó el doloroso estado en que se hallaba. Bernardo, compadecido de su lamentable suerte y reflexionando que él tenía la mayor culpa por haber hecho tan indignos oficios, aseguró a Carlota que la defendería y protegería hasta el último aliento de su vida. Carlota estaba traspasada de dolor; y con una novedad que aumentaba su pena, se sentía bastante débil y con poca salud. Bernardo le aconsejó que se echase en cama, diciéndole que lo dejase a él obrar, y que todo se procuraría ocultar a su tía. Esto reanimó el oprimido corazón de Carlota, y con muchas lágrimas y tiernas expresiones dio gracias repetidas a Bernardo.

Carlota tomó su consejo, se echó en cama, y aunque realmente estaba mala fingió algo más para persuadir a su tía. Bernardo procuró también persuadirla de que la señorita estaba muy echada a perder, y aun le dio a entender que podría provenir de la opresión en que la tenía, de sus ridiculeces y de estar siempre en aquella soledad y retiro. Esto convenía a sus ideas. La tía, a pesar de su genio raro y duro, sintió mucho que su sobrina estuviese enferma, y como ya había muchos días que la veía melancólica, sin embargo de su disimulo, no dejó de creer que podría tener razón Bernardo y le mandó fuese a llamar al médico. Fue a buscarlo al momento, lo enteró muy por menor de la verdad del caso, le manifestó los medios de poder precaver a aquella desgraciada joven de una afrenta escandalosa, atendido el genio de su tía; y el médico, que era muy prudente, le ofreció manejar el asunto con la mayor reserva. Vio el médico a la señorita, le dijo que ya estaba informado de todo, la animó, la consoló y le aseguró que lo dispondría todo de modo que

nadie supiese su flaqueza. Después dijo a la tía que su sobrina padecía una grande hipocondría, que ésta podría degenerar en una hidropesía, que procuraría aplicarle algunas medicinas para atajarla y que, cuando esto no bastase, tomaría aquel medio más proporcionado para su perfecta curación. Le encargó que la cuidase mucho, que no le diese que sentir, y finalmente le aseguró que con alguna paciencia se lograría su perfecto restablecimiento. La tía, que ni remotamente podía imaginarse lo que era, porque apenas se separaba de su lado por el día, y por la noche le hacía dormir sola en un cuarto a donde, como se ha dicho, se entraba por su dormitorio, creyó ser cierto cuanto le dijo el médico, y mucho más la persuadió que no podía ser otra cosa el que en aquella casa no entraba persona alguna más que el maestro de música, que era un hombre anciano y siempre daba lección a Carlota en presencia de su tía.

El médico visitaba a Carlota, y ésta, tomando algunas aguas propias para el mal que padecía, y unos días levantada y otros en cama para mejor disimulo, llegó ya a entrar en los nueve meses de su embarazo, siempre persuadiendo el médico a su tía que, lejos de ceder la hidropesía, iba rápidamente aumentándose. Ya creyó el médico, de acuerdo con Bernardo, que era indispensable sacar a Carlota de casa de su tía, aunque conocían las muchas dificultades que había que vencer. Con este objeto dijo el médico a la tía que ya no encontraba otro remedio para la señorita sino que fuese a tomar los aires a algún pueblo fuera de la ciudad, respecto de que ya había llegado la primavera, tiempo en que podía hacer ejercicio a pie, que era lo que más necesitaba. Discurrieron el médico y Bernardo este medio justamente, porque en aquella sazón, como la señora era anciana y padecía algunos achaques, se hallaba bastante enferma y no podía ir con Carlota. Al principio se resistió fuertemente la tía, diciendo que ella no dejaba sola de ningún modo a su sobrina; pero ofreciéndole Bernardo que iría a acompañar a su señorita con una criada, y que no la abandonaría un momento, y afirmándose el médico en que de lo contrario perdería indubitablemente la vida, al fin condescendió en que se fuesen su sobrina, Bernardo y una criada a su quinta, que distaba de la ciudad unas tres leguas y era de un temperamento muy saludable, y muy deliciosa; añadiendo que luego que ella se pusiese mejor, iría a acompañarlos y a pasar la primavera en ella, como acostumbraba hacerlo todos los años por este tiempo y por el otoño.

Con efecto, eligió Carlota a una de las criadas, de quien tenía mayor confianza y a quien ya había confiado mucha parte de sus sucesos, y a otro día se fueron a la quinta los tres en un coche. Apenas había quince que estaban en ella cuando acometieron a Carlota algunos dolores, y asistida de su criada, Bernardo y el médico, a quien avisaron y fue al instante, dio a luz un robusto niño felicísimamente. Pensó Bernardo en llevarlo a la ciudad, a la Casa de Expósitos; pero a ruegos de Carlota, que transportada del amor de madre no podía sufrir el separarse de su hijo, lo llevó a unas caserías no muy distantes de la quinta, y allí lo dejó encargado a una labradora para que lo criase, sin decirle de dónde ni de quién era, sólo sí que lo cuidase, que no lo perdería. Carlota se alegró mucho de esto, esperanzada de que, como su tía era muy anciana, podría después, con su hacienda y la que ésta le dejaría, vivir retirada en compañía de su hijo, a lo menos con algún consuelo en medio de sus desgracias; y de que entretanto, ayudada de Bernardo o vendiendo algunas alhajas que tenía sin que lo supiese su tía, podría mantenerlo y educarlo. Estas consideraciones mitigaban algún tanto el dolor de su sensible suerte, y en pocos días se

restableció enteramente. Quiso después de levantarse que Bernardo hiciese a la nodriza que le llevase el niño para verlo; pero de ningún modo lo consintió éste, diciéndole que tuviese paciencia, y que ya que había podido ocultarse hasta entonces su flaqueza, no convenía exponerse a que se hiciese pública. No le replicó Carlota, aunque le era muy sensible no ver al hijo de sus entrañas; y hallándose ya perfectamente buena y sabiendo que su tía estaba bastante agravada de su enfermedad, resolvió volverse a la ciudad a asistirle.

Llegó Carlota con su criada y Bernardo a casa de su tía, la cual, sin embargo de hallarse muy quebrantada de salud, se alegró mucho de ver buena a su sobrina. Ésta la cuidaba y asistía con la mayor atención y desvelo, y siempre que se hallaba sola con su criada no sabía hablar sino de su hijo. «¡Qué hermoso es, le decía! ¡Qué gracioso! ¡Cuánto diera yo por ver ahora al hijo de mi alma! ¡Qué desgracia es la mía! Apenas salió de mis entrañas cuando lo arrebataron de mis brazos, y no lo he vuelto a ver más. ¿Cómo estará el hijo de mi vida? ¡Ay, Dios! En medio de mis infortunios, éste me faltaba que sufrir. Yo soy ya bastante infeliz, y sin mi amado hijo no espero tener un momento de consuelo. ¡Pobre Enrico mío, quién te viera! ¡Quién pudiera darte mil besos! ¡Quién te estrechara ahora entre mis brazos! Tú no conoces a tu tierna madre, ¿quién sabe si llegarás a conocerla? Tal vez mis infortunios me agobiarán y tú quedarás huérfano y sin apoyo alguno, sin saber a quién debes el ser, mientras que tu inicuo padre, olvidado de su obligación, quizá andará seduciendo incautas para hacerlas infelices como a tu desgraciada madre. ¡Ah, cuántas deplorables consecuencias han causado mi imprudencia y facilidad! Yo las lloraré eternamente, y eternamente agitada del más cruel remordimiento, seré desventurada».

Así desahogaba su pena la triste Carlota con su criada, la cual procuraba consolarla en sus aflicciones. La tía de Carlota se puso buena en lo que restaba de primavera; pasó el verano en su casa, y luego que refrescó el tiempo en el otoño se fue con su sobrina y demás familia a la quinta. Alegróse mucho Carlota de esta determinación de su tía, pareciéndole que estando en la quinta podría quizá alguna vez ver a su hijo amado. Como todas las tardes salía con su tía a pasearse por las inmediaciones de la quinta, rogó a Bernardo muy encarecidamente y con muchas lágrimas que hiciese a la nodriza llevase el niño, como casualmente, por donde ellas iban a paseo. Bernardo se resistió, manifestándole que no convenía porque el amor de madre podría ser causa de que llegase su tía a descubrir todo el secreto; pero asegurándole Carlota que no haría con él demostración alguna, le ofreció cumpliría con lo que le encargaba. Efectivamente, aquella misma tarde hizo a la nodriza que sacase a pasear al niño por el mismo paraje por donde iban sus amas, advirtiéndole que en caso de que algunas gentes la encontrasen y le preguntasen de quién era, dijese que de unos caballeros de una villa inmediata, cuyos nombres ignoraba. A la hora acostumbrada salieron a pasearse Carlota, su tía y la criada, que estaba enterada de todo; encontraron a la nodriza con el niño, que ya tenía unos seis meses y era sumamente gracioso. No sabía Carlota cómo acercarse a él y cogerlo en sus brazos hasta que la criada, conociendo la pena de la madre y la fuerza que se hacía para resistir a los impulsos de su corazón, se acercó a la nodriza, tomó el niño y lo presentó a su ama mayor diciendo: «Mirad, señora, ¡qué criatura tan graciosa! ¡Qué rubio! ¡Qué ojos tan vivos! ¡Qué color tan fino!» No pudo menos la señora, oyendo las alabanzas de su

criada y viendo que no eran exageradas, de coger al niño, besarlo y hacerle muchos cariños diciendo: «Muy gracioso es; Dios lo bendiga». Lo mismo dijo Carlota; lo tomó en los brazos y le hizo las mayores caricias, aunque siempre reprimiendo su maternal afecto para que su tía no llegase a sospechar cosa alguna. Como después supo Bernardo que Carlota se había contenido y que su tía nada había notado, hizo a la nodriza que saliese con el niño a pasearse por el mismo paraje muchos días, en los cuales repitieron Carlota y su tía las demostraciones de afecto al niño, siendo siempre más tierna y agradable aquella escena para la triste Carlota, que no vivía ni sosegaba un momento hasta que llegaba la hora de salir a paseo para ver a su amado hijo, al cual siempre seguía con los ojos luego que la nodriza lo separaba de ellos. Ya una tarde, después de haber estado con el niño la madre, la tía y la criada, al apartarse de ellas la nodriza fue a pasar por un puentecillo de un arroyo que estaba allí inmediato. Como Carlota no dejaba de volver la cabeza a mirar a su hijo hasta que estaba muy distante, vio que se deslizó la nodriza y cayó con el niño en el arroyo. El amor de madre la arrebata, la ciega, y sin saber lo que hacía exclama: «¡Ay, hijo de mi alma!», y va corriendo, se arroja al arroyo, lo saca entre sus brazos, y viendo que tenía en la cara una poca sangre de una pequeña herida que se había hecho al caer, comienza a llorar y a dar gritos como loca. Queda su tía asombrada de ver tales extremos en su sobrina; se acerca a donde estaba, confusa y sobresaltada, y Carlota, agitada y sin saber lo que le sucedía, se arroja a sus pies llorando amargamente con su hijo y le confiesa todo cuanto le había sucedido sin la menor reserva, resuelta ya a no abandonar a su hijo, aunque le costase la vida. Irrítase la tía, se arranca los cabellos de cólera, y sin considerar que exponía con su imprudencia a un público deshonor y afrenta a su sobrina, le dice que no la admitirá jamás en su casa, que huya lejos de su vista, a donde nunca supiese de ella; la llena de vituperios, y en una palabra, la trata con el mayor rigor y crueldad. Carlota llora, suplica; nada basta a vencer a su tía ni a calmar su furor, antes bien la lleva a la quinta, le da su ropa y despide a Bernardo y a la criada, diciendo a los tres que jamás esperasen su conmiseración ni pensasen en volver a verla. Quiso Bernardo representarle que eran intempestivos y crueles aquellos procedimientos; no lo escuchó, y viendo que por ningún medio podían ablandar la dureza de su corazón, sacaron al campo sus baúles y ropa, buscó Bernardo un carro de un labrador de una de las caserías inmediatas, y los tres, con la nodriza y el niño, se fueron a la más cercana villa para determinar lo más conveniente en situación tan amarga. No tenía consuelo la infeliz Carlota, ni sabía qué resolver; parecíale un sueño cuanto le sucedía, y tomando en los brazos a su inocente hijo, entre lágrimas, suspiros y ternuras desahogaba su profundísimo dolor.

Pensó Carlota en ir a buscar el amparo y protección de su hermano; pero el temor de que se irritaría y la recibiría mal, y su misma vergüenza, la tenían indecisa en el partido que debería tomar en tan deplorable suerte. Bernardo procuraba consolarla y calmar la continua agitación de su espíritu, diciéndole que todo cuanto él tenía lo gastaría gustoso con ella; nada era suficiente para minorar su aflicción y remordimiento. Estando todavía sin saber qué resolver murió el niño, y esto aumentó más la confusión y amargura de Carlota. Pero no teniendo ya objeto alguno a que atender, entre avergonzada y despechada determinó irse a Nápoles acompañada de Bernardo y de su criada, si querían seguirla, con ánimo de que nunca supiesen más de ella ni dónde estaba sus hermanos y tía. Llamó a los dos, les comunicó su resolución y ambos ofrecieron acompañarla hasta

perder la vida; la criada, por amor que tenía a su señorita, y Bernardo porque, aunque malo, le daba compasión haber sido causa de la desgracia de su ama, y el instrumento de su ruina. Inmediatamente enviaron a su aldea a la nodriza, dándole un buen regalo, y los tres se encaminaron a Nápoles. Luego que llegaron a aquella ciudad, se mudó Carlota el nombre y apellido, tomaron una casa, y como era aficionada a la música hizo buscar un maestro bueno que le continuase las lecciones. Tenía una voz admirable, mucho ingenio y bastantes principios con lo cual hacía los más rápidos progresos en la música y en el canto. Así pasaron unos tres o cuatro meses, manteniéndose con el dinero de Bernardo; pero como éste era muy apegado al interés y se gastaba bastante, considerando que dentro de algún tiempo no tendrían con qué vivir hizo presente a Carlota que era necesario buscar algún modo de vida, porque de lo contrario se expondrían a tener que pedir una limosna. Oyendo Carlota estas expresiones a su criado Bernardo se contristó en extremo, y temiendo verse constituida en la miseria y recordándose de todos sus infortunios y adversidades, estuvo algunos días tan triste y melancólica que no cesaba de llorar.

Joven y bella, no dejaba de atraerse las miradas y atenciones de muchos jóvenes ricos de aquellos que emplean su opulencia no en amparar la virtud sino en seducirla. Hasta entonces se había resistido Carlota a las continuadas instancias y repetidas solicitudes de estos hombres libertinos. Pero como un delito abre la puerta para otro y conduce al precipicio, al fin Carlota permitió que algunos entrasen en su casa. Regalos exquisitos, importunaciones y lágrimas vencieron en ella aquel resto de pudor que aun conservaba después de haber cometido la primera flaqueza; y entregada a una vergonzosa prostitución se dio a una vida desarreglada que le producía para mantenerse con el mayor fausto entre delicias y diversiones. Éste es el fruto que sigue al primer error; éstos los dolorosos efectos que produjo la perversa seducción y engaño del brigadier y la imprudencia y aspereza de la tía de Carlota, siguiendo ésta en su rencor implacable de tal modo que nunca quiso saber más de ella ni avisar a su hermano lo que había sucedido, para que no la buscase y le diese algún socorro y alivio en sus adversidades. Llegó a tal extremo su odio, que murió a los seis o siete meses de haberse separado de ella su sobrina y dejó todos sus bienes libres a los extraños. El hermano mayor de Carlota, sabiendo que había muerto su tía, fue a tomar posesión de un pingüe mayorazgo que obtenía, y cuando creyó encontrar a su hermana se halló con la dolorosa novedad de que se había ausentado. Contáronle los motivos y le informaron de todo lo ocurrido. Hizo en su busca las mayores diligencias, y no pudiendo hallar quien le diese la menor noticia de ella se retiró a su casa sumamente contristado y afligido.

Carlota pasó dos años en Nápoles una vida alegre y viciosa, continuando en sus criminales excesos con la mayor desenvoltura. Cansada de estar en aquella ciudad y deseando hacerse célebre en otra parte por su viciosa y libertina conducta, se fue a Venecia con Bernardo y la criada, dejando burlados a todos sus apasionados después que le habían dado muchos regalos en dinero y alhajas de grande valor. Llegó a aquella ciudad, comenzó a tratarse con el mayor fausto, atrajo desde luego a los jóvenes más principales a su casa, y siguió con sus desórdenes escandalosos. Como cantaba primorosamente, y en el tiempo que estuvo en Nápoles había adquirido mucha destreza en la música y perfección en la pronunciación y conocimiento de la lengua italiana, se puso a cómica, entrando a cantar de segunda dama en el teatro de la Opera Seria. La

primera noche que salió a la escena cantó tan preciosamente que fueron infinitos los aplausos que le dieron. Animada con ellos se propuso continuar en aquel ejercicio, en el cual hizo los mayores progresos, logrando mucha aclamación y siendo su casa una de las más concurridas de la ciudad, y ella regalada magníficamente de todos los sujetos más visibles, tanto por su excelente habilidad como por el primor de su hermosura.

La experiencia de los engaños del brigadier le hacía desconfiar de todos los hombres, y jamás quiso sujetarse particularmente a ninguno, por más dádivas que le prometiese. Trataba indistintamente a todos los que le agradaban, prestándose a sus solicitudes y deseos, enteramente abandonada ya a la más deplorable prostitución. Su criada, que era joven no desgraciada pero de arreglada conducta, la reprendía algunas veces, acordándole quien era y su primera educación; pero Carlota no hacía caso de ella, y sólo le respondía que viéndose distante de sus hermanos y parientes, a quienes no quería presentarse jamás después de sus excesos, no tenía otros medios de vivir. Bernardo, por la cuenta que le tenía y como hombre perverso e interesado, le daba la razón y la animaba a continuar en sus desarreglos, representándole que sería mal recibida de sus hermanos y tratada con el mayor rigor.

Carlota siguió en su depravada vida y ejercicio seis o siete años; corrió los más principales teatros de Italia con el mayor aplauso, ganó inicua y lo gastó del mismo modo mucho dinero, y pasó así, entre lisonjeros y pérfidos obsequios, hasta que el Cielo, por sus incomprensibles decretos, quiso dar fin a sus desórdenes, y el castigo merecido al que había sido la causa de ellos. Yendo Carlota desde Módena a Milán, no muy lejos de esta ciudad se quedó en una hostería una noche, a causa de un terrible temporal que la cogió en el camino. El brigadier, que se hallaba de gobernador en una de las plazas o ciudades inmediatas a Milán, iba de viaje aquel mismo día, y por el mismo camino; y acosado también del temporal se acogió aquella noche en la hostería donde estaba Carlota. Luego que entró, preguntó al huésped quién había en la hostería, y éste le respondió que una señorita muy hermosa y magníficamente vestida, que según había dicho un criado suyo era cantarina. Alegróse mucho el brigadier, pensando en obsequiarla aquella noche y tal vez en otra cosa muy diferente de lo que le sucedió, y dio por muy bien empleado el mal rato que había pasado aquella tarde con el temporal, porque le había deparado tan buen encuentro. Como estaba acostumbrado a tratar con mujeres siempre escandalosas, le pareció que aquélla sería lo mismo, y que eran excusados los cumplimientos; y así se entró en el cuarto donde estaba Carlota con su criada, las saludó con mucha marcialidad en idioma italiano, le contestaron cortésmente y desde luego comenzó a explicarse con la mayor franqueza. Al pronto no lo conoció bien Carlota, porque los vicios y desórdenes lo habían aniquilado y envejecido; pero fijándose a contemplar sus facciones lo conoció, y al momento pensó en tomar venganza del fabricante de su ruina. Sin embargo de que se le representaron en su imaginación las penas que le había causado su perfidia y los desórdenes a que se había abandonado por sus engaños, procuró disimular su sorpresa y sobresalto. El brigadier vio un semblante parecido al de Carlota, aunque algo diferente por la edad, y nunca se persuadió que podía ser ella, mayormente encontrándola sola, en un traje como el que comúnmente usan las de su ejercicio, hablando como hablaba perfectamente el italiano, habiéndole dicho ella que era cantarina, que pasaba a Milán con ánimo de cantar aquel año en uno de sus

teatros, y oyendo a la criada que la llamaba Amalia. Para más asegurarlo Carlota y que no pudiese venir en conocimiento de que era ella, salió del cuarto, buscó a Bernardo, le refirió lo que estaba sucediendo y le encargó se fingiese malo y no se dejase ver del brigadier, temerosa de que si lo conocía, como era regular, porque había mudado poco o nada de su fisonomía, se le frustrarían sus intentos. Volvió a su cuarto Carlota y prosiguió su conversación con el brigadier con tanto desenfado y desenvoltura que éste, lejos de percibir ni aun la más mínima sombra de las intenciones que tenía, se lisonjeaba de obtener sus más señalados favores. Así Carlota procuraba disimular para mejor lograr sus deseos. Cenaron juntos con mucha alegría del brigadier, en la cual lo acompañó Carlota, como que estaba bien acostumbrada a fingir; pero cada vez que miraba aquel semblante impostor, aquel hombre pérfido que había seducido su virtud y triunfado de su inocencia, se encendía interiormente de cólera y furor y sólo deseaba que llegase la hora en que había meditado tomar de él la más cruel venganza. Pasaron en finos coloquios hasta cerca de las doce y media de la noche, entreteniéndolo Carlota con alegres esperanzas hasta aquella hora, con pretexto de que esperaba se recogiesen los que estaban en la hostería. Ya que Carlota conoció que con efecto se habrían recogido, salió del cuarto diciendo al brigadier que iba a ver si estaba la gente dormida; fue a donde estaba Bernardo y le previno que hiciese preparar el carruaje con mucho silencio, porque quería partir dentro de media hora; y aunque Bernardo quiso enterarse de la causa de aquella precipitación, Carlota sólo le dijo que convenía hacerlo así, y que después lo sabría. Dicho esto, el criado se fue a ejecutar la orden de su ama y ésta volvió a su cuarto, donde ya la esperaba el brigadier con la mayor impaciencia, ansioso de lograr sus finezas. Apenas entró cuando mandó a su criada se fuese al otro cuarto donde estaba Bernardo, y que los dejase solos. La criada obedeció a su pesar, creyendo que su ama tenía otras diferentes intenciones, muy conformes a su desarreglada y viciosa conducta.

Luego que quedaron solos quiso el brigadier propasarse, incitado de su torpeza, pero Carlota lo contuvo, diciéndole que no tendría con ella la menor libertad si antes no le escuchaba un secreto muy importante que se veía en necesidad de revelarle. El brigadier le ofreció no sólo oírlo, sino protegerla en caso necesario en cuanto pudiese. Asegurada de este modo, sacó Carlota un papel de la faltriquera para mayor disimulo, y con él en la mano le dijo así: «Yo soy napolitana; mi nombre, Amalia, y mi ejercicio, cantarina. Vengo por este país no a buscar los teatros de Milán sino a un pérfido amante, que con palabra de casamiento ha triunfado de mi honor y me ha dejado abandonada. Mi deseo es vengarme de su infame traición, y para esto os pido vuestro auxilio. Decidme, ¿no merece que traspase el corazón con un cuchillo a un hombre tan inicuo?»

«Sí, le respondió el brigadier; quien comete tal infamia y traición merece el mayor castigo y la más rigurosa venganza».

«Pues bien, replicó Carlota, tú, pérfido monstruo, tú mismo te has dado la sentencia. Yo soy Carlota, mírame, infame; por tus engaños me hallo en el estado en que me ves, y este cuchillo vengará en tu inicua sangre mis agravios y afrentas»; y dándole un fiero golpe con él, le traspasó el corazón y cayó muerto en el suelo, sin poder proferir la menor palabra. Así el Cielo permitió por tan extraño medio que viniese este inicuo impostor a pagar los funestos y desgraciados efectos de su perfidia y cautela, cuando él estaba tan



ajeno a este castigo que, sin temor al justo Juez de los hombres, se preparaba a cometer mayores delitos, añadiendo torpezas a sus depravados triunfos y desórdenes; y así pagarán sus culpas todos los seductores de la inocencia, que por saciar sus viles apetitos no temen contrastar la virtud más constante, y cuando deberían emplear su poder y riquezas en defenderla los emplean en abatirla y arruinarla, sin causarles el menor remordimiento los daños que ocasionan su falsedad y engaños.

Viendo Carlota saciada ya su venganza, y a sus pies muerto al fabricante de su ruina, considerando los enormes delitos a que ciegamente la habían conducido su credulidad y flaqueza, y que había tomado por sus propias manos una venganza que debía haber reservado al justo Cielo, se consternó tan vivamente que, horrorizada de sí misma, no sabía dónde ocultarse. Anegada en un profundo llanto, llena de rubor y de arrepentimiento, fue adonde estaba Bernardo, preguntóle si estaba puesto el carruaje, y respondiéndole que sí llamó a la criada y se entró con los dos en el coche. Salieron de la hostería, y ofreciendo gratificar bien a los postillones si caminaban de priesa, empezaron a seguir su camino con velocidad. Los criados del brigadier, que creyeron estaría su amo con la cantarina, se echaron a dormir; y hasta que siendo ya las nueve de la mañana y no saliendo nadie del cuarto, entraron en él y vieron al brigadier revolcado en su sangre, no supieron nada de lo que había sucedido. Alborotáronse todos y desde luego conocieron que la cantarina le había dado la muerte. Avisaron del caso al momento a la Justicia inmediata, y comenzaron a practicar las correspondientes diligencias. Entretanto Carlota llegó a Milán, habiendo referido en el viaje a sus domésticos el lance acaecido, de que se quedaron justamente atónitos y admirados. Viéndose Carlota rodeada de la mayor confusión y agitada del arrepentimiento que oprimía su corazón por los innumerables delitos que había cometido, creyó que ya no tenía otro recurso para calmar sus rigurosos remordimientos que expiar con la penitencia sus muchas y graves culpas. Movida de un superior impulso, recordándose de los principios de educación que sus amados y virtuosos padres habían impreso en su alma tierna, determinó acabar sus días en el retiro y soledad de un claustro, para implorar de la Misericordia Divina el perdón de sus criminales excesos. Al punto llamó a sus dos criados, les dio por iguales partes sus ropas, alhajas y dinero, les encargó se fuesen inmediatamente a Viena para evitar que los prendiesen si se descubría que ella había dado muerte al brigadier, y llena de lágrimas y arrepentimiento fue a arrojarle a los pies del arzobispo y a implorar su protección y amparo para lograr sus cristianos deseos. Deshecha en llanto le hizo la confesión más tierna y patética de toda la serie de su miserable vida, informándolo de su calidad, circunstancias y desgracias. Compadecido el arzobispo de su deplorable suerte, le proporcionó la entrada en un convento de religiosas y dispuso todas las cosas de modo que la Justicia diese libertad a varias personas que estaban presas de resultas de la muerte del pérfido brigadier, y no persiguiese a Bernardo y a la criada, que sin pérdida de tiempo se marcharon de Milán. Carlota vivió en su monasterio sin darse a conocer a nadie, siempre retirada y ocupada en santos ejercicios y haciendo la más austera penitencia para lavar la mancha de sus innumerables culpas. El rigor de las penitencias, a pesar de su robustez y fresca edad, la consumió en pocos años, y murió con las mayores demostraciones de arrepentimiento y dejando a las religiosas sus compañeras muchos motivos de llorar su pérdida, y muchos ejemplos de humildad, de paciencia y de virtud que imitar.

Éste es el fin que tuvo el pérfido brigadier, y éste será el que tendrán todos los malvados seductores de la inocencia y de la virtud, a los cuales nunca deja el Cielo, de un modo u otro, sin el castigo que merece su perfidia y engaños. Aprended, jóvenes libertinos; aprended por este ejemplar funesto a conteneros en vuestros vicios y desórdenes; y vosotras, inexpertas doncellas, conservad vuestra virtud y candor, que así seréis más amables; y si por vuestra desgracia de un precipicio vais cayendo insensiblemente en otros, despertad de vuestro letargo y tomad ejemplo de la desgraciada Carlota, imitando su arrepentimiento. ¡Ojalá que la lectura de esta deplorable historia contenga los desórdenes de la juventud y enseñe a los padres de familia y a los encargados de la educación que la dulzura y la prudencia forman corazones sinceros y virtuosos, y la aspereza y rigor sólo hipócritas y malvados, y no causen con su imprudencia la ruina de sus hijas, como causó la de la infeliz Carlota la inconsideración de su tía!

## ANECDOTA XII

(Vol. VII)

El benéfico Eduardo

La beneficencia es una virtud tan sublime que nos hace elevarnos hasta el trono de la Divinidad y regocijarnos interiormente de imitar al Criador en una de sus obras más consoladoras para el género humano. ¡Con cuánto placer el hombre benéfico ve correr las lágrimas de los infelices a quienes socorre en sus adversidades! Gocen, pues, los libertinos y malvados de aquellos placeres efímeros y vergonzosos que les producen sus pasiones desordenadas y destructoras. El hombre virtuoso y sensible prefiere a estos placeres, que degradan a los que los buscan ansiosos, los que le produce la sensibilidad que lo excita a socorrer a los desgraciados. Mientras que aquéllos arruinan su salud y su fortuna por ir continuamente en pos de la felicidad que nunca hallan, éste la encuentra, sin arruinarse, en la satisfacción interior que le proporciona el amor desinteresado a sus semejantes, y en la tranquilidad de su conciencia, que no pueden quitarle jamás ni la malicia, ni la envidia, ni la calumnia, ni la persecución ni la injusticia. El Autor de nuestra existencia ha puesto en el corazón del hombre un germen de benevolencia universal que nos inclina a amarnos, socorrernos y consolarnos mutuamente; pero la falta de educación, los malos ejemplos, el orgullo y la vanidad impiden en muchos el desarrollo de este germen, y en lugar de ser humanos, afables y benéficos son crueles, duros y destructores de todos los lazos que harían amable la sociedad y soportables las miserias de la humanidad afligida. El ejemplo que vamos a presentar en esta anécdota hará ver cuán apreciables son los actos de una beneficencia ilustrada y cuán digno de admiración el héroe que pasó su vida en las puras delicias de ejercitarla con los verdaderos necesitados, sin vanidad, sin altanería y sin exigir por sus beneficios, de los que los recibían, las humillaciones y vilezas que son tan comunes en el mundo. Pero, ¿podremos lisonjearnos de que, en un tiempo en que el egoísmo, el lujo excesivo de magnificencia, de comodidad y de frivolidad, y todos los vicios reunidos absorben las riquezas, corrompen las costumbres y empobrecen numerosas familias, se hallarán

todavía corazones sensibles que puedan gustar del dulce placer que inspira la lectura de las acciones benéficas y generosas, penetrarse del vivo deseo de imitarlas y derramar tiernas lágrimas sobre el sepulcro de los bienhechores de la humanidad? No dudamos que sí. A pesar de la corrupción general hay almas privilegiadas que conocen todo el precio de la virtud, y que, al verla en acción, no pueden dejar de tributarle aquel llanto delicioso que involuntariamente se asoma a los ojos impelido de la sensibilidad natural, y no de una flaqueza vergonzosa como piensan muchos hombres duros y crueles, a quienes no son capaces de mover los lamentos del afligido, los sollozos del oprimido ni los gemidos del infeliz. Declamen cuanto quieran estos apóstoles de la insensibilidad, guarden su fiereza entre sus inhumanos secuaces, que nosotros siempre ejercitaremos nuestra pluma en excitar la sensibilidad de aquellos corazones que no la han perdido todavía, y que la conservan estéril por falta de ejemplos que la pongan en acción para bien y consuelo de sus semejantes.

Vivía en París Mr. Juan Bautista Clermont, muy rico comerciante, hombre de suma probidad y que por los medios más lícitos, a costa de su infatigable trabajo y aplicación había aumentado considerablemente la fortuna que heredó de sus mayores. Madama Elvira de Chauvelin, su esposa, contribuía no poco al aumento de sus bienes con su moderación, su laboriosidad y su excelente manejo doméstico. No fundaban su felicidad en disipaciones escandalosas, en trenes magníficos ni en aparatos brillantes. Más sabios y más humanos que muchos ricos que emplean cuantiosas sumas en los deleites, en la profusión y en lo que se llama hacer figura en el mundo, buscaban la miseria verdadera donde quiera que se ocultaba, y con mano generosa enjugaban las lágrimas de la viuda desconsolada, del huérfano desamparado, del artesano indigente, del labrador arruinado. A todas partes alcanzaba su beneficencia, y sin hacer ostentación de ella se complacían sus almas piadosas y sensibles con el tierno y sincero tributo del agradecimiento que les pagaban continuamente los muchos que por sus beneficios conservaban su existencia y veían prolongada y aliviada la de los objetos más dignos de su amor.

En estas acciones sublimes se empleaban los dos benéficos esposos, sin haber tenido el consuelo en cinco años de ver fruto alguno de su conyugal unión. Sufrían con la mayor resignación esta falta porque, si bien deseaban tener a quien transmitir sus virtudes, no pensaban levantar con sus riquezas edificios perecederos a una vanidad insensata ni se embarazaban discurriendo el empleo que les darían, porque sabían muy bien que podían erigir con ellas asilos para la humanidad afligida, que llenarían todos los deseos de sus corazones benéficos. Sin embargo, el Cielo, que conocía la pureza de sus intenciones, no quiso dejar sin sucesión a unos esposos tan dignos de tenerla, y al cabo de seis años de matrimonio Madama de Chauvelin dio a luz un robusto niño, que los colmó de la mayor alegría.

El nacimiento de este niño fue acompañado de las bendiciones más fervorosas por parte de los muchos indigentes que habían recibido continuos beneficios de sus generosos padres; y éstos, en lugar de una ceremonia pomposa, de un convite magnífico en que las más veces se insulta a la miseria pública, hicieron actos de beneficencia tan sabios como dignos de ser imitados por todos los ricos. Dotaron a diez doncellas que, sin este auxilio, hubieran sido víctimas de la miseria o de la prostitución; repartieron considerables sumas

entre varios padres de familia enfermos, que carecían de todos los medios de conservar a sus hijos el único apoyo de su subsistencia; se encargaron de la lactancia de cuatro niños, que sus madres pobres no podían criar a causa de diversas enfermedades puerperales y lácteas; y finalmente prodigaron muchos socorros a personas que habían llegado al extremo de la infelicidad, no por sus vicios, inaplicación y desórdenes, sino por aquellas desgracias tan comunes en el mundo, a que todos estamos expuestos.

Eduardo fue el nombre que pusieron a este niño. Su madre, siguiendo los impulsos y sabios designios de la naturaleza, no desperdició los recursos que ésta prodiga a todas las madres para criar a sus hijos; y menos vana y más sensata que tantas otras que creen indecoroso de su opulencia emplearse en tan digna ocupación, daba tierna y cariñosamente a su hijo el alimento de su propia sangre. ¡Avergüéncense las madres que, olvidándose de lo que se deben a sí mismas y a sus hijos, renuncian sin causa justa a los dulces placeres de la maternidad, y encargan los depósitos preciosos que el Cielo les ha confiado a mujeres mercenarias, que obligadas de la necesidad abandonan sus propios hijos para alimentar otros extraños! ¡Avergüéncense mucho más de añadir a este ejemplo de insensibilidad el pernicioso de una conducta estragada, el del inmoderado deseo de vivir en una libertad ilimitada, el de una inclinación escandalosa a entregarse a todos los deleites y placeres desenfrenados, que las más veces suelen ser las verdaderas causas de desprenderse de este cuidado, ciertamente penoso pero el más digno de cuantos pueden fijar la atención de una madre sensible y virtuosa! Madama de Clermont, más tierna y cariñosa, cifraba todos sus placeres en criar y cuidar a su hijo, y nada igualaba al contento que cada instante recibía con sus inocentes caricias.

Crecía Eduardo en robustez y en belleza a proporción de los desvelos de su solícita madre; y fácilmente se inferirá que, luego que llegó a la edad de la educación, sus virtuosos padres no omitieron medio alguno para darle la más completa y cuidadosa. No sólo procuraron adornar su persona de todas aquellas gracias y atractivos que son tan necesarios para agradar en la sociedad, sino que se esmeraron en formar su corazón y en enriquecer su espíritu, inspirándole las ideas más sublimes de la Religión y de la virtud, los más puros sentimientos de humanidad, y en fin el aprecio de todos los deberes sociales. Eduardo correspondía cada día más a los continuos cuidados de sus padres, y por sus lecciones y las de sus sabios maestros llegó a ser el embeleso y admiración de cuantos lo rodeaban y conocían. Sus estudios no fueron vulgares ni comunes. La gramática de su propia lengua, una retórica desnuda de sutilezas, una lógica exacta, una física desembarazada de superfluidades, la historia antigua y moderna de las sociedades y acciones de los hombres, la historia natural, la de los progresos del espíritu humano, las matemáticas, la química, el derecho natural y civil, la geografía más completa, el conocimiento del maravilloso idioma de los Homeros y Virgilio y de los principales de Europa, la poesía, la música, la pintura, y en fin la atenta, continuada y metódica lectura de los verdaderos filósofos cristianos y políticos y de las obras magistrales del ingenio que enseñan a conocer al hombre en todos los estados y circunstancias de su vida, fortifican la razón, rectifican las ideas y el corazón y ensanchan la esfera de los conocimientos humanos, fueron las únicas ocupaciones de su adolescencia y formaron un joven verdaderamente sabio, modesto, amigo de los hombres, que no contento con la

estéril teoría de la virtud, la practicaba en todas las ocasiones que se le presentaban, sin afectación y sin vanidad.

Ocupado tan dignamente llegó a la edad de veintiséis años, edad en que, desenvueltas las pasiones, dan a conocer los jóvenes los frutos de una sabia educación o los efectos de sus malas inclinaciones. Eduardo hacía ver la bondad de las suyas en todas sus acciones; y tantas bellas cualidades reunidas a una gallarda figura, a una conversación no menos instructiva que amena y a unos modales sencillos y corteses, no podían menos de llamar la atención de muchos padres que, teniendo hijas que establecer, veían en este amable joven la adquisición más digna por sus prendas, por sus virtudes morales, por su cultura, por su talento y por sus grandes riquezas, cualidades que no sólo rara vez se hallan unidas, sino que parece son opuestas entre sí, para vergüenza de la especie humana. De aquí nació el mucho aprecio que hacían de este joven personas de calidad, y las que, siendo distinguidas, muchas veces no se distinguen sino por acciones bajas, extravagantes o inicuas que las degradan; y de aquí también frecuentar Eduardo diferentes casas en que lograba la mayor estimación y obsequios. Entregado hasta entonces al estudio y a la meditación, no podía persuadirse, a pesar de cuanto había leído, que las costumbres estuviesen tan relajadas y corrompidas; que las madres de familia, lejos de procurar el mejor recogimiento y educación a sus hijas, les diesen ejemplos seductores de desenvoltura, de vanidad, de inaplicación y de inclinación a todo género de modas, de fruslerías y de descuido en el manejo de los negocios domésticos, y que, entregadas así a la disipación, consumiesen sus caudales en un lujo escandaloso que arruinaba rápidamente sus fortunas. No menos le admiró la tolerancia y sufrimiento de los padres de unas, la desarreglada conducta y libertinaje de los de otras, y sobre todo la frivolidad en sus conversaciones, la pasión dominante al juego, a los placeres, a la ostentación, a la magnificencia; la dureza y altanería con que trataban a sus criados, la insensibilidad con que oían las miserias humanas, la indiferencia con que miraban los males que afligen a los hombres; y, en fin, la vida insustancial que pasaban, encenagados en los deleites o fastidiados de su existencia por no saber emplearla en cosas útiles, por no encontrar ya gusto en la saciedad, por hallarse devorados de la envidia o de la enemistad o llenos de achaques y remordimientos, consecuencias infalibles y funestas de una conducta viciosa y desordenada.

Disgustado en extremo de semejantes compañías, y aborreciendo todo enlace con jóvenes educadas a vista de ejemplos tan dañosos, fue separándose poco a poco de aquellas casas envenenadas antes de que lo alcanzase el contagio que era temible de su continuación en frecuentarlas, a pesar de los buenos y sólidos principios con que había fortificado su alma y su razón. No dejó de tratar en este intermedio a varias jóvenes capaces por su figura, gracias y atractivos de seducir a otro menos cauto y menos cimentado en la virtud; pero, lejos de hacer nacer en su corazón aquella pasión amorosa que deslumbra y precipita a muchos jóvenes por falta de reflexión, las compadecía y se lamentaba de que personas tan amables por sus cualidades físicas y por la belleza con que las había dotado la naturaleza hubiesen caído en manos tan perversas o descuidadas que no hubiesen desarrollado en ellas con tiempo las cualidades morales que prometían, y seguramente hubiera conseguido poner en movimiento y en buena dirección una cuidadosa y virtuosa educación.

Desengañado de que en el gran mundo le era difícil hallar una joven que pudiese asociarse a su suerte y ayudarle a soportar las miserias de la vida, tal como la deseaba, y que su elección hiciese tanto honor a su talento como a su corazón, se contentó con seguir en sus estudios y lectura; y ocupado unas veces en la música, otras en la poesía, otras en investigar los secretos de la naturaleza y otras en contemplar la formación de las sociedades, las revoluciones de los imperios, las costumbres de los pueblos, las vicisitudes continuas a que están sujetos, la sobriedad de los unos, la magnificencia de los otros, las violencias, los trastornos, las desolaciones que han afligido y afligen la tierra, la perversidad de tantos monstruos como ha producido sólo para arruinarla, los pocos que con justa razón pueden llamarse delicias del género humano, y en fin cuantos objetos pueden entrar en la meditación de un joven virtuoso e instruido, pasaba su vida separado del trato de las gentes, fortificando siempre su razón y aprendiendo a ser justo, sobrio, humano y bienhechor.

Sus padres veían con asombro su abstracción y retiro, tan poco comunes en un joven; pero, como nada tenían que vituperar en su conducta, no le impedían seguir en su pasión dominante, que era el estudio. Sin embargo, consideraban que sería conveniente establecerlo; y creyendo que pudiera adoptar algún partido de los que les parecían proporcionados, un día, estando su madre presente, le habló así Mr. de Clermont: «Hijo mío, la sabia conducta que observo en ti, la constancia que tienes en el estudio, tu continua aplicación a cuanto puede ilustrar tu talento y mejorar tu corazón, llenan a tu madre y a mí de la satisfacción más completa; pero, si bien conocemos que estas ocupaciones, tan dignas de un joven que quiere corresponder a los desvelos y cuidados que hemos tenido de tu educación, te preservan de los daños que pudieran resultarte de otras distracciones a que se entregan otros jóvenes de tu edad, con todo creemos que alguna causa particular te ha reducido a un extremo a la verdad impropio de tus años, aunque no ajeno del juicio y discernimiento que desde luego has manifestado, y esto nos tiene confusos y dudosos. Bien vemos que, a pesar de tu retiro, te ocupas muchos ratos en averiguar las verdaderas necesidades de tus semejantes, para proporcionarnos el dulce consuelo de aliviárselas, y que en esta ocupación muestras tanto placer que sólo por ella abandonas voluntariamente el que experimentas en el estudio de las ciencias y en el ejercicio de la pintura y de la música, que tanto te embelesan; pero, sin embargo, esa aversión que notamos en ti al trato de tantas gentes como desean tu compañía y amistad nos deja siempre en las mismas dudas y confusiones».

Eduardo oyó estas palabras de su padre con aquel respeto y sumisión que acostumbraba, y conociendo que estas dudas de sus padres reprendían en cierto modo su silencio, les dijo de esta suerte: «Es cierto, amados padres míos, que me he retirado del comercio de las gentes y que sólo encuentro placer en las ocupaciones que me habéis indicado; pero en esto no hay misterio alguno que pueda inquietaros. Os hablo con toda la efusión de mi corazón. Jamás pude creer que el trato del gran mundo ofreciese ejemplos tan frecuentes y contrarios a la probidad y a la pureza de costumbres, y mucho menos entre personas que por su calidad y circunstancias debían servir de modelo de perfección a los que la suerte hizo inferiores y privó de los auxilios necesarios para cultivar sus talentos e ilustrar su razón; pero habiéndome engañado abracé la única resolución que me dictó la prudencia, conociendo los riesgos a que me exponía si no me separaba con tiempo de las

compañías que fácilmente podían inficionarme y hacerme perder en un momento el fruto de tantos años de aplicación y el que constantemente me habéis dado con vuestras virtudes y sabias lecciones. Esta es la verdadera causa de mi retiro; y si acaso mi silencio hasta ahora ha podido inquietaros, os ruego os tranquilicéis y perdonéis no os haya hecho antes esta ingenua confesión, porque no he notado hasta ahora en vosotros que mi conducta pudiera seros dudosa o daros sospechas de que otra causa diferente podría haberme inducido a tomar este partido».

«No, hijo mío, le replicó Mr. de Clermont, jamás hemos atribuido tu silencio a falta de sinceridad y de confianza. Sabemos muy bien por experiencia que nos tienes por tus mejores amigos; pero, temerosos de que nos callabas algún disgusto por no darnos que sentir, conociendo cuánto te amamos, nos hemos determinado a hablarte y a averiguar cuál fuese el verdadero motivo de tu resolución. Ella nos confirma más en el concepto que teníamos formado de ti; pero, si bien nos parece juiciosa y admirable, no por eso dejamos de desear que tu corazón se entregue a los dulces placeres que en el seno de la virtud y de la honestidad proporciona una compañera amable. Sí, Eduardo mío, deseamos vivamente que tomes estado; y sin embargo de que no intentamos forzar ni aun dirigir tu voluntad, nos parece, según las noticias que nos han dado, que podría convenirte la señorita Goudin...»

«¡Ah, padre mío!, le interrumpió Eduardo; no quisiera desagradaros, pero la confianza que me inspira vuestro cariño no me permite ocultaros que los informes que os han dado son poco exactos, y que ni la señorita Goudin ni otras muchas de su clase que he tratado pueden hacer la felicidad de mi vida. Figuras agradables, gracias encantadoras, bienes de fortuna, sí, todo esto y mucho más se halla en ellas; pero ninguna solidez en su juicio, ninguna modestia en sus costumbres, ninguna cualidad del ánimo de aquellas que no pueden desfigurar los años ni alterar el tiempo. Desenvoltura, liviandad, amor inconsiderado a las frivolidades, a los placeres fútiles, y ninguna sensibilidad para gozar de aquellos puros y verdaderos que produce la virtud; ved aquí, señor, a lo que se reduce el pretendido mérito de esas señoritas, y ved aquí también lo que me ha obligado a huir de su trato, temeroso de que pudiera seducirme el brillo exterior, que ofusca regularmente a los que se precian sólo de apariencias y no examinan el verdadero mérito del bello sexo. Yo os aseguro ingenuamente que hasta ahora no he hallado joven alguna que interese mi corazón. No son las riquezas ni las distinciones las que me seducirán. La modestia, el candor y la inocencia de costumbres son únicamente las prendas que pueden hacerme impresión. La virtud, sí, la virtud sólida que hermosea al alma y hace las delicias de la vida, será la que me decida a elegir una compañera en quien yo halle más que admirar que corregir; pero jamás pasaré a elegirla sin vuestro consentimiento y aprobación, bien seguro de que vuestros sentimientos son iguales a los míos, y de que, más sabios que muchos padres, sólo deseáis mi felicidad».

Mr. y Madama de Clermont abrazaron tiernamente a su hijo, aprobaron su juicioso modo de pensar, y confiados en su discreción y prudencia le aseguraron que la esposa que eligiese sería de su aprobación. Eduardo les dio las más expresivas gracias por sus bondades, y les protestó que jamás haría cosa alguna que pudiese desagradarlos. Entonces le manifestó su padre que tanto retiro y abstracción podría degenerar en una profunda

melancolía que le fuese funesta; que el hombre en la sociedad debía compadecer las flaquezas de sus semejantes y no entregarse a una misantropía perjudicial; que un joven de su edad y conocimientos debía rectificarlos, examinando el mundo y las diversas acciones, pasiones e inclinaciones de los hombres, y esparcirse en aquellas distracciones honestas que ofrece la sociedad; que, a pesar de la corrupción que hay en ella, no dejan de hallarse personas timoratas y honradas cuya compañía y comunicación es bueno frecuentar; y que nada le complacería más que el que adoptase un método de vida conforme a estas máximas, pero que la demasiada meditación y estudio enervan las fuerzas, consumen la salud y traen por lo regular consecuencias funestas. Eduardo, que nada más deseaba que complacer a sus padres, prometió que desde aquel día emprendería el género de vida que le aconsejaba. Mr. de Clermont se aprovechó también de esta ocasión para manifestarle que juzgaba conveniente declarase la carrera que quería seguir, porque ya estaba en edad para ello. Le insinuó que le parecía lo más seguro y acertado que se dedicase al comercio, para lo cual tenía todos los conocimientos necesarios y nada le faltaba sino enterarse de sus relaciones, de sus especulaciones prácticas y de sus correspondencias. Eduardo, que no temía abrir francamente su corazón a sus padres, les dijo que estaba pronto a obedecer sus preceptos, pero que no podía dejar de confesarles que su decidida inclinación era a todos los ramos de la agricultura, con la idea de aplicar los conocimientos que había adquirido en el estudio de las ciencias naturales a la economía rural. Su padre se conformó con este pensamiento, pareciéndole la ocupación más honrosa y digna del hombre, y desde luego le dijo que tomaría la determinación de irle comprando algunas haciendas, aunque esto lo podría hacer mucho mejor después de sus días porque, siguiendo como pensaba seguir en el comercio, no le convenía distraer de él los caudales que tenía en giro; y que entretanto podía continuar ilustrándose, a menos que le acomodase seguir la carrera de la toga. Así que oyó esto Eduardo le interrumpió diciendo: «Señor, no me considero con suficientes fuerzas para emprender la carrera de la magistratura; mi corazón humano al pronunciar una sentencia de muerte se estremecería, sin embargo de conocer la necesidad de reprimir las maldades de los hombres con el rigor de las leyes. Supuesto que aprobáis mi modo de pensar, dejadme seguir una inclinación que me pondrá más al nivel de tantos hombres que buscan en el cultivo de la tierra el premio de su sudor y de sus trabajos. Ellos me enseñarán con su ejemplo a ser sobrio y moderado, y mi ambición entonces no podrá dirigirse a objetos que tal vez la harían funesta a la sociedad, sin proporcionarme jamás aquella vida tranquila y sin remordimientos que sólo puede encontrarse entre las inocentes costumbres del campo y entre sus pacíficos cultivadores».

En estas y otras conversaciones pasaron bastante ratos el padre, la madre y el hijo, hasta que la venida de algunas gentes les impidió proseguirlas. Al día siguiente ya comenzó Eduardo a entablar otro método de vida. Formó un plan de distribución de horas para su estudio, recreación y distracciones honestas, según las ideas y deseos de sus padres, y sobresalió tanto su juicio en esta distribución que no pudieron menos de aplaudírsela. Sus diversiones eran por lo regular frecuentar aquellos parajes en que la instrucción pública estaba más acreditada. No había laboratorio, biblioteca, sociedad literaria, taller y establecimiento científico o industrial que no visitase. Los hombres que se distinguían en cualquiera ramo eran los que más merecían su estimación y aprecio. Algunos días solía pasarlos en el campo, entretenido en la caza y principalmente en examinar cómo los



labradores cultivaban sus tierras, el abono que les daban, los gastos que hacían, las utilidades que les resultaban y otras muchas cosas relativas a este ramo de industria, tan útil y necesario que ningún Estado en que no florezca puede ser feliz. Algunas veces solía ir al teatro. Le agradaban mucho aquellas composiciones en que está pintado el ridículo con gracia, sencillez y viveza; pero sobre todo le elevaba la tragedia, y su corazón se entregaba al más delicioso placer viendo representar acciones humanas, benéficas y virtuosas. Creía que el teatro no debía ser sino la escuela de las costumbres públicas y privadas, y que todo cuanto se representase en él que pudiese inspirar a los hombres sentimientos honestos, magnánimos y virtuosos, era lo mejor para aquel lugar y más útil para la sociedad, porque no todos gustan de los preceptos de una moral pura si no está revestida y hermoçada con diferentes colores. Como tenía bastante conocimiento del teatro antiguo y moderno, se divertía en leer las críticas de las piezas que se representaban, y no podía dejar de compadecerse de las parcialidades de unos, de la poca exactitud de otros y de la manía de muchos en vituperar las que, según ellos, no observaban las reglas que observaron los griegos y latinos, o las que se dieron como preceptos inviolables por los que se llaman maestros del arte. Estaba bien persuadido de que éstos trataron la materia con el mayor pulso y discernimiento, y que muchas de sus reglas son seguramente para todos los tiempos; pero no podía tolerar que no se admitiesen en el arte dramática otros géneros de composición que han inventado los modernos, por sólo la razón de que eran desconocidos de los antiguos, cuando es cosa bien sabida que cada pueblo ha seguido en el teatro los impulsos de su gobierno, de su religión y de sus costumbres, y que por lo mismo no sería tolerable en ningún teatro moderno el *Edipo* de Sófocles, por más bien traducido que se representase, ni ninguna comedia de Menandro, de Plauto o Terencio, aunque están llenas de bellezas y gracias que deben imitarse. Él quería que los hombres fuesen justos y que diesen el mérito debido a los ingenios de cualquiera clase que fuesen, graduándolos según las mayores o menores dificultades que tenían que vencer para sobresalir o agradar en su género, y que no se despreciase un género de composiciones dramáticas porque otro fuese más raro o más difícil; pero esto era querer exigir mucho de críticos descontentadizos, parciales, detractores o frívolos, que escriben sólo por escribir, por deprimir el mérito, por decir dicterios o por aparentar una erudición que no tienen, y no estimulados del deseo de ilustrar al público, de animar a los talentos y de buscar la verdad, objetos que sólo deben dirigir la sana y juiciosa crítica. No por esto olvidaba ni omitía medio alguno para averiguar las miserias de sus semejantes y proporcionarse el placer de socorrerlos en sus desgracias, ya empleando cuantiosas sumas que con este objeto le daban sus generosos padres, ya invirtiendo lo que igualmente le franqueaban para sus diversiones honestas y distracciones lícitas.

Así vivía Eduardo, lleno de aquella satisfacción interior que producen las buenas obras y una conducta irreprochable, y dando gracias al Cielo porque lo preservaba de aquellas pasiones, vicios e inclinaciones que degradaban a otros muchos jóvenes de su edad, haciéndolos aborrecibles a los ojos de las gentes sensatas. Una tarde, antes de anochecer, pasaba por una calle de la ciudad no muy frecuentada, y oyó gemidos y suspiros como de una persona afligida. Paróse un poco, prestó atención hacia una pequeña reja de un cuarto bajo, donde le pareció estaba quien se lamentaba, pero no pudo percibir cosa alguna que le indicase la causa de aquella aflicción. Su corazón benéfico no se satisface si no

averigua quién es la persona que padece, y si su dolor era efecto de alguna desgracia que pudiese remediar. Entrase inmediatamente en la casa, pregunta a los vecinos si saben el motivo por que suspiraba y gemía una persona en el cuarto bajo, y si sucedía algún trabajo a la familia que lo habitaba. Una anciana respetable le dice: «¡Ah, señor! En ese cuarto vive una pobre viuda digna de la mayor lástima. Su marido era un pintor de gran talento y habilidad, llamado Mr. Chivet. Aprendió en Italia el arte de la pintura, estuvo algunos años en Alemania, y habrá como unos quince que vino a París. Apenas llegó cuando tuvo la desgracia de romperse el brazo derecho de una caída de caballo, y desde entonces no pudo ejercitarse en su arte. Tenían una niña de dos años, y esto los desconsolaba extraordinariamente. Sin embargo de la falta del brazo, procuraba el padre por varios medios adquirir alguna cosa para mantener a su familia, y la mujer le ayudaba también con su trabajo; pero no bastando lo que ganaban para su manutención, aun con la mayor economía, iban gastando los ahorros que ésta les había proporcionado, y al fin llegaron a la mayor estrechez. Mr. Chivet, que era de los hombres más virtuosos e instruidos que he conocido, cayó enfermo habrá un año, y murió dejando solas y sin amparo alguno a su mujer y a su hija, que ambas hacen con sus virtudes y talento honor a nuestro sexo. Desde que perdieron el único, aunque débil apoyo que tenían, han vivido con el mayor recato y recogimiento, alimentándose con el corto trabajo de sus manos; pero hace ocho días que Madama de Chivet está enferma en una miserable cama, debilitada de necesidad, sin más auxilio ni amparo que el de su triste hija Adela. Éste es el nombre de la joven más bella y virtuosa que quizá hay en toda la Francia, ésta es sin duda la persona que habéis oído gemir y suspirar. ¡Ah, señor! Yo quedé también viuda y con muy cortos haberes; pero he partido con esta desgraciada familia lo poco que tenía. Sin mis débiles auxilios hubieran perecido de miseria. Pero ya nada tengo ni para mí ni para ellas, ya no tenemos a quien volver los ojos. Parece que la naturaleza se ha acabado para nosotras. Madama Chivet y yo pronto iremos al sepulcro; pero la virtuosa, la incomparable Adela, huérfana, desamparada en la flor de su edad, sin parientes, sin amigos, viendo expirar de miseria a su pobre madre... Perdonad, señor, mis lágrimas me impiden proseguir... Si sois compasivo..., si tenéis un alma benéfica... id, veréis el espectáculo más doloroso que puede ofrecer la naturaleza...; escuchad sus gritos lamentables..., enjugad el llanto de la joven más digna de compasión».

Eduardo oye esta relación de la anciana, y sin poder al pronto articular palabra la coge de la mano, derramando copiosas lágrimas. Recóbrase un poco, y le dice con el tono más expresivo y patético: «Vamos, alma bienhechora; vamos, respetable anciana, a consolar a esas dos infelices, dignas de más dichosa suerte. La mía puede proporcionarles todos los auxilios necesarios, pero quiero que sea por vuestra propia mano, por esa misma mano tan benéfica, que ha enjugado tantas veces las lágrimas de dos desventuradas a costa de su propia felicidad. Venid, generosa anciana, llevad el consuelo a la virtud desgraciada, recoged el premio de vuestras buenas obras, tened la satisfacción de anunciarles vos misma el término de su miseria y de la vuestra; hacedme probar el mayor de los placeres, sí, el más delicioso que quizá experimentaré en toda mi vida».

La anciana quiere arrojarse a sus pies, besarle las manos, regárselas con su llanto. Eduardo se lo impide y le dice precipitadamente: «Vamos, vamos, respetable mujer; no

tardemos más el alivio de la más deplorable indigencia. Sed vos la precursora de la felicidad...»

«¡Ay, señor! ¿Por qué queréis disminuir el precio de una bella acción? Vous sois el bienhechor, vos solo...»

«¡Yo solo! ¡Yo solo! No, por cierto. Vos me habéis dicho que Adela es joven, que es bella y virtuosa. ¿Y sería fácil que recibiese de mano de un joven un socorro que, aunque destinado a su orfandad y miseria, podría creer dirigido a procurar su infamia? Lejos de mí semejante sospecha; la delicadeza de mi proceder no dará jamás motivo alguno, ni aun para la más leve».

«Vos me confundís, señor; vos añadís ese realce más a vuestra beneficencia... Vamos...»

«Vamos, señora, vamos prontamente a llevar la consolación a dos almas afligidas. Quizá llegaremos tarde si nos detenemos más; y mi corazón no puede sufrir la dolorosa idea de hallar víctimas de la miseria a las que deseo vivamente librar de las desgracias que las amenazan».

Inmediatamente se dirigen al cuarto de Adela Eduardo y la anciana. Llama ésta con precipitación. Abre la joven, ve a su bienhechora que le dice con voz trémula y enternecida: «Mirad, Adela..., el Cielo...» Adela, sin reparar en Eduardo, se arroja en sus brazos exclamando: «Respetable amiga mía, ya no tengo más consuelo que en vuestros brazos. Socorred a la más desgraciada de todas las criaturas. Mi madre de mi alma está próxima a expirar... La debilidad, la miseria ¡Ay, Dios! Todo falta para mí en el mundo...»

«Adela mía, la interrumpe la anciana, viéndola en acto de desmayarse, ensanchad el corazón...: la compasión no está desterrada de la tierra... Este benéfico joven...» Adela levanta los ojos llenos del más doloroso llanto, mira a Eduardo y sólo puede pronunciar estas palabras: «¡Un joven... No, no, la muerte es menos amarga...; dejadme morir». Cierra los ojos, pierde el sentido; la anciana la estrecha en su seno, se trastorna, no sabe qué hacer. Mira a Eduardo tiernamente: quiere darle a entender con sus miradas el dolor que despedaza su corazón. Eduardo, que hasta entonces había sido un testigo mudo de aquel tierno espectáculo, ve a Adela pálida, sus ojos eclipsados, sus mejillas bañadas en llanto, y a la anciana turbada y sin acción. «¡Ah, señoras!, dice, no os entreguéis a tanto dolor. Mis riquezas, mi vida, todo está pronto para aliviaros en vuestra adversidad. No temáis..., hablad, disponed de mí». Nada le responden, ni sabe qué partido tomar. Al fin la anciana cobra valor y dice trémulamente a Eduardo: «Señor, socorred a esta infeliz...» Eduardo ayuda a la anciana a llevar a Adela a una especie de tarima que había en el cuarto, con sólo una miserable estera; le da un pomito con elixir para que vea si puede hacerle recobrar el espíritu, y vuela hacia la cama de la enferma, a quien no olvida en medio de aquella tribulación. La halla echada en un jergón viejo, cubierta con una manta hecha pedazos, sin sentido, con un sudor frío y tenue la respiración. Le toma el pulso; encuentra en él alguna señal de vitalidad, y sin detenerse un instante advierte a la anciana

que todavía vive la enferma, y que cuide de su hija mientras va a buscar un facultativo que pueda aprovechar los momentos en el alivio de aquellas desgraciadas.

La anciana quiere expresarle su reconocimiento por tanta bondad, pero Eduardo, conociendo la urgencia, sale apresurado del cuarto, pregunta en la calle si vive inmediato algún médico bueno, le dan las señas de uno que habitaba no muy distante de allí, y corre presuroso a buscarlo. Entretanto vuelve Adela en sí; la anciana la abraza tiernamente y le refiere en pocas palabras lo que le ha sucedido con Eduardo. Admírase Adela de su relación; levanta las manos al Cielo, dándole gracias por el consuelo que le enviaba en tanta aflicción; va en derechura a la cama de su madre, ve que todavía respira, y llena de temor, de pena y sobresalto, espera que vuelva Eduardo con el médico, pareciéndole que aun podía tener algún remedio la enfermedad. Cada momento se le figuraba una tardanza peligrosa; sus deseos seguían los pasos de Eduardo, y nada bastaba a tranquilizarla. Llena de inquietud iba sin cesar desde la cama de su madre a la ventanilla de su cuarto, y desde ésta a la cama. Nada es capaz de pintar su agitación. Al fin llega Eduardo con el médico. Un grito lastimoso es la única señal de gratitud que puede dar Adela. El médico, que iba ya preparado con algunos medicamentos en virtud de lo que le había informado Eduardo, se acerca al lecho de la enferma. La pulsa, la observa y dice: «Esta señora tiene una suma debilidad, pero no presenta síntoma alguno mortal. ¿Cuánto tiempo hace que no ha tomado alimento?»

«Ah, señor, le responde Adela anegada en llanto, desde anoche a estas horas, que esta respetable anciana, único consuelo en mi adversidad, me trajo un poco de caldo que pudo adquirir en la vecindad, no ha tomado mi desventurada madre otro alimento».

«Ved aquí, prosigue el médico, la causa principal de su decaimiento de fuerzas. ¡Oh, Dios! ¡Unos tanto, otros tan poco! ¡Cuántos llenos de superfluidades, cuántos faltos de lo más necesario! ¡Por cuántos medios acrisoláis la virtud!». Al acabar de pronunciar estas palabras con una extrema sensibilidad, saca de su faltriquera algunas medicinas y dispone un corroborante para la enferma. Se lo da sin perder tiempo, y desde luego comienza a hacer efecto. Prosigue suministrándole algunos otros auxilios, y logra en poco más de tres cuartos de hora hacerla volver en sí; pero no quiere que le hablen por entonces, y sí que no alteren su espíritu con imágenes que pudiesen trastornarla.

Entretanto que el médico cuidaba de la enferma, Eduardo dio varias disposiciones para que trajesen unos colchones y almohadas y para que Adela y la anciana tomasen también alimento, porque verdaderamente estaban casi desfallecidas. Añadió Eduardo con su solicitud tanto precio a sus beneficios, que las dos lo consideraron como un ángel tutelar enviado por Dios para socorro en su amargura y adversidad. Las muestras de gratitud que le dieron ambas fueron tantas, tan tiernas, tan patéticas, tan penetrantes, que conmovieron excesivamente el corazón sensible de Eduardo, llenándolo de un gozo tan excesivo que jamás había sentido otro igual. Sería largo referir las expresiones vivas y animadas con que Adela manifestó a su bienhechor toda la extensión de su profundo reconocimiento, la delicadeza con que la consoló y animó Eduardo y la sublimidad y ternura con que resplandeció alternativamente y a porfía la virtud de estos dos jóvenes en aquella escena lastimosa y patética, cuyo interés delicioso sólo pueden percibir las almas delicadas y

sensibles, que conocen toda la dulzura de la beneficencia y todo el precio de la gratitud. Almas benéficas, corazones agradecidos, éste es el cuadro que vosotros presentáis en semejantes casos; éstos son los sentimientos que os agitan, os arrebatan, os elevan y os hacen ser la honra y la gloria de la especie humana.

La noche se adelantaba; Eduardo conocía que sus padres estarían cuidadosos por su tardanza. La enferma se hallaba aliviada; la anciana y Adela, recobradas y consoladas; y viendo que ya no era allí absolutamente necesaria su presencia da a la anciana un bolsillo con diez lises, le encarga que cuide todo lo necesario para las tres, recomienda al médico encarecidamente la asistencia de la enferma y se despide de la hermosa Adela con la mayor cortesanía y atención, prometiéndole que nada la faltaría para su consuelo y alivio en sus trabajos y adversidad. Adela quiere corresponder a tan generosa conducta, pero el llanto se lo impide: túrbasele la lengua, su bello rostro se cubre de un rubor modesto, y sólo puede hacerle una profunda cortesía llena de gracia y humildad, manifestándole con su mismo silencio y actitud toda su ternura, respeto, gratitud y admiración.

Eduardo enmudece también al verla en aquella modesta turbación, y haciéndole una profunda reverencia sale del cuarto y apresura el paso hacia su casa. La memoria reciente de la buena acción que acaba de hacer lo llevaba enajenado y lleno de alegría. Entra en su casa, va corriendo al cuarto de sus padres, y saludándolos con el respeto que acostumbraba les dice, con una sensibilidad inexplicable: «Padres míos, perdonad mi tardanza; quizá os habrá causado alguna inquietud, pero no dudo de vuestra bondad que no la vituperaréis: ella ha sido útil a la humanidad. Jamás he hecho una acción que me haya producido un placer más puro, más vivo, más delicioso. No, no es posible que haya en la tierra otro mayor. La vejez enferma, la virtud desamparada, sin mis cuidados, sin mi socorro, ¡ay, Dios!, iban a perecer. A estas horas quizá ya no existirían tres personas dignas de toda la compasión de los hombres. ¡Qué gozo, qué complacencia interior experimenta mi corazón! Los sentimientos de lástima, de contento, que me han agitado esta noche alternativamente, parece han apurado toda mi sensibilidad. Permitidme sosegar un momento; no me es posible hacerlos en este instante la narración exacta de cuanto me ha sucedido; estoy fuera de mí, y esas lágrimas tiernas que veo asomarse a vuestros ojos dan una segura aprobación a mis acciones y me anuncian el interés que ya tenéis en saber quiénes son las víctimas lastimosas de la miseria que, gracias a vuestros sublimes ejemplos y cuidadosa educación, quedan ya socorridas, aliviadas y consoladas». Eduardo suspende sus palabras; tal era la conmoción que sentía en su corazón, que no puede proseguir. Mr. y Madama de Clermont, sorprendidos y enternecidos, abrazan a su hijo, elevan sus corazones al Cielo, bendicen su suerte y le manifiestan su impaciencia de oír la menuda relación de un lance que, por el efecto que había hecho en Eduardo, presentían sería acompañado de circunstancias interesantes y dignas de fijar su atención.

Después de un corto espacio de tiempo, en que ya se había tranquilizado Eduardo, hizo a sus padres la más exacta relación de todo cuanto le había pasado; la acompañó de reflexiones profundas y filosóficas, pagó el tributo debido de admiración a la anciana benéfica, refirió con la mayor ternura la deplorable situación de la enferma, pintó con los más vivos colores la confusión, la angustia y tribulación de Adela, su virtud, su modestia,

sus gracias, su belleza, sus expresiones, su reconocimiento; no les ocultó los diversos sentimientos que asaltaron su corazón durante aquella dolorosa escena, y en fin, penetró de tal modo el de sus padres con su narración llena de verdad, de energía y sensibilidad, que no pudieron contener el llanto mientras duró, y volviendo a expresarle su gozo y ternura con cariñosos abrazos y bendiciones repetidas, le ofrecieron ir ambos al otro día por la mañana a ver a aquellos objetos tan dignos por tantos títulos de ejercitar su humanidad y de merecer su estimación. Gozoso Eduardo con el recuerdo de su beneficencia y con la aprobación tan lisonjera de sus padres, se retiró a su cuarto. Apenas se vio solo en él, cuando el silencio y la soledad comenzaron a fijar su imaginación. Sentía al mismo tiempo en su corazón una agitación y sobresalto que no podía discernir de qué provenían. Toma un libro, lee un poco, lo deja, y como involuntariamente exclama: «¡*Aquella joven...!*» Se levanta inquieto, da algunos paseos por el cuarto, fija la vista en una hermosa Venus que pocos días antes había copiado él mismo, y repite con cierta conmoción: «¡*Aquella joven...!*» Siéntase al pianoforte, empieza a tocar una sonata agradable, arroja el papel sin saber lo que se hacía, sustituye una patética, la toca, se estremece, se agita, y sin poder contenerse dice arrebatadamente: «¡*Adela, divina Adela...!*», y deja al momento de tocar. Quédase en una especie de abatimiento y confusión. Adela es el único objeto que se ofrece a su fantasía; su virtud, sus gracias, su modesta turbación, todo se le representa en aquel instante con la mayor viveza. Procura distraerse, apartar de su imaginación aquellas ideas que lo agitaban demasiado; no puede. Toma el lápiz para dibujar, tira algunas líneas e insensiblemente forma un rostro parecido al de Adela; ¡con tanta vehemencia se le habían fijado sus facciones! Se aturde él mismo de la fuerza irresistible que lo impele, como a su pesar, hacia todos los objetos que en el miserable cuarto de Adela habían excitado su sensibilidad. En nada halla gusto sino en estos recuerdos. Se persuade de que la idea agradable de haber librado de los horrores de la miseria a la virtud desgraciada era la que tenía su corazón en tan continuo movimiento; y al fin, cansado de luchar con su imaginación, sin poderla fijar en otros objetos, se retira a la cama. Huye de sus párpados el sueño, su turbación se aumenta y no encuentra el menor reposo. Repite el reloj algunas horas hasta que, vencido de su misma inquietud, se queda dormido; pero ni aun entonces experimenta aquel plácido descanso que, embriagando los sentidos, alivia los pesares de los mortales. Ya se le representa en sueños la venerable anciana, refiriéndole las desgracias de sus amigas; ya la enferma postrada en el lecho miserable, próxima a expirar de necesidad; ya Adela en el acto de abrazarse con la anciana y en el de desmayarse, en su turbación, en su despedida; ya en la palidez de su rostro, en la modestia de sus ojos, en la expresión de sus lánguidas miradas, ya, en fin, en su candor, en su inocencia, en su virtud. Todas estas imágenes, unas veces separadas, otras en tropel y confusas y desordenadas, agitan su fantasía y lo tienen inquieto y desazonado el resto de la noche. Antes de amanecer despierta cansado y fatigado; exhala un profundo suspiro, como para desahogar su corazón oprimido, y la primera palabra que pronuncia, como involuntariamente, es: «¡*Aquella joven...!*». Queda después como un hombre a quien agobia una carga superior a sus fuerzas, y sólo halla alivio en reiterar sus suspiros.

Sin saber lo que le sucedía se levanta de la cama, empieza a pasear por el cuarto; nada de cuanto había en él le llama la atención, y no pudiendo contener ya dentro de su pecho el tropel de sentimientos que lo agitaban, exclama en voz sumisa: «¡Cielos, qué

movimientos tan desconocidos experimento en mi corazón! Jamás he padecido un trastorno igual. Siento una pena que me aflige; sólo hallo algún alivio en ella pronunciando el dulce nombre de Adela, trayendo a mi memoria su virtud, sus gracias, su belleza. Aun en sueños me acuerdo que éstas eran las ideas más lisonjeras que me representaba mi acalorada fantasía. ¿Podrá sólo el recuerdo de una acción benéfica producir alternativamente aflicción y placer? No. Éstas son ilusiones. Adela ha hecho impresión en mi corazón. El conjunto de prendas que la adornan ha excitado en mí un afecto, una pasión... No hay duda: el amor causa en mí esta alteración. Es en vano querer ocultarlo a mí mismo; no puedo desconocerlo en sus efectos. Pero este amor disminuye el mérito de mi beneficencia. Los primeros impulsos fueron puros, desinteresados. Los segundos, quizá excitados por una simpatía secreta que me impelía irresistiblemente a favorecer la desgracia en una joven cuya belleza había penetrado mi corazón. Los efectos que yo sentí al verla, al hablarle, al oír su voz encantadora, me hacen ver seguramente que no fue todo compasión. Pero mi sensibilidad en otras ocasiones, ¿se ha excitado por estos motivos? No, por cierto, la humanidad sola la ha puesto siempre en movimiento para consuelo de mis semejantes oprimidos y desamparados. ¿Acaso a un objeto tan digno podía negar mi compasión? ¿Será menos apreciable mi beneficencia porque arrastre mi corazón al mismo tiempo el placer de ejercitarla y la impulsión de un amor puro y honesto? ¿Ha podido jamás inspirármelo la belleza, desnuda de los preciosísimos atractivos de la virtud, de la modestia y de la honestidad? Pues si estas prendas tan raras en el mundo son las que han encantado y cautivado mi corazón, ¿por qué un amor que tiene tan bello origen ha de disminuir el precio de una buena acción? No, las almas sensibles y virtuosas juzgarán de otra manera; ellas la considerarán más apreciable, y yo no tendré jamás que avergonzarme de que los impulsos reunidos de la humildad y de la sensibilidad de mi alma me inclinen con tanta vehemencia a amar y proteger a la joven más desgraciada y virtuosa de la tierra».

Estas reflexiones calmaron algún tanto su inquietud; y lisonjeándose de que tal vez el corazón de Adela habría sentido los mismos afectos, según su turbación, sus tiernas miradas y sus suspiros interrumpidos, se entregó a las dulzuras de una esperanza fundada de ser correspondido. Sin embargo, tal era su respeto y sumisión a sus padres que resolvió en aquel momento esperar, antes de declararse, que viesen a Adela y explicasen el juicio que formaban de su virtud y demás circunstancias. Para esto consideró que sería lo mejor que fuesen solos al cuarto de Madama Chivet como le habían ofrecido, valiéndose, para no acompañarlos, de una cita que había dado el día antes a un sujeto con el objeto de evacuar un asunto interesante de su padre.

A la hora que acostumbraba los demás días pasó al cuarto de sus padres, procurando componer su semblante en términos que no llegasen a comprender la agitación que había padecido y la que todavía atormentaba su corazón. Su franqueza e ingenuidad eran tan grandes que tuvo que esforzarse mucho para disimular. Los saludó con aquella ternura filial que tanto les complacía; lleváronles inmediatamente el café, y mientras lo tomaron volvieron a suscitar la conversación de Madama Chivet, de su hija y de la anciana. Cuanto más hablaban de ellas, más se avivaba el deseo de verlas en Mr. y Madama Clermont; y por último, diciéndoles Eduardo el motivo que le impedía acompañarlos y dándoles las señas de la calle, casa y cuarto, se fueron sus padres solos a hacer la visita.

Eduardo los acompañó hasta el coche y se volvió a su cuarto, dando orden de que le avisasen cuando llegase el sujeto que esperaba.

A poco rato llegó, estuvo con Eduardo, evacuaron el asunto para que se habían citado y se despidió. Eduardo quedó solo, y aunque estaba ocupado su pensamiento en la hermosa Adela y en la impresión que causaría a sus padres su vista, se puso a leer. Al pronto tomó un libro de economía política, cuyo estudio le agradaba mucho. A poco tiempo se fastidió de él, y conoció que su alma necesitaba de otro alimento. Tomó al inmortal Metastasio y leyó uno u dos de aquellos dramas encantadores, que deleitando con su delicada armonía el oído deleitan todavía más el corazón con sus filosóficas y sensibles expresiones, y hacen derramar dulces lágrimas. Esta lectura lo tuvo en cierto modo distraído, pero no por eso su imaginación se apartaba del objeto que amaba ni su corazón estaba libre de agitaciones. Esta situación es más fácil de sentirse que de describirse, y más difícil todavía que pueda conocerla quien no la ha sentido jamás. Ve que sus padres tardan. Saca el reloj: son las doce. Nueva agitación. ¿Si habrá tenido alguna novedad Madama de Chivet, si habrá sucedido alguna desgracia a su incomparable hija? Su imaginación corre, vuela. No hay idea triste que no se le represente. Da la una, dan las dos; no parecen. Su turbación y sobresalto crecen a proporción de la demora. Ya cree realidad lo que antes era duda. Ya se arrepiente de no haber ido a acompañar a sus padres. Ya determina ir a buscarlos, a informarse de lo ocurrido. Ya va a salir de su cuarto, mas oye ruido. Es el coche de sus padres, que se apean. Sale a recibirlos precipitadamente al pie de la escalera. La serenidad y alegría de sus semblantes le anuncia que no ha sucedido infortunio alguno, lo anima, lo tranquiliza. Apenas lo ve su madre cuando sin saludarle le dice, llena de un contento interior inexplicable: «¡Ay, hijo mío! ¡Qué acto de beneficencia tan digno hiciste anoche! El placer que a tu padre y a mí nos ha proporcionado no puede ser más dulce, ni más lisonjero. Vamos a mi cuarto, y antes de comer te referiré todo lo que nos ha sucedido desde nuestra separación». Eduardo le dijo algunas palabras que expresaron su suma complacencia, y entretanto llegaron al cuarto de su madre.

Luego que se sentaron, prosiguió ésta diciendo: «Llegamos a la casa donde habita Madama Chivet; envió a uno de los criados a decir a su hija que una señora deseaba verla. Vuelve el criado y me manifiesta su buena voluntad de recibirme. Nos encaminamos luego allá; encuentro en la puerta del cuarto a una joven hermosa, vestida pobremente pero con el mayor aseo; me hace una cortesía delicada con semblante modesto, lleno de un rubor y de una gracia que no te puedo expresar; me acerco a ella, y correspondiendo a su cortesanía le anuncio que soy la madre del joven que la tarde anterior había oído sus lamentos. Sorpréndese vivamente; se arroja a mis pies precipitada y anegada en profundo llanto, quiere besarme las manos y expresarme su reconocimiento con toda la efusión de su corazón. La levanto enternecida, la estrecho en mis brazos y mezclo mis lágrimas con las suyas. Así abrazadas permanecemos largo rato: ni Adela acierta a separarse de mí, ni yo de ella. ¡Quién podrá pintarte aquella dulce escena con todos sus colores! ¡Qué delicadas expresiones salieron de sus bellos labios! ¡Qué manera tan tierna e insinuante de explicar los afectos de su alma inocente y los profundos sentimientos de gratitud que la agitaban! Nada hay más sublime en la naturaleza, nada más patético. Pasados aquellos primeros movimientos e hago fijar la atención en tu padre, que estaba más enternecido que nosotras. Quiere Adela significarle la misma gratitud; yo



se lo impido, y le manifiesto nuestros deseos de ver a su desventurada madre. Nos conduce a su pequeño

apuesto, y le dice con sobresalto, y dando un grito penetrante: ¡Ay, madre mía! Aquí tenéis a los generosos y compasivos padres del joven benéfico a quien debemos nuestra existencia». Madama de Chivet, que estaba sentada en la cama, muy recobrada y recostada en unas almohadas, levanta los ojos y las manos al cielo, nos colma de bendiciones y exclama dando un doloroso y profundo suspiro: «¡Ay Dios, cuántos consuelos me enviáis en tan poco tiempo! Ya moriré contenta viendo que por vuestra bondad mi amada hija, mi desgraciada Adela, no será víctima de la miseria, y conservará su virtud a la sombra de tan humanos protectores. ¡Ah, señores! Mi ternura maternal os recomienda a mi Adela; si ella es feliz, su triste madre cerrará sus ojos en paz, y postrada ante el trono de la Divinidad, allí, allí pagará el tributo de gracias a sus bienhechores, rogando incesantemente por su prosperidad, para bien y consuelo del género humano». Quiere proseguir; el llanto se lo impide, y abrazada con su hija presenta a nuestra vista el cuadro más interesante y sensible que puede ofrecer la naturaleza. Las lágrimas inundan también nuestros ojos, y sucede a aquella escena agitada y violenta otra que, aunque muda, no es menos viva y animada. Ya nos sosegamos todos; pero entra la respetable anciana; apenas sabe quienes somos cuando no hay expresión de que no quiere usar en testimonio de su sorpresa y gratitud. Reconozco en su venerable semblante un alma grande y benéfica, que no me agradaba menos que el modesto y hermoso de la incomparable Adela. Después entra la anciana a hacer compañía a Madama Chivet; tu padre me dice que no puede sufrir más tiempo ver a la bella Adela en aquel traje tan humilde, y va con un criado a buscarle otros más proporcionados. Yo me quedo sola con la joven, que mira todo esto con asombro y admiración. Entretanto que vuelve tu padre, me refiere sus desgracias e infortunios con tanta sencillez y ternura que la beso y abrazo muchas veces, transportada de las vivas impresiones que hace en mi alma su narración. Me maravillan su juicio, su modestia, su explicación; veo brillar en todas sus acciones y palabras una compostura, una delicadeza que me encanta y me hace notar el fruto de una sabia, cuidadosa e ilustrada educación. Ni el diseño, ni la música, ni las labores más delicadas de nuestro sexo le son extrañas; sus conocimientos en varias materias son superiores a su tierna edad; encuentro, en fin, una joven perfecta, digna de suerte más venturosa: ¡Con cuánto placer le repito mis cariños! No he visto criatura de más talento ni de más gracias. Vuelve tu padre con una modista, que trae varios vestidos. Todos parecen a Adela superiores, sin embargo de que no eran más que decentes. Yo elijo cuatro, y entre ellos uno azul celeste que quiero se pruebe al momento. Mientras nosotras estamos en esta maniobra, tu padre se sale del cuarto y va a buscar al casero, que vive en la misma casa, para que le alquile una habitación más cómoda que había desocupada en ella. Cuando vuelve tu padre ya está Adela vestida, sin profusión pero graciosamente. Sólo le falta adornarse la cabeza. La modista quiere peinarla, pero ella, con el mayor desembarazo y presteza, se arregla el pelo. Caen sobre su cuello hermosas y bien coordinadas trenzas doradas, se ajusta un sombrerillo a la cabeza y queda hecha (no es ponderación) una graciosa ninfa como las que nos pintan los poetas. La abrazo nuevamente, y ella no sabe cómo manifestarme su gratitud y alegría. La presento así a su madre y a la anciana. No es fácil referirte sus tiernas expresiones, mezcladas de bendiciones, de gracias y de alabanzas. Todo cuanto pasa en aquel miserable albergue me

encanta, me arrebató; lo mismo sucede a tu padre, y no sabemos salir de él. Ya queríamos despedirnos cuando, no me acuerdo con qué motivo, la anciana nos dice que Adela toca y canta graciosamente, pero que había vendido el pianoforte para socorro en su adversidad. Tu padre comprende el gusto que yo tendría en oírle cantar, y su generosidad no le permite dilatarle este placer. Sale otra vez corriendo, y a breve rato vuelve con un mozo que trae un fortepiano, pero no le ocurre que estaría destemplado hasta que ruega a Adela se ponga a tocarlo. Adela no se resiste: abre el piano, lo halla desarreglado, toma el templador y en muy poco tiempo lo pone acorde. Hierde con sus preciosas manos las cuerdas, y con la mayor agilidad toca una sonata tierna y patética, que a todos nos conmueve. Le pido que cante alguna cosa, y sin vacilar canta de repente estos versos análogos a su situación, que después me confesó que con alguna mutación de palabras había aplicado a otra aria que sabía de memoria; y me gustaron tanto que los copié:

*Ayer afligida  
Adela lloraba,  
y sólo esperaba  
morir de pesar.  
Mas hoy, socorrida  
por almas tan puras,  
ve sus desventuras  
en dichas trocar.  
¡Cuán agradecida  
por tantos favores  
a sus bienhechores  
no debe de estar!  
¡Dichosa su vida  
si logra el consuelo  
de que quiera el Cielo  
tanto bien premiar!*

Expresa en esta aria sus afectos con tanta ternura y delicadeza, que no puede contener su llanto ni nosotros dejar de acompañarla en él. ¡Qué diversos y sensibles efectos produce en mi alma el penetrante sonido de su dulce voz! ¡Qué arte tan encantador cuando hablan por él la naturaleza y la virtud! Transportada de la impresión viva y sensible que hace en mi corazón, le repito mis caricias, la cojo de las manos y le digo con la mayor ternura: «¡Hija mía! Vuestras desventuras se han trocado en felicidades, no lo dudéis: nada os faltará para vuestro consuelo y alivio, yo os lo prometo».

«¡Ah, señora de mi alma, exclama Adela dando un suspiro penetrante, y pintada en su hermoso semblante toda la gratitud de que estaba rebosando su corazón, ¡el Cielo os premie tanta bondad! ¡Ojalá que esta infeliz jamás tenga la desgracia de haceros arrepentir de vuestra generosidad y beneficios!» Su llanto, su ternura, sus expresiones iban a comenzar de nuevo cuando tu padre la interrumpe, diciéndole que antes de separarnos le parece lo mejor que se muden al otro cuarto. Pónese al momento por obra la mudanza. Poco hay que trasladar; todos ayudamos, y en breve se ejecuta. Ya tu padre había dispuesto que uno de los criados trajese algunos muebles decentes y un catre, a

donde, sin dificultad por estar cerca el cuarto nuevo, mudamos en su misma cama a Madama de Chivet, que cree un sueño todo cuanto ve. En estas cosas hemos pasado insensiblemente hasta las dos. Dejo de referirte una multitud de pequeñas circunstancias que han aumentado el interés de esta sensible escena. Ya quedan Madama de Chivet, la inimitable Adela y la respetable anciana en su nueva habitación, clara, alegre, sana y cómoda, y nuestra despedida ha sido tierna y expresiva; pero protestando volver a vernos pronto nos hemos separado, rebotando nuestros corazones de aquel inocente y delicioso placer que inspiran la beneficencia y la consideración de haber socorrido a la virtud indigente y afligida. ¡Ah, hijo mío, tú nos has proporcionado estos dulces consuelo! ¡Ojalá que los multipliques continuamente para alivio y contento de nuestra cansada vejez, y para que el piadoso Cielo nos colme de bendiciones y alegría!»

Eduardo oyó esta relación de su virtuosa madre con un placer inexplicable, le dio gracias por sus bondades, elogió su corazón sensible y el de su generoso padre, y tuvo que hacer terribles esfuerzos sobre sí mismo para no declararles las impresiones que habían hecho en su alma la virtud y belleza de la joven Adela. En esto entran la comida; siéntanse a la mesa, y con un gozo puro y satisfacción interior indecible, prosiguiendo la misma conversación comen con tranquilidad y gusto los alimentos bien sazonados que les presentan con abundancia, aunque sin profusión. Muy diferentes de aquellos monstruos devoradores de la especie humana (que por fortuna son raros), que sentándose en banquetes suntuosos con el corazón lleno de venganzas, de crueldades, de injusticias, no osan acercar a sus labios los frutos precoces y manjares exquisitos que les presentan a la vista, temerosos de hallar en ellos el veneno que creen merecer por sus crímenes, y en medio de una superflua abundancia no gozan de aquel puro deleite que experimentan, comiendo manjares simples y groseros, el afanado labrador, el artesano laborioso y el fatigado jornalero, que buscan en ellos sólo satisfacer su necesidad, sin excitar su apetito. Mr. y Madama de Clermont y su hijo, lejos de acibarar los manjares, como los hombres inhumanos y malvados, con el cruel e insoportable peso de sus remordimientos, los endulzaban y sazonaban con el lisonjero recuerdo de sus bellas y benéficas acciones. ¡Qué manjares! Después de comer estuvieron un rato juntos siguiendo en la misma conversación, en que los tres se complacían cada vez más; y al fin se separaron, recomendando Madama de Clermont a su hijo que fuese a ver cómo lo pasaban en su nuevo cuarto Madama de Chivet, su hija y la anciana. Eduardo le prometió que lo haría. Su corazón, que no se apartaba de Adela, no necesitaba de estímulos para ir a verla, porque era lo que más anhelaba, y mucho más habiendo su madre avivado sus deseos con las graciosas y repetidas pinturas que le había hecho del objeto de su amor.

Retirado Eduardo a su cuarto mientras era hora de salir, no descansó un momento, y acordándose de los elogios que sus padres le habían hecho de la virtud y hermosura de Adela, se lisonjeaba de que nada les agradaría más que verlo inclinado a ella. Pero sin embargo de esto, y de que conocía muy a fondo el carácter, la virtud y desinterés de sus padres, la consideración de que Adela estaba en un total desamparo e infelicidad le hacía sospechar que, no obstante que tanto la alababan y apreciaban su candor, honestidad y talento, quizá no sería suficiente para consentir que la eligiese por esposa. Por otra parte, esta misma consideración interesaba más su corazón en favor de una joven que, hallándose adornada de todas las gracias de la naturaleza, acompañadas de una virtud

sólida y pura, sólo tenía contra sí la desgracia de su suerte. Reflexionaba los efectos de las preocupaciones y la dificultad de arrancarlas del corazón de los hombres, y esto lo tenía vacilante y confuso en su resolución. Al fin, después de mucho meditar y pesar los inconvenientes que se le presentaban, se determina a sondear el corazón de Adela, a averiguar si se hallaba libre y a cerciorarse de si podría, sin violencia ni la más mínima coacción, asegurarse de una preferencia que lo hiciese feliz.

Con este objeto sale de su casa y va en derechura al cuarto de Madama de Chivet, agitada su imaginación del temor y de la esperanza, y de otras muchas ideas que lo asaltaban en tropel. Llama; abre la puerta la anciana, y al punto que lo ve, sin saludarle ni moverse exclama: «Adela, Adela, aquí está nuestro ángel tutelar». Adela sale precipitada de la alcoba de su madre; lo ve, se turba, un rubor modesto le cubre el rostro; baja los ojos, le hace una cortesía con la mayor gracia y humildad y dice, exhalando un profundo suspiro: «¡Ah, señor!...; tanta bondad... No acierta a proseguir; su turbación crece, múdasele el color, y no pudiendo sostenerse en pie se sienta en una silla, casi próxima a desmayarse. Eduardo y la anciana van a su socorro. Adela se serena a poco rato, y recobrando el uso de la palabra se esmera en pagar a su bienhechor el dulce tributo de su reconocimiento. Eduardo ve luego a Madama Chivet; se congratula con su hija de hallarla tan restablecida, le manifiesta lo prendados que sus padres habían quedado de las tres, y después de una larga conversación, en que mutuamente se refirieron cuanto había sucedido aquella mañana, ruega Eduardo a Adela que toque y cante alguna cosa. Hace uno y otro con mucha gracia y destreza; y no ignorando que Eduardo poseía la música, le suplica también Adela que le haga el honor de ponerse al fortepiano. Toca Eduardo algunas sonatas con todo primor; y registrando unos papeles de música que tenía allí Adela, encuentra un dúo en italiano, y pareciéndole muy bueno le manifiesta el gusto que tendría en que lo cantasen. Adela le asegura que no tiene más voluntad que la suya, y cantan el dúo con tanta más ternura y expresión cuando la letra explicaba los sentimientos que agitaban a un mismo tiempo sus corazones.

Así Eduardo como Adela comprendieron, sin explicarse, la causa oculta que había dado tanta energía a su expresión en el canto. Ambos recibieron un placer indecible de haberse entendido recíprocamente; pero a pocos momentos, considerando Adela su pobreza y miserable situación, temió que sus deseos serían vanos y conoció que hacía mal en entregarse a lisonjeras esperanzas. La rápida electricidad de un rayo no pudiera haberla trastornado con más prontitud ni violencia. Quédase como inmóvil; su corazón oprimido exhala débiles e interrumpidos suspiros; sus ojos enternecidos lanzan hacia Eduardo tristes y lánguidas miradas, y su bello rostro pálido y exánime manifiesta, a pesar suyo, la angustia y tribulación que padecía su alma. ¡Amable joven! Enjuga tu llanto, suspende tus suspiros. ¡El mundo no ha de conceder alguna vez a la virtud desvalida la estimación que siempre da a las riquezas! Sí, espera, confía, serena tu dolor. Eduardo y sus padres conocen tu candor, tu incomparable mérito, tu inocencia, y preferirán tantas sólidas prendas reunidas a los vanos timbres, a los tesoros percederos.

Viendo Eduardo que Adela había pasado tan rápidamente de la alegría a la tristeza, penetra la causa; y más compadecido y enamorado, si era posible, de joven tan apreciable, procura consolarla sin descubrirse, y aun toma pretexto de este incidente para

sondear indirectamente su corazón. Era tan puro, honesto y sencillo, que con facilidad pudo comprender estaba libre de otra pasión. Su regocijo fue completo, aunque procuró disimularlo; y deseando cuanto antes poner en ejecución un pensamiento que le ocurrió en aquel instante, se despidió de Madama Chivet, de la anciana y de Adela. Ésta, en el momento de la despedida, dio a conocer más con su turbación y trastorno lo sensible que le era separarse de su bienhechor, y el estado de aflicción y desconsuelo en que quedaba su corazón.

Eduardo se dirige hacia su casa. Reflexiona sobre todo cuanto le ha sucedido aquella tarde con Adela; no halla una acción, una expresión suya que no le parezca dictada por la modestia más amable, por la virtud más sólida; y agitado su corazón con diferentes movimientos e impresiones, que no puede apartar de su imaginación, llega a su casa y va sin detenerse al cuarto de su madre, donde se hallaba entonces también su padre. Apenas entró cuando conocieron su agitación en su semblante. Le preguntaron si había tenido alguna novedad Madama de Chivet, o si había sucedido alguna desgracia a aquella virtuosa familia. Respondió que no, y que, antes bien, había hallado a las tres llenas del mayor consuelo, y bendiciendo sin cesar a sus bienhechores; pero no pudiendo resistir más la conmoción que sentía en su corazón, se arrojó a los pies de sus padres y les confesó con toda franqueza la causa de su agitación y sobresalto, explicándoles cuanto le había sucedido desde el momento en que vio a Adela, la lucha que había tenido consigo mismo, lo que había notado en aquella tarde y sus deseos de hacerla y hacerse feliz; pero protestándoles sin embargo que devoraría en secreto su pasión y perecería primero que hacer cosa alguna que no mereciese su aprobación.

Hizo Eduardo esta confesión con tanta ingenuidad, viveza y energía, sin disimular las objeciones que podrían oponerle, que sus padres no pudieron menos de admirar en él su respeto y su sumisión filial y su manera noble y sublime de pensar; y tomando la madre la palabra le respondió así con la mayor ternura: «Hijo mío, jamás tu padre ni yo hemos tenido el bárbaro e inhumano pensamiento de sacrificar tu voluntad a un capricho injusto ni a una vanidad insensata. Conocemos demasiado tu corazón para temer jamás que pudieran hacer impresión en él otros atractivos que los de la virtud; y siempre nos persuadimos de que tu elección sería tan digna que haría tu felicidad y la nuestra. Apenas vimos a la incomparable Adela y nos informamos de su conducta, de su modestia, de sus talentos, de sus gracias y de todas cuantas circunstancias y prendas la hacen amable a los ojos de quien sabe apreciar la virtud en cualquiera parte que se encuentre, que dirigimos nuestros fervorosos votos al Cielo para que te inspirase el deseo de proporcionarnos el placer de poderla llamar nuestra hija. Sí, Eduardo mío, la verdadera pintura que te hice de su virtud, de su candor, de sus gracias, de su belleza, de su incomparable mérito, fue, de acuerdo con tu padre, con el objeto de que si tú reconocías en tan amable joven las mismas cualidades que nosotros, no temieses que tu elección podría desagradarnos. La aprobamos, hijo mío, de todo corazón, y creemos seguramente que todas las gentes sensatas la aprobarán también, y que al lado de una compañera tan digna que difícilmente se hallará otra igual en toda Francia, serás el consuelo de nuestra vejez, y prolongará nuestros días la dulce consideración de haber contribuido a que se unan dos almas que la naturaleza crió, sin duda, para amarse y estrecharse con el lazo sagrado que alivia las

miserias de la vida y proporciona las delicias más puras cuando lo forma la sólida virtud y la recíproca y libre voluntad de dos corazones honestos y sensibles».

Al acabar Madama de Clermont estas palabras, abrazó tiernamente a su hijo. Lo mismo hizo su padre, manifestándole con las expresiones más vivas y repetidos elogios de la virtuosa Adela cuánto se complacía de su elección. Eduardo oyó a sus padres con el mayor regocijo de su corazón, y mostró su profundo agradecimiento a sus singulares bondades. Su alma se vivificó, su semblante se reanimó; y una aprobación tan lisonjera avivó la pura llama de su amor. ¡Qué distante estaba la infeliz, hermosa Adela, de pensar que su virtud triunfaría de la preocupación y vanidad que son tan comunes en el mundo! Su tierno corazón, apasionado de un joven tan apreciable por todas sus circunstancias, padecía los más crueles tormentos considerando la inmensa distancia que los separaba y los obstáculos, a su parecer invencibles, que se oponían a su felicidad. «Yo tan pobre, decía entre sí, Eduardo tan rico; ¿cómo podrá pensar en asociarme a su suerte? ¿Cómo sus padres se lo consentirían? Sus miradas, sus suspiros me han dado a entender que no le soy un objeto indiferente; pero, ¿acaso bastará esto, aunque sea así, para que se resuelva a hacerme feliz? ¿Serán sus intenciones tan puras y honestas como manifiestan su noble aspecto, sus expresiones llenas de delicadeza y de humanidad? ¡Ay de mí! Es joven, es rico... Pero es virtuoso..., sí, el solo nombre de virtud le encanta, lo arrebató... Sus padres son humanos..., me han hecho tantos elogios..., me han tratado con tanta bondad... Madama de Clermont me llamó hija con tanta ternura... ¡Qué ilusiones forja mi acalorada fantasía! Adela, desgraciada Adela, ¡cómo es posible que te complazcas con sueños, con quimeras...! Considera mejor tu triste situación; conténtate con ser reconocida a tanta beneficencia, y no eleves tus deseos a tanta altura que, desvanecida, caigas de ella precipitadamente. ¡Ah, gran Dios! Todo lo conozco, mas mi corazón se me despedaza de dolor, y nunca mi desamparo y orfandad han sido a mis ojos más funestos, ni más horribles».

De este modo se lamentaba la infeliz Adela y luchaba con sus deseos y sus temores, casi al mismo tiempo que la virtud de sus bienhechores, superior a las vanas preocupaciones y a la sórdida avaricia, decidía, con un placer desinteresado, la suerte feliz que le esperaba. Madama de Clermont se encargó, después de una larga sesión con su esposo y con su hijo, de conducir este asunto con toda la prudencia y delicadeza que se requería para asegurarse bien de la voluntad de Adela sin exponerla a un sacrificio penoso para ella y funesto a la felicidad de ambos, y resolvió ir sola al día siguiente hacer otra visita a Madama de Chivet y a su hija.

Eduardo se retiró a su cuarto, y como se lisonjeaba de que Adela lo amaba no dudó de su próxima felicidad. Sin embargo, estuvo agitado toda la noche, y sólo la idea de que el corazón de Adela pudiese estar ya entregado a otro lo hacía estremecerse y lo llenaba de dolor. Adela tampoco gozó del reposo. No pudiendo fundar esperanzas tan lisonjeras como Eduardo, tenía oprimido su tierno corazón y sólo encontraba algún alivio en su pena derramando copiosas lágrimas. Así pasaron la noche los dos virtuosos amantes. Al día siguiente por la mañana, a una hora proporcionada, fue Madama de Clermont al cuarto de Madama de Chivet. Sería largo referir el mutuo placer que causó esta visita, las tiernas expresiones con que la una manifestó su cariño, y las otras su gratitud. Renovóse

una escena tan tierna y patética, que al fin concluyó, como la anterior, con pagar todas el justo tributo a la virtud y a la beneficencia con lágrimas deliciosas. Pasados estos primeros movimientos, Madama de Clermont se quedó sola con Madama de Chivet, y tomándola de la mano, con la mayor afabilidad y ternura le manifestó sus vivos deseos de contribuir, en cuanto le fuese posible, a la felicidad de la virtuosa Adela. Le preguntó si le conocía alguna inclinación particular, asegurándole que siempre que fuese, como no podía dudar de su juicio y discreción, hacia un joven honrado y virtuoso, allanaría cualquiera dificultad y proporcionaría todos los medios necesarios para realizar sus deseos. Madama de Chivet le respondió que jamás su hija se había apartado de su lado, que nunca le había notado la menor inclinación, y que varias veces que le había representado el desamparo en que quedaría si ella faltaba, le había contestado que no le sería posible resolverse a entregar su corazón a ninguno si no conocía su probidad y virtudes, lo que era muy difícil en un siglo corrompido y en una población tan inmensa y envenenada como París, en que el amor a la disipación y a la frivolidad era el carácter casi general de los jóvenes. No satisfecha con esta respuesta Madama de Clermont, llamó a la hermosa Adela y con una delicadeza poco común le hizo varias preguntas, a que contestó con la ingenuidad que le era tan natural. Quiso penetrar íntimamente los arcanos de su corazón, y al decirle si no conocía algún joven, capaz por sus atractivos personales, sus sólidas virtudes y comodidades de hacerla feliz, la sensible Adela se esforzó a responderle, pero una turbación excesiva se apoderó de todo su cuerpo, el bello color de su rostro desapareció, y dando un profundo suspiro bajó los ojos llenos de lágrimas y no pudo al pronto articular palabra. Madama de Clermont, viéndola turbada y afligida, la estrechó cariñosamente en sus brazos y le dijo enternecida: «Hija mía...»

«¡Ah, no!, le interrumpió Adela, tan dulce nombre no merece esta infeliz...»

«Sí, hija mía, le replicó Madama de Clermont, yo seré vuestra madre si este título puede hacer vuestra felicidad».

«¡Vos mi madre! ¡Yo vuestra hija...! ¿Es cierto que vuestra alma generosa llegue a tal extremo, que mi suerte...? Mas no. Mi humillación, mi pobreza, mi orfandad...»

«Vuestra virtud, vuestra belleza, vuestra alma, más bella todavía que vuestro semblante, todo lo merecen, y Eduardo...»

Al oír Adela pronunciar el nombre de su amante, se arroja a los pies de Madama de Clermont, abraza sus rodillas, quiere hablar, no puede; y la sorpresa y alegría le hacen perder el sentido y caer en el suelo casi exánime. Madama de Chivet queda repentinamente sin acción; Madama de Clermont, asustada, da un grito; entra la respetable anciana y entre ambas procuran reanimar a madre e hija, que después de volver en sí manifestaron con tierno llanto y las expresiones más penetrantes todos los sentimientos de gratitud y admiración de que estaban poseídas.

No quedó la menor duda a Madama de Clermont de que el sencillo corazón de Adela había estado libre hasta que había visto a su hijo, y esto le fue tanto más lisonjero cuanto comprendió que nada podía formar un lazo más dichoso que la recíproca impresión que

ambos se habían hecho al conocerse, nacida, sin duda, de la secreta simpatía que suele haber entre dos corazones conformes en sus sensaciones, análogos en sus principios e ideas y animados de un mismo amor a la virtud y a la honestidad. Despojada de las ridículas y vanas preocupaciones que tanto injurian a la humanidad, recibió el gozo más completo y lisonjero y desde luego pensó en que no se difiriese la unión de dos almas puras que hallarían en sus virtudes y cualidades apreciables todo el consuelo y felicidad que puede esperarse en la tierra. Así lo manifestó a Madama de Chivet y a su hija, que penetradas del más vivo reconocimiento y llenas de un placer inexplicable, se sometieron gustosas enteramente a su voluntad. Pensó en llevarse consigo desde luego a Adela, pero después le pareció más conveniente dilatarlo hasta el otro día, en que ya tendrían cuarto puesto en su casa para las tres, porque quiso que la anciana, que había sido tan benéfica con Madama de Chivet y su hija en sus adversidades, las acompañase en su felicidad y recibiese el premio de sus beneficios. Todo cuanto las tres veían les parecía un sueño, y no sabían cómo dar a entender a Madama Clermont su gratitud, su alegría, su respeto y admiración. Al fin se despidió de las tres, prometiéndoles que a otro día por la mañana volvería para conducir las a su casa, donde encontrarían no sólo cuanto era necesario para mejorar su suerte, sino el hospedaje más franco y más cordial.

Eduardo esperaba el regreso de su madre con una impaciencia indecible. Su padre lo acompañaba, y no estaba menos impaciente de saber el resultado de la visita de su esposa. Llega ésta; salen los dos a recibirla con la ternura y amor que acostumbraban, y desde luego comprenden, por la alegría de su semblante, que venía enteramente satisfecha. Éntranse los tres al cuarto de Madama de Clermont, y ésta les refiere menudamente todo cuanto le había sucedido. Eduardo, postrado a los pies de sus padres, no encuentra palabras para expresarles el contento de su corazón ni para darles las gracias que merecían por tanta bondad. La madre, que estaba sumamente encantada de las gracias y prendas morales de Adela, levanta tiernamente a Eduardo y le dice: «Hijo mío, si muchas gentes del mundo sólo aprecian títulos, riquezas y cualidades extrínsecas que causan ilusión y contentan el orgullo y la vanidad sin dejar satisfecho ni tranquilo el corazón, tus padres, que conocen que no puede haber verdadera felicidad sino en el seno de la virtud, no hubieran quedado contentos de tu elección si el objeto de ella no fuese la virtud misma. ¡Ay, Eduardo mío, qué corazón tan puro, tan sencillo, tan sublime vas pronto a poseer! ¡Qué dichas te esperan en la deliciosa y amable compañía de una joven que, a las gracias y hermosura de su edad florida reúne la honestidad, el candor, la inocencia de costumbres y la delicada sensibilidad en un grado tan superior que es imposible verla y oírla sin amarla y encantarse de sus perfecciones. Yo no sosegaré hasta que se verifique vuestra unión, y para ello es necesario que se disponga sin dilación todo lo conveniente».

Eduardo repitió las más expresivas gracias a su madre. Mr. de Clermont aprobó la determinación de su esposa, y desde luego comenzaron a preparar todo lo conducente para celebrar el matrimonio. Al momento escribieron Mr. y Madama de Clermont un billete a Madama de Chivet, participándole su resolución y acompañando otro de Eduardo para su querida Adela, en el que le manifestaba, con la delicadeza propia de su virtud y decoro, los tiernos afectos de su corazón. Correspondieron ambas sin pérdida de tiempo, y en sus respuestas expresaron, con el más sencillo y natural estilo, su



inexplicable gratitud, su extrema sensibilidad, su decidida sumisión, respeto y amor a tan dignos bienhechores, cuya humanidad, no quedando satisfecha con socorrer su indignancia, quería completar, de un modo tan poco usado en el mundo, una felicidad que jamás podían esperar.

Al día siguiente, Madama de Clermont fue al cuarto de Madama Chivet como había prometido, y se llevó a ésta, su hija y la anciana a su casa, en donde ya tenían preparada una cómoda y hermosa habitación y todo lo necesario para vestirse del modo que convenía a su nuevo estado. Hizo Madama de Clermont que Madama de Chivet y la anciana se pusiesen unos vestidos conformes a su edad, y que Adela se adornase graciosamente pero sin un lujo chocante, como correspondía a sus años y al enlace que iba a contraer con una familia rica, aunque moderada, y que no gustaba de profusiones. Luego que estuvieron las tres perfectamente adornadas, salió Madama de Clermont a buscar a su esposo y a su hijo, y volvió con ellos al cuarto de las tres huéspedes, que estaban llenas de sorpresa y de reconocimiento por tan singulares favores. Mr. de Clermont y Eduardo se presentaron con un aire tan tierno y cariñoso y les hicieron tan finas expresiones que las tres sólo pudieron corresponder a ellas con palabras interrumpidas y anegadas en llano. Pasados aquellos primeros movimientos y calmada la agitación de sus corazones agradecidos, se entregaron todos al placer y alegría que les ofrecía su situación. Comieron juntos con aquella cordialidad y satisfacción que inspira a las almas virtuosas el conocimiento recíproco de sus virtudes, y reinaron en toda la comida la decencia, la franqueza y el contento, circunstancias que por lo común faltan en aquellas mesas opíparas y fastosas que presenta la vanidad para exigir muchas veces por premio una baja y servil adulación o para aparentar sentimientos de amistad o de estimación donde, si se corriese el velo que cubre los corazones, sólo se hallarían odios, envidias o el arte funesto de engañarse recíprocamente con fingidos cumplimientos y expresiones estudiadas, que la hipocresía sabe colorear frecuentemente con el nombre de cortesía y urbanidad.

Después de comer, Madama de Clermont se retiró con sus tres amables huéspedes a su cuarto, donde pasaron la tarde ocupadas en varios preparativos para la boda, mientras que Eduardo y su padre fueron al palacio del arzobispo a solicitar la más pronta expedición de los despachos para efectuar el casamiento. Enterado el prelado de todas las circunstancias, no pudo menos de favorecer una unión que tenía tan bello origen, y dispensó todo lo que fue necesario para que al otro día pudiese verificarse. Con efecto, se hicieron las precisas diligencias y al día siguiente se celebró el matrimonio con la mayor alegría y regocijo de los contrayentes y de sus padres, y sin más pompa que la asistencia de algunos parientes y amigos de la casa, que no pudieron menos de elogiar la modestia y hermosura de Adela y pronosticar a Eduardo la mayor felicidad en su nuevo estado. Ved aquí, humanos, un enlace de los que aprueba la Religión y reclama la naturaleza, muy diferente de aquellos tan comunes que obligan a dos esposos a pronunciar delante de los altares un sí arrancado por la violencia y que repugna a su tierno e inocente corazón, sólo porque sus padres inhumanos sacien su ambición o su avaricia. ¡Cuántas veces este lazo sagrado, que debe contraerse con libre y espontánea voluntad recíproca y que aun así no siempre produce la estabilidad y firmeza que tanto se requiere para asegurar a los esposos la tranquilidad de toda su vida, se hace por miras mundanas, por razones políticas, por

intereses indignos cuya ilusión desaparece a poco tiempo, ocasiona desavenencias escandalosas, prostituciones inicuas, desórdenes irreparables y ruinas espirituales y temporales, y en vez de formar enlaces útiles a la sociedad y a la moral pública produce a desunión de las familias, el abandono de los hijos y el ejemplo funesto que contagia las costumbres y aumenta la corrupción! El matrimonio de Eduardo y Adela estaba exento de estos vicios tan lamentables, y fundado en la sólida virtud y en un libre consentimiento recíproco; sin miras vanas ni intereses perecederos, sólo presentaba el aspecto más lisonjero para su duración, para su mutua felicidad, para el consuelo de sus padres y para servir de modelo de una próspera y perfecta unión conyugal, como se verificó mientras la inflexible muerte no separó a Adela de la compañía de su virtuoso y amable esposo.

Como el nacimiento de Eduardo había sido celebrado por sus padres con actos de beneficencia tan propios de su ardiente caridad como dignos de ser imitados, quisieron que del mismo modo lo fuese su casamiento, pero que la distribución de los socorros que destinaban a los infelices se hiciese por mano del mismo Eduardo, conociendo cuánto se complacería con una comisión tan dulce para su corazón humano y generoso. Con efecto, le dio su padre una cantidad de dinero considerable para que la distribuyese entre aquellas personas que creyese más necesitadas y acreedoras a su beneficencia. Eduardo, lleno de gozo, aceptó y evacuó este encargo con el acierto y pulso que debían esperarse de su juicio y discernimiento. Distribuyó diferentes sumas entre algunos honrados labradores que en las cercanías de París habían quedado arruinados por una piedra muy fuerte que había desolado sus campos, y que hubieran perecido de miseria con sus numerosas familias si su mano caritativa no hubiese acudido a su socorro. Sacó de la cárcel a varios infelices cargados de hijos, que estaban presos a instancia de duros e inhumanos acreedores, satisfaciendo a éstos las cantidades que les debían. Socorrió a muchos enfermos que no tenían auxilio alguno para curar sus dolencias. Casó a seis doncellas huérfanas que, por falta de medios, no podían efectuar sus matrimonios con jóvenes laboriosos a quienes amaban. Puso en una casa de educación a dos niños y una niña de corta edad que habían perdido a sus padres y no tenían pariente ni bienhechor alguno que los amparase. Dio también algunas sumas de dinero a diferentes artesanos industrioses que morían de hambre por carecer de las primeras materias necesarias para continuar sus manufacturas. Vistió a cuatro niños de diez a doce años que estaban desnudos, y los puso con maestros que les enseñasen oficio para separarlos de la mendicidad a que se habían entregado y hacerlos miembros útiles a la sociedad; y en fin, socorrió a una viuda joven, hermosa y honesta que había quedado en la mayor infelicidad con cuatro hijos, el mayor de cinco años, ofreciéndole que no la desampararía para que pudiese criarlos sin caer en los riesgos a que podrían exponerla sus infortunios.

Después de haber prodigado estos socorros con mano generosa y con aquella delicadeza y afabilidad que añade mayor precio al beneficio, entregó a la anciana un bolsillo con cuarenta luses y le dijo: «Señora, vos que en medio de la adversidad de vuestra suerte habéis manifestado la sublimidad de vuestra alma benéfica, privándoos aun de lo necesario para aliviar la indigencia de mi virtuosa y amable esposa y de su desconsolada madre, ejercitad vuestra humanidad con los miserables que conozcáis. No creo que puedo haceros un presente más lisonjero ni más grato para un corazón como el vuestro, que está penetrado de los encantos de la beneficencia y de los tiernos efectos de la gratitud». La

anciana recibió este obsequio con tanto placer que prorrumpió en alabanzas y bendiciones, acompañadas de las más dulces lágrimas; y sin detenerse repartió esta cantidad entre varios vecinos y vecinas suyas, de cuya necesidad estaba bien cerciorada y a quienes había socorrido en tiempos en que podía ejercitar su natural benéfico, manifestando en esta distribución tanta equidad y tanto regocijo que sus ojos y semblante parecía se animaban y que recobraban el espíritu y vigor que habían amortiguado en ella los muchos años y desventuras.

No contento Eduardo con haber proporcionado esta satisfacción a la respetable anciana, fue después al cuarto de la madre de su esposa, y entregándole también un bolsillo con ochenta luises le dijo con la mayor ternura: «Madre mía, sé que en los tiempos de vuestra prosperidad era el más delicioso consuelo para vuestro corazón sensible enjugar las lágrimas de los infelices. Si vuestras desgracias os han privado después del placer de ejercitar vuestra beneficencia, cambiada ya vuestra suerte y deseando mis amados padres celebrar mi feliz unión con mi querida Adela haciendo partícipes de nuestra alegría a varias familias virtuosas agobiadas del triste peso de la miseria, no he querido dejar de proporcionaros la satisfacción de que por vuestra propia mano sean socorridos aquellos miserables cuya indigencia conozcáis, para que aliviados en sus infortunios levanten con nosotros sus manos suplicantes al Cielo y le rueguen bendiga nuestro nuevo estado, para colmo de la alegría y consolación de los autores de nuestros días y de nuestra inmutable felicidad».

«¡Ay, hijo mío, le responde anegada en llanto Madama de Chivet, por cuántos modos quieres hacerme gustar el placer de la nueva y próspera situación que mi amada hija y yo debemos a tu beneficencia y a la generosidad de tus dignos padres! ¡Por cuántas maneras interesas mi corazón para amarte y considerarte como un espíritu angelical, bajado del Cielo para hacernos gozar en la tierra de unos placeres tan puros e inesperados! ¡Dichosa una y mil veces mi querida hija en los brazos de un esposo tan sensible y humano que, no satisfecho con hacer por sí mismo el bien, quiere proporcionar a otros la complacencia de derramar beneficios sobre sus semejantes! Dios te bendiga, hijo mío. Así se lo rogará incesantemente una desventurada viuda que, en la triste compañía de una hija joven y virtuosa, se halla en la dolorosa situación en que yo me hallaba antes de que tu benéfica mano me librase de los rigores de la miseria. Sí, estas dos infelices son las que yo misma voy a socorrer al momento, y a tener el consuelo de aliviar sus desgracias, como tú lo tuviste en aliviar las nuestras». Efectivamente, Madama de Chivet, acordándose de las amarguras que había padecido viendo a su hija huérfana y desamparada, creyó que destinando aquella suma a una infeliz viuda que se hallaba en la misma aflicción en que ella se había visto, haría un acto de beneficencia el más digno; y así lo ejecutó.

Últimamente, queriendo Eduardo que su virtuosa Adela no fuese una mera espectadora de aquella manera poco común en el mundo de celebrar su matrimonio, le llevó otro bolsillo con cien luises y al entregárselo le dijo, lleno de gozo y enternecido: «Esposa mía, si los infortunios que comenzaron a padecer tus virtuosos padres a los primeros años de tu infancia no te han permitido emplear la humanidad de tu sensible corazón en socorrer a los que, perseguidos de la adversidad, reclaman con la voz más lastimosa nuestra compasión y el alivio de su miseria, ahora que ya el Cielo, premiando tu virtud y

resignación, ha mejorado tu suerte haciendo la mía tan venturosa y envidiable, mi alma no quedaría satisfecha si no partiese contigo el delicioso placer que mis generosos padres me han proporcionado, queriendo que la pompa de nuestro feliz matrimonio sea sólo la consolación del afligido y el alivio del miserable. Toma, Adela mía, este bolsillo, y recoge, con los rasgos de beneficencia que te dicte tu corazón tierno y compasivo, las bendiciones repetidas y las dulces lágrimas que produce el reconocimiento». Adela, llena de regocijo y sintiendo excitarse toda la sensibilidad de su alma, como sabía bastante bien la lengua latina dijo a su amado esposo, dando un profundo suspiro:

*«Non ignara mali, miseris succurrere disco.*

Este verso sublime del inmortal Virgilio penetró vivamente mi corazón la primera vez que lo leí; quedó grabado en él, y esta mañana, contemplando mi felicidad presente y mi adversidad pasada, me propuse tomarlo por regla de mi conducta futura, y lo traduje libremente así:

*Viviendo en un estado deplorable,  
aprendí a socorrer al miserable.*

Sí, Eduardo mío, jamás me olvidaré de la miseria a que me tenía reducida mi desgracia; esta continua memoria añadirá a mi tierno amor toda la gratitud que debo a la incomparable bondad de tus padres y a tu generosa humanidad. Siempre reconocida a la mano benéfica que enjugó mis lágrimas dolorosas, no cesaré de amaros y bendeciros. Siempre acordándome de mis desgracias, compadeceré las de mis semejantes; y guiada por tus sublimes ejemplos, no habrá para mí ocupación más deliciosa que la de emplearme continuamente en aliviar, en todo cuanto me sea posible, los males y miserias que afligen a la humanidad. ¡Ay, Eduardo mío, qué sublime y magnífica es la pompa con que se celebra nuestra feliz unión! ¡El Cielo quiera prolongar nuestra vida para emplearla toda entera en estas acciones que, cuanto menos brillantez aparentan, más placeres reales producen y menos remordimientos ocasionan!»

Quedó Eduardo lleno de contento y admiración al oír los nobles sentimientos de su esposa, y no menos al ver a un mismo tiempo la humildad de su corazón. Mas, cuánto creció su admiración cuando supo que había invertido el dinero en socorro de una parienta suya que entonces, por un accidente imprevisto, se hallaba miserable, y que cuando Adela lo estaba y ella gozaba de bienes de fortuna no sólo le negó sus socorros sino que la despreció, desdenándose de ser de su misma sangre. Mucho se complació de ver esta sabia distribución, pues no sólo conoció por ella la pureza de sus intenciones sino también la generosidad de su alma y la exquisita sensibilidad de su corazón. Contempló su dicha; previó desde luego la que le esperaba en la amable compañía de joven tan virtuosa; dio gracias al Cielo porque le había inspirado tan excelente elección, y ufano de ver en su esposa tantas y tan recomendables prendas reunidas se felicitó a sí mismo de haber preferido la virtud y la pobreza a las mayores riquezas del mundo.

Así celebró toda aquella virtuosa familia el enlace que acababa de formar, y su felicidad propia se realzó con la felicidad ajena. ¡Qué diferencia de aquellos enlaces que se

celebran con pompas brillantes, convites espléndidos, trenes magníficos, festines suntuosos y gastos excesivos, que muchas veces, aparentando opulencia, son el fin de la prosperidad y el principio de la decadencia de dos esposos, que quizá no se han jurado al pie de los altares la fidelidad y amor conyugal sino para presentar al público en el día de su matrimonio el espectáculo luminoso de una ridícula vanidad, y después, en el curso de su vida, el doloroso de su arrepentimiento, de su prostitución o de sus desavenencias escandalosas!

Contentos todos y gozosos pasaban tranquilamente la vida; y Eduardo y Adela, bendiciendo su mutua prosperidad, se ocupaban cada día en las acciones más humanas y virtuosas. Sus corazones íntimamente unidos, sus genios sumamente dulces, sus intenciones enteramente conformes, presentaban el modelo más perfecto de la unión conyugal. Lejos de tener que reprenderse algunos descuidos o corregirse algunos defectos, hallaban cada día el uno en el otro virtudes que imitar y perfecciones que apreciar. Sus padres estaban regocijados de la conducta envidiable de sus hijos, y veían en ella el consuelo y apoyo de su vejez. Madama de Chivet, encantada de Eduardo, Mr. y Madama de Clermont, embelesados con Adela, la anciana agradecida a sus bienhechores, y los dos esposos cada día más gozosos de su unión, formaban la sociedad más agradable, en donde sólo reinaba el amor, el cariño, la tranquilidad y la concordia.

Al año y dos meses de casados dio a luz Adela un hermoso y robusto niño, que acabó de completar la felicidad de aquella virtuosa familia. Su nacimiento se celebró con las mismas acciones generosas que el de su padre, y una multitud de indigentes aliviados en su miseria solemnizaron el acto del bautismo con repetidas bendiciones y fervorosos ruegos al Cielo para que conservase aquella rama del árbol benéfico que había producido frutos tan preciosos. Pusieronle por nombre Juan Bautista, como a su abuelo; y su madre, criándolo a sus pechos, experimentaba las dulzuras que otras muchas no disfrutaban por querer contradecir los sabios designios de la naturaleza y entregarse a deleites pasajeros que no les producen sino remordimientos eternos.

La vicisitud de las cosas humanas no nos permite gozar en la tierra una constante felicidad. La balanza de los males es casi siempre superior a la de los bienes. El Cielo, que hasta entonces había derramado sus bendiciones sobre aquella virtuosa familia, quiso, por sus juicios incomprensibles, ejercitar su resignación y sufrimiento. Al cumplir el niño dos años lo arrebató para sí, dejando a sus padres y abuelos inconsolables por su temprana pérdida. Poco tiempo después la venerable anciana, cediendo al peso de su edad caduca, pagó el tributo inevitable a la naturaleza. Como todos la amaban tiernamente, su muerte les causó una pena indecible. Adela no volvió a hacerse embarazada; y aunque esto la tenía triste algunos ratos, todavía la afligía más el ver que su amada madre iba perdiendo su salud. Ni el cuidado y esmero de su hija, de Eduardo y de sus padres, ni el auxilio de los mejores facultativos pudieron contener los progresos funestos, aunque lentos, de su enfermedad; y después de un año y medio de padecer dejó esta triste y transitoria morada para subir a la alegre y eterna. La muerte de Madama de Chivet causó la mayor amargura y desolación en toda la casa, pero apenas pudo resistir este golpe cruel el sensible corazón de la virtuosa Adela. ¡Cuántas lágrimas tiernas derramó sobre el sepulcro de su amada madre, de aquella madre cariñosa de quien no se había separado un

momento en toda su vida y de quien continuamente había recibido sabias lecciones y ejemplos sublimes de virtud, acompañados de toda la ternura y afecto maternal! Aunque Eduardo y sus padres necesitaban de consuelo, se esforzaban en consolar a la afligidísima Adela, temiendo que su dolor no la sepultase en el mismo sepulcro que a su madre. En fin, la razón y el tiempo, si no hicieron a Adela que olvidase su pérdida, a lo menos calmaron la violencia de su amarga pena; y hallando en Madama de Clermont otra madre no menos tierna y cariñosa, se resignó a las disposiciones de la Providencia y se entregó de nuevo a los placeres inocentes que le proporcionaba su situación feliz.

Pasados seis años después de la muerte de Madama Chivet, una calentura maligna acabó con la vida de Madama Clermont, y el luto, el llanto y la desolación asaltaron de improviso al padre, a los hijos y a los domésticos, que la amaban y la respetaban como merecía por las sublimes prendas que adornaban su alma. Mr. de Clermont, que estaba ya en aquella edad avanzada en que la debilidad de las fibras no puede resistir a fuertes y violentas impresiones, no sobrevivió a la pérdida de su querida esposa sino un mes, con corta diferencia. Ni Eduardo ni Adela se apartaron un momento de la cabecera de su cama hasta pocos minutos antes de expirar, en que los arrancaron de allí por fuerza y condujeron a su cuarto. En él esperaban por instantes con temor, angustia y sobresalto la noticia fatal. Ambos, abrazados estrechamente, mezclaban sus lágrimas y suspiros. Un mismo dolor oprimía sus corazones, una misma turbación embarazaba sus palabras. No tenían valor sino para preguntar por el estado de su padre. Los criados enmudecían, no se atrevían a decirles que ya no existía; pero finalmente, el llanto y la confusión descubrieron en breve lo que querían ocultar. Un golpe eléctrico no hubiera podido causar a los desconsolados esposos un efecto más terrible ni más rápido. Abrazados como estaban, quedan inmóviles; las lágrimas y suspiros reprimidos no dan desahogo a sus afligidos corazones, y están largo rato como fuera de sí y sin poder articular una sola palabra. ¡Qué lúgubres lamentos, qué dolorosos gemidos se oían por toda la casa! Unos criados asistiendo a sus jóvenes amos y consolándolos en su amargura y tribulación; otros ocultando, por no angustiarlos más, la pena y aflicción que los devoraba, presentaban la escena más dolorosa y lamentable que puede verse. Los hijos lloraban la pérdida de un padre tan tierno y amoroso; los criados, la de un amo tan generoso y afable; y en fin, no hay pluma que pueda describir con toda su fuerza y realidad la confusión, el pesar y el trastorno de toda aquella triste e inconsolable familia.

Si la duración de las penas igualase a su repentina violencia, todos los días veríamos las catástrofes más funestas; pero el Autor de la naturaleza, si nos envía aflicciones y tormentos para acrisolar nuestra paciencia y resignación, nos da también los alivios y consuelos necesarios para soportar los males inevitables que son la herencia del linaje humano. Pasados los primeros días destinados a llorar la pérdida de las personas que amamos, recobramos fuerzas sobre nosotros mismos y nos hacemos superiores a nuestro dolor. Las almas virtuosas son las que más fácilmente se resignan a las disposiciones de la Providencia, haciendo a su soberana voluntad el sacrificio de los sentimientos inseparables de la naturaleza humana. Así sucedió a Eduardo y a Adela. La imperiosa necesidad los obligó a deponer sus pesares para atender a sus intereses y a los de toda aquella familia, a quien no se había olvidado su difunto amo de recompensar sus buenos, fieles y largos servicios. Eduardo halló una herencia muy considerable; Adela, la

memoria más generosa de cuánto la amaba su padre, y los criados, mandas cuantiosas que aseguraban su futura suerte. En la disposición testamentaria de Mr. de Clermont resplandecía la misma sabiduría y beneficencia que había sido la regla invariable de la conducta de toda su vida. En esta disposición los pobres y los establecimientos piadosos ocupaban un lugar distinguido; y muy diverso de aquellos avaros que quisieran llevar sus tesoros consigo mismos al sepulcro, encargó que se repartiesen considerables sumas en socorro de la humanidad enferma y desvalida.

Eduardo ejecutó puntualmente el testamento de su padre, liquidó las cuentas que tenía pendientes y nada omitió para evitar las contestaciones y pleitos que son tan comunes en estas ocasiones. La formalidad y buena fe que su padre había observado siempre en sus relaciones de comercio le excusaron muchas altercaciones y disgustos; pero no pudieron librarle de las intrigas y cábalas de algunos hombres perversos que, deseosos de enriquecerse sin reparar en los medios, sacrifican la probidad a su codicia insaciable. Dos socios que tenía su padre en una negociación de muchos intereses se propusieron quedarse con la mayor parte de los fondos de la compañía. En vano procuró Eduardo hacerles ver su infundada pretensión con las cuentas más claras y exactas, en vano les propuso el medio pacífico de nombrar árbitros justos e inteligentes que decidiesen la controversia; nada bastó para que entrasen en una amigable composición. Recurrieron a la Justicia, acumularon enredo sobre enredo, embrollaron el asunto valiéndose de todos los medios ilícitos que les sugirió su avaricia y mala fe, y consiguieron de este modo hacer que el litigio fuese largo y dispendioso. Eduardo, cuya honradez contrastaba tanto con la perversidad de sus adversarios, aborrecía el fraude y la impostura y defendía sus derechos presentando sólo la verdad con la energía que ella misma inspira. Sin embargo de esto, sus contrarios hallaban siempre capciosas sutilezas para contradecir su justicia. Recibos fingidos, firmas suplantadas, facturas contrahechas, todo lo emplean para robar impunemente a Eduardo. ¡Cuánto pueden el interés y la avaricia! Aquellos malvados, sordos a los gritos de su conciencia, se valían de cuantos artificios son imaginables para conseguir su fin. Las dilaciones estudiadas que oponían al seguimiento de la causa retardaban su decisión, y entretanto disfrutaban de las utilidades que producía el fondo de la compañía; pero ya el velo que cubría su mala fe iba a rasgarse, y a recaer sobre ellos toda la ignominia y todos los daños que había ocasionado su impostura.

Viendo estos perversos el mal estado de su pleito, recurrieron a la calumnia más abominable y horrorosa para quitar a Eduardo todos los medios de su defensa, y a costa de su ruina gozar ellos impunemente del fruto de sus iniquidades. Forjaron una delación contra Eduardo, tan bien revestida con colores de la verdad que, sorprendido el Ministro de Policía, la tuvo por cierta y mandó desde luego prender a Eduardo. El aparato con que entraron en su casa el juez y sus ministros a hacer la prisión de Eduardo y a reconocer y sellar sus papeles sobresaltó tanto a la sensible Adela que cayó desmayada sin poder articular ni una palabra. Eduardo se mantuvo sereno, y con aquella firmeza que infunde la tranquilidad de la conciencia; pero su corazón fue traspasado del más acerbo dolor cuando lo sacaron de su casa sin permitirle despedirse de su esposa. Las reflexiones que hizo en el camino sobre el estado de aflicción en que la dejaba y sobre las fatales resultas que podría ocasionarle una novedad tan inesperada y tan poco merecida, no pudieron menos de abatir su constancia y de tenerlo como fuera de sí mucho tiempo. Así lo dejaron

en una prisión no de las más incómodas y tenebrosas, pero sin embargo bastante desagradable y oscura.

Adela estuvo sin sentido más de una hora, y luego que volvió en si y se halló sin su amado esposo, prorrumpió en tan amargo llanto y en exclamaciones tan dolorosas, que ninguna reflexión de todos los que la rodeaban bastaban para tranquilizarla. Al fin, sacando fuerzas de flaqueza y considerando que sólo debía pensar en defender a su marido, fue al momento a ver al Ministro de Policía. Éste la recibió y oyó con bondad; y aunque la acusación estaba fraguada con el mayor artificio y malicia, por la relación que le hizo Adela de la conducta y modo de pensar de su marido sospechó el Ministro que podía ser alguna calumnia; y así procuró consolarla, asegurándole que él mismo, sin fiarse de nadie, examinaría lo que resultase de la causa, y que si su marido era inocente no sólo le daría libertad cuanto antes sino que castigaría severamente a los delatores. La ingenuidad y sencillez con que le habló Adela, su aflicción y desconsuelo y la seguridad con que afirmó ser una calumnia cuanto podían haberle dicho contra su esposo, hicieron la mayor impresión en el corazón del Ministro, y aun se reprendió interiormente la precipitación con que había mandado prender a Eduardo.

La triste Adela volvió a su casa menos desconsolada; pero considerando a su esposo tan injustamente perseguido cuando era el modelo más perfecto de virtud y probidad, y sumergido en la oscuridad de una estrecha prisión, no podía sufrir las horrorosas ideas que en aquella amarga situación le representaba su acalorada y confusa imaginación, y pasó toda la noche sin poder cerrar sus párpados, llorando y suspirando sin cesar.

Al día siguiente recibieron su declaración a Eduardo, y no pudiendo oír sin horror los crímenes de que lo acusaban, respondió a todos los cargos que le hicieron con aquella constancia y energía que inspira la inocencia. El juez que le tomó la declaración quedó sorprendido de ver la firmeza de ánimo con que se explicó Eduardo, y ya comenzó a sospechar que los tiros de la malicia, que no respetan ni a la honradez ni a la inocencia, habían sido dirigidos contra él para mortificarlo y perderlo. Sin embargo siguió en sus investigaciones, y halló que cuantos lo conocían se asombraban sólo al saber que a un hombre tan virtuoso y humano se lo tuviese encerrado en una prisión y se lo creyese capaz de ser delincuente. A pesar de que por ninguna parte se podía encontrar el menor indicio que hiciese aun verosímil la acusación contra Eduardo, sus enemigos maquinaron tanto para arruinarlo que quizá lo hubieran conseguido si el Cielo, por sus justos juicios, no hubiese defendido de un modo singular la inocencia calumniada y oprimida. Hacía quince días que Eduardo estaba preso y Adela sin consuelo, cuando uno de sus delatores cayó enfermo gravemente. A los dos días los síntomas eran mortales. Los médicos le representaron su inminente peligro y la necesidad de disponerse para el terrible juicio que le esperaba. Este hombre perverso reconoció sus enormes delitos, y aterrado con la idea de un Dios justo y vengador del perjurio y de la iniquidad, declaró no sólo ser falsa y abominable la calumnia que él y su compañero habían levantado contra el inocente Eduardo, sino que procedían de mala fe en el pleito que le habían suscitado sobre los intereses de la compañía de comercio que tuvieron con su padre, incitados de la avaricia y resueltos a no satisfacerle lo que tan justamente reclamaba. Hecha esta declaración en debida forma y delante de varios testigos, que se horrorizaron de unas acciones tan viles e



inicias, el infeliz enfermo, agitado cruelmente de sus remordimientos, exhaló el último aliento, dejando en el mayor desconsuelo a su mujer y a dos hijos de corta edad.

Instruida Adela de lo sucedido, llevó al momento la declaración del delator difunto al Ministro de Policía. Éste había reconocido ya que en los autos formados contra Eduardo no resultaba cargo alguno que justificase la acusación; y así, luego que acabó de asegurarse por la declaración que le presentó Adela de ser todo una calumnia, mandó no sólo que inmediatamente se diese libertad a Eduardo sino que fuesen a prender al otro delator, con quien quería hacer un terrible escarmiento; pero éste, habiendo tenido noticia de la confesión de su amigo, previó las funestas resultas que le esperaban, recogió todo el dinero que pudo y se huyó precipitadamente, dejando abandonada a su pobre mujer con tres hijos de menor edad.

Eduardo salió de su prisión. Adela lo recibió con el cariño y regocijo que se puede discurrir. Los criados rebosaban de alegría viendo a su amo libre de tan injusta persecución. Los indigentes, cuyas lágrimas había enjugado tantas veces la mano benéfica de Eduardo, acudieron en tropel a su casa con el deseo de verlo y de manifestar el consuelo que la libertad de su bienhechor había producido en sus corazones agradecidos. Eduardo correspondió a estas sencillas y afectuosas demostraciones con la ternura y humanidad propias de su carácter, y distribuyó entre aquellos miserables bastante cantidad de dinero para socorro y alivio de su necesidad.

Pasados aquellos momentos de gozo, presentó Eduardo un testimonio autorizado de la declaración de su contrario al juez que conocía del pleito sobre los intereses de la compañía; y éste, en su vista y de lo demás que resultaba del proceso, pronunció la sentencia, condenando a los dos socios a pagar a Eduardo los fondos que reclamaba, y además los daños, costas y perjuicios. La ejecución de esta sentencia iba a dejar en la mayor miseria a la viuda y a la otra infeliz, que podía considerarse como tal, y a sus desgraciados hijos; pero Eduardo, siempre grande, siempre humano, siempre generoso, olvidando las injurias, perdonando los agravios y considerando que aquellas criaturas no tenían culpa alguna de las maldades de sus padres, se contentó con recobrar los fondos de la compañía, les dejó las utilidades y perdonó los daños y las costas, proporcionando de este modo a aquellas dos familias desventuradas los medios necesarios para su subsistencia. ¡Qué conducta tan desinteresada y tan digna de imitar! ¡Qué contraste forma esta generosidad de Eduardo con la crueldad de otros muchos, que en semejantes lances quisieran arruinar, si les fuese posible, hasta la última generación de sus enemigos! Ni la voz de la Religión ni los gritos de la humanidad son capaces de calmar sus odios y rencores. La venganza los arrebató y los ciega. ¡Qué infelices!

El susto que recibió Adela con la prisión inesperada de su marido, las aflicciones que la atormentaron todo el tiempo que permaneció en ella y las dolorosas reflexiones que hizo sobre las maldades de los hombres, causaron tanta impresión en su sensibilísimo corazón que toda su máquina padeció el mayor trastorno. Por momentos fue debilitándose su salud en tal grado que nada bastó para impedir que fuese víctima de la iniquidad la mujer más amable y virtuosa de la tierra. En lo mejor de su edad, cuando ya no quedaba a Eduardo otro consuelo en el mundo, cuando únicamente le era amable la vida por las

delicias que le proporcionaba su digna compañera, la inexorable muerte se la arrebató precipitadamente, dejándolo solo y sumergido en el mayor dolor, y entregado al tormento más cruel e intolerable. Tal fue la aflicción del desgraciado Eduardo que él mismo creyó que, siendo insoportable a sus fuerzas, no podría sobrevivir mucho tiempo a la pérdida de su amada esposa. Encerrado solo en su cuarto, aborrecía toda compañía, le cansaba la lectura, le fastidiaban los demás ejercicios en que antes se ocupaba con placer, y no hallaba objeto alguno en la naturaleza que pudiese consolarlo. Así estuvo cerca de dos meses. ¡Cuántas reflexiones hizo en aquel tiempo sobre la depravación de las costumbres, sobre los funestos efectos del odio, de la avaricia, de la ambición, de la injusticia! Al fin, cediendo a la razón, al tiempo y a la necesidad, comenzó a sufrir con resignación sus desgracias y a pensar en los medios más seguros de pasar lo restante de su vida exento de los tiros de la malevolencia y entregado a ocupaciones honestas que le proporcionasen la quietud y tranquilidad que ya no podía esperar en el torbellino del mundo y en una ciudad tan populosa, de donde parecía se habían retirado para siempre las costumbres puras y sencillas, la probidad y la buena fe, ocupando su lugar la relajación, el libertinaje y todos los vicios que corrompen la sociedad.

Bien conocía que, viviendo entre los hombres como le era inevitable, en todas partes hallaría muchos que, causando el deshonor a la especie humana, dejan suelta la rienda a sus pasiones y se precipitan como caballos desenfrenados en todos los vicios y desórdenes; pero, considerando que todos los extremos son viciosos, y que por consiguiente no debía abandonarse a una misantropía feroz, hija de un corazón ulcerado, de un orgullo reprehensible o de un egoísmo abominable, resolvió ausentarse de París y escoger para su residencia un país cuyos habitantes conservasen todavía en sus costumbres algunos restos preciosos de la Edad de Oro.

Mientras se informó exactamente de lo que deseaba, vendió su casa y muebles y arregló diferentes cosas indispensables, parece que de acuerdo una porción de gentes malvadas se conjuraron contra él para fabricar su ruina. Jóvenes hermosas de aquellas que, abandonadas a la prostitución más vergonzosa y diestras en emplear los artificios y resortes más propios para excitar las pasiones y aprovecharse de la flaqueza humana, sólo se ocupan en seducir y hacer pagar bien caros los placeres envenenados que proporcionan, tuvieron la osadía de presentarse a Eduardo bajo la engañosa apariencia de implorar sus socorros y beneficencia, con el vil e inicuo objeto de atraerlo a las redes que maliciosamente le preparaban para envolverlo en ellas y conducirlo al precipicio, como habían hecho con otros muchos incautos y viciosos; pero Eduardo, cuya virtud era muy superior a estas infames tentativas, despreció a aquellas impúdicas mujeres, reconviniéndolas severamente por su iniquidad y abandono.

Resistidas estas tentaciones, tuvo Eduardo que luchar con otras que le presentaron con igual o mayor artificio. Varios hombres sagaces, envejecidos en el arte de engañar, estafadores y jugadores de profesión, lo asaltaron por muchas partes para distraerlo de su resolución, pintándole los continuados y diferentes placeres honestos que ofrecía París, y el fastidio y la melancolía que encontraría en un país habitado por hombres rústicos y groseros que no conocen los encantos y atractivos de una fina y amena sociedad. Otros, que conocían mejor la oposición de Eduardo a las diversiones frívolas y su inclinación a

instruirse y a examinar los usos, las costumbres y adelantamientos de los pueblos, le propusieron que hiciese un viaje por la Europa antes de resolverse a fijar su residencia en parte alguna, esperanzados de que de este modo poco a poco podrían aficionarlo a la disipación y estafarle mañosamente. En fin, no hubo género de seducción que, bajo los aspectos más lisonjeros, no le propusiesen hombres astutos y acostumbrados a engañar con el fingido velo de la amistad; pero Eduardo, comprendiendo la perversidad de sus intenciones, se deshizo de todos aquellos malvados, concibió el mayor horror a una ciudad que encerraba en su centro tanta iniquidad y corrupción, y apresuró todos los preparativos para salir cuanto antes de un pueblo donde corría tanto riesgo su virtud. Grandes y populosas ciudades, donde tantos hombres de ideas e inclinaciones heterogéneas se amalgaman y se confunden para engañarse recíprocamente con las expresiones estudiadas, con los refinamientos sutiles que la ignorancia, la ilusión, la costumbre o la preocupación llaman civilidad y cortesía, no seréis vosotras, no, la morada apreciable para el filósofo que os conoce, que detesta vuestro lujo, vuestra magnificencia y vuestros soberbios edificios, con que insultáis a la moderación, a la frugalidad y a las pobres chozas de los pacíficos habitantes del campo, de aquella clase productora que, afanada continuamente en la ocupación honrosa de la agricultura, forma en su estado floreciente el nervio y prosperidad principal de las naciones, y en su decadencia la debilidad y la ruina inevitable de los imperios.

Luego que Eduardo tuvo hechos sus preparativos y evacuados varios asuntos, salió de París acompañado de dos criados de su mayor confianza, habiendo dejado a los demás bien establecidos y con medios suficientes para subsistir, y se fue en derecha al Valais, república pequeña y aliada de los Suizos. La situación montañosa de este país, las costumbres sencillas de sus habitantes, su laboriosidad, su honradez, su frugalidad, su robustez, su hospitalidad, todo le convidó a fijar allí su residencia, persuadido de que los países más montuosos, como menos productivos y más pobres, son más propios para hacer que sus naturales amen el trabajo y vivan con la sobriedad y moderación que son el origen de todas las virtudes, y que no es tan fácil hallar en los países cuya fecundidad, produciendo más de lo necesario a costa de pocos esfuerzos, hace desidiosos, enervados y viciosos a los hombres. Casi en el centro del Valais está la villa de Leuk, grande y fuerte por su situación, y en ella fijó Eduardo su residencia. Compró una casa cómoda para habitar en la villa, y otra no lejos de ella para labor, con varias tierras y viñas y además bastante ganado lanar y vacuno, con el objeto, que siempre había tenido, de ocuparse en la agricultura y aplicar a ella los vastos conocimientos que había adquirido en el estudio de las ciencias naturales. Hecho este establecimiento, y formando una biblioteca de libros escogidos con un laboratorio de física y de química y un gabinete de historia natural, se propuso pasar allí el resto de su vida, ocupado en tan provechosos y honestos ejercicios y en ser el apoyo y amparo de la indigencia virtuosa. Las muchas riquezas que poseía no lo excitaban a volver a tomar estado para tener posteridad a quien trasmitirlas, como todos los amigos suyos le aconsejaron antes de salir de París y continuaban a aconsejarle, escribiéndole incesantemente y haciéndole presente que todavía era joven y que no debía sepultar consigo mismo su nombre. Aun las personas sensatas de Leuk que contrajeron amistad con él lo estrechaban a adoptar este partido, haciéndole las consideraciones más convincentes y vigorosas. Eduardo conocía también que, sin embargo de haber pocas mujeres de la virtud y prendas de Adela, no le sería difícil hallar alguna que se le

pareciese y que pudiese hacer la felicidad de su vida, y estuvo ya casi inclinado a ceder a las repetidas instancias de sus amigos. Pero considerando que ninguna cosa podía producirle en el mundo placeres más verdaderos ni más sólidos que dedicarse todo entero a ejercitar la beneficencia, según le dictaba su corazón humano y generoso, y que quizá el Cielo con este fin lo había privado tan temprano de su amada esposa e hijo (aunque esta causa, siguiendo el ejemplo de sus padres, no lo había detenido a aliviar hasta entonces a los infelices), resolvió después de varias meditaciones y contrastes, constituirse un verdadero padre de los pobres, título más glorioso para su corazón que el de padre de una familia que conservase su nombre con el esplendor que hubiera podido proporcionarle con su opulencia.

Formada esta firme e invariable resolución, comenzó Eduardo a dar en aquella residencia las más continuadas pruebas de su inagotable humanidad. Fundó una escuela para niños y otra para niñas, dotando dos maestros y dos maestras en cada una para que pudiesen enseñar gratuitamente. En estas dos escuelas sólo eran admitidos los hijos e hijas de aquellos pobres cultivadores y artesanos que, no pudiendo conseguir con el fruto de su continuo trabajo ni aun los medios de una regular subsistencia, estaban imposibilitados de proporcionar a sus hijos los principios de la religión, de las costumbres y de la instrucción en leer, escribir y contar, tan necesarios a todos que sin ellos suelen no diferenciarse de los animales irracionales sino en la figura. El método que estableció en estas escuelas fue sumamente sencillo y a propósito para atraer a los niños a la aplicación sin exasperarlos con castigos inconsiderados, que lejos de hacerlos dóciles y amables de genio los hacen indómitos, duros y crueles. El mismo Eduardo presenciaba muchas veces las lecciones que los maestros daban a sus discípulos y discípulas, y las dirigía de modo que les fuesen más fáciles y más gratas. Conociendo que el corazón humano se mueve siempre por el resorte del interés, aunque este interés se subdivida en proporción de las diversas inclinaciones de cada individuo, señaló premios para los niños y niñas que hiciesen ver mayor aprovechamiento en los exámenes que debían tener, presididos por el mismo Eduardo, en ciertos determinados días del año.

El día de los exámenes concurrían a casa de Eduardo los maestros y las maestras con sus discípulos y discípulas, y en una sala adornada con decencia, aunque sin profusión, en presencia de los padres y las madres, de los abuelos, hermanos y parientes y de otras varias gentes, se hacían los exámenes y se repartían los premios con la mayor equidad. Esta ceremonia se hacía una vez al año con los niños, y otra con las niñas. En cada una se adjudicaban cinco premios iguales a los más aprovechados, y además a cada niño o niña daba Eduardo un vestido completo, proporcionado para que pudiesen presentarse con decencia y aseo en las escuelas. Los premios consistían en una guirnalda de flores, en otro vestido, además del regular, de mejor tela, y en trescientos reales para sus padres. Repartidos los premios, bajaban los niños o las niñas a un pórtico de la misma casa de Eduardo, que daba al jardín, y allí llevaban en triunfo a los premiados, los colocaban en un tabladito hecho a propósito, y sentados alrededor cantaban en su alabanza varias coplillas alusivas al asunto, compuestas por el mismo Eduardo en un estilo proporcionado a la capacidad de los niños, pero que pintaban vivamente las ventajas del estudio y de la instrucción sobre la ociosidad y la ignorancia, y lo dignos que eran de aprecio los que mejor habían aprovechado el tiempo, con lo cual excitaba su aplicación y los deseos de

instruirse, que son el principal origen del saber. Pasaban en esta especie de fiesta, que se hacía con toda formalidad, hasta la hora de comer. Todos los niños o niñas comían en casa de Eduardo, pero a su mesa sólo los que habían conseguido los premios, con sus maestros, sus padres y abuelos, si los tenían. Esta distinción les servía también de estímulo para su aplicación. Concluida la comida volvían a bajar al pórtico, donde pasaban la tarde entretenidos en diversos juegos, que Eduardo les prescribía con mucha sabiduría y que presidían, como jueces de ellos, los cinco niños o niñas que habían ganado los premios. La función se finalizaba con una abundante merienda, y una exhortación paternal que Eduardo les hacía para excitar en sus corazones tiernos el deseo de señalarse cada uno a porfía en los exámenes del año próximo. Los maestros y las maestras recibían también de la generosidad de Eduardo el mismo día una buena recompensa de sus continuos cuidados en la enseñanza de sus discípulos y discípulas, y todos salían de aquella casa llenos del más profundo reconocimiento y bendiciendo a un hombre tan humano, amable y generoso.

Corregidos así por Eduardo, en lo que dependía de su arbitrio, los daños que produce el abandono de los niños, que por falta de medios o de dirección se crían sin principio alguno de educación, dedicados a la mendicidad, en cuya vaga ocupación contraen un pernicioso hábito a la ociosidad, y de consiguiente inclinaciones tan viciosas que los conducen a los más enormes delitos, no se olvidó de los pobres que gemían en las prisiones. Fue a verlos luego que formalizó el establecimiento de las escuelas, y halló una cárcel lóbrega, húmeda, fétida y mal sana. Se horrorizó del deplorable espectáculo que presentaron a su vista los infelices que, juntos o separados, estaban encerrados en ella; se acordó de las aflicciones y amarguras que él mismo por una infame calumnia había sufrido en una prisión muy semejante; se aplicó a sí mismo entonces el verso sublime que su virtuosa Adela escogió por regla de su conducta al día siguiente de su malogrado casamiento, y compadecido de aquellos desventurados les suministró algunos socorros y se propuso mejorar su suerte. Se presentó luego al Ayuntamiento de la villa y le pidió permiso para construir a sus expensas una cárcel cómoda, sana, ventilada y segura, para que los que tuviesen la desgracia de ir a ella pudiesen vivir con aseo y limpieza, y no sufrir anticipadamente una pena más horrible a veces que la que las leyes les imponían por sus excesos y delitos. El Ayuntamiento le concedió el permiso, alabando su celo por el bien de la humanidad y dándole las más expresivas gracias en su nombre y en el de todo el pueblo que representaba. Eduardo puso inmediatamente por obra su proyecto, y como nada omitió para realizarlo logró en breve tiempo ver edificada la cárcel. Reconocida ésta por los magistrados que a este fin diputó el Ayuntamiento, hallaron que tenía todos los medios de comodidad y salubridad precisos y compatibles con la seguridad necesaria, y aun se admiraron de ver el tino y juicio de Eduardo en conciliar con esta circunstancia indispensable todas las demás que parecen le son opuestas. Instruido el Ayuntamiento, decretó la translación de los presos, señalando el día y hora por edictos públicos y haciendo de Eduardo los honoríficos elogios que merecía.

Eduardo dispuso que se vistiese antes decentemente a todos los presos que lo necesitaban, y que en el nuevo local que se destinaba para su custodia se preparase todo lo conveniente para recibirlos con la separación que exigían las diferentes causas que habían motivado su prisión. Bien hubiera querido Eduardo que la translación se hubiese hecho sin

estrépito alguno, porque, como no hacía el bien por ostentación ni vanidad sino por satisfacer los impulsos de su corazón generoso, no tenía interés en que se supiesen sus beneficios, como lo tienen los que sólo ejercen algún acto de humanidad porque se publique; pero el Ayuntamiento determinó, a pesar de su repugnancia, que nadie ignorase una acción que debía servir a todos de ejemplo, y que se ejecutase la translación con cierta pompa y aparato que diese a conocer su importancia. Eduardo, precisado de consentir en las disposiciones de aquellos celosos magistrados, hizo que se diese libertad a varios que estaban presos por deudas contraídas honradamente, obligados de la imperiosa necesidad, y que no podían satisfacer sin quedar arruinados, pagando él mismo a los acreedores; y los jueces aceleraron muchas causas para que también pudiesen quedar libres algunos que en su sustanciación debían ser absueltos. Verificóse esto el día mismo de la translación, y ésta se hizo con una pompa majestuosa. Salió todo el Ayuntamiento vestido de ceremonia de la casa consistorial, llevando en medio a Eduardo, y se dirigió a la cárcel vieja acompañado de varias tropas y de todo el pueblo, que caminaba respetuosamente al son de una música militar grave y seria. Así que llegaron a la cárcel hizo el decano sacar a todos los presos y colocarlos en un círculo que las tropas habían formado en medio de la plaza, y pronunció un breve discurso lleno de humanidad y de patriotismo, exhortándolos a la resignación en su desgracia, manifestándoles el bienhechor a quien debían la nueva y cómoda prisión a que iban a ser transferidos, y asegurándoles que podían tener confianza en la actividad y rectitud de los jueces, de que no sólo acelerarían sus procesos sino que los que fuesen inocentes obtendrían su libertad, y de que aun los culpables serían tratados con toda la compasión y benignidad que fuesen compatibles con las leyes. Finalizado este discurso, que en unos de los presos causó alegría y esperanza, en otros confusión y arrepentimiento, en todos consuelo y en el pueblo un tierno llanto mezclado de aplausos y bendiciones repetidas, se encaminó el Ayuntamiento, con la misma comitiva y acompañamiento, hacia la cárcel nueva. Allí hicieron alto, entraron los presos, y luego que vieron la claridad, la limpieza y la comodidad que tenía aquel asilo, se prosternaron en tierra, levantaron las manos al cielo y con copiosas lágrimas le rogaron conservase la vida a su bienhechor. Entonces Eduardo, enternecido, les hizo un corto razonamiento, lleno de unción y de sensibilidad, exhortándolos a la resignación y paciencia en sus infortunios, animándolos al trabajo, que él mismo les proporcionaría para su mayor alivio, y ofreciéndoles que cuidaría de ellos y les ayudaría continuamente para que les fuese menos sensible la pérdida de su libertad y más soportable la prisión que las leyes les habían impuesto por exigirlo así la vindicta pública, el orden de la sociedad y la seguridad de sus individuos. Concluyó este razonamiento con una voz tan patética que penetró el corazón de aquellos infelices, y volviéndose a postrar en tierra repitieron sus ruegos y bendiciones. Colocados los presos con la separación correspondiente, según los delitos de que estaban imputados, y sirviéndoles una comida abundante y sazónada, salieron a la calle los magistrados llevando en medio de todos a Eduardo. Así lo condujeron con la misma comitiva y aparato, a pesar de que lo resistió vivamente, hasta su casa, donde lo dejaron después de haberle manifestado el Ayuntamiento y todo el pueblo cuán penetrados de gratitud quedaban por tan singular beneficio. Eduardo, confuso con tantas demostraciones, conoció entonces más que nunca el precio de las buenas acciones, y aseguró muchas veces que aquél había sido uno de los días más felices de toda su vida. Cumpliendo desde luego lo que había ofrecido a los presos, les proporcionó todos los medios necesarios para

que pudiesen trabajar y adquirir algún auxilio para su mejor decencia y manutención. Tal fue el orden, método y economía con que Eduardo dirigió las labores de aquellos desgraciados, que mientras vivió logró el consuelo de ver que los que entraban en la cárcel por holgazanes o viciosos salían, después de algún tiempo, corregidos de sus desórdenes y con amor al trabajo; que los que la policía recogía porque andaban vagamundeando y entregados a la mendicidad, salían también conociendo las ventajas que les proporcionaba el haber aprendido un oficio; que los que, entrando indiciados de algunos delitos, eran después absueltos, no llevaban a sus casas malos ejemplos que imitar, y sí únicamente el sentimiento de haber estado privados de su libertad sin ser delincuentes; y que los que, por serlo, tenían la desgracia de ser condenados al último suplicio o a otras penas impuestas por las leyes, no habían estado sufriendo los horrores de una prisión fétida y oscura y los del hambre y de la miseria, que son tan comunes en estos asilos, donde por lo general se amalgama indistintamente a los facinerosos y a los desgraciados, a los culpados y a los inocentes, sin duda por necesidad aunque siempre para aumentar los males del género humano.

Estas acciones generosas comenzaron desde luego a llamar la atención de todos y a granjearle la estimación universal. Eduardo cada día empleaba más y más sus cuidados y desvelos en bien de sus semejantes, y era tan grande su filantropía que hubiera perdido muy gustoso la vida si su muerte hubiese podido servir para hacer a todos los hombres mejores y felices. Ya que esto le era imposible, no omitía ningún medio de los que estaban en su mano para conseguir en parte sus deseos. Para esto determinó repartir todos los años diez mil pesetas en dotar a diez doncellas, huérfanas de labradores pobres y honrados, pero que fuesen las más virtuosas que de esta clase se hallasen en toda la extensión de la república. Aunque siempre ocultaba los beneficios que hacía, y sólo se sabían porque los muchos que los recibían no podían contener dentro de sí mismos los sentimientos de su gratitud, con todo, como conocía la influencia que debía tener esta determinación sobre las costumbres públicas, dio parte de ella al Ayuntamiento y le presentó el plan de la ejecución de esta ceremonia, de modo que por su publicidad inspirase a las jóvenes el más vivo deseo de distinguirse en la virtud. Aprobó el Ayuntamiento una resolución tan benéfica, repitiéndole las más expresivas gracias por cuanto se interesaba en el bien de aquel pueblo, que tenía la honra de contarle entre sus individuos. Eduardo suplicó a aquellos celosos magistrados que publicasen un edicto en toda la república, expresando las circunstancias y cualidades que debían tener las doncellas que podían aspirar a este premio, las justificaciones que se harían por tres diputados que nombraría el Ayuntamiento a este fin, y la preferencia que se daría a las diez que con toda exactitud e imparcialidad se reconociese eran las más virtuosas, y señalando el día en que se haría la ceremonia de la adjudicación de las dotes; y les rogó encarecidamente suprimiesen el nombre del autor de este beneficio. El Ayuntamiento condescendió con la primera súplica de Eduardo, pero se resistió a concederle la segunda hasta que, a fuerza de repetidas instancias y consideraciones, no pudo negársela.

Publicado el edicto en los términos que propuso Eduardo, fueron los tres diputados del Ayuntamiento a todos los pueblos donde había alguna o algunas doncellas aspirantes al premio; recibieron las informaciones más exactas, dieron cuenta al Ayuntamiento y éste deliberó, con la mayor escrupulosidad, y a la pluralidad de votos, las que merecían la

preferencia. Llegó el día señalado para adjudicar las dotes, se anunció al público con repique de campanas y se congregaron todos en la plaza pública alrededor de un tablado que había a las puertas de la casa consistorial. Salieron de ella los magistrados vestidos de ceremonia y se sentaron en las sillas que a este fin estaban allí prevenidas. El presidente se levantó y pronunció un discurso elocuente en que, después de explicar los medios que había tomado el Ayuntamiento para averiguar las doncellas que por su virtud eran más dignas de los premios, las designó por sus nombres y apellidos y manifestó los felices efectos que debía producir en las costumbres públicas aquella benéfica determinación de un ciudadano animado de los más puros y desinteresados sentimientos de humanidad. Concluido el discurso salieron de la casa consistorial al son de una música militar alegre y armoniosa las diez doncellas vestidas de blanco, precedidas de los tres diputados que habían hecho las justificaciones de su virtud. Se presentaron delante de los magistrados haciendo una modesta reverencia, y levantándose el presidente fue poniendo una corona de flores a cada una, y entregándoles un bolsillo que contenía las mil pesetas de dote. Después les hizo un razonamiento corto, pero tierno y penetrante, exhortándolas a conservar sus virtudes para su propia felicidad, para el consuelo de sus esposos, para la mejor educación de sus hijos y para ejemplo de la sociedad, y recomendándoles encarecidamente que jamás olvidasen el beneficio que recibían de una mano bienhechora y generosa.

Todos los espectadores lo cubrieron de aclamaciones y vivas, y en altas voces pidieron al presidente declarase el autor de tan singular acto de humanidad. El presidente involuntariamente dirige la vista hacia donde estaba Eduardo, mezclado entre la multitud. La opinión pública de que ya gozaba hace dirigir también hacia él las miradas de todos, y su nombre repetido de boca en boca lo pone en la precisión de ver cómo podía deslizarse de allí sin ser reconocido. En vano procura ocultarse. Lo cercan muchas gentes repitiendo vivas y bendiciones, y así por un movimiento unánime lo cogen como en triunfo y lo conducen al tablado. Al verlo allí, todos los magistrados se levantan, las jóvenes corren hacia su bienhechor e hincadas de rodillas quieren manifestarle su profundo reconocimiento. Eduardo, confuso, las levanta con ternura y sólo puede pronunciar estas palabras: «Sed felices, jóvenes virtuosas, sed felices; éstos son los votos de mi corazón». Penetrado de sensibilidad no puede proseguir, y caen de sus ojos, hilo a hilo, lágrimas abundantes y deliciosas. Conmueven los espectadores; todos pagan con tierno llanto el tributo debido a la beneficencia, y todos repiten con entusiasmo el nombre de Eduardo. Concluida así la ceremonia en medio de aplausos y vivas reiterados, se entran los magistrados y Eduardo en la casa consistorial, y al son de la música y acompañadas las jóvenes premiadas de los tres diputados del Ayuntamiento y de otras muchas personas, van a recorrer toda la villa. Salen a verlas muchas gentes a las puertas y ventanas, y todas les dan los más expresivos parabienes y elogian de mil modos su virtud y su modestia. Así pasan todo el día con una general alegría pura y sencilla; y así se ejecutó esta función todos los años mientras vivió Eduardo. Tal fue el efecto que produjo en las costumbres públicas esta sabia determinación que, muchos años siendo el número de jóvenes virtuosas que aspiraban a los premios muy superior a las diez que debían ser elegidas, y no sabiendo los magistrados a cuáles de ellas dar la preferencia, por hallar en todas iguales virtudes, tenían que dejar a la fortuna que lo decidiese por la suerte. El influjo de la consideración pública es tan poderoso que sólo pueden resistir a él corazones



depravados e indolentes, en los cuales, por una sucesión de vicios y desórdenes no interrumpida, se hallan extinguidos ya enteramente los sentimientos de vergüenza y pudor que nacen con nosotros mismos y nos hacen preferir la buena opinión a nuestra propia vida.

No satisfecho Eduardo con haber proporcionado este premio a la virtud de aquellas infelices huérfanas, extendía su generosa humanidad a todo cuanto podía servir de alivio al miserable y redundar en utilidad pública. Los asilos caritativos, a donde la pobreza desvalida y enferma va a curar sus dolencias, y aquellos en que los crímenes ocultos arrojan con dureza víctimas tiernas e inocentes para que jamás tengan el consuelo de saber quienes fueron los autores de su existencia, no menos que aquellos en que la paternal vigilancia del Gobierno proporciona una suave corrección a los vicios nacientes, que sin este auxilio degenerarían en delitos abominables, se hallaban en un estado muy regular y bastante bien administrados; pero reconociéndolos atentamente Eduardo vio que eran escasos los fondos, y su mano generosa suplía lo que se necesitaba para que nada faltase a los infelices que tenían la desgracia de buscar en aquellos establecimientos piadosos el remedio en sus enfermedades, el nutrimento en su infancia y la corrección en sus desórdenes.

Y un héroe en quien tantos y tan sublimes sentimientos de humanidad excitaba y sostenía la Religión, ¿podía olvidarse de su culto? No la religiosidad de Eduardo; conociendo la pobreza del país, visitó por sí mismo muchos pueblos, y hallando en varios los templos destinados a la adoración del Ser Supremo sin aquella decencia que exige su culto y la celebración de los grandes y augustos misterios que se solemnizan en ellos para nuestra edificación y consuelo, con piedad cristiana suministró liberalmente sumas considerables para que nada faltase a tan dignos y sublimes objetos. Su celo religioso no se limitó a esto solo. Considerando que la falta de párrocos sabios e instruidos degradaba la majestad del sacerdocio, además de no proporcionar a sus feligreses la sólida doctrina que, desterrando los daños innumerables que causan la preocupación y la ignorancia, debía servirles de regla para el más exacto cumplimiento de sus deberes, fomentó a varios jóvenes virtuosos que aspiraban a este estado de perfección, costeándoles sus estudios y dirigiéndolos en ellos. Por este medio logró en pocos años que los más de los pueblos tuviesen pastores doctos y celosos que, sirviendo ellos mismos de ejemplo a sus feligreses y suministrándoles el pasto de la doctrina evangélica con frecuencia y sabiduría, corrigiesen sus vicios y rectificasen sus costumbres, haciéndolos laboriosos, modestos, obedientes y sumisos a las leyes y fieles en el cumplimiento de sus deberes cristianos y sociales.

Aunque la caridad de Eduardo se dirigía a tantos y tan útiles objetos, no le impedía atender a su establecimiento rural. Allí hacía continuos experimentos sobre el abono de las tierras, sobre la manera más fácil y menos costosa de labrarlas y sobre todo cuanto podía ser útil y ventajoso a los cultivadores. No se olvidó de los prados artificiales, de los plantíos de árboles frutales y no frutales, de la cría de ganados ni de otros muchos géneros de industria con que pueden enriquecerse los labradores. Formó una verdadera escuela práctica de agricultura, y publicando todos los años memorias interesantes sobre sus experimentos convidaba a todos a examinar por sí mismos los adelantamientos que

hacía, y conseguía por este medio destruir los errores que perpetúa la rutina y que casi generalmente retardan los progresos y perfección de este ramo, el más provechoso y favorable a la prosperidad pública.

Tal era la vigilancia y esmero con que Eduardo se ocupaba en todo lo que pudiese ser útil a sus semejantes, que ya era considerado en toda la república por el más firme y sólido apoyo de los infelices. Todos recurrían a él en sus necesidades, y ninguno se apartaba descontento de su presencia. Su fama crecía cada día más, y su nombre era pronunciado con alegría y reconocimiento. Una calamidad pública dio a conocer todavía más hasta qué punto llegaba su preventiva humanidad. La cosecha de un año fue muy escasa a causa de los hielos, que abrasaron en su verdor los sembrados y las viñas y disiparon las lisonjeras esperanzas del afanado labrador. Al momento prevé las funestas consecuencias que esta desgracia va a ocasionar a la mayor parte de los habitantes de aquel país. Su corazón sensible se estremece sólo al considerar los horrores que van a causar entre aquellos infelices el hambre y la miseria. Sin perder tiempo envía a varias partes personas de su confianza con dinero suficiente para que le acopien porciones muy considerables de granos y legumbres, y se las envíen. Las almacena con mucha anticipación, y aguarda para repartirlas, conforme se había propuesto, que llegue el tiempo en que la escasez se hiciese sentir, particularmente en aquellos pueblos en que el hielo había causado más daños. Previendo también que este recurso no era suficiente para contener todas las fatales resultas de esta desgracia casi general; que muchas familias, no encontrando trabajo en el país, emigrarían de él con el objeto de buscar donde ganar su vida; que otras muchas se entregarían a la mendicidad y contraerían, como es consiguiente, un hábito a la holgazanería, pernicioso a la sociedad y a las costumbres; que serían muy crecidos los gastos que iba a hacer para socorrer a los verdaderamente necesitados y precaver tantos males, y que no obstante haber heredado de su padre grandes riquezas llegaría el caso de no tener medios para aliviar a los desventurados con la liberalidad que le dictaba su generoso corazón, determinó tomar algunas otras medidas que realizasen sus benéficas ideas. Calculó juiciosamente que podía prometerse estos resultados estableciendo dos grandes fábricas, una de tejidos de lana y otra de lienzos. Bien conoció que en los primeros años no podrían producirle utilidad alguna, pero sí que desde luego podría atraer a ellas un considerable número de hombres, mujeres y niños que, al paso que conservasen su amor y costumbre al trabajo, ganasen un equivalente a los socorros que pensaba suministrarles, y que así le quedaría más que emplear en alivio de los que, no pudiendo trabajar, necesariamente se habían de hallar en el estado más deplorable.

Con efecto, sacados bien todos los cálculos, estableció inmediatamente las dos fábricas, llevó maestros de Francia, escogió varios oficiales del país, regularizó los trabajos con sabia distribución y economía y arregló tan metódicamente todo lo perteneciente a los diversos ramos que abrazan unas fábricas de esta naturaleza que consiguió a los principios su fin principal, y dentro de poco tiempo ponerlas en el estado más floreciente. Como esta operación y la de los acopios de granos y legumbres las hizo casi simultáneamente, a pesar de la general reputación que tenía de humano y caritativo no faltaron gentes malvadas e indolentes, incapaces de conocer los desvelos de un alma generosa por el bien de sus semejantes, que atribuyesen a la sórdida codicia lo que sólo era efecto de su incomparable filantropía; pero, ¿cuál fue su sorpresa, su confusión y

maravilla cuando vieron, apenas comenzaron los gritos de los infelices a anunciar dolorosamente la miseria pública, que las sospechas que habían divulgado contra la generosidad de Eduardo se convirtieron en oprobrio y vergüenza de los que las habían fomentado? Eduardo no ignoraba cuanto se decía de él, pero se compadecía de la malevolencia de sus acusadores, y dejaba al tiempo su desengaño. Cuando conoció que ya era oportuno abrió sus graneros, abrió sus fábricas, y en una y otra parte hallaron los habitantes del Valais socorros en sus calamidades y nuevos motivos de reconocimiento hacia su digno bienhechor. Dio a muchos pueblos a coste y costas los granos que le pidieron para acudir a la escasez de sus vecinos. A otros les adelantó del mismo modo los que necesitaban para su consumo. Suministró gratuitamente a los que habían sufrido más pérdidas por los hielos, porciones de granos y legumbres considerables. Envió también a muchos párrocos lo necesario para que diariamente diesen de comer a los pobres. Cuidó de que nada faltase en la cárcel, hospital y casa de corrección, ni tampoco a los infelices imposibilitados de trabajar. Recogió en sus fábricas indistintamente a cuantos se hallaban en estado de hacerlo, aunque nunca se hubiesen ocupado en aquel género de manufacturas y fuese necesario enseñarles aun las cosas más fáciles. Ocupó en su establecimiento rural a muchos trabajadores, dándoles el jornal a proporción de la familia que tenían que mantener. Estableció en Leuk, con acuerdo del Ayuntamiento, una junta de caridad, de que Eduardo era director, para recoger las suscripciones voluntarias de muchas gentes acomodadas que procuraban imitarlo, y para tomar todas las medidas necesarias a la mayor equidad en los socorros y en la distribución de los granos y víveres que a coste y costas o gratuitamente se enviaban a diferentes pueblos o se repartían en la villa; y en fin, fue tanta su vigilancia y su celo por remediar los dolorosos efectos de una calamidad tan general, que consiguió, a costa de crecidas sumas de dinero y de continuas fatigas y desvelos, evitar que millares de infelices fuesen víctimas desgraciadas de la espantosa miseria.

Tanto se afaná día y noche Eduardo en proporcionar a todos los medios que, según su situación, necesitaban para salir de aquella calamidad, que ya al fin de ella, y cuando habían comenzado a recoger la cosecha, que, siendo como era abundante ponía fin a los temores y desventuras de aquellos honrados y laboriosos habitantes, cayó gravemente enfermo. Apenas se divulgó en Leuk esta fatal noticia cuando se extendió la consternación por toda la villa. Los clamores y lamentos de los infelices que debían a su generosidad la conservación de su existencia eran tales que parecía anunciaban otra calamidad pública, tan funesta como la pasada. Corre la voz por todos los pueblos del Valais. La consternación se propaga y se apodera de todos los corazones. En todas partes se hacen rogativas públicas, implorando las piedades del Cielo en favor de tan digno bienhechor. El mismo Eduardo tuvo el consuelo, en medio de lo más gravoso de su enfermedad, de oír desde su lecho los fervorosos ruegos de los miserables a quienes había tantas veces socorrido en su penosa indigencia. «Conservad, Dios mío, decían llorando a gritos, conservad la vida a nuestro bienhechor. Si queréis algunas víctimas, exclamaban los más ancianos, aquí estamos nosotros; con gusto iremos al sepulcro si conserváis la vida al verdadero padre de nuestros hijos». Estas y otras repetidas exclamaciones hacían a Eduardo cobrar ánimo, por el delicioso consuelo que le proporcionaban. A todas horas del día y de la noche había en la puerta de su casa muchas gentes deseosas de servirle de alguna utilidad y de saber el estado en que se hallaba. Ya anuncia un médico a la multitud

que el benéfico Eduardo experimentaba mejoría. La esperanza renace, anima todos los semblantes y lleva la consolación a muchos que lloraban sin cesar una pérdida tan irreparable. Al fin ya se extiende la voz por todas partes de que está fuera de peligro. La alegría pública no tiene límites. Ricos, pobres, viejos, jóvenes, mujeres y niños, todos corren desalentados a los templos, y allí postrados ante la augusta presencia del Señor, con himnos y cánticos de regocijo le dan las más fervorosas gracias por el singular beneficio de haber conservado a la humanidad afligida su más firme y generoso protector. Un pueblo agobiado del hambre, de la miseria y de todas las crueles y horrosas calamidades que trae consigo una guerra larga y desoladora no recibe con más regocijo la inesperada noticia de la paz, que recibió el pueblo del Valais la de estar ya libre del inminente peligro el hombre sensible y humano a quien debía tan repetidos beneficios.

Tantas demostraciones de la alegría pública hacían que Eduardo pasase una convalecencia llena de dulzuras y de consuelos. Miraba los semblantes de sus domésticos y los de las muchas gentes que iban a visitarlo; en todos veía pintado el gozo que inundaba sus corazones. «Ah, decía repetidas veces entre sí, ¡qué encantos tan puros produce el hacer bien! Si todos los hombres considerasen los verdaderos placeres que ocasiona continuamente la beneficencia, como yo lo experimento ahora, no habría tanta inhumanidad y dureza en el mundo. En vez de disipar excesivos caudales en contentar la vanidad o en satisfacer inclinaciones viciosas que causan tantos y tan deplorables males al género humano, se verían menos escándalos, y la virtud, sí, la virtud haría amable y dulce la sociedad de los hombres. ¡Oh gran Dios! Ya que me habéis conservado la vida por vuestra suma bondad, conservadme estos sentimientos de humanidad que me la hacen deliciosa, y permitid que toda la consagre y emplee en alabaros, bendeciros y ser útil a mis semejantes». Éstos eran los únicos deseos de Eduardo, y en medio del gozo que experimentaba su corazón generoso, acordándose de sus bellas acciones y viendo las tiernas lágrimas con que le pagaban sus beneficios, se llenaba de dolor al considerar la multitud de infelices que en todas partes del mundo reclaman en vano la compasión de los ricos y de los poderosos de la tierra.

Luego que Eduardo estuvo ya algo restablecido, su primer cuidado fue ir al templo a dar gracias al Todo Poderoso porque le había librado del riesgo de tan grave enfermedad. Apenas sale a la calle cuando un tropel de gentes de todas clases se apresura a verlo, a hablarle, a contemplar su semblante todavía pálido, pero respetuoso y afable, en el cual ven pintada toda la sensibilidad de su alma. Las bendiciones, las enhorabuenas, las gracias repetidas, las exclamaciones de gratitud, de alegría, de admiración y de consuelo que se suceden rápidamente de boca en boca forman el cuadro más tierno y patético que puede describirse. Eduardo no puede verlo sin experimentar las más dulces sensaciones, y seguido de tan numeroso cortejo entra en el templo, y postrado delante de los altares eleva enternecido su corazón al Dios de las misericordias, y presenta a cuantos lo rodean el ejemplo de un alma piadosa y humilde que sólo halla felicidad y consuelo en el seno de la Divinidad, de donde emanan todos los bienes, todas las prosperidades, todas las virtudes. La multitud que lo acompañaba, edificada de su singular piedad, anegada en llanto y penetrada de gratitud, dirige también sus votos al Omnipotente, y dándole las más rendidas gracias le ruega fervorosamente que conserve la vida al que tan dignamente la empleaba en alivio de los desgraciados y socorro de los infelices. Aquel acto, sin ser

brillante ni ostentoso, no dejó de ser el más solemne, porque fue sólo efecto de los puros y sinceros impulsos de unos corazones sencillos, humillados y reconocidos. Después volvió Eduardo a su casa con el mismo acompañamiento, y en el camino se representaron escenas iguales a las anteriores, con tales aplausos y reiteradas exclamaciones que parecía que todos los corazones, no pudiendo contener los sensibles efectos de su satisfacción y contento, necesitaban desahogarse con las demostraciones más vivas y animadas. Eduardo correspondió a ellas con la mayor sensibilidad y ternura, y se despidió de todas aquellas gentes, que tanto lo estimaban y bendecían, como un padre cariñoso que se aparta de sus queridos hijos dejándolos en la lisonjera persuasión de que son los únicos objetos más amados de su corazón.

Pasados algunos días, hallándose Eduardo enteramente bueno fue a visitar la casa de corrección, el hospital y la cárcel. En ella encuentra a un hombre que, luego que lo ve entrar, se oculta como agitado y sorprendido. Aunque en su traje y facciones se halla bastante desfigurado, conoce que es el socio de la compañía de su padre que, por haber sido descubiertas su mala fe y calumniosa delación, había huido de París, temeroso del castigo que le esperaba, dejando en el mayor abandono a su mujer e hijos. El alma generosa de Eduardo se conmueve al verlo en tan amarga situación, y lejos de dejarse arrastrar de la negra y odiosa venganza, su humanidad no le representa sino un hombre desgraciado, digno de toda compasión. No quiere mortificarlo con su presencia. Sale al momento de la cárcel, va a visitar al juez que lo había mandado arrestar, se informa con el más vivo interés de la causa de su prisión, y como que en sus preguntas manifiesta un cierto temor de que hubiese cometido algún delito de aquellos que, sujetos a la inflexibilidad de las leyes, no pueden obtener la indulgencia, el juez piensa que el preso es persona que tiene alguna conexión con Eduardo, según el modo de explicarse, y para calmar su inquietud le dice: «Ese infeliz que habéis visto en la cárcel no está en ella por ningún delito conocido. Se lo encontró en uno de los pueblos inmediatos haciendo una vida misteriosa y oculta que causó sospechas. Se le pidieron los pasaportes, no los manifestó. Dijo que se le habían extraviado. Se le hicieron varias preguntas acerca de su estado, condición y objeto de su venida al Valais; sus respuestas vagas y turbadas dieron a entender que era algún prófugo, y mientras se averiguaba quién era y si estaba complicado en algunos de aquellos delitos que se cometen a la sombra de la mendicidad, lo mandé traer a la cárcel, donde hace ocho días que se halla. Hasta ahora sólo he podido saber que es natural de París y se llama Mr. Senville. Pero vos, señor Eduardo, habéis mudado de color al oírme pronunciar su nombre. Decidme francamente, ¿por qué os interesa este desgraciado? No ignoráis cuánto os estimo, y podéis estar seguro de que vuestros respetos merecen toda mi consideración. Aquí no hay un crimen averiguado que me obligue a retenerlo en la prisión. Si queréis que lo mande poner en libertad, lo haré al momento. Vos podéis disponer de todas mis facultades con entera confianza y amistad».

Eduardo corresponde agradecido a sus finezas, pero no sabe qué decirle sin faltar a la verdad. El juez comprende por las palabras de Eduardo que hay alguna circunstancia interesante que le oculta por modestia; sus deseos de saberla se aumentan cuanto más Eduardo se esfuerza en no manifestársela. El juez lo insta, lo estrecha, y al fin Eduardo, encargándole la mayor reserva, le descubre cuál es el motivo que le hace interesarse por aquel hombre. El juez, sorprendido y enternecido, lo abraza, y acaba de convencerse por

esta generosidad de que Eduardo era el mortal más digno de ser amado y respetado. Conviénense en que subsista, Mr. Senville en la cárcel hasta que Eduardo haya practicado las diligencias necesarias para obtener su perdón, y que a su costa se lo trate con distinción y decencia. Despídese Eduardo del juez con la mayor afabilidad; va a su casa, escribe inmediatamente al Ministro de Policía de París y a varios amigos. Sus cartas sólo respiran humanidad y compasión. Las echa en el correo, y luego que el Ministro de Policía recibe y lee la suya se llena de admiración, y antes que ninguno de los amigos de Eduardo fuese a hablarle en favor de Mr. Senville manda se le despache el perdón, y que se remita a Eduardo sin pérdida de tiempo. Eduardo espera la vuelta del correo con impaciencia. Así que recibe las cartas ve una que traía sello; conoce que es de la Policía de París, la abre con sobresalto y halla lo que deseaba. Su regocijo no tiene igual. Va corriendo a casa del juez, le manifiesta el perdón de Senville y quedan acordes en que se lo vista a su costa como corresponde, y en que entretanto dispondrá Eduardo lo necesario para que sin dilación se restituya al seno de su desgraciada familia, pero sin que él conozca por entonces a quién debe este favor.

Con efecto, el día siguiente llama el alcaide a su cuarto a Senville. Lo hace lavar, afeitarse, peinar y vestir con mucha decencia. Senville ve todo esto con asombro. Pregunta repetidas veces al alcaide a quién debe tantos beneficios. El alcaide le responde que no lo sabe, pero sí que tiene orden de ponerlo en libertad. En esto entra el juez. Senville se arroja a sus pies y le pide con llanto le declare a quién es deudor de aquella inesperada felicidad. El juez le responde: « un hombre de bien y generoso».

«¡A un hombre de bien y generoso!, exclama Senville, ¡ah, sin duda el virtuoso Eduardo de Clermont es mi bienhechor! Sí, él es; él me vio en esta prisión. Yo evité sus miradas. Él me conoció, y no vio en mí un pérfido calumniador de su inocencia sino un hombre desgraciado. Su alma generosa se abandonó a los impulsos de su natural compasión; el rencor, la venganza no pueden tener acceso en un corazón tan sensible. ¡Ah, señor!, llevadme a la presencia del incomparable Eduardo, dadme el consuelo de que, postrado a sus pies, confiese los agravios que le he hecho, manifieste mi arrepentimiento e implore su perdón».

El juez accede a su súplica y lo lleva al momento a casa de Eduardo. Senville, confuso, aturdido, hecho un mar de lágrimas, se precipita a sus pies, le abraza sus rodillas y no acierta a pronunciar sino trémulamente estas palabras interrumpidas: «Soy un malvado..., calumnié a la virtud...; mi corazón se despedaza de dolor...; perdón..., perdón...»

Eduardo lo levanta con bondad y ternura: «Alzad, le dice, alzad del suelo, infeliz; venid a mis brazos, no habléis más de agravios ni injurias, me olvidé de ellas al momento que me las hacen. Vuestra familia, a quien no dejé abandonada, llora vuestra ausencia, os espera con ansia. Tomad este indulto, aquí tenéis este bolsillo; todo está ya prevenido para vuestra partida. Marchad sin dilación a París; allí podéis ya vivir con seguridad. Consolad a vuestra afligida mujer y a vuestros tiernos hijos, enseñadles el camino de la virtud, pintadles el horror del crimen y los remordimientos continuos que lo acompañan, sed hombre de bien y justo, sed feliz: no os pido otra cosa».

Senville quiere hacerle ver toda la extensión de su arrepentimiento y de su gratitud. Eduardo lo interrumpe, vuelve a abrazarlo y se separa de él enternecido en extremo. Senville, anegado en llanto, exclama con la mayor sensibilidad, «Dios os bendiga, modelo de virtud; Dios os conserve, generoso bienhechor. En el seno de mi desgraciada familia éstos serán mis continuos votos, y vuestro nombre será pronunciado con admiración, alegría y reconocimiento». Dicho esto, y sin poder contener el torrente de lágrimas que inundaba su rostro, baja la escalera, encuentra en el patio preparados ya caballos de posta e inmediatamente emprende su viaje a París. Llega, abraza a su familia, da noticia de cuanto le ha sucedido a todas las personas que conoce, excita la admiración de cuantos lo oyen; sigue los consejos de Eduardo, vive feliz y jamás se olvida de su bienhechor, a quien no deja de repetir continuamente su sincero afecto, sus reiteradas bendiciones y su inalterable gratitud.

Como la incesante aplicación de Eduardo a la lectura y a otros objetos siempre útiles a la humanidad le tenía algo quebrantada la salud, le aconsejaron los médicos que debía emprender un género de vida más activa, que le sirviese de distracción y fortificase su físico. Conociendo Eduardo que realmente le hacía falta el ejercicio y que le dañaba la meditación, determinó ir a ver algunos pueblos del Valais donde no había estado todavía, y después de algunos días de viaje volverse a su casa de campo, pasar allí el otoño y entretenerse en la caza, ejercicio que proporciona una distracción honesta y favorable a la salud. Efectivamente, acompañado de dos criados emprendió su viaje a caballo. En todos los lugares que recorrió, sin darse a conocer se ocupó, como siempre, en examinar lo más curioso que en ellos había y en socorrer varias necesidades; pero en uno de los pueblos, no distante de Leuk, se le presentó la ocasión más oportuna de ejercitar su beneficencia. A pocas horas de llegar a él, uno de sus criados le dice: «Señor, acabo de saber que en un miserable desván está enferma una viuda joven, llena de llagas, sin más auxilio ni amparo en su infelicidad que la compañía de una criada fiel, que habiéndola servido en el tiempo de su prosperidad no ha querido abandonarla en el de su desgracia. La causa de ésta no sé, pero sí que es cierta y digna de vuestra natural compasión». Eduardo oye estas palabras con conmoción, pregunta al criado si sabe la casa donde se halla aquella infeliz; le dice que sí, e inmediatamente va a informarse por sí mismo de la verdad. Entra en un oscuro y bajo desván. Jamás espectáculo tan doloroso se había presentado a su vista. Un jergón hecho pedazos en el suelo; una mujer desfigurada y cubierta de úlceras, echada en él, rodeada con unos andrajos, restos de una manta vieja; una joven vestida pobremente a su lado, que manifiesta en su semblante pálido, aunque gracioso, los horrores de la miseria: esto es lo único que se veía en aquel triste albergue. El corazón sensible de Eduardo se estremece. Pregunta con instancia quién es la enferma, y la causa de aquella infelicidad. La enferma quiere hablar, y no puede. La criada entonces, precipitándose a los pies de Eduardo, con una voz trémula, interrumpida de llantos y suspiros le dice: «¡Ay, señor! Esta señora es mi ama. Si tenéis un corazón humano, compadeceos de su miserable situación. En la flor de su edad, afligida de los males más crueles, está postrada en la pobre cama que veis. Ya se ha vendido todo cuanto tenía. Yo también he vendido hasta la poca ropa que me quedaba para alimentarla. Ya nada tenemos. Vamos a morir de hambre».

«No os moriréis de hambre, le interrumpe Eduardo enternecido, no. Yo seré vuestro protector; nada os faltará para alivio de vuestra miseria...»

«¡Ah, señor! Mi ama, mi pobre ama...»

«Sí, vuestra ama será cuidada y socorrida; vuestra fidelidad, ensalzada y recompensada. ¡Vos a su lado en situación tan deplorable...!»

«Sí, señor: hasta la muerte no la desampararé; sin mi asistencia, ¿qué sería de mi querida ama? No la dejaré, no. ¡Le debo tanto amor...! No es posible que yo pueda pagarle... ¡Socorrió tantas veces a mis pobres padres, a mis hermanitos...! No sé lo que me sucede; estoy fuera de mí. ¡Vos la socorreréis! ¡Vos la sacaréis de tanta miseria!»

«Sí, virtuosa joven, al momento...»

«Dios os pague tanta caridad...; me parecéis un ángel. ¡Qué consuelo dais a mi oprimido corazón!» Eduardo no puede resistir más. Sus ojos se llenan de lágrimas, y sólo puede decir a la criada: «Esperadme; voy a proporcionaros los alivios que tanto necesitáis, vuelvo al instante».

Sale de allí con su criado; busca un cuarto cómodo y claro, hace preparar una buena cama para la enferma y otra para la criada, y cuanto era menester para su decencia y bien estar. Llama al médico y cirujano del pueblo, y en poco más de una hora logra el consuelo, por su solicitud y vigilancia, de ver colocadas y contentas en su nueva habitación a las dos infelices que pocos momentos antes, no teniendo auxilio ni amparo alguno, sólo esperaban morir de miseria, abandonadas del mundo entero. Eduardo desea saber la causa de aquel infortunio. La criada quiere ocultarlo, pero Eduardo la insta, y al fin le dice que su amo se casó de veinte y dos años con su ama, que tenía diez y siete; que poseía aquél un regular patrimonio, y que ésta llevó muy buena dote; que el marido empezó a disiparlo todo con escándalo y profusión; que ni las lágrimas, ni la virtud de su esposa le habían podido contener en sus desórdenes y vicios, y que había muerto antes de cumplir los treinta años, sin hacienda, lleno de deudas y de males, dejando únicamente a su infeliz mujer el fruto funesto de sus crímenes vergonzosos. Eduardo oyó con horror esta relación, y compadeciéndose de nuevo de aquella desgraciada víctima de la relajación más abominable, dispuso todo lo necesario para ver si era posible conseguir su curación; y antes de marcharse de aquel pueblo dejó asegurada la subsistencia del ama y de la criada, y encargada al médico y cirujano la asistencia de la enferma, sin perdonar medio ni gasto alguno. Previno a la criada le avisase de todo cuanto ocurriese, y le prometió que no quedaría sin la debida recompensa su caritativa y extraordinaria fidelidad.

Después que Eduardo dejó arreglado todo lo que exigía la dolorosa situación de aquellas desventuradas, que no supieron cómo manifestarle su verdadera gratitud, siguió su viaje y llegó a su casa de campo. A pocos días supo que la triste enferma no había podido resistir a sus inveteradas dolencias, y que había muerto hecha un mártir en brazos de su fiel criada, con la más cristiana resignación. Inmediatamente hizo llevar a Leuk a la criada, la puso en una casa de su confianza, y siendo precisamente huérfana, hija de un pobre



labrador, fue elegida aquel año para una de las dotes, como que había dado tantas pruebas de su heroica virtud. Eduardo añadió a la dote dos mil pesetas más, y la casó con un oficial de los más adelantados y honrados de su fábrica de lienzos. Vivió feliz, fue modelo de perfección, y así premió el Cielo la fidelidad que conservó a su ama hasta la muerte. ¡Qué pocos ejemplos de una fidelidad tan constante, tan humana, tan desinteresada se ven en el mundo!

Pasaba Eduardo su vida tranquilamente en su casa de campo, ocupándose algunos ratos en la caza, con cuyo ejercicio moderado lograba fortificar su salud. Una mañana temprano andaba por las orillas del Ródano divirtiéndose en tirar a los pájaros que veía en el agua. Oye estos gritos lamentables: «¡Mi padre se ahoga, mi padre se ahoga; socorro, socorro!». Mira a todas partes: nada descubre, una hondonada ocultaba a las personas que gritaban. Acude corriendo a las voces, ve a dos bellas jóvenes en la mayor desolación, alargando los brazos en acto de quererse arrojar al río, y en él luchando con la rápida corriente a un hombre al parecer de bastante edad. El peligro de aquel infeliz no le deja prever el suyo. Tira la escopeta y el sombrero, quítase la casaca, arrójase al río; saca al hombre, que ya fatigado de los esfuerzos que hacía para salir estaba casi sin fuerzas, lo deja salvo en la orilla, dice a las jóvenes apresuradamente y con ternura: «¡Desgraciadas! Ahí tenéis a vuestro padre; tomad para socorrerlo»; y sin detenerse más, les da un bolsillo, y tomando la escopeta, el sombrero y la casaca, echa a correr. En vano el anciano alarga sus trémulas manos hacia su libertador, en señal de su gratitud; en vano las hijas le ruegan que se detenga para manifestarle su reconocimiento. El generoso Eduardo, contento de haber salvado la vida a un hombre, no quiere más recompensa que la satisfacción interior que llevaba en su corazón. Aquellas gentes, asombradas de un acto de humanidad tan desinteresado, lo publican después por todas partes con entusiasmo y regocijo; dan las señas del hombre a quien debían tanto bien, y al fin descubren que ha sido Eduardo, y todos conocen que su humanidad llega a tal extremo que no permite dejar sin socorro al infeliz, aun a riesgo de su propia vida.

Poco tiempo después, casi pasada media noche, le avisan que en unas casas de labradores, no muy lejos de la suya, se había prendido fuego. Levántase con precipitación y va corriendo con todos los criados que encuentra a socorrer aquella desgracia. Llega sudando y afanado. El incendio ya es general; da algunas disposiciones para contenerlo, no es posible. Las llamas se extienden rápidamente. Los mugidos espantosos de los animales robustos y pacíficos que ayudan al hombre a abrir las entrañas del tierra para obligarla a darnos el nutrimento más necesario, el estrépito del fuego, el zumbido del aire, el clamor de los que perdían cuanto habían recogido con su sudor y trabajo, la oscuridad de la noche, todo forma el espectáculo más triste y horroroso. Pregunta Eduardo si hay algunas personas dentro; le dicen que todas se han salvado enteramente desnudas, y conociendo que ya no hay arbitrio para impedir los estragos del incendio, corre a consolar a aquellos infelices labradores, que con dolorosos lamentos y gemidos lloran la pérdida de su subsistencia y de sus pobres familias. Hombres, mujeres y niños, en la desnudez más espantosa, confusos, desolados, presentan el cuadro más deplorable y doloroso. Eduardo se acerca a ellos, les ofrece reparar sus pérdidas, los consuela y los lleva a su casa. Inmediatamente envía a Leuk por ropas, los viste, los mantiene, y haciendo reedificar sin la menor dilación los caseríos quemados, vuelve a colocar en ellos, del

mismo modo que estaban antes, a aquellas afligidas y virtuosas familias, que sin los generosos auxilios de Eduardo hubieran sido desgraciadas toda su vida. Jamás se olvidaron de su bienhechor; siempre lo bendecían, y siempre que Eduardo iba a su casa de campo gozaba el dulce placer de ver la felicidad que les había proporcionado, y de recibir los testimonios más sencillos de su eterna gratitud.

Mientras Eduardo disponía todo lo necesario para que aquellos honrados y aplicados labradores pudiesen restituirse a sus hogares, se le presentó otra ocasión no menos lastimosa para ejercitar su humanidad. Determinó pasar dos o tres días en uno de los montes inmediatos, examinando las producciones de la naturaleza que ofrecía aquel país y divirtiéndose en la caza. Llevó consigo a sus dos fieles, antiguos e inseparables criados, a un mozo con dos caballos y provisiones, y algunos libros. Una mañana se internó en una montaña muy elevada y montuosa, siguiendo a una cabra montés que había herido. Al llegar casi a la mitad de la falda, descubre por entre unas enmarañadas encinas una pobre choza, y a la puerta un anciano venerable sentado en una piedra, con cinco niños pequeñitos alrededor. Párase a observar lo que hacía aquella interesante familia, y ve que el anciano saca de un zurroncillo un pedazo de pan negro, que hace de él cinco partes iguales y que da una a cada niño, quedándose sin nada. No fue tanto lo que le admiró esto como ver que, levantándose los niños, alargaban sus tiernas manecitas hacia el anciano, presentándole el pan que les había dado y haciendo movimientos que indicaban que cada uno a porfía le instaba tomase la parte que le había tocado. El anciano los abraza, los besa y les obliga a comer el pan, enjugándose los ojos con su tosco vestido. El alma sensible de Eduardo se conmueve en extremo, penetra la amargura y desolación de aquel infeliz anciano y no puede sufrir más tiempo ser mero espectador de su desgracia. Deja la escopeta a uno de los criados, y acompañado del otro se dirige hacia la choza. Al verlo se turban el anciano y los niños. Eduardo los tranquiliza, diciéndoles con ternura y afabilidad: «No temáis, respetable anciano; no os asustéis, hijos míos. Vengo sólo a consolaros, a socorreros»; y llegándose a ellos prosigue: «Venerable anciano, vuestra presencia y la de estas inocentes criaturas ha penetrado vivamente mi corazón. No puedo dudar que sois desgraciado. Referidme vuestros infortunios. Habláis con un hombre que no os dejará sin consuelo en vuestra aflicción, sin alivio en vuestra adversidad».

«¡Ay, señor!, exclama el triste anciano, mi infelicidad y mi dolor han llegado a su extremo. Estas cinco criaturas que veis alrededor de mí son nietos míos: esta niña y este niño son hijos de una hija mía, y esta niña y estos dos niños de un hijo, que era el único en quien esperaba el consuelo de mi vejez... ¡Ay, Dios mío!, ambos murieron el año pasado con mi nuera y mi yerno, de resultas de unas calenturas malignas que se padecieron por este país. Yo también estuve a las puertas de la muerte, pero el Cielo me quiso conservar la vida para cuidar de estas criaturas. ¡Cuánto mejor hubiera sido que yo hubiese muerto, y que viviesen a lo menos mi hijo y mi yerno! Así estos pobrecitos tendrían padres que los criasen; pero de mí, ¿qué pueden esperar, si ya no tengo fuerzas para trabajar, si ya estoy muriéndome de vejez? Hijos de mi alma, pedazos de mi corazón (y dice esto besándolos, abrazándolos y derramando copiosas lágrimas) ¡qué desgraciados sois! ¡Quién cuidará de vosotros si os falta vuestro pobre abuelo, si su cansada vejez le imposibilita para poder buscaros un pedazo de pan! Aquí moriremos todos de miseria, hijos míos...»

«No, le interrumpe Eduardo, no temáis tan funesta desgracia. Desde hoy acabaron vuestros infortunios. Vendréis todos conmigo, estaréis en mi casa; cuidaré de vos, respetable anciano, educaré a vuestros hijos, seré su padre, y vuestra felicidad aumentará la mía».

El anciano se arroja trémulamente a sus pies y quiere demostrarle su gratitud; pero el gozo y el llanto se lo impiden, y sólo puede decir con mucha agitación y sensibilidad: «¡Conque ya no perecerán de hambre mis pobrecitos hijos! ¡Gran Dios, qué consuelo! Ya moriré contento».

Los dos niños mayores, viendo llorar a su abuelo le dicen con inocencia: «¿Por qué lloráis, abuelo mío, si este señor dice que iremos a su casa y que será nuestro padre?»

«Sí lo seré, hijos míos; venid todos conmigo, que mi corazón no estará satisfecho hasta que os vea tranquilos, contentos y felices».

Eduardo manda inmediatamente a sus criados que lleven allí los caballos, y colocados todos en ellos del mejor modo posible se volvió sin dilación a su casa de campo, trayéndose al anciano y a los niños. Puso a los tres varones desde luego en su establecimiento rural, con la idea de que fuesen labradores como sus padres, y envió a las dos niñas a su escuela para que recibiesen en ella los elementos de una buena educación. El anciano permaneció en la casa mientras vivió, tratado con el mayor cuidado y bendiciendo sin cesar a su bienhechor, y los nietos lograron bajo la protección generosa de Eduardo establecerse cómodamente luego que tuvieron la edad conveniente para ello, y ser miembros útiles a la sociedad.

Estos dos hechos tan interesantes por sus circunstancias se divulgaron por todo el Valais, y dieron a conocer a sus habitantes que la beneficencia de Eduardo era tan incansable como ilustrada. Nadie podía oír hablar de este hombre extraordinario sin enternecerse, sin amarlo y sin considerarlo como el más digno del respeto, de la estimación y de la gratitud de todos los corazones sensibles. Eduardo lograba esta recompensa de su virtud, y la consideraba superior a la de tantos hombres que sólo se han hecho célebres en el mundo por las ruinas, las devastaciones y las calamidades que han ocasionado con sus triunfos al género humano. Pero nada le penetró más vivamente de aquel regocijo interior que producen las buenas acciones, y que sólo pueden sentir en toda su extensión los corazones que las practican, que el natural y sencillo reconocimiento que le manifestaron todos los labradores que habitaban a las inmediaciones de su casa de campo.

Como los dos actos de beneficencia que acababa de hacer habían recaído sobre labradores honrados y pobres de aquellos contornos, creyeron todos sus compañeros que debían públicamente hacer a Eduardo una demostración de su alegría y gratitud. Con este objeto se juntaron un día de fiesta todos los labradores y labradoras, se dividieron en dos cuadrillas iguales y cada una, formando un cuadrilongo, puso en el centro un grupo de jóvenes y doncellas y otro de niñas y niños, vestidos graciosamente al estilo del país y coronados de laurel, que llevaban, en azafates y canastillos de mimbres, frutas y flores del tiempo. En esta disposición se dirigieron todos a la casa de campo de Eduardo, y

entrando en un gran patio que había en ella, al son de panderos, sonajas, flautas y otros instrumentos campestres cantaron y bailaron con mucha gracia y destreza y fueron presentando a Eduardo, con tiernas aunque sencillas ceremonias, los canastillos y azafates de frutas y flores como un tributo que pagaba el reconocimiento a la beneficencia. Eduardo, enternecido, recibió con la mayor bondad aquella sincera demostración del afecto y gratitud de gentes tan buenas y honradas, que con la más inocente y pura alegría dieron fin a esta función, la más brillante, la más patética, la más interesante que podía ofrecerse al corazón sensible y generoso de Eduardo. ¡Cuántas lágrimas cayeron de sus ojos aquel día! ¡Cuántos dulces placeres le produjo aquella escena deliciosa en que la naturaleza, sin disfraz, se mostró a su vista tan tierna, tan grande, tan sublime!

De estos verdaderos deleites gozó Eduardo muy repetidas veces en el curso de su vida. ¡Cómo es posible pintarlos, ni cómo es fácil referir los muchos actos de beneficencia que ilustraron su carrera e inmortalizaron su memoria! Basta decir que vivió ochenta y ocho años sin haber dejado un solo día de hacer bien a sus semejantes. ¡Dichoso él, que volviendo los ojos atrás y recorriendo el inmenso espacio que lo separaba de la cuna, no tenía que reprenderse de haber empleado mal el tiempo, la fortuna y el talento! ¡Qué memoria! ¡Infeliz aquel que, considerando lo pasado y registrando el curso de su larga vida, no ve sino desórdenes, vicios, disipaciones, y jamás una acción útil a la humanidad!

No tenía este desconsuelo Eduardo en el último período de su vida. Tranquilo y contento esperaba su fin sin sustos ni temores. Ya en sus postreros años la cansada vejez, agobiando su existencia y debilitando sus fuerzas, le tenía casi sin movimiento en un canapé. Su cabeza firme y despejada conservaba todavía el juicio y discernimiento más cabal, pero sus piernas flacas y trémulas no le dejaban andar. Sin embargo, hacía que lo llevasen los días de fiesta a la iglesia en una silla de ruedas. Apenas lo veían las gentes en la calle cuando indistintamente ricos y pobres se esmeraban en ayudarle, en acompañarlo y en servirle de consuelo. ¡Cuántas veces, al verlo en aquel estado de caducidad, considerando que se acercaba indispensablemente el tiempo de perderlo, no podían contener los lamentos ni las lágrimas! En fin, consumida su naturaleza, lo postra en la cama y anuncia a todos que llega el tiempo en que debe pagar el tributo inevitable a todo viviente. Esta funesta noticia extiende por todas partes la consternación y la amargura; la esperanza desaparece de todos los corazones, y la persuasión de un mal irremediable los priva, por la fuerza del sentimiento, aun de la facultad de gemir y suspirar. El silencio profundo, la tristeza general, son los únicos indicios del dolor, los testigos más elocuentes de la aflicción que todos padecían. Eduardo muere como el hombre justo, dejando repartidos sus bienes entre sus criados y entre el hospital, la casa de corrección y la cárcel, y asignados los necesarios para que se continuase todos los años el caritativo establecimiento de dotar a las diez doncellas.

Eduardo, el benéfico Eduardo, acaba de morir. Esta voz, propagada con tanta rapidez como el viento, lleva la desolación, la angustia y la tribulación a todos los pueblos del Valais. Todos se creen obligados a tributar homenajes públicos a su digno bienhechor; pero la villa de Leuk, que lo había poseído tantos años, da a conocer con más aparato la aflicción que le causaba su pérdida. El Ayuntamiento, penetrado justamente de dolor,

hace una proclamación lamentable al pueblo, anunciándole que ya no existe aquel hombre humano y generoso a quien debían tantos beneficios, y convida a todos sus habitantes a llevar luto riguroso por nueve días en señal de su amarga pena, y a asistir a sus funerales. A pesar de que Eduardo había mandado que se le diese sepultura con la mayor moderación, el Ayuntamiento dispone que se haga con la pompa más solemne. Todos los magistrados y principales sujetos de la villa y de los alrededores, vestidos de luto, la tropa con armas a la funerala y cajas destempladas, y un numeroso concurso de viejos, jóvenes, mujeres y niños, acompañan su cadáver cubierto de ciprés. Al principio, oprimidos de dolor los corazones, sólo se desahogaban en lágrimas; pero, no pudiendo después contener los violentos impulsos de su pena, exclaman todos alternativamente en altas voces: "*¡Murió el héroe de la humanidad! ¡Murió el padre de los pobres! ¡A quién recurriremos en nuestras desgracias! ¡Quién socorrerá a nuestros infelices hijos! Ya no tenemos quien nos liberte de una calamidad; ya faltó todo consuelo para nosotros. ¡Gran Dios, recibid en vuestros brazos al hombre justo que tan bien supo imitaros en la tierra! Y tú, bienhechor de la humanidad afligida, no nos olvides desde la eterna morada donde reposas, gozando el premio de tus buenas obras.*

¡Qué panegírico! Estos y otros muchos clamores se oían por todas partes, mezclados de repetidas alabanzas y bendiciones. En medio de estas demostraciones de la aflicción pública llegaron al templo, y poniendo el cadáver en un elevado y suntuoso túmulo, pronuncia un elocuente orador el elogio fúnebre del incomparable Eduardo. La verdadera y sencilla pintura de sus sublimes virtudes y acciones generosas y humanas renueva la aflicción, inspira la admiración y hace derramar las más tiernas lágrimas a todo el concurso. ¡Qué diferencia de aquellos elogios estudiados y pomposos que, con escandalosa profanación de la santa verdad, consagran muchas veces al vicio la baja adulación, la insensata vanidad o el detestable orgullo, que sólo pueden excitar la abominación pública y el horror de considerar a qué extremo llega la corrupción cuando la iniquidad se celebra como la virtud, y la insensibilidad como la beneficencia!

Concluidos los funerales y depositado el cadáver en una bóveda, repitiendo la multitud sus gemidos, llantos y exclamaciones se retiraron todos los concurrentes, llevando cada uno angustiado su corazón y estampada en él la memoria de una pérdida que debía llorar eternamente. Después mandó el Ayuntamiento construir un modesto pero respetuoso mausoleo, y colocando en él los restos inanimados del hombre más sensible y humano hizo grabar esta sencilla inscripción:

*EL PUEBLO DE VALAIS*

*RECONOCIDO*

*A*

*EDUARDO DE CLERMONT,*

*PADRE DE LOS POBRES.*

Así vivió y murió el virtuoso Eduardo, así fue honrado y llorado en vida y en muerte; y ésta es la justa recompensa reservada a las almas sublimes y generosas que adquieren por sus bellas acciones el título glorioso de amantes de la humanidad. Ricos de la tierra,

cualquiera que sea vuestro estado y condición, aprended a hacer el más digno uso de vuestra opulencia; aprended a gustar verdaderos deleites, a gozar del delicioso placer de ver correr las lágrimas del reconocimiento, a ser los protectores de los infelices si queréis merecer el aprecio y la consideración que adquirió el inmortal Eduardo. Pero si duros y crueles despreciáis al desgraciado, si sordos a los lamentables gritos de la naturaleza no socorréis la pobreza virtuosa, y empleáis vuestra fortuna en perseguir, en oprimir a vuestros semejantes, llevaréis con vosotros mismos vuestra memoria al sepulcro, y no saldrá jamás de él sino para ser la execración de los hombres y para maldeciros por los males que hayáis causado al linaje humano.

Almas sensibles, corazones compasivos, venid conmigo a llorar sobre el sepulcro de un hombre de bien, que por sus continuas acciones benéficas vivió con dulzura y tranquilidad, murió sin remordimientos y sin temores y adquirió el dulce nombre de padre de los pobres, y en el más alto grado la consideración, el respeto, el amor y el reconocimiento público. ¡Ojalá que la lectura de esta anécdota inspire el deseo de imitar al héroe que representa! ¡Ojalá que a lo menos produzca el alivio de una sola familia desgraciada y virtuosa, y que la Religión y la verdadera filosofía, prestándose un mutuo auxilio y desterrando de la sociedad de los hombres el lujo escandaloso, el egoísmo abominable, la sórdida avaricia y la indolencia orgullosa, los reúnan con los vínculos más estrechos y hagan que ocupen el lugar que usurpan estos vicios la moderación, la beneficencia, la generosidad y la compasión, para alivio de los infelices y para consuelo, felicidad y honor de toda la especie humana!

FIN